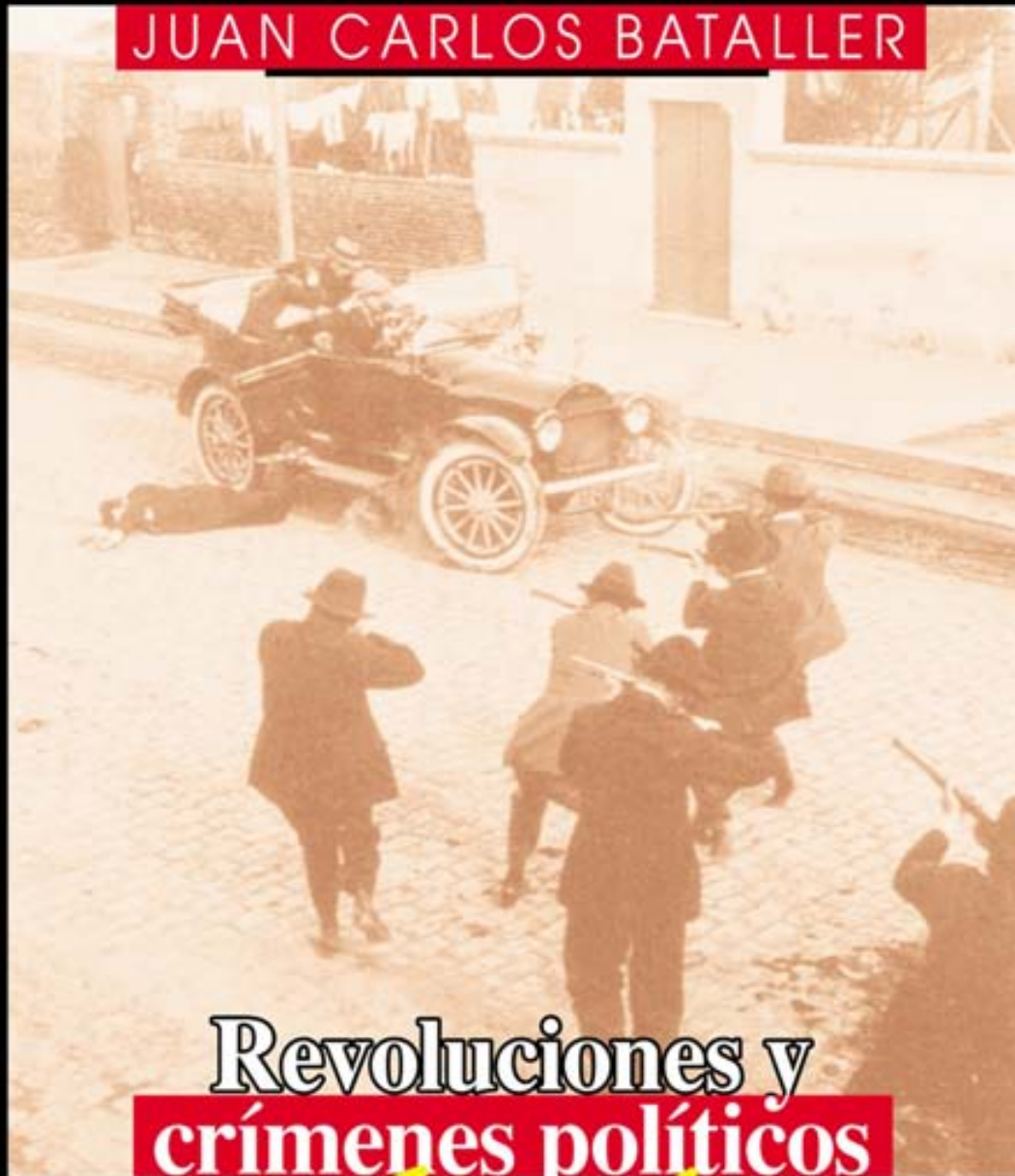


JUAN CARLOS BATALLER

*Revoluciones y crímenes políticos en San Juan*

COLECCION El Nuevo Diario



Revoluciones y  
crímenes políticos

*En San Juan*



COLECCION  
**El Nuevo Diario**  
Editores del Oeste S.A.

Juan Carlos Bataller

Revoluciones y  
crímenes políticos  
*En San Juan*

COLECCION



El Nuevo Diario

## AGRADECIMIENTOS:

*A Mariano Bataller y Rolando Caldentey, por el apoyo logístico para que este trabajo pudiera concretarse.*

*A Miguel Camporro por el diseño y las ilustraciones de este libro.*

*A Nelio Espínola y Daniel Manrique por el armado de esta edición.*

*A Héctor Caballero, por el cuidado puesto en la corrección de esta obra.*

*A la gente de Cewalt S.A. por la impresión.*

*A Juan Carlos Bataller Plana por la selección del material fotográfico.*

*A todos, muchas gracias.*

## Las ilustraciones de esta obra son de Miguel Angel Camporro

### I.S.B.N. 987-95663-4-3

Este libro es un producto de Editores del Oeste S.A. para su colección El Nuevo Diario. Impreso en San Juan en el mes de mayo de 2000 en los talleres gráficos de Cewalt S.A. Domicilio del editor: Santa Fe 236 Oeste. Telfax: (0264)213658 / 4212441  
Los derechos de la obra pertenecen a Juan Carlos Bataller. Hecho el depósito Ley 11.723.

## Para una mejor comprensión de la obra

Pocas provincias han padecido tanto por las pasiones humanas. En pocas provincias se han resuelto de forma más cruenta los desencuentros nacionales. Y en pocas provincias esa historia es más ignorada. Este libro intenta contar algunos de esos acontecimientos que llegaron a estremecer al país. Aclarando que las historias acá relatadas no agotan la cantidad de episodios vividos. Pero constituyen una buena muestra de lo que aquí pasó.

Para los historiadores quizás este libro no aporte datos nuevos. Tienen razón. La intención no ha sido la de aportar un documento más. Hemos centrado nuestro interés en otros aspectos.

- En primer lugar, echar una mirada globalizadora sobre el proceso histórico. Indispensable para saber de dónde venimos y hacia dónde vamos.

- En segundo término, mostrar a través de los episodios, cómo reaccionó el hombre de esta tierra. Cuáles fueron sus comportamientos ante crímenes cruentos, invasiones, cambios de poder. Una forma de comenzar a entender comportamientos colectivos que aún hoy pueden persistir.

- Finalmente, divulgar nuestra historia. Nos interesa más ser considerados divulgadores de la historia que historiadores pues muchos y buenos son los trabajos ya existentes y lo que falta es, precisamente, que cada sanjuanino comprenda e incorpore el pasado de la tierra que habita.

Antes de entrar en las historias, vamos a precisar algunos aspectos muy importantes para que nuestra mirada sea integradora.

● *El primero de ellos es el origen de San Juan como provincia autónoma.*

Sin pretender ser dueños de la verdad diremos que San Juan, especialmente en el siglo pasado, se transformó en una especie de inmenso laboratorio que verificó en su propia piel los procesos en marcha.

Durante la campaña libertadora, al igual que Mendoza, fuimos transformados en “campo de ejército”. Cuyo aportó hombres, bienes y pertrechos como ninguna otra región.

Esos aportes no fueron siempre voluntarios. Esto originó tensiones previsibles e instaló hasta nuestros días un elemento gravitante en nuestra vida: la defensa de los intereses provinciales por sobre los de la Nación.

Esto ha tenido una gran influencia en nuestras actitudes políticas (la existencia de fuertes partidos provinciales), en nuestra cultura y hasta en nuestra visión del país.

● *El segundo es la presencia —especialmente en el siglo pasado— de hombres de vigorosas personalidades y gran envergadura nacional.*

De esta tierra salió Francisco Narciso Laprida, el presidente del Congreso de Tucumán, que nos dio la independencia.

Acá nació un hombre como Sarmiento que conmovió al país y llegó a ocupar la presidencia de la Nación.

En esta tierra surgió también un Salvador María del Carril, adelantado a su tiempo y hábil político que llegó a ser vicepresidente.

Sanjuanino también fue Guillermo Rawson, hombre de gran gravitación en la política nacional.

Durante treinta años gobernó esta tierra Nazario Benavides, hombre cuya acción no ha sido aun valorada como se merece debido a la persistencia de corrientes enfrentadas que han impedido una justa valoración.

Cómo ignorar a los hermanos Cantoni, enfrentados con Hipólito Yrigoyen.

La presencia de hombres de tal envergadura hizo que siempre hubiera una “*cuestión San Juan*” en la Nación. Y que todos los grandes enfrentamientos nacionales se vieran reflejados con increíble fuerza en nuestra geografía. Esto explica las frecuentes invasiones, las periódicas intervenciones y hasta la forma violenta de resolver los conflictos.

● *Otro elemento es la magnitud de los cambios y la rapidez con que estos se produjeron.*

Con Del Carril se hizo la primera experiencia de voto popular, mucho antes que en el resto del país. En San Juan votó por primera vez la mujer argentina, 25 años antes que en la Nación. Fuimos una de las primeras provincias en tener prensa y por allí se encauzó buena parte de la lucha política.

En el campo económico hubo cambios muy profundos, como que de provincia forrajera pasamos a ser vitivinícola. De los terratenientes —verdaderos señores feudales del siglo pasado— pasamos al minicultivo en muy poco tiempo. De ser una provincia rural (el 80 por ciento de la población vivía en el campo a principios de siglo) constituimos hoy un caso extremo de concentración urbana en un sólo oasis. A esto debemos sumar el terremoto, con su tremenda influencia política, económica y sociológica.

La presencia de una vigorosa inmigración cambió también la estructura del poder como en ninguna otra provincia, hasta hacer desaparecer de la vida económica, social y política a familias tradicionales. Con Cantoni se avanzó en la legislación laboral mucho antes de que lo hiciera la Nación con Perón.

Todo esto es lo que transformó a San Juan en un inmenso laboratorio.

De esa ebullición, no podía ser de otra manera, surgieron hechos de una magnitud que impresionan.

Como que aquí se registró (en Angaco) la más cruenta batalla que registra historia argentina, fui-

mos invadidos por riojanos y mendocinos, se cometieron crímenes políticos que asombraron al país, hubo revoluciones de todo tipo y fueron frecuentes las intervenciones federales.

Hoy la ebullición ha cesado.

Pero hay rasgos de nuestras vidas que siguen ligados a raíces muy profundas.

Ignorar esas raíces es negarnos a buscar explicaciones a mucho de lo que nos sucede, como la presencia de caudillos, la resistencia al cambio, la desconfianza y hasta descalificación de lo foráneo, el espíritu de sobrevivencia, la aparente sumisión al poder que se transforma en violenta oposición, el miedo a perder lo que se tiene.

Digamos finalmente que no se puede contar la historia sólo a través de los hechos violentos.

Porque mientras estos se producían, San Juan se hacía y deshacía para volver a hacerse una y otra vez.

Pero tampoco alcanza con contar la historia a través de documentos, expedientes, informes, leyes o decretos.

La historia es un todo. Y es una continuidad.

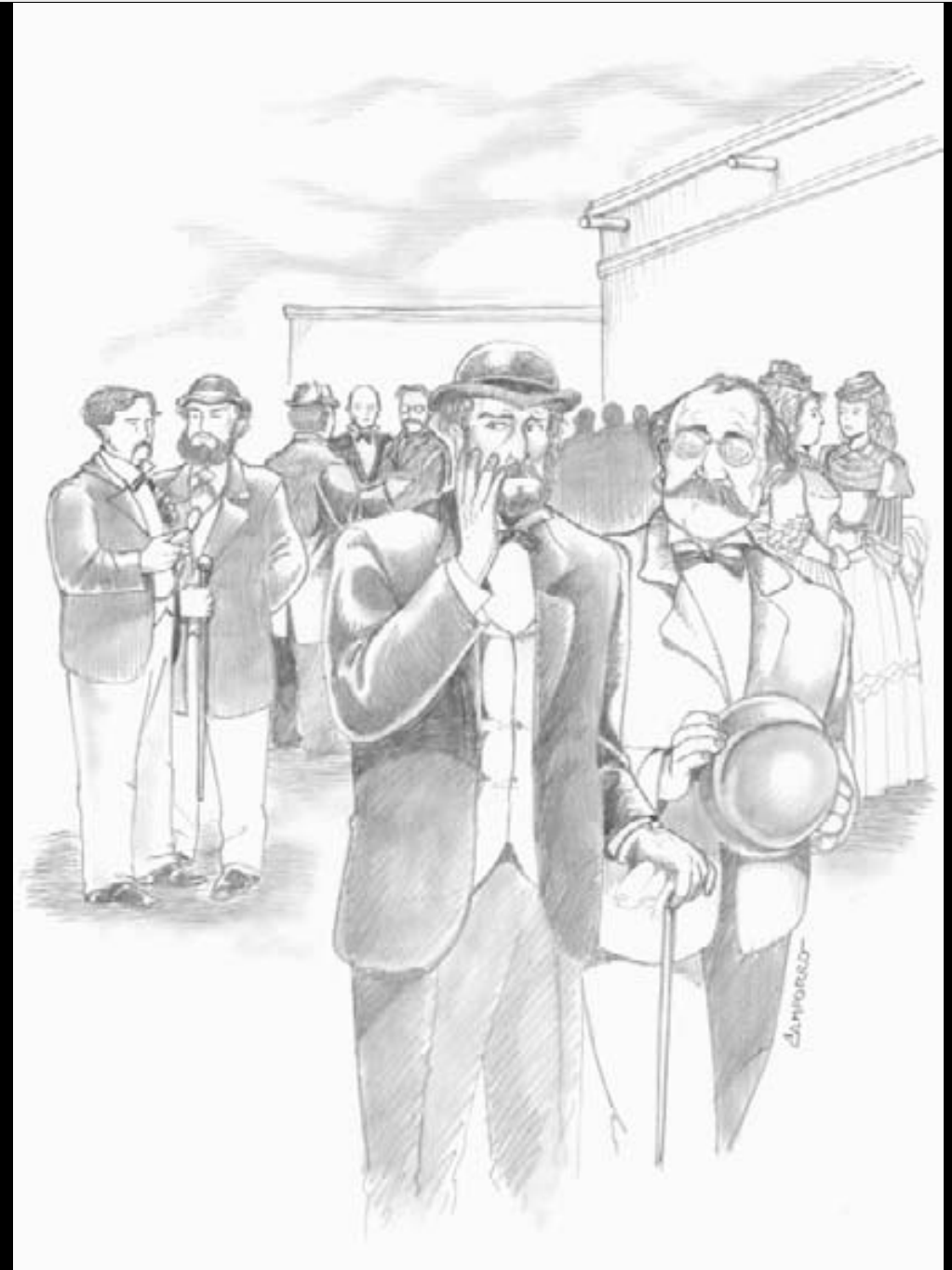
Entender la historia es saber hacia dónde vamos.

Es comenzar a modificar lo que sea necesario cambiar. Pero al mismo tiempo consolidarnos en nuestras raíces.

Y esto, no es poca cosa para una provincia que aún busca su destino.

**Juan Carlos Bataller**

1813



La primera revolución

**LA GUERRA DE  
LAS VERSIONES**

## La primera revolución

¡Pobre Saturnino Sarassa! ¡No sabía dónde se había metido!

El caso es que el 29 de enero de 1812, el Triunvirato resolvió la eliminación de las juntas provinciales y subordinarias. Serían reemplazadas por un nuevo sistema de gobierno. En adelante, se designarían gobernadores y tenientes gobernadores.

San Juan era parte de la provincia de Cuyo, dependiente de Córdoba. Por lo tanto le correspondía una tenencia de gobernación.

Y es así como fue designado el bueno de Saturnino primer teniente gobernador de San Juan.

Sarassa había nacido en Buenos Aires y tenía 51 años cuando fue designado.

Se había iniciado en la carrera militar en 1806, en la guerra para expulsar a los ingleses de Buenos Aires.

Cuando fue designado, el 7 de febrero de 1812, don Saturnino tenía el grado de teniente coronel y había enviudado de su esposa, María de Herrero y Cossio.

Antes de llegar a la provincia ya comenzaron sus problemas. El Cabildo local no estaba muy de acuerdo con el centralismo inaugurado en su nombramiento.

No obstante, como siempre sucede cuando se inaugura un gobierno, el 12 de abril don Saturnino asumió su cargo “con el mayor aplauso y regocijo de todo el vecindario”, como quedó consignado en el comunicado oficial.

De cualquier forma y por aquello de que hombre precavido vale por dos, la primera medida de Sarassa fue ordenar “la reparación de las pocas armas de chispa que quedan en manos del gobierno para mantener la tranquilidad y el orden público y hacer respetar las leyes y providencias”.

Sarassa asumió condicionado por dos grandes problemas. En el plano nacional, el viraje que significó el Triunvirato contra la anterior política de la Junta Grande. Y en el plano local las tradicionales peleas entre “beatos” y “marranos” y la presencia en cada uno de esos grupos de partidarios del centralismo y del provincialismo.

A eso debía sumarse que sólo unas pocas familias contaban en la provincia y qué parentescos o intereses contribuían a la formación de grupos.

Los *marranos* pronto buscaron un acercamiento. En ese grupo estaban José Ignacio de la Roza,

## Quiénes vivían en San Juan

En la particular clasificación que se hizo en el censo de 1812, en la ciudad de San Juan vivían 3.591 personas y en la campaña, otras 9.388.

De los que vivían en la ciudad, 1.558 eran americanos (criollos y mestizos); 40 españoles, 17 extranjeros, 500 indios, 1.409 negros y 67 religiosos.

En la campaña, en cambio, residían 2.882 americanos, 25 españoles, 24 extranjeros, 5.299 indios, y 1.268 negros.

Según ese censo, de los 1.409 negros que vivían en la ciudad, 230 eran libres y 1.179 esclavos. De los 1.268 que habitaban la zona rural, había 962 libres y 306 esclavos.

Aberastain y Godoy. Decidieron enviar al nuevo teniente gobernador un oficio señalándole “**la dulce complacencia que a los firmantes le producía el arribo del teniente gobernador don Saturnino Sarassa y dan gracias por la buena elección de este jefe**”. Como siempre ocurre, hasta algún *beato* despistado firmó el oficio.

En realidad, más que congraciarse con Sarassa lo que hacían era provocar al sector barrido por la Junta subalterna, en especial los hombres fuertes hasta ese momento, José Javier Jofré y el ex diputado José Ignacio Fernández Maradona.

Para colmo de males, un joven abogado estaba dispuesto a iniciar su carrera política sin reparar en medios. A diferencia con los Del Carril o De la Roza, que eran de familias ricas, este joven idealista tenía sus estudios universitarios pero era de familia pobre. Se llamaba Francisco Narciso de Laprida.

Laprida, alcalde de primer voto del Cabildo, apuntó sus dardos contra Sarassa con un argumento bien demagógico: lo acusó de connivencia con los realistas e hicieron correr la voz de que se había entregado a la administración anterior.

Está visto que los problemas nunca vienen solos. Y el gobierno superior nunca se había preocupado por delimitar con claridad cuáles serían las funciones del Cabildo y cuáles las del teniente gobernador. Diplomáticos, los miembros del Cabildo se lo hicieron saber a Sarassa: “*Las comunes ocurrencias que hay con este Cabildo a falta de reglamento especial, inducen a representar a V.E. la urgencia en que se halla para hacer respetar su autoridad, sin temor a excederse en los términos de su jurisdicción*”.

## La guerra de las versiones

La tirantez entre el Cabildo y el teniente gobernador llegaron a un grado extremo a mediados de 1813.

Las relaciones eran tan absurdamente enfrentadas que hasta los más medulosos historiadores han optado por un prudente silencio sobre esta etapa, caracterizada por las bajezas y la pasión demostrada por varios futuros próceres sanjuaninos.

Ya la situación no daba para más.  
Pero... ¿Cómo destituirlo a Sarassa?  
En aquella pequeña aldea de poco más de tres mil almas donde no más de cincuenta familias contaban, no hacían falta medios de difusión. Los rumores corrían demasiado rápido.

Y ese rumor tenía fuerza:

—*Está en marcha una conspiración de los españoles.*

El historiador Horacio Videla recuerda que la historia registra casos de sicosis colectiva como el que vivió San Juan en aquellos días. Y cita la conspiración de la pólvora en Inglaterra, con una noche de San Bartolomé para los católicos; el telegrama de Ems de Bismark que encendió la guerra franco-prusiana, la condena dictada contra el periódico El Restaurador de las leyes que provocó la caída del gobierno de Balcarce.

San Juan vivió su guerra psicológica: la conjura de los españoles en Cuyo, en 1813.

Rumores similares circularon en Mendoza. Pero no tomaron la dimensión de San Juan, donde se salió a la caza de los conjurados.

Alguien denunció a un español, llamado Angel Díaz, de ser uno de los propiciantes de la revolución antinacional. Inmediatamente se lo detuvo.

—¿Estais todos locos? Yo no se nada de política, soy un simple artesano.

Evidentemente, el pobre hombre era totalmente ajeno a la imputación. Nada se le pudo probar y se lo dejó en libertad.

De cualquier forma, el Cabildo no podía quedarse de brazos cruzados ante tamañas versiones. Y como siempre hay un culpable, se decidió expulsar a 40 españoles solteros, sin radicación definitiva, que por aquellos días transitaban por nuestra aldea.

La mecha estaba encendida.

Y alguien tenía que pagar los platos rotos.

¡Quien otro que el bueno de Sarassa!

El 30 de setiembre, el Cabildo, alegando “*la indiferencia criminal con que Sarassa parece mirar el peligro realista, sin tomar providencias para conjurarlo*”, destacó una representación del vecindario con un considerable número de firmas, exigiendo su renuncia.

Otros fueron más directos en sus conceptos:

—*¡Hay que fusilarlo!*



La petición y el tumulto derribaron a don Saturnino.

El pobre viudo, sólo su alma en un pueblo que nunca entendió, sólo atinó a huir, refugiándose en Mendoza, en medio de un coro de voces que, amenazadoramente, reclamaban su cabeza.

Igual que había ocurrido meses antes cuando llegó, las campanas de la ciudad alzaron a vuelo, esta vez festejando la caída del gobierno.

Desde su exilio en Mendoza, Sarassa logró la designación de un juez comisionado para deslindar responsabilidades.

De este modo la provincia tuvo su primer interventor nacional.

La elección recayó en el doctor José María García quien instruyó un sumario.

En ese sumario consta la declaración de Sarassa en la que afirma que “*en vano trató de disuadir a sus adversarios el errado concepto que tenían sobre su persona*”. Afirmó que “*era el más verdadero patriota, como le consta al gobierno nacional que sabe los padecimientos que he sufrido en la expedición del Paraguay, donde fui prisionero. Si así no fuese y existen datos ciertos de mi infidelidad (conivencia con los realistas) estoy pronto para que cualquiera me quite la vida de un bastonazo*”.

Digamos que los autores e instigadores del movimiento fueron arrestados. Entre ellos Laprida, que según un comunicado del comisionado García fechado el 20 de diciembre, fue “*uno de los individuos comprometidos en el movimiento del 30 de setiembre pasado quien, burlando el 14 de diciembre el celo de los centinelas ha fugado de San Juan creyéndose va en viaje a Buenos Aires*”.

El 14 de enero de 1814 se cerró la causa instruida, con una condena contra los autores y demás implicados como “*perturbadores del orden y la tranquilidad pública*”.

Saturnino Sarassa fue repuesto en el mes de enero por el gobierno superior. Pero ya nada quería saber con esta provincia. A los pocos días renunció y dió por terminada su carrera política. Dicen que ni siquiera cobró el sueldo de 800 pesos anuales que se le había fijado. Tampoco aceptó ser nombrado teniente gobernador en La Rioja.

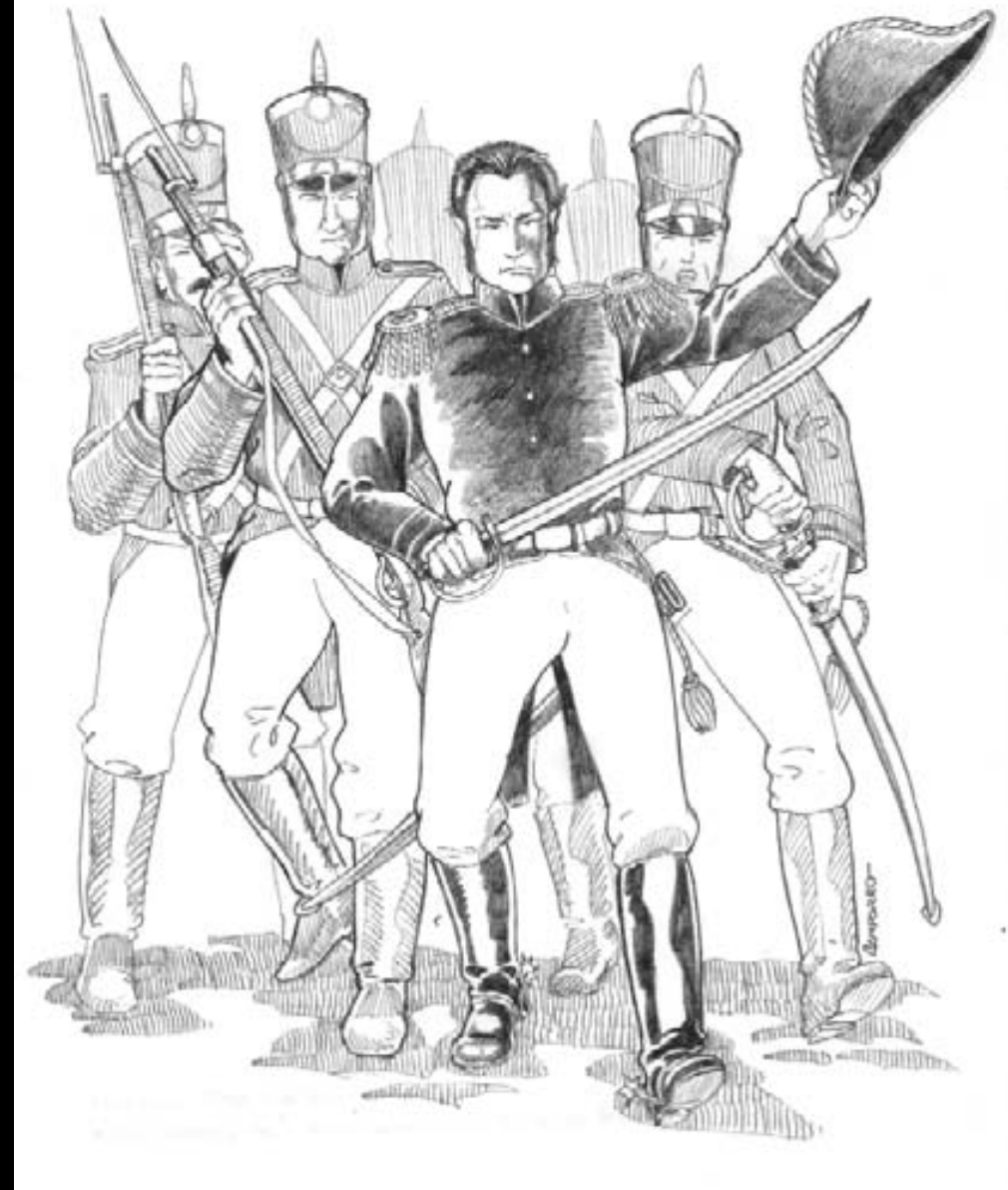
Pero no hay mal que por bien no venga.

Durante su exilio en Mendoza, el viudo militar y desafortunado primer teniente gobernador de San Juan, entró a noviar con una joven de aquella provincia, María Pelipa Moyano. Y ese mismo año 1813, se casó en segundas nupcias.

De esta forma se produjo la primera revolución en San Juan.

La historia se encargaría de demostrar en su transcurrir que esta sería una constante y que entre conspiraciones, derrocamientos, asesinatos políticos y estupideces, la provincia gastaría muchas de sus mejores energías.

1820



Los parientes enfrentados

**EL AVENTURERO QUE  
LOGRO LA AUTONOMIA**



## Principales protagonistas

### José Ignacio de la Roza

Tenía 26 años cuando asumió como primer teniente gobernador de San Juan. Había estudiado en Córdoba y obtuvo la licenciatura y doctorado en derecho en 1806, en la universidad chilena de San Felipe.

Posteriormente De la Roza se radicó en Buenos Aires, volviendo a su provincia en 1814 donde el 1 de enero de 1815 fue elegido alcalde de primer voto del cabildo.

De la Roza era un hombre privilegiado. Su abuelo, Tadeo de la Rosa, antiguo teniente corregidor y justicia mayor de Cuyo y gobernador de armas de la ciudad de San Juan, amasó una gran fortuna, acrecentada por su padre, Fernando.

Su abuelo y su padre firmaron de la Rosa pero José Ignacio cambió el nombre de familia por De la Roza.

Dinero, cultura, título universitario y hombre bien parecido, el joven De la Roza pronto fue el centro de todas las miradas cuando regresó a su provincia natal.

Su ascenso a la primera magistratura de la provincia fue rápido y sin mayores resistencias. El 2 de mayo de 1815, por primera vez en su historia, San Juan se dio un gobierno propio, eligiendo a De la Roza.

El 12 de enero de 1817, José Ignacio se casó con su prima, Tránsito de Oro, con la que tuvo su único hijo, Rosauero.

### Mariano Mendizábal

Hijo de una familia distinguida de Buenos Aires —sus padres fueron Francisco Mariano Mendizábal y María Paula Basabilbaso— Mariano Mendizábal eligió la carrera militar. Precisamente estaba en el Ejército cuando se produjeron las invasiones inglesas y participó luego en las campañas revolucionarias. Pero su vida disipada y sus faltas de disciplina lo hicieron acreedor a varios sumarios.

Oficial del Ejército de los Andes, recaló en San Juan cuando se estacionó en esta provincia el Batallón de Cazadores de los Andes. Gran seductor, aquí casó en 1817 con la hermana de De la Roza, con quien tuvo una hija pocos meses después de la boda.



José Ignacio de la Roza  
(Ilustración de Santiago Paredes)

## La revolución de los parientes

La voz del capitán Francisco Solano del Corro sonó fuerte aquella mañana en la casa del teniente gobernador.

—*Ha sido usted condenado a muerte. Mañana será fusilado.*

Inmediatamente, José Ignacio De la Roza, primer teniente gobernador de San Juan fue trasladado al cuartel de San Clemente y encerrado en una celda.

Los acontecimientos habían comenzado en la madrugada de aquel día 9 de julio de 1820.

De pronto la tranquilidad provinciana se vió alterada cuando el vecindario de San Juan fue despertado por el estampido de varias descargas de fusilería procedentes del cuartel de San Clemente, ubicado a una cuadra de la Plaza Mayor, donde tenía su acantonamiento el Batallón N° 1 de Cazadores de Los Andes.

De la Roza, hombre ligado al general San Martín, era el primer sanjuanino que gobernaba la provincia. “*El gobernador hecho por el pueblo*”, se dijo cinco años antes, cuando fue designado.

En la misma plaza mayor y en las calles de acceso, todo era algarabía: —*¡Muera el tirano! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Federación!*—, se escuchaba en una plaza colmada de tropas en la mayor confusión.

Curiosos al fin, los vecinos salieron de sus casas a medio vestir para conocer el origen del alboroto.

Era la revolución de la que tanto se venía hablando.

De la Roza fue advertido semanas antes del motin en gestación.

No le dio mucha importancia.

Se limitó a convocar al comandante del acantonamiento, teniente coronel Severo García Grande de Sequeira, que le era leal.

—*Señor, el cuerpo de Cazadores de los Andes me responde absolutamente. Quédese usted tranquilo*—, fueron las palabras tranquilizadoras del militar.

Aquel jefe podía responder por su oficialidad, con la que era bastante tolerante. Pero no por la soldadesca, ante la que actuaba en forma implacable. Los resultados estaban a la vista.

Los sublevados sabían que se jugaban la vida.

No podían tener dudas en su accionar.

Lo primero que hicieron fue detener a los oficiales que no se habían plegado al movimiento: el comandante Sequeira, el segundo jefe, sargento mayor Lucio Salvadores y varios capitanes.

Acto seguido se dividieron en dos grupos.

Un piquete, al mando del teniente José Ramón Jardín, un negro liberado de 25 años, se dirigió a la casa de De la Roza, constituyéndolo detenido en una de las habitaciones. Un segundo grupo dominaba el cuartel del batallón de Cívicos, matando al joven teniente Bernardo Navarro, de 18 años y a varios soldados.

Nadie salió a defender a De la Roza.

Si bien el movimiento tenía su origen en pasiones de los soldados, era evidente que el pueblo ya estaba cansado del teniente gobernador.

La gente prefería aclamar al capitán Mariano Mendizábal, nuevo hombre fuerte de la situación quien había organizado el movimiento conjuntamente con el capitán Francisco Solano del Corro, de origen salteño y el teniente Pablo Morillo, porteño, ambos conocidos como hombres brutales y sanguinarios. Detrás de ellos, muchos civiles esperaban también el momento.

Pero a todo esto... ¿quién era este capitán Mariano Mendizábal?

Bartolomé Mitre lo define así:

*“Existía agregado al batallón un capitán llamado don Mariano Mendizábal, natural de Buenos Aires, el cual por su mala conducta había sido separado de las filas. Valiente, corrompido y bullanguero, había asistido a la defensa de Buenos Aires contra los ingleses y hecho casi todas las campañas de la revolución, siendo objeto de un sumario en 1817 por su conducta e incorregibilidad como por indisciplina, para que se escarmiente a este oficial, lo fuera el capitán Juan Lavalle en abril del año siguiente”.*

El batallón de Cazadores de los Andes era parte del ejército libertador que San Martín dejó acantonado en San Juan al emprender el regreso a Chile. Integrado en su mayoría por sanjuaninos y reforzado con reclutas riojanos, el batallón contaba con 1.200 hombres. Mal atendido por las autoridades provinciales y por las nacionales, el batallón vivía en la mayor de las indigencias, debiendo sus integrantes mendigar para poder subsistir.

Estos hombres que habían combatido en la campaña de Chile, ya no querían más guerras. Sólo pensar que ahora, cuando habían vuelto a sus hogares, se los enviara a combatir en el Perú, los exacerbaba.

En este batallón estaba agregado Mariano Mendizábal.

Pero su situación era distinta al resto de los soldados.

El capitán era un gran coquistor... pero de mujeres.

Hombre joven, tenía poco más de 30 años, tez morena, cabellos renegridos y excelente físico, desde joven había tenido mucho éxito con las damas.

Su facilidad de palabra, su capacidad para acercarse a las mujeres y la experiencia que le daban sus años como militar, sumado a que provenía de distinguidas familias porteñas y poseía una buena educación, lo transformaban en un varón apetecible para las jóvenes sanjuaninas, aburridas de la chatura provinciana.

Y Mendizábal apuntó alto: la hermana del hombre fuerte de San Juan, el teniente gobernador De la Roza.

Tras pocos días de asedio, la joven Juana De la Rosa sucumbió a los encantos del militar porteño. Y las consecuencias pronto quedaron a la vista: Juana quedó embarazada.

En aquellos años, una situación de esta naturaleza sólo podía repararse con el casamiento. Y eso precisamente es lo que quería Mendizábal, atraído por el poder y la gran fortuna de los De la Roza.

La boda se realizó el 28 de abril de 1817, en San Juan.

## El marco histórico

La provincia de Cuyo es anterior a la formación de San Juan, Mendoza y San Luis. Nace con el descubrimiento de su territorio por don Francisco de Villagra en 1551 y le da un nombre aborigen, Cuyo, que quiere decir “arenales”. El gobernador de Chile incorpora a su jurisdicción las tierras descubiertas y distribuye la encomienda aborigen entre vecinos de Santiago. Luego nacen las ciudades.



En 1776 se crea el virreinato del Río de la Plata, a cuya jurisdicción queda incorporado Cuyo como parte integrante de la intendencia de Tucumán.

Producida la revolución de Mayo, a la que se pliegan Mendoza, San Juan y San Luis, en cada una de ellas se crea una junta de gobierno, que actúa como agente de la Junta de Buenos Aires. Surge entonces la necesidad de instaurar un gobierno propio y por resolución del Triunvirato se crea la provincia de Cuyo, que tenía como capital a Mendoza.

El general San Martín es el gran impulsor de esta iniciativa pues necesitaba a esta región para convertirla en campo militar para sus campañas.



Cuando San Martín inicia la campaña en Chile, deja al frente de Mendoza al coronel Toribio de Luzuriaga y como tenientes gobernadores, en San Juan a José Ignacio de la Roza y en San Luis al coronel Vicente Dupuy.

Al terminar la segunda década, Las Provincias Unidas se hallaban en plena descomposición política. El interior se alza contra Buenos Aires y la causa federal tiene aceptación en los pueblos y en los caudillos que lo representan.



En ese clima institucional que aun perduraría algún tiempo, ocurren los hechos de esta historia.

Digamos que en esos días, Cuyo sentía todo el peso del sacrificio en la lucha por la independencia. El estado de desmoralización llegó a su punto crítico en 1819. La miseria era general por los aportes materiales a la campaña libertadora, casi todas las familias habían perdido seres queridos y las tropas volvían de Chile cansadas y sin deseos de formar en la expedición al Perú.

Los nuevos objetivos demandaban hombres y dinero. Y la gente ya estaba cansada. La guerra exterior era impopular y el mismo general San Martín era objeto de una campaña sorda.

Mariano Mendizábal pronto advirtió que su cuñado tenía dos problemas.

El primero, cada día estaba más distanciado de la gente y el descontento se generalizaba.

Segundo, De la Roza era un patriota y como tal había encabezado de su peculio particular las listas de contribuciones de guerra.

Como administrador de la inmensa fortuna familiar tras el fallecimiento de su padre, Fernando de la Roza, el teniente gobernador comprometió bienes familiares. Ningún pariente se quejó. Hasta que apareció Mendizábal en la familia y a nombre de su mujer objetó judicialmente el accionar de José Ignacio, dando comienzo a un pleito y a un clima de discordia que afectó profundamente al mandatario.

Las dificultades de De la Roza habían recrudecido desde 1818, cuando se presentó a la reelección. El sector conservador —muy ligado a la Iglesia— apoyado por sectores ligados a los grupos montoneros, guardaban viejos rencores y se opusieron terminantemente.

Para colmo de males, el teniente gobernador había declarado la guerra a la familia de Oro de la que formaba parte su esposa, Tránsito de Oro. Entre otras cosas, había deportado a Chile al ex congresal de Tucumán, fray Justo Santa María de Oro y a San Luis, al hermano de éste, el presbítero José de Oro.

El ambiente en este tiempo estaba dado para una revuelta. Pero faltaba lo principal: quien la encabezara. Lo lógico habría sido un hombre de arraigo sanjuanino y ligado a los sectores conservadores y de la Iglesia. Pero ya sea porque la situación era difícil o porque no existían hombres con ambiciones en esos días, el caso es que la jefatura del movimiento recayó en el famoso Mariano Mendizábal, el apuesto calavera porteño, cuñado del gobernador. Y el desprejuiciado e inescrupuloso militar que advertía la caída no sólo de De la Roza sino de toda la estructura intendencial con la consecuente autonomía provincial, se lanzó a la aventura.

Pero volvamos al gobernante en prisión.

De la Roza no fue fusilado al día siguiente.

Pero la amenaza seguía en pie. En cualquier momento se lo pasaría por las armas.

Esos días fueron un suplicio para el teniente gobernador.

Desde su celda, intentaba escuchar lo que hablaban voces lejanas. Estaba alerta ante los cambios de guardia. Cercanos a él, observaba los instrumentos de suplicio. Un sacerdote se le acercaba cada tanto y le decía:

—*Prepárese, doctor, en cualquier momento será fusilado.*

Dicen que De la Roza se sentía tan mal, tan torturado psicológicamente, que pidió a sus amigos, especialmente a Francisco Narciso Laprida, que le hicieran llegar opio para calmar su ansiedad.

El día 14 pidió redactar su testamento ante la proximidad del cumplimiento de la sentencia:

“*Estando condenado a morir por los jefes que hicieron la revolución el día 9 del presente mes sin causa alguna y sólo por los efectos de las pasiones irritadas de la revolución —escribe—, sepan todos los que el presente vieren, que esta es mi última y única voluntad*”. De la Roza encomienda a su mujer, doña Tránsito de Oro y a su hijo de un mes, Rosauero, a sus amigos Francisco Narciso Laprida y Rudecindo Rojo y recomienda a la esposa que “*inspire a mi hijo los sentimientos más ardientes para su patria y que jamás le inspire venganza contra otros enemigos que los de mi país*”.

Mendizábal, a todo esto, asumido el mando militar quiso institucionalizar la revolución.



El mismo día que se inició el movimiento, el 9 de enero, convocó al ayuntamiento y al vecindario para un cabildo abierto en la sala capitular.

—*Señores*—dijo Mendizábal— *con el deseo de libertar al pueblo del despotismo, opresión y tiranía del teniente gobernador don José Ignacio De la Roza. hemos logrado deponerlo y asegurar su persona al amanecer de este día.*

Hubo, lógicamente, aplausos para el capitán.

—*Encontrándose el pueblo acéfalo*—continuó— *es preciso designar quién gobernará.*

Ante la sorpresa general, el siguiente orador fue Francisco Narciso Laprida quien propuso a Mendizábal como gobernador.

Y fue nomás el cuarto teniente gobernador de San Juan, del mismo modo que lo había sido su cuñado cinco años atrás tras una asonada seguida de una votación popular.

Casi dos meses estuvo preso De la Roza. Pero no fue fusilado.

En los primeros días de marzo, Mendizábal le conmutó la condena por la pena del destierro y lo mandó a La Rioja.

Pero De la Roza hizo un viaje mucho más largo. Siguió hasta Perú, como lo hicieron a su tiempo los otros gobernadores de las provincias cuyanas, Luzuriaga y Dupuy. Allí se sumó al Ejército Libertador.

De la Roza se quedó en Lima, donde murió en 1839, sin volver nunca a su tierra natal ni reunirse jamás con los suyos.

## El aventurero que nos dio la autonomía

—*¡No, este no es el final que yo quería! ¡La aventura fue demasiado lejos!*

Este debe haber sido el último pensamiento de Mariano Mendizábal aquel 31 de enero de 1822, antes que el jefe del pelotón de fusilamiento diera la orden.

Pero allí estaba, en la Plaza Mayor de Lima, Perú. Y la orden llegó:

—*Apunten... ¡fuego!*

Y allí quedó tirado Mariano Mendizábal, sin comprender qué ocurrió, como pudo pasar todo tan rápido.

Porque Mariano Mendizábal, aquel inescrupuloso capitán, enamorado de mujeres, con alma de bribón; el que sedujo a la hermana del poderoso José Ignacio De la Roza y la dejó embarazada para casarse después con ella y tener una hija, había dado a San Juan lo máximo que un patriota puede darle: su autonomía como provincia. Y sin embargo...

Pero vamos a la historia.

Corría enero de 1820 y Mendizábal era el teniente gobernador de San Juan.

Es cierto que tenía pocos escrúpulos. Pero no era tonto Mendizábal. Ya era el teniente gobernador. Pero para asegurar el poder tenía que lograr que Mendoza, capital de la intendencia, reconociera el hecho consumado. Pero sus ambiciones iban más allá: quería la autonomía provincial. ¡Basta de depender de Mendoza! San Juan debía ser una provincia confederada, con todos sus derechos.

Enterado de que De la Roza había sido depuesto, el gobernador intendente de Cuyo Toribio de Luzuriaga instruyó al coronel Rudecindo Alvarado que viajara a San Juan al frente de dos compañías de cazadores provistas de piezas de artillería de campaña para hablar a los revoltosos “*en lenguaje convincente*”.

El día 14 Arredondo llegó a Pocito chocando con una guardia sanjuanina, a la que no consiguió atrapar.

Siguió viaje y cuando ya se veía el poblado se encontró con el Batallón número 1 en formación y dispuesto a darle batalla.

Tampoco el pueblo apoyó a Arredondo. Es más, una representación integrada por Salvador María del Carril y Pedro José Zavalla le pidió que desistiera de atacar a la tropa sublevada pues todo podría terminar en un conflicto sangriento.

Arredondo volvió a Mendoza decepcionado. Y Mendizábal rió para sus adentros: había logrado detener la reacción de la capital de la intendencia.

Ahora él tenía el toro por las astas. *Frente la Mendoza dictatorial se levantaba San Juan Federal, marchando hacia su total autonomía.*

San Martín desde Chile recomendó prudencia al gobernador de Cuyo.

Desobedecido en San Juan y con un brote de descontento en su propia guarnición, Luzuriaga renunció como intendente de Cuyo.

Inteligente Mendizábal, escribió al director supremo, general Rondeau, ofreciendo obediencia al gobierno central.

Su obra de arte estaba a punto de ser consumada. El 29 de febrero convocó a la población a una asamblea en la Catedral para que decidieran sobre un único punto:

—¿*Quieren unirse a las demás provincias federadas o seguir dependiendo de Mendoza?*

El 1 de marzo de 1820, la asamblea proclamó la autonomía, con la adhesión entusiasta de la población. San Juan era ya un estado argentino.

¡San Juan había nacido como provincia! Y lo había logrado el aventurero Mendizábal. Ya formaba parte de la historia provincial.

Pero ahí terminó su suerte. Y comienza su noche negra. En un proceso tan rápido como el que lo llevó a la cumbre.

El comandante Francisco Solano del Corro, su socio el 9 de enero en el derrocamiento de De la Roza, comenzó a hacerle la vida imposible. Acusaba a Mendizábal de “*traidor a la causa*” si se detenía ante cualquier exceso o pactaba la paz con Mendoza. Lo atacaba por haber perdonado la vida de De la Roza, halagaba a su tropa que seguía en un estado de sublevación y se iba erigiendo en el líder militar del movimiento.

Mendizábal intentó liberarse de Del Corro y lo envió a una aventura imaginaria a La Rioja. Pero la tropa se amotinó y exigió el regreso de su jefe.

Y Mariano no tuvo más remedio que enviar un chasqui para pedirle que volviera.

Tampoco con los vecinos le iba bien al nuevo teniente gobernador. Alguien lo acusó formalmente:

—*Faltan varias cajas de caudales públicos.*

Mendizábal intentó aclarar la situación:

—*Las llevé a mi casa ante la posibilidad de que el coronel Arredondo invadiera San Juan.*

Nadie quedó conforme.

Para colmo, el Batallón de Cazadores de los Andes —transformado en una horda de maleantes que cometían toda clase tropelías—, seguía reclamando fondos. Y Mendizábal no tenía otra alternativa que dárselos. Con lo que sus relaciones con los vecinos fueron de mal en peor.

El 21 de marzo de 1820 una asamblea de vecinos, apoyada por Del Corro y sus tropas, destituyó al primer gobernador, al hombre que logró la autonomía provincial. Exactamente tres semanas después



de haberla logrado.

José Ignacio Fernández Maradona, de 68 años, fue designado gobernador. En el mando militar se lo mantuvo al capitán Francisco Solano del Corro, el nuevo “*hombre fuerte*” de San Juan.

Mendizábal no sólo había dejado de tener el poder. Ahora debía rendir cuentas de los fondos públicos administrados durante sus dos meses y medio como gobernador.

El 20 de abril presentó una rendición. Y el 24 Fernández Maradona lo intimó para que en el término de 24 horas repusiera 4 mil pesos que faltaban.

Ante esto, el inescrupuloso padre de la autonomía sanjuanina, con la ayuda de su mujer, se fugó disfrazado de fraile. Ante ello el nuevo gobernador ordenó un sumario, cerrado con la deportación inmediata de Mendizábal.

Mendizábal, como había ocurrido con De la Roza, con el gobernador de Mendoza Luzuriaga y el gobernador de San Luis, Dupuy, fue detenido en La Rioja por las fuerzas del comandante de los Llanos, Juan Facundo Quiroga.

El aventurero militar estuvo un tiempo detenido y remitido luego a Martín Güemes que lo envió a Perú, a disposición del general San Martín.

En Lima, Mariano Mendizábal fue sometido a consejo de guerra y condenado a muerte.

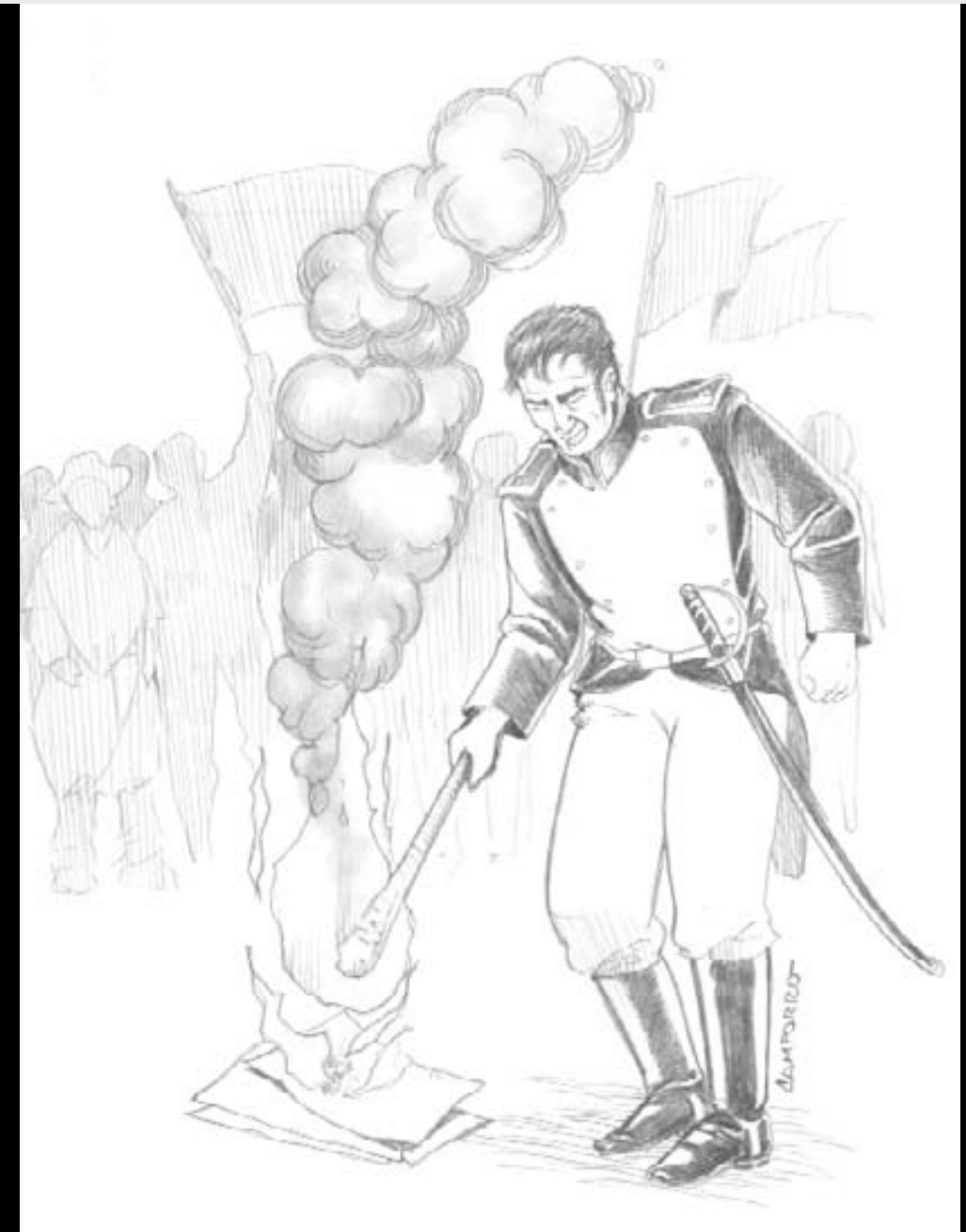
José Ignacio De la Roza pidió al Libertador por la vida de su cuñado a pesar que lo había traicionado.

Fue en vano

Fue degradado en la plaza de Huaura y fusilado en cumplimiento de las ordenanzas militares.

Y allí estaba ahora, 31 de enero de 1822, el cuerpo sin vida de Mariano Mendizábal, el primer gobernador del San Juan autónomo, acribillado por el pelotón de fusilamiento en la Plaza Mayor de Lima.

# 1825



La revolución religiosa

## CUANDO SE QUEMO LA CARTA DE MAYO



Salvador María José Del Carril según una carbonilla de Santiago Paredes

### El principal protagonista

Salvador María José Del Carril nació el 10 de agosto de 1798, en una casona patriarcal, ubicada en la calle del Cabildo. Bautizado en la Iglesia Matriz como Salvador María José, era el cuarto hijo de una familia muy acaudalada.

Se graduó en Derecho Civil y Canónico en la Universidad de Córdoba, en 1816.

Con el fin de poder optar por el título de abogado, se trasladó a Buenos Aires, ingresando en la Academia Teórico - Práctica de Jurisprudencia, donde realizó una práctica de tres años mientras desempeñaba un cargo administrativo en el ministerio de Hacienda.

Regresó a San Juan a fines de 1819 con ideas realmente innovadoras para la época.

## La revolución religiosa

El joven Salvador María Del Carril era un gran gobernador. Todos estaban de acuerdo en ello. Activo, inteligente, inquieto, culto, era el hombre con las condiciones necesarias para sentar las bases de San Juan como provincia.

Quizas por su juventud o tal vez por sus convicciones, lo cierto es que fue con sus iniciativas mucho más adelante de lo que podía aceptar la sociedad en su conjunto en el momento en que se vivía. Y ahí empieza esta historia.

El 6 de junio de 1823, comienzan los problemas cuando por decreto, el gobierno declaró la reforma eclesiástica, aboliendo el derecho que se cobraba sobre los óleos, secularización de regulares, desvinculación de bienes de manos muertas y releva a los fieles de llevar capilla y velas, todo de acuerdo con la Asamblea del año 13.

Pero sería recién en 1825 cuando la crisis estalla.

La reforma eclesiástica emprendida a pocos meses de asumir su gobierno se enlaza con su obra más admirable: la Carta de Mayo.

Los historiadores coinciden en que no se trató de una constitución sino en una declaración de derechos del hombre, comparada con la célebre Carta Magna de los ingleses.

El proyecto tuvo entrada legislativa el 6 de junio de 1825, por iniciativa del Poder Ejecutivo.

El día 11 se aprobó en general sin observaciones. Y lo mismo pasó con los primeros artículos, hasta que el día 23 de junio, todo cambio sustancialmente.

El presidente del cuerpo informó que había recibido del Poder Ejecutivo tres paquetes que contenían peticiones del pueblo.

Básicamente, había más de 1400 personas que pedían la sanción de la Carta de Mayo y 683 personas que solicitaban la no sanción de los artículos 16 y 17 como se habían presentado.

Se entabla entonces una discusión sobre si se convoca a los impugnadores del proyecto para ser escuchados en el seno de la Cámara o se enviaban las peticiones a una comisión especial.

El ministro secretario, José Rudecindo Rojo, intervino y dijo:

—Yo no puedo compartir este criterio pues sería eternizar la cuestión. Que se giren las peticiones al archivo y se resuelva por votación nominal.

Un anónimo fijado en la puerta de la Casa de Gobierno el 1 de julio, fijaba posiciones sobre los diputados que no asistían a las reuniones:

“El Ejecutivo con sus mañas y cohechos logrará por un momento sancionar lo que quiera pero su caída está próxima.

## Joven y con votos

El 19 de enero de 1822 se produce un movimiento revolucionario y asume el gobierno el general José María Pérez de Urdininea.

Como el general no era sanjuanino, inmediatamente comenzaron a conspirar contra él.

Inteligente el hombre, designó en su gobierno a las máximas personalidades de ese momento. Primero nombró ministro secretario a Francisco Narciso Laprida, que acababa de presidir el Congreso de Tucumán y luego a Salvador María del Carril, un brillante abogado de 23 años.

Con estas designaciones, Urdininea apaciguó los ánimos y sentó las bases para lo que luego fue el Tratado de Huanacache que firmaron las provincias cuyanas.

Pero resulta que el general fue convocado para ponerse al mando de la expedición al Alto Perú. Tiene que renunciar al cargo y la Junta de Representantes expide un decreto para que se hagan elecciones populares.

Es interesante conocer aquel decreto que tenía cinco artículos.

- Por el primero se decía que “en la elección de gobernador, todo hombre libre, natural o avecindado en la provincia, mayor de 21 años, o de menos si es emancipado, tiene derecho a votar”.

- No podían votar, en cambio, “los acusados de crimen con proceso justificativo, siempre que por él vayan a sufrir pena corporal aflictiva o infamante, los que no tengan propiedad conocida u oficio lucrativo y útil al país del cuál subsistir; los domésticos y los asalariados que, por carecer de propiedad se hallan de servicio a sueldo de otras personas”

- El punto tercero aclaraba que “de los individuos militares que componen la guarnición sólo votará el que haga de comandante y de los conventos regulares, sólo los prelados”.

- El artículo cuarto expresaba textualmente: “Al que se le probase cohecho o soborno en la elección, antes o despues del acto, incurrirá en la multa del céntuplo del soborno o, en su defecto, una pena equivalente. Y tanto el sobornante como el sobornado, serán privados perpetuamente de voto activo y pasivo. Los calumniadores sufrirán la misma pena”.

- Finalmente, el artículo quinto disponía que “habrá una mesa central de elección en la Casa de Justicia o Municipal, compuesta por los alcaldes de primer y segundo voto, el procurador de la ciudad y dos comisionados que la junta nombrará en su seno.

Así se realizaron las primeras elecciones populares (aunque selectivas) en San Juan.

¿Cómo fueron los comicios? Impecables. Se dieron todas las garantías, no hubo presión ni fraude alguno.

Y resultó electo gobernador un jóven de 24 años que luego daría mucho que hablar: Salvador María del Carril.

Por aquellos años, San Juan tenía 26 mil habitantes, Mendoza 30 mil, Córdoba 80 mil, Buenos Aires 151 mil y Santa Fe 10 mil.

*¡Ciudadanos! Las leyes obrarán contra él pues habiendo jurado ante el pueblo soberano profesar y defender la religión católica, apostólica y romana, quiere a la fuerza y valido de las bayonetas, intimidar a nuestros representantes y despojarnos de ella”.*

Entre los miembros de la Cámara había legisladores irreductibles en el tema religioso, que habían decidido no asistir a las sesiones. De un total de 18, votaron 12 con un resultado de 9 a 3 a favor de la propuesta.

Finalmente el 6 de julio quedó sancionada la ley y el 13 promulgada por el Ejecutivo.

Los opositores a la Carta de Mayo ya no discutían.

Habían decidido pasar a la acción.

Atrás estaba evidentemente la inteligencia de otras personas escudadas en las sombras. Pero la acción corrió por cuenta de un sargento llamado Joaquín Paredes, al que apodaban “*Carita*”, secundado por otros dos sargentos, uno de apellido Moyano, al que apodaban el “*Chucuaco*” Moyano y otro de apellido Maradona, que era de raza negra.

El primer objetivo fue sublevar al cuartel de San Clemente, ubicado a una cuadra de la Plaza Mayor y sumar al movimiento a los presos de la cárcel.

El paso siguiente, tomar prisionero al gobernador.

En la noche del 26 de junio de 1825, Del Carril dormía en su casa cuando de pronto se vio ante dos hombres armados con fusiles y escuchó de labios del cabo de policía Francisco Borja Vasconcelos una orden que no terminaba de comprender:

—*Está usted detenido. Debe acompañarnos.*

El joven gobernador intentó hacerles entender a sus visitantes la gravedad del hecho que estaban produciendo. Vasconcelos lo interrumpió bruscamente y a los empujones lo sacó a la calle, llevándolo detenido al cuartel.

La ciudad ya estaba en manos de cabos, sargentos y presos.

Con este inusual “ejercito” Paredes y su extraña corte sentó las bases de su proclama:

“*Los señores comandantes de la tropa defensora de la religión que abajo suscriben, tienen el honor de hacer saber a toda la tierra el modo como cumplen los mandatos de la Ley de Dios*”, comienza diciendo.

El documento solicitaba en sus seis artículos:

1º) *Que la Carta de Mayo sea quemada en acto público, por medio del verdugo “porque fue introducida entre nosotros por la mano del diablo para corrompernos y hacernos olvidar nuestra religión católica apostólica, romana”.*

2º) *Que la Junta de Representantes sea deshecha y en su lugar se ponga el Cabildo, tal como estaba antes, y toda la administración de justicia.*

3º) *Cerrar el teatro y el café por estar profanados porque allí concurrían los libertinos para hablar contra la religión.*

4º) *Que los frailes se vistan de frailes.*

5º) *Sancionar en toda la provincia la Católica Apostólica Romana como la religión de San Juan.*

6º) *Imponer una contribución para el pago de la tropa.*

Una bandera blanca con una cruz negra y la leyenda “Religión o muerte”, servía de emblema.

Los defensores del gobierno intentaron el día 27 alguna defensa. Protagonizaron escaramuzas con algunos muertos y heridos por ambas partes pero ante la imposibilidad de resistir se replegaron hacia el Pueblo Viejo, Concepción.

Allí fueron seguidos por Paredes y los suyos por los que no les quedó otra alternativa que cruzar el río y concentrarse en la Villa Salvador, en Angaco.

Del Carril había quedado sólo y en prisión.

Pero advirtió la gravedad del momento, la que al parecer pasaba desapercibida para los dirigentes del grupo sublevado: “sin una autoridad a quien la soldadesca en armas insurreccionada respetase y obedeciese y con el peligro de un saqueo, de muertes, violencias y otros excesos y crímenes, procedan a designar un gobierno de hecho para ocurrir con prontitud a la seguridad y tranquilidad de la población”.

Ya no era una cuestión de ideas o legalidad. Estaba en juego la seguridad de la sociedad.

Ese mismo día 27 se reunió parte del vecindario en la capilla de San Clemente, contigua al cuartel. Y proclamó gobernador a Plácido Fernández Maradona, uno de los ideólogos del movimiento subversivo. Este juró el cargo y designó ministro al presbítero José Manuel Astorga y depositó el mando de las tropas en Juan Antonio Maurín, antiguo capitán del Batallón número 1 de Cazadores de los Andes.

Fernández Maradona pensó que estaba todo dicho y que la situación era irreversible. Mandó poner en libertad a Del Carril, exhortó a los defensores del gobernador electo a que volvieran a sus hogares y depusieron las armas y designó a “un hombre de mi entera confianza y militar acreditado de carrera” al frente de los efectivos sublevados, el comandante Manuel Olazábal.

Convencido de su accionar, el fanatizado nuevo mandatario escribe el 5 de agosto al gobernador de Buenos Aires, general Juan Gregorio de las Heras, encargado del Poder Ejecutivo Nacional, explicando que el movimiento revolucionario había estallado por el descontento de los vecinos “con la intempestiva sanción y publicación del papel titulado *Carta de Mayo*”. Y aclara que él se había visto obligado a tomar el mando “creyendo que así se cortarían las disensiones y se restituiría el país a su antigua pacificación”.

Mientras esto escribía y tal como lo pedía la proclama, la Carta de Mayo fue quemada en la Plaza Mayor y el departamento de Justicia en pleno, con sus jueces de primera y segunda instancia, que permanecían en Angaco, dimitieron conjuntamente.

La ciudad permanecía bajo el estado de sitio.

No tardan en iniciarse tratativas entre los dirigentes que resistían en Angaco y el nuevo gobernador, que se concretan en el acuerdo del “Pedregal de Chimbás”. En cumplimiento de lo pactado el grupo armado se disolvió, jurando previamente mutua cooperación y defensa.

Del Carril, a todo esto, no permanecía quieto. Solicitaba ayuda al gobierno de Buenos Aires y propiciaba una asamblea para analizar la situación.

### El primer periódico

*El primer periódico con que contó San Juan fue “El defensor de la Carta de Mayo”, una publicación de combate que tenía como objetivo contestar las objeciones que se hacían al proyecto.*

*Apareció por primera vez el 29 de junio de 1825, al día siguiente de asumir Salvador María del Carril como gobernador. Precisamente, Del Carril y Rudecindo Rojo fueron sus principales plumas.*

*El segundo y último número se editó el 14 de julio.*

*Es oportuno destacar que gracias a Del Carril San Juan fue una de las primeras provincias que tuvo imprenta. Sólo poseían una prensa Buenos Aires, Tucumán, Mendoza, Córdoba y Entre Ríos.*

*La reglamentación sobre el uso de la imprenta disponía que cualquier particular podía utilizarla, pagando 20 pesos por la composición del pliego o entregando el papel y dejando el producido a beneficio de la misma. Con este sistema pudo editar El Zonda Domingo Faustino Sarmiento años después.*

Un fraile dominico, Roque Mallea, le confió al oído que su vida corría serio riesgo. Ante ello el joven mandatario depuesto partió a caballo a Mendoza, amparado por un salvoconducto obtenido por el fraile.

Ya en Mendoza, Del Carril comenzó las gestiones para recuperar el gobierno.

### El regreso del gobernador

Del Carril no estaba solo en Mendoza. Pronto se le unieron decenas de comprovincianos, entre ellos la plana mayor de su partido, conformando un verdadero gobierno en el exilio.

Trata de interesar a los mendocinos para que intervengan en San Juan pues —argumenta— “el movimiento local representa un peligro para las demás provincias porque puede extenderse”.

Mendoza actúa con cautela. Del Carril se impacienta, sus adictos también.

La Sala de Representantes de Mendoza, presidida por Godoy Cruz, sanciona una ley que autoriza al Poder Ejecutivo “a intervenir en los asuntos de San Juan como crea conveniente”.

El gobierno decide, entonces, intervenir militarmente, acordando que “el pueblo de San Juan está bajo la protección de este gobierno” y condiciona la ayuda a que “el gobierno de San Juan se obligará a resarcir los gastos que se hicieren en el restablecimiento de orden en la provincia”.

Fernández Maradona tampoco se queda quieto. Busca apoyo en Córdoba, gobernada por Juan Bautista Bustos el 31 de agosto, ante la inminente intervención.

Envía a Mendoza un delegado, Timoteo Maradona, el cuál no sólo no fue oído sino que se lo encarcela.

Dispuesta la intervención armada, el gobernador Correas coloca al frente al coronel José Aldao. Lo mismo ordena Del Carril a la compañía formada por sus partidarios.

El poder central, el 3 de setiembre, autoriza al gobierno de Mendoza “para que tome cuantas medidas considere oportunas a fin de hacer desaparecer de aquel territorio la anarquía que ha empezado a desenvolverse de un modo que hace temer las más funestas consecuencias a la paz y la felicidad de toda la República. En el orden nacional predomina el grupo unitario quien se propone entregar al país una Constitución de acuerdo con su ideología y no puede permitirse perder una pieza importante como es San Juan.

Bajo las ordenes de Aldao se encuentran sus hermanos Francisco y José Felix, el célebre fraile Gabino García, Lorenzo Barcala, Francisco Moyano y José Ignacio Mendieta, el sanjuanino que comandaba a los emigrados.

Maradona improvisa un ejército y pone a su frente a Mariano Olazábal.  
—Juro por mi honor defender la causa con mi vida—, dijo Olazábal.





## Un gran gobernador

Los sucesos de 1825, originados en el fanatismo religioso de un irresponsable grupo dirigente que no trepidó en utilizar a los presos de la cárcel para derrocar a Salvador María del Carril, primer mandatario electo —y reelecto— por el voto popular, privaron a San Juan de un gran gobernante.

Afortunadamente, su genio no se perdió sino que durante cincuenta años sirvió a la Nación desde los más altos cargos.

Pero una vez más quedó de manifiesto ese rechazo de los sanjuaninos por los hombres intelectualmente superiores. *¿Acaso el gran Sarmiento, en 1886 y después de haber sido presidente, no perdió una elección como candidato a diputado contra un oscuro ex jefe de Policía llamado Agustín Cabeza, por 3.683 votos contra sólo 2.037?*

Del Carril modificó las estructuras del Estado, las leyes orgánicas de la administración pública, la cultura y la educación. Trajo la imprenta, obligó a que se publicaran los actos oficiales, defendió la libertad de pensamiento, organizó la justicia —creó el departamento de Justicia, base de este poder del Estado—, se preocupó por las cuestiones urbanas, fomentó la forestación —que casi no existía en aquellos años—, creó el Reglamento de Policía de Agua (anticipo de la Ley de Aguas), fomentó el desarrollo agrícola y se preocupó por las explotaciones mineras.

Sin embargo su figura siempre fue discutida por algunos historiadores, más cercanos al pensamiento de aquel Sargento Joaquín Paredes, (alias Carita) que del progreso de la sociedad.

Tras ser repuesto en el cargo de gobernador y renunciar, Del Carril dejó la provincia. En 1926 fue ministro del presidente Rivadavia, con sólo 28 años. Luego ministro del Interior y vicepresidente de la Confederación Argentina durante la presidencia de Urquiza, constituyente en 1853, ministro y presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, designado por el presidente Bartolomé Mitre, entre otros importantes cargos.

Falleció en Buenos Aires, a los 84 años, el 10 de enero de 1883.

Al despedir sus restos Sarmiento dijo: *“A Del Carril debemos ser hoy argentinos”*.

A las primeras escaramusas en La Rinconada de Pocito, Olazabal abandona el campo de batalla y huye aterrorizado, quedando al frente de los defensores el ministro prebistero Manuel Astorga..

Aldao obtiene la victoria en La Rinconada —esta fue la primera batalla en ese lugar trágico— y entra en San Juan en horas de la tarde el día 9.

Repuesto Salvador María del Carril en el cargo, Aldao regresa a Mendoza.

La factura que pasó Mendoza ascendía a 19.104 pesos y 7,50 real plata boliviana, suma fuerte para esa época. Todo da a entender que fue la Nación la que pagó ese importe.

## Del Carril renuncia

El 12 de setiembre se realizó una sesión extraordinaria de la Sala de Representantes. Tuvo que sesionar con quorum estricto pues faltaron todos los diputados comprometidos en el alzamiento.

El primer tema tratado fue la renuncia de Del Carril. *“No puedo continuar al frente de los negocios públicos pues las medidas que tendría que adoptar serían interpretadas como dictadas por un espíritu vengativo pero aconsejo para el bien del país que debe armarse el gobierno de una espada que corte la cabeza del fanatismo y la cadena de la licencia. Hacedlo, pero no dejes equivocar la necesidad con la venganza”*.

Aceptada la renuncia, el diputado Ruperto Godoy propone que se deje de lado el mecanismo electoral y se designe por seis meses un gobernador el que gozará de facultades extraordinarias durante tres meses. Apoyada por unanimidad, la iniciativa se transforma en ley y resulta electo don José Navarro, presidente de la sala en ese momento.

Es así como la primera medida, siguiendo el consejo de Del Carril, es la formación de una fuerza militar, encargándose de tal tarea al comandante Nicolás Vega, militar español, unitario declarado, que formó parte del Ejército de Los Andes.

Las penas a los vencidos fueron duras.

- A José Santiago Paredes se le formó causa criminal. En octubre se conoció la sentencia que afirma que “su crimen está comprendido en el de alta traición”. Paredes había huido a los Llanos de La Rioja. Enterado Facundo Quiroga de lo resuelto lo remitió inmediatamente a San Juan..

- Al clérigo Manuel Astorga se lo condenó a la pena de muerte pero por decreto se resolvió que “esta misma noche, dispensando la pena que tiene bien merecida, saldrá desterrado para el estado de Chile, quedando todos sus bienes conocidos en favor del erario público”.

- El presbítero Dionisio Rodríguez “saldrá asimismo, debiendo perder sus bienes si antes no deposita en Tesorería la multa que le ha cabido”.

- Salieron también desterrados el sacerdote José de Oro, Juan José Robledo y Manuel Torres.

## LA CARTA DE MAYO

1° - Toda autoridad emana del pueblo y los poderes públicos instituidos constitucionalmente en la provincia, no tienen por objeto sino el interés, la utilidad y la necesidad que produjo esencialmente su asociación, con el fin de procurar el mayor bien de cada uno y de todos sus asociados.

2° - Todo hombre de la provincia de San Juan es el único dueño y propietario de su persona. Cada uno puede comprometer sus servicios por un tiempo pero no venderse a sí mismo.

Esta primera propiedad es innegable y no padece excepciones sino es en los esclavos, negros y mulatos, que aun existen a consecuencia del antiguo sistema colonial, los cuales, por la Ley de la Asamblea Nacional del 2 de febrero de 1813, que declara los vientres libres y existe, con todo su vigor, y cuya fuerza se corrobora por la presente garantía, serán extinguidos del todo en breve tiempo.

3° - Todo hombre es libre en el ejercicio de sus facultades personales, con tal que se abstenga de dañar los derechos de otro, que estén declarados tales por ley.

4° - Cada individuo puede pensar, formar juicios, opinar y sentir libremente sobre todos los objetos sujetos a la capacidad de las facultades intelectuales, sin que sea responsable nadie de sus pensamientos o sentimientos; puede hablarlos o callarse sobre ellos, como quiera, puede adoptar cualquier manera de publicarlos y, en particular, cada uno es libre de escribir, imprimir o hacer imprimir sin licencia ni previa censura. Lo que bien le parezca, siempre con la sola condición de no dañar los derechos de otro.

5° - Las cartas, billetes y comunicaciones de toda clase, cerradas, enviadas de un lugar a otro por uno o más individuos, a particulares o corporaciones, por cualquier vía, porte o conductor, son sagradas y cualquier tentativa para abrirlas, sustraerlas, ocultarlas o imponerse de su contenido de parte de los intermediarios que se encuentren entre el que escribe y la persona a quien se escribe, es un delito público digno de castigo.

6° - Todo ciudadano o habitante de la provincia es igualmente libre para emplear sus brazos, su industria y sus capitales como juzgue bueno y útil a sí mismo. Ningún género de trabajo le es prohibido. Puede fabricar y producir lo que le parezca y como le agrade, en sus diversas ocupaciones ningún particular ni asociación tiene derecho a embarazarlo e incomodarlo y mucho menos impedirlo. La ley sólo puede demarcar los límites de esta libertad, como los de cualquiera de las otras.

7° - Todo hombre es el solo dueño de disponer y usar de sus bienes, rentas y propiedades de cualquier clase como lo juzgue a propósito, sin que nadie tenga derecho a despojarle de la menor parte sin título legal.

8° - La libertad, la seguridad y la propiedad de los ciudadanos y habitantes de la provincia, reposan por esta ley bajo una garantía social superior a todos los ataques de los empleados públicos y de los atentados de los particulares. Por consiguiente, la ley tendrá su disposición, fuerza, formas y recursos capaces de suministrar medios amplios para reprimir a los simples ciudadanos que emprendieran atacar los derechos de otro, y de poner en impotencia a los que tienen alguna forma de autoridad o poder público y están encargados de ejecutar las leyes, de atender a las libertades de los ciudadanos y habitantes. Para el efecto, todas están obligados a contribuir lo bastante de sus servicios personales, de su sangre y de sus bienes en las diversas necesidades públicas, según el modo igual y proporciones que establezcan las leyes.

9° - Nadie estará obligado a pagar contribuciones, hecho o gravamen de cualquier clase y por ningún motivo, si no ha sido votado y sancionado por los representantes del pueblo.

10° - Todos los habitantes y ciudadanos de la provincia están igualmente sometidos a las leyes y ninguno será obligado a obedecer si no se le manda en virtud de alguna ley.

11° - La ley de la Provincia es la expresión de la voluntad general por el intermedio o comisión de sus representantes y todos los ciudadanos libres y aoptos tienen influencia en su formación por medio de la elección directa de ellos.

12° - Delante de la ley, todo hombre es igual sin distinción, fuero ni privilegio. Ella debe proteger a todos con los mismos medios y castigar a todos los culpables igualmente.

13° - Nadie debe ser llamado ante la justicia, molestado ni apremiado sino en los casos previstos por la ley y según las

formas determinadas por ella. Pero todo ciudadano llamado en nombre de la ley y según sus formas, debe obedecer al instante. La resistencia le hace culpable.

14° - La casa de cualquier habitante es un sagrario en que nadie puede introducirse sin el consentimiento del que la habita ni puede ser allanada si no es por orden escrita de algún funcionario público, librada bajo su responsabilidad. En cualquier otro caso, el dueño o habitante puede repeler con la última violencia cualquier agresión.

15° - Todo ciudadano tiene derecho a las ventajas comunes que pueden nacer y se originan del estado de sociedad y desde luego, ningún hombre es más libre que otro. Ninguno tiene más derecho a su propiedad que otro cualquiera no tenga a la suya. Todos deben gozar de la misma garantía y la misma seguridad.

16° - La religión santa, católica, apostólica, romana, en la provincia, se adopta voluntaria, espontánea y gustosamente como su religión dominante. La ley y el gobierno pagarán como hasta aquí o más ampliamente, como en adelante se sancione, a sus ministros y conservarán y multiplicarán oportuna y convenientemente sus templos.

17° - Ningún ciudadano o extranjero, asociación del país o extranjero, podrá ser turbado en el ejercicio público de la religión, cualquiera que profesare, con tal que los que la ejerciten paguen y costeen a sus propias expensas sus cultos.

18° - Las personas que componen el Ejecutivo deberán ser siempre bautizadas, católicas, apostólicas de la comunión romana.

19° - Nunca habrá en la Legislatura Provincial menos de dos terceras partes íntegras de la misma comunión.

20° - La ley arreglará en lo sucesivo, cuando se crearen o introdujeran diversas asociaciones religiosas, los puntos de detalle a que su concurrencia diere lugar.

21° - Todos los ciudadanos de la provincia y cualquier parte de ellos, tienen derecho a dirigirse directamente a la Legislatura por medio de peticiones o representaciones sumisas y los representantes resolverán en ellas, de acuerdo con su conciencia y sus deberes, lo que juzguen conveniente o útil a la sociedad.

22° - Los representantes de la Provincia reconocen en estos principios la base de las garantías públicas e individuales. Jurarán todos los que sucesivamente entren o pudiesen entrar a componer la Sala en lo sucesivo, no votar jamás directamente con intención contra el sentido práctico de los artículos que los comprenden ni suspenderlos a no ser que la salud pública lo exija. Para este caso serán necesarios al menos dos votos sobre las dos terceras partes íntegras de la representación, teniendo siempre presente que toda sociedad, constitución o ley, no puede tener por objeto sino servir, y proteger los derechos del hombre viviendo en sociedad.

Que estos derechos se han reconocido en los principios enunciados como han creído que conviene a la provincia establecerlos y consagrarlos.

Por consiguiente, que por una marcha regular, la H.J. querrá representarse siempre el más perfecto establecimiento práctico de tales principios, como el objeto que debe constantemente proporcionarse para llenar los fines de la sociedad, los deseos del hombre virtuoso y el grito de la conciencia de los hombres libres.

*Sala de sesiones de San Juan, el 13 de julio de 1825.*

*José Navarro, presidente - José Teodoro del Corro, secretario.*

### Decreto del gobierno

San Juan 15 de julio de 1825.

Cumplase, dése al Registro Oficial y circúlese.

La Santa Guarda del Supremo moderador del universo, Dios, infinitamente justo, a quien osamos invocar, proteja la estabilidad de la Carta de Mayo y castigue la iniquidad de los que se atreven a quebrantarla y de nosotros mismos si renegáramos de los beneficios de su Divina Providencia, que en ella reconocemos y firmamos.

*Salvador María del Carril, gobernador - J. Rudencindo Rojo, secretario.*

*(Esta es la famosa Carta de Mayo, que motivó uno de los episodios más insólitos de la historia sanjuanina).*

1836



La historia increíble

**CUANDO SAN JUAN Y  
LA RIOJA SE INVADIERON**

## Cuando se invadieron riojanos y sanjuaninos

¡Era ambicioso el gobernador José Martín Yanzón!

Vaya si lo era.

Ambicioso al extremo de ser protagonista de uno de los casos más curiosos que registra la historia provinciana.

Como que a Yanzón, coronel del Ejército y soldado de la primera campaña del desierto contra los indios del sur, se le ocurrió un día invadir La Rioja.

Y los sanjuaninos tuvieron que pagar durante muchos años la costosa farra.

Pero vamos a los hechos.

El 4 de mayo de 1834, José Martín Yanzón fue designado gobernador de San Juan.

En realidad había dos candidatos para el cargo. Los dos habían participado en la campaña contra los indios: Yanzón y el teniente coronel Nazario Benavides.

Facundo Quiroga, hombre fuerte en la región, se equivocó y apoyó a Yanzón, quizás porque tenía mayor grado militar que Benavides y era un poco mayor.

Pero el 16 de febrero de 1835 ocurre un hecho que influiría enormemente en la historia que vamos a relatar.

Ese día, en la localidad de Barranca Yaco, al norte de la provincia de Córdoba, una partida encabezada por Santos Pérez, rodeó una galera en la que viajaba el “Tigre de los Llanos”.

—¿Qué significa esto?—, atinó a preguntar Facundo Quiroga, asomándose por la ventanilla.

Un disparo en el ojo izquierdo lo mató en el acto.

Acto seguido, todos los acompañantes fueron pasados a degüello.

Quiroga, como hemos dicho, era el principal sostén de Yanzón pero, además, poseía el Ejército más poderoso del interior del país.

Nazario Benavides en San Juan y José Félix Aldao en Mendoza, se aprestaron a recoger la herencia política del riojano Quiroga, asesinado.

Se planteaba una nueva situación política.

—*Federales sin dobleces deben ser los agentes de Rosas en cada provincia*—, sostuvieron.

Yanzón advirtió también la nueva situación y para congraciarse con Rosas decretó que desde el 20 de julio de 1835 todos los empleados públicos sanjuaninos debían usar en el ojal de la chaqueta la cinta punzó, bajo pena de perder el empleo. El 24 del mismo mes, ordena que “*todo documento público debe encabzarse con la leyenda ¡Viva la Federación!*”.

Para Benavides eso no era suficiente.

Y pronto organizó una revolución.

Con la llegada de la primavera creyó que la breva estaba madura.

Y en la noche del 21 de setiembre de 1835, Benavides al frente de un grupo de antiguos soldados adictos y amigos asaltó el cuartel de San Clemente.

El futuro caudillo pensó que su ascendencia entre la tropa era grande y que bastaba su presencia para que la soldadesca se le plegara.



*General Nazario Benavides, gobernador de San Juan.*

Pero Yanzón estaba alertado. Y esa noche, en lugar de dirigirse a su casa, se fue a dormir al cuartel y preparó el recibimiento.

Gran sorpresa se llevó Benavides cuando fue recibido a balazos.

No le quedó otra que escapar.

Yanzón no era hombre de dejar las cosas a medias por lo que se puso al frente de un piquete de caballería y sable en mano lo corrió hasta la Plaza Mayor (hoy 25 de Mayo).

Benavides advirtió que el horno no estaba para bollos y no paró hasta llegar a Mendoza, donde se exilió.

Al día siguiente Yanzón —decreto mediante— lo declaró fuera de la ley.

La muerte de Facundo Quiroga seguía influyendo en la vida de Cuyo.

En La Rioja gobernaba Fernando Villafañe, al decir del general Paz, “*hombre raro, extravagante e imbécil*”

En realidad, Villafañe estaba sostenido por el general Tomás Brizuela, como comandante de los Llanos, apodado “*El Zarco*”.

La Rioja se había transformado en un problema para San Juan pues los comerciantes y ganaderos que por allí pasaban eran obligados

a pagar fuertes derechos de tránsito, cuando no eran directamente asaltados y obligados a regresar con las manos vacías a San Juan.

Pero había un problema que a Yanzón, que tras haber corrido a Benavides se sentía un caudillo con gran futuro, lo obsesionaba: ¿quién se quedaría con la herencia de Facundo?

Quien controlara el armamento del mejor ejército de Cuyo, sin dudas, gobernaría la región.

—¿*Cómo vamos a permitir que ese imbecil de Villafañe o el “Zarco” Brizuela nos domine?*—, pensó en su ambición.

Y a partir de ese momento comenzó a rondar su cabeza uno de los disparates mayores que regis-

tre la historia provincial: la invasión a La Rioja.

Era ministro de Yanzón, José Victoriano Ortega, considerado un hombre juicioso.

Pero eran más grandes ambiciones del gobernador que los llamados a la prudencia.

En el mayor de los sigilos, Yanzón comenzó a preparar un Ejército.

Quinientos hombres fueron adiestrados.

Paralelamente, comenzó a mantener comunicación con adversarios de Brizuela y Villafañe.

El más importante, Angel Vicente Peñaloza, el “Chacho”.

Otros riojanos descontentos, Hipólito Tello y Lucas Llanos, le dieron a entender que se plegarían al movimiento.

Pero los secretos duran poco en San Juan, está visto.

Pronto, Juan Manuel de Rosas en Buenos Aires y el gobernador de Mendoza Pedro Molina, estaban al tanto de las intenciones de Yanzón.

—¿Qué va a hacer este loco?—, se preguntaron.

Mediante una nota, Rosas le expresó al gobernador sanjuanino sus preocupaciones “ante las noticias de una inminente invasión de ese gobierno a La Rioja”, recordándole el tratado de alianza y asistencia recíproca que unía a las provincias argentinas.

El gobernador de Mendoza, Pedro Molina le escribió al de San Luis, el coronel José Gregorio Calderón: “Si Yanzón triunfa sobre La Rioja esté usted seguro que invade nuestras provincias y para no exponernos a algún contraste, con tiempo debemos combinar el plan. Yo escribo al general Rosas pidiendo armas y municiones y que me mande a Nazario Benavides”.

A todo esto, los gobernantes sanjuaninos seguían disimulando.

—No se intentará acción alguna en violación a las garantías que recíprocamente han acordado las provincias confederadas—, aseguró el ministro Ortega.

En realidad, ya Yanzón marchaba a La Rioja.

Había seleccionado a 200 de sus soldados, los pertrechó bien, se puso al frente de la columna y partió.

—Va ser un juego de niños tomar la provincia cuando caigamos de sorpresa—, habrá pensado.

Pero la sorpresa se la llevó él.

La Rioja no estaba desprevenida sino bien alertada y muy bien defendida. Sus tropas de caballería, artillería e infantería estaban esperando con el cañón bala en boca.

Como siempre sucede en San Juan, al lado de cada sanjuanino ambicioso hay que ponerle otro sanjuanino celoso para que lo traicione. Y desde San Juan los enemigos de Yanzón habían informado hasta sobre los más pequeños detalles del proyecto.

El choque se produjo en la localidad de Pango, en la madrugada del 5 de enero de 1.836.

Fue un desastre completo para los intrusos invasores.

En pocas horas, todo había terminado.

Varios soldados sanjuaninos fueron muertos.

Y los que quedaron se desbandaron en distintas direcciones.

El primero en hacerlo fue el propio Yanzón que a galope tendido huyó hacia Jáchal. Desde allí se internó en la cordillera y pasó a Chile.

Tanto fue su escarmiento que nunca volvió a San Juan.

La única noticia que se tuvo de él fue en 1842 cuando se dijo que había muerto asesinado en acción de guerra en Santa María, Catamarca.

## La Rioja invade San Juan

Pero la historia no terminó allí.

Rosas estaba indignado. Otro tanto ocurría con el gobernador mendocino Pedro Molina.

Pero los que realmente estaban ofendidos eran los riojanos.

El gobernador Villafañe, al que Yanzón consideraba un “*imbecil de pocas luces*”, llamó al comandante Brizuela. Y pronto se pusieron de acuerdo.

—Hay que darles un escarmiento a los sanjuaninos. Vamos a invadir la provincia.

El general Tomas Brizuela se puso al frente de 700 hombres y, acompañado por el ministro Rincón, se vino.

En San Juan, a todo esto, las noticias habían llegado antes que los riojanos y la preocupación era generalizada.

Como ocurre normalmente, los más poderosos o ricos se pusieron a salvo: huyeron a Mendoza. Los primeros en hacerlo fueron los ex adictos a Yanzón.

El ministro Ortega, que estaba a cargo del gobierno, cuando se enteró del desastre el 8 de enero a primera hora de la mañana y sin tener noticias del paradero de Yanzón, llamó al juez de Alzadas, don Timoteo Maradona.

—Hágase cargo del gobierno porque yo me voy.

Y desapareció de la ciudad.

Maradona hizo lo único que podía hacer: convocó a la ciudadanía a una reunión urgente en la Sala de Representantes.

—Los he convocado para que deliberemos sobre este grave problema en el que estamos metidos.

Gran revuelo.

En la reunión estaban todos. Los pocos que habían quedado del bando yanzonista, los federales, los religiosos y hasta algunos ciudadanos susceptibles de ser considerados independientes.

—¿Qué hacemos si nos invaden los riojanos?— fue la pregunta generalizada.

—Lo primero —dijo Maradona— es solucionar el problema institucional. Tenemos que elegir un gobernador.

Comenzaron a debatir.

De pronto apareció un nombre: don José Luciano Fernández.

El mayor mérito del hombre era que tenía buenas relaciones con gente de La Rioja.

En forma unánime lo eligieron gobernador interino.

A las 11 de la mañana, estaba jurando el cargo.

En una sola mañana, San Juan había tenido tres gobernadores y uno de ellos, Maradona, no cumplió ningún acto de gobierno, salvo convocar a la reunión.

Sólo restaba esperar.

Y pronto los riojanos estuvieron a la puerta de la ciudad.

Nadie opuso resistencia.

Entraron con sus caballos al galope, levantando polvareda y disparando sus armas.

Los sanjuaninos comenzaron a temblar.

Don José Luciano Fernández salió a recibir al general Brizuela. Este fue muy parco:

—Queremos 35 mil pesos bolivianos, 900 uniformes de tropa, 300 fusiles, 300 sables, 300 bueyes, 500 mulas y mil caballos en concepto de indemnización por haber invadido La Rioja.

—General, lo que usted nos pide es algo imposible para nosotros. Somos un pueblo pobre.

—En ese caso, prepárense porque no va a quedar nada de este pueblo.

Pero eso no era todo. Setecientos riojanos enojados pueden hacer mucho daño en una ciudad tomada.

En plena calle algunas mujeres fueron violadas. Otras fueron sometidas en sus domicilio, tras asesinar a sus familias.

Los invasores estaban a sus anchas, incendiaban viñedos, arrasaban con todo.

Enterado de la situación, el gobierno de Mendoza dispuso enviar una comisión conciliadora, integrada por el coronel Eugenio Corvalán y el licenciado Pedro José Pelliza.

Pidieron hablar con el jefe de la columna.

Se rieron de ellos. Fueron vapuleados e insultados.

Un grupo de vecinos intentó pedirle protección a los enviados mendocinos y penetró al domicilio donde se habían instalado. Los riojanos entraron a balazos a esas casas.

No les quedó otra alternativa que emprender un rápido regreso a Mendoza.

Las papas quemaban, no había dudas.

Como se estila en estos casos, se convocó a una urgente reunión a lo más destacado de la sociedad.

—¿Qué hacemos?

—Hay que pagar.

—Es mucho.

—Regateemos.

Y el bueno de Fernández encaró el regateo mientras —como sólo sucede en San Juan en los casos de gran peligro— todos optaban por rodear y apoyar al gobernador interino en lugar de aislarlo y atacarlo, como usualmente hacían con los gobernantes.

Una comisión de notables quedaría al frente de todas las negociaciones.

En la primera reunión, los riojanos estuvieron de acuerdo en bajar un poco sus pretensiones.

Se largó una cifra: 31.500 pesos.

Fernández dijo que iba a contestar.

Nueva reunión de la comisión de notables.

A todo esto, los sanjuaninos advertían que era necesario demostrar buena voluntad hacia el invasor, a pesar de las tropelías que este cometía.

—Es necesario que la provincia repudie enérgicamente la invasión perpetrada por Yanzón.

—Exacto, que se reúna en forma urgente la Legislatura y emita una declaración.

Aparecía un nuevo problema. La Legislatura había quedado sin quorum para sesionar.

—Elijamos nuevos diputados.

Se fijó el 17 de enero como día de la elección.

Ese día se eligieron los doce representantes.

Previamente, el día 13 de enero, Fernández comisionó al coronel de milicias Juan Agustín Cano para que averiguara “*cuales han sido las disposiciones preparatoria a la marcha del gobernador Yanzón a la provincia de La Rioja y quienes han tenido parte por sus consejos o de otro modo, en influir a Yanzón para que emprenda esa marcha*”.

Los que pierden nunca tienen defensa y el 27 de enero, la Sala de Representantes declaró a Yanzón depuesto “*por haber quebrantado las leyes constitucionales y el tratado del litoral*”.

La Comisión, no contenta con esto, lo conminó a comparecer en juicio antes de un mes. Por supuesto, no vino.

Por lo que sólo quedó el recurso simbólico de embargarle los bienes.

En la redada cayeron el ministro José Victorino Ortega y dos forasteros declarados cómplices del gobernador, Marcos Rodríguez y Cruz Torres.



A todo esto la Comisión se desvanaba los sesos pensando cómo reunir el dinero para que los riojanos volvieran a su provincia.

Algunos pesos se habían juntado. Lo llamaron al obispo Oro.

—*La Iglesia está totalmente pobre*-, dijo el prelado.

—Lo mismo va a taner que ayudarnos.

El 22 de febrero el obispo pondría su parte.

Pero mientras se negociaba, se vivía pendiente de un hilo.

El gobernador Fernández respondía a Brizuela, ¿qué otra cosa podía hacer?.

La Sala mandó confeccionar una lista de personas que podían ser consideradas peligrosas para la causa de la Federación. Los removió a todos los que ocupaban cargos en el gobierno, sin derecho a defensa alguna.

De pronto alguien tuvo una idea.

—*Nos está haciendo falta un líder militar*.

Varios pensaron en el teniente coronel Benavides, aquel que había hecho una revolución fracasada contra Yanzón y este lo declarara fuera de la ley el 22 de setiembre de 1835.

No era momento para reparar en pequeñas cosas.

El 28 de enero los legisladores derogaron el anterior decreto fundamentandolo en “*la falta de sumario en la causa incoada contra Benavides, lo que demostraría su inocencia y en la criminalidad del ex gobernador*”, por lo que se le repuso la ciudadanía y su grado militar.

El 15 de febrero estaba de regreso Benavides en San Juan.

Todo cambió entonces.

Hubo efervescencia en los cuarteles.

Los riojanos todavía no se iban.

Fernández convocó a elecciones de doblantes para elegir gobernador.

En principio la había convocado para el 12 de febrero, pensando en hacerse reelegir. Pero ante una insinuación de Rosas la pasaron para el 25.

Como era previsible, triunfaron los adictos a Benavides.

Lo que nadie sabía en aquel momento es que Benavides gobernaría en los siguientes veinte años.

El primer problema urgente que debía resolver el nuevo gobernador era terminar con la ocupación riojana.

“La permanencia de las tropas acá es ya insoportable así por la exorbitancia que comen de carne y demás artículos, sin la menor consideración, como por los desórdenes y saqueos que se experimentan a cada paso”, explicaba Benavides en una carta a la viuda de Facundo Quiroga.

Con el nuevo gobernador las cosas cambiaron.

Se llegó a un acuerdo con los riojanos que se conformaron con 25 mil pesos en plata, 760 vestuarios en cortes para oficiales y tropa, 200 caballos, 2.000 cabezas de ganado vacuno, 200 fusiles, 100 sables y 100 tercerolas.

A fines de marzo Brizuela dejó San Juan, con su inmenso botín.

La aventura de Yanzón había sido un golpe muy duro del que la provincia tardaría mucho en recuperarse.

Una calavereada, en fin, como pocas veces se vio en la historia.

# 1841



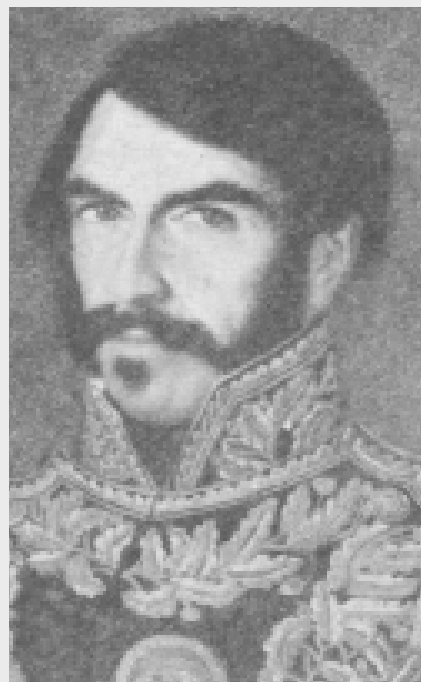
Unitarios y federales se matan en Angaco

## LA BATALLA MAS CRUENTA

## Principales protagonistas



**Mariano Acha**, 41 años, valeroso general unitario, llevaba casi 20 años combatiendo. En la historia se lo recordaba por haber entregado a Lavalle al general Dorrego, sabiendo el fin que esperaba al entonces gobernador de Buenos Aires.



**Nazario Benavidez**, gobernador de San Juan. Leal a Rosas pero independiente de este en el gobierno de la provincia. Tenía 39 años y era el segundo jefe del ejército cuyano.



**Gregorio Aráoz de Lamadrid**: Hombre de no siempre claras intenciones, este general tucumano de 46 años, era también legendario por su valor en la batalla. Había sido hombre de Rosas pero se pasó a la causa unitaria, combatiendo junto al general Juan Lavalle.



**José Félix Aldao** brigadier general y gobernador de Mendoza, jefe del Ejército Combinado de Cuyo. Ex fraile, a los 56 años era uno de los más prestigiosos militares federales.

## La guerra estalla en Cuyo

Sí, la guerra civil estaba acá, en Cuyo.

Los unitarios estaban dispuestos a dar la gran batalla, con los generales Mariano Acha y Lamadrid.

Cuyo era federal, con Nazario Benavides gobernador de San Juan y José Félix Aldao en Mendoza.

Benavides volvía del norte, a marcha forzada, tras liquidar las fuerzas del riojano Brizuela. Venía perseguido por el ejército del general Lamadrid.

Era el 7 de agosto de 1841.

Desde La Rioja enfiló para San Juan por el camino de Ischigualasto, tras abastecerse de 300 caballos.

Pero no llegaría a la ciudad.

En el lugar conocido como Potrero de Daniel Marcó, en Albardón, lindando con el paraje angaquo de Punta del Monte, acampó.

A todo esto, una columna avanzada del ejército de Lamadrid, comandada por el general Mariano Acha, había llegado a Caucete tras dar un rodeo por el sur riojano.

Venía seguida por Aldao y San Juan se había constituido en una plaza clave.

Desde Caucete y sin cruzar el río, Acha lanzó un ultimátum al comandante de la plaza de San Juan, coronel Oyuela: “*Rendición o guerra*”.

### Acha toma San Juan

¡Qué arrojo el de Acha!

Estaba acá, con un ejército que era cinco veces inferior en número.

En una geografía que no había pisado nunca.

Y en territorio enemigo, donde eran pocas las puertas que se le abrirían de no ser por el temor.

Pero acá estaba, con sus poco 200 hombres mal equipados, cansados de batallas, sabiéndose parte de una causa que llevaba las de perder.

Y el día 13 entró en ese San Juan de casas chatas, de polvorientas calles sin árboles, de puertas y ventanas que se cerraban al ver pasar aquellos hombres que venían vaya a saber de dónde.



Parecía un pueblo fantasma.

De pronto un niño que sale corriendo de una casa y detrás la madre, que lo alcanza, lo toma del brazo y rápidamente lo introduce nuevamente cerrando la puerta tras de sí.

El prebístico Timoteo Bustamante, gobernador dejado por Benavides, había alcanzado a huir. Varios de los hombres más prominentes también montaron en sus cabalgaduras y fueron a refugiarse en el valle de Zonda, en Ullum y hasta en Calingasta.

El jefe de las fuerzas militares, José María Oyuela supo al instante que nada podía hacer en defensa de la ciudad y salió a revienta caballo en dirección a Albardón, intentando reunirse con el ejército de Benavides.

No hubo entrada con tiros al aire ni caballos lanzados a feroz galope.

No era la invasión de una montonera. Era un ejército el que llegaba, conducido por un hombre de 41 años, de elevada estatura, rubio, de larga barba, tez blanca tostada por mil soles y de apostura marcial.

—¿Quién está a cargo de la ciudad?

No hubo respuesta.

Pronto se presentaron los unitarios más destacados de San Juan: Damián Hudson, Antonio Lloveras, Hilarión Godoy, Félix Aguilar, Indalecio Cortínez, Cesáreo Aberastain —hermano de Antonino—, Juan Crisóstomo Quiroga, Tadeo y Manuel de la Rosa, Vicente Lima y Anacleto Burgoa, un coronel que alguna vez fue federal y combatió junto a Facundo Quiroga pero ahora era unitario, fanatizado y enfermo de poder.

—General, sería un honor para mí que usted se alojara en mi casa.

El que había hablado era don Vicente Lima, hombre muy respetado.

La casa de Lima quedaba en la misma esquina que hoy forman las calles Mitre y General Acha, frente a la plaza mayor.

Allí se instaló el general. Y ese mismo día asumió el mando de la provincia.

—Dígame, don Vicente... ¿donde vive Benavides?

—A una cuadra de aquí. Los fondos de esta casa y la de él se comunican.

La casa de Benavides estaba ubicada en lo que hoy es la calle Santa Fe, entre la calle del Cabildo (hoy General Acha) y la calle Mendoza. Ahí tenía también su despacho de gobernador.

Acha llamó a uno de sus oficiales.

—Ponga una guardia permanente en esa casa. No quiero que algún loco haga algo a su familia.

—Si señor.

—Algo más: quiero una completa requisa de todas las casas. Arma que encuentren la traen. Necesitamos además cuanto animal exista en San Juan y todos los alimentos disponibles.

—¿Qué hacemos si alguien se resiste?

—Me lo fusila en el acto.

La esposa de Vicente Lima explicó entonces a Acha:

—General, la señora de Benavides es una excelente mujer y debe estar muy preocupada por sus pequeños hijos...

—Quédese tranquila. Vean la forma de que tenga una comunicación con esta casa a través de los fondos. Y que no dude en venir acá ante cualquier problema.

El grueso de la tropa unitaria instaló su campamento en La Chacarilla, a unas 20 cuadradas de la plaza, una propiedad de los failles dominicos que tenía una construcción en alto rodeada por dos grandes potreros, aptos para que los animales pastaran.

Dos días estuvo Acha en la ciudad.

## El marco político

Juan Manuel de Rosas gobernaba Buenos Aires.

Cuyo era federal y le respondía, con José Felix Aldao en Mendoza, Pablo Lucero en San Luis y Nazario Benavides en San Juan.

Pero también había defecciones.

El general Gregorio Aráoz de Lamadrid, hombre de Rosas, se había pasado a las filas unitarias. Y otro tanto había hecho el “zarco” Tomás Brizuela —heredero político de Juan Facundo Quiroga— en La Rioja.

El partido unitario había proyectado, con apoyo francés, un movimiento simultáneo en todo el país con el fin de derrocar a Rosas.

El Ejército Combinado de Cuyo, con Aldao a la cabeza y Nazario Benavides como segundo jefe, debía obrar contra las fuerzas de la Confederación.

Dos días en los que es de suponer, hubo actos de pillaje, vejámenes y se incautó cuanto podía ser útil al ejército.

No era fácil contener a aquellos hombres...

—Permiso general. Traemos a un vecino que se negó a entregarnos los animales.

—Ya le he dicho lo que debe hacer. Me lo fusilan en la plaza mayor, para que todos vean lo que les pasará si actúan así.

Estaba muy enojado Mariano Acha.

Media hora más tarde y con la presencia de un centenar de curiosos, don Leandro Rufino, el altivo vecino que no estaba dispuesto a entregar sus bienes estaba frente al Cabildo, con los ojos vendados, esperando que el pelotón de fusilamiento terminara con su vida.

Fue en ese momento que se presentó ante el general doña Antolina Robledo de Lima, en cuya casa se alojaba Acha.

—General, le ruego que no mate a ese hombre.

Acha miró a la mujer.

—Tómele todos sus bienes pero no lo mate, ese hombre va a casarse con mi hija.

Acha esbozó una media sonrisa, llamó a uno de los oficiales y le dijo algo al oído.

Leandro Rufino había salvado su vida.

El 16 de agosto, a las 7 de la mañana, el general Acha partió al frente de su ejército desde Las Chacritas. Sus fuerzas se habían engrosado con el enganche de unitarios sanjuaninos.

En la ciudad sólo quedó un pequeño grupo integrado por 20 soldados.

Las tropas se dirigieron hacia Albardón, para esperar a Benavides con su ejército.

Cruzaron el río San Juan en la fría mañana de invierno y dirigieron sus pasos hacia Angaco.

A todo esto, Benavides había dejado atrás Angaco. El cansancio era inmenso en aquellos 400 hombres que venían desde La Rioja, sin dormir y con hambre atrasada.

Había que reunir fuerzas para el choque final.

El jefe federal ordenó desensillar en los campos de don Daniel Marcó. Al salir el sol, Benavides ordenó carnear algunas vacas que pastaban en los potreros para que se alimentara la tropa.

Esperaba noticias sobre la llegada del ejército de Aldao. Pensaba seguir su viaje a media mañana, tomando más hacia el norte.

## Intimación de Acha

**¡Libertad, Constitución o Muerte!**

*Caucete, agosto 12 de 1841*

Señor

Don José María Oyuela

Jefe de las fuerzas sanjuaninas

Señor mío

Mañana temprano estaré con mi columna al frente de usted.

No comprometa ese pueblo. Y si lo hace, que sea para vencer.

La guerra, si se dispara un tiro después de recibir esta, es declarada por mí a muerte.

Si usted quiere tener una entrevista conmigo, será mañana, cada uno al frente de sus fuerzas. Pero es preciso que sea a la inmediación de ese pueblo.

**Mariano de Acha**

Jefe de vanguardia del Ejército libertador.

Desde allí marchar hacia la ciudad, intentando dejar a Acha entre dos fuegos: su ejército desde el norte y Aldao desde el sur.

Ni Acha esperaba encontrar a Benavides ni este a Acha tan pronto.

A las 9 de la mañana, una columna de Acha, al mando del comandante Juan Crisóstomo Alvarez, dividió a los federales.

Alvarez dio inmediatamente la orden:

—¡Al ataque!

Sólo dos horas duró la batalla.

Las fuerzas de Benavides, cansadas y mal domidas, tomadas sorpresivamente, sólo atinaron a dispersarse.

El campo quedó en poder de Acha mientras Benavides recomponía sus fuerzas y enderezaba hacia el este, donde una polvadera indicaba la llegada del ejército de Aldao por la brecha de la montaña entre las sierras del Pie de Palo y el Villicum.

Acha, animado por su triunfo sobre Benavides, continuó su marcha hacia Angaco, buscando el punto más favorable.

Y es en este punto donde tenemos que hacer un alto.

Lo que vamos a relatar es la batalla más sangrienta que recuerde la historia argentina.

Ubiquémonos en el lugar, en ese territorio nuestro que aun podemos ver todos los días.

El sitio exacto donde Acha formó sus tropas fue donde termina la vegetación y comienza el desierto. A sus espaldas, el río que acaba de cruzar. A la izquierda, los despuntes del Villicum. A la derecha, los médanos que se extienden hasta el Pie de Palo.

Los partes de la batalla hablan de una gran acequia, de la que no quedan vestigios. Según Videla, pudo ser la llamada Aguada de las Burras. También pudo ser el canal de Angaco o de Caucete, mandado construir por De la Roza en 1818.



Era el mediodía y hacía frío aquel 16 de agosto.

De un lado del canal o zanja, Acha mandó formar a su tropa. Quedó conformada una larga cadena de infantes, entremezclados con la artillería, siguiendo la línea del cauce.

A la izquierda y a la derecha de esa línea ubicó los cuerpos de caballería, como alas móviles. En total, unos 500 hombres.

Desde lejos los divisó Aldao y su segundo jefe, Nazario Benavides, con quien se había reunido minutos antes.

¡Era grande el ejército federal!

Exactamente, 2.297 hombres que integraban siete cuerpos: el batallón de infantería Cazadores Federales, con 350 plazas el batallón Auxiliares de Mendoza, con otros 350; la artillería con cuatro cañones servidos por 30 hombres cada uno; el regimiento 2 de caballería Auxiliares de los Andes, con 477 efectivos; el regimiento Milicias de San Juan, con 300; el regimiento Auxiliares de Mendoza, con 350 y el regimiento Auxiliares de San Luis, con otros 350 hombres.

Acha tenía muy pocas ventajas: su ubicación estratégica y el mayor poder de su artillería.

Aldao confiaba en su numerosa caballería.

Y se lanzó al ataque con ella.

Fue en ese preciso instante cuando la artillería unitaria comenzó a vomitar su fuego.

Y aquel pedazo de suelo sanjuanino se llenó de polvo, de pólvora, de olores, de gritos, de pedazos mutilados de cuerpos de hombres y bestias que saltaban por el aire.

La batalla había comenzado y el reducido ejército de Acha causaba centenares de víctimas en las filas federales..

Aldao no podía creer lo que estaba ocurriendo.

Furioso ordenó al mayor Francisco Diaz lanzarse con la infantería sanjuanina. La misma orden dio al chileno Barrera, a cargo de los 350 infantes del batallón Auxiliares de Mendoza.

—*¡Todos por el centro, hay que arrebatárles los cañones!*.

Eran 650 hombres que avanzaban mientras la metralla enemiga iba derribándolos como moscas.

Muchos cayeron pero otros llegaron hasta la zanja.

Ya no eran los cañones los que mandaban sino las bayonetas.

Ya no era el alcance de tiro sino la lucha cuerpo a cuerpo.

Acha desmontó y se sumó a su caballería.

—*Nuestros enemigos no dan cuartel al vencido. Muramos pero muramos peleando*—, fue su arenga.

Las crónicas de la batalla son tremendas en el relato.

“*El asalto alcanzó la acequia de dos varas de ancho tras la cual se parapetaba la formación unitaria. Los cadáveres pronto cegaron la acequia, sirviendo de puente para pasar sobre ellos y teñían de rojo las aguas.*

*La mayoría de los jefes y oficiales de mayor graduación perecieron y de los 700 soldados de la infantería federal participantes en la acción, sólo sobrevivieron 157.*

*Fue un combate homérico, episodio de novela, librado a menos de seis metros una línea de la otra. Según Larraín, el más sangriento que registra la historia de nuestras guerras civiles”.*

Empezaba a oscurecer y la suerte estaba echada.

Benavides ya había abandonado el campo de batalla y con su reducida tropa se dirigía a San Juan.

Los cuerpos de infantería federal estaban destrozados.

Aldao intentó un último ataque con lo que le quedaba de su caballería.

Fue un ataque desesperado, sin futuro. Fueron parados en seco.

No quedaba más que huir.

Y eso hizo Aldao con los hombres y caballos que le quedaban.

Angaco estaba regado con sangre.

Mil federales murieron aquella tarde. 170 unitarios perdieron la vida en San Juan. Una verdadera carnicería.

¿Quién había perdido más?

Porque la guerra no terminaba, era una batalla.

El general Acha quedaba dueño del terreno y con más de 200 prisioneros y la poca artillería conquistada, pues Aldao logró conservar la mayor parte. Pero ya no contaba más que con 300 hombres agotados, heridos, sin varios de sus jefes más valientes y experimentados.

No, nunca hay vencedores en una guerra.

## El regreso de Benavides

Los unitarios de Acha habían ganado la batalla.

Los federales se disponían a ganar la guerra.

Nazario Benavides, con sus tropas maltrechas fue el primero en emprender el regreso a la ciudad.

El objetivo estaba claro: debía llegar antes que los unitarios para organizar la resistencia.

Una idea rondó su mente.

Llamó al comandante Uliarte y le dio una orden.

Uliarte se adelantó al resto de las tropas y entró a la ciudad al galope.

—*¡Ahí va el salvaje Acha! ¡Ahí no más va! ¡Atajen!*

## Parte de guerra

### ¡Viva la Federación!

*Suburbios de la ciudad, agosto 21 de 1841*

*Al Excmo. señor gobernador y capitán Gral.  
interino de la provincia de Mendoza*

*He recibido la honorable nota que el señor ministro, por orden de S.E., se sirve dirigirme, en que me dice avisa mandarme 80 hombres al mando del teniente coronel don Gregorio Ramírez, los que creo que hoy a la noche estarán con nosotros.*

*El 17 llegué y me reuní con el General Benavides en el Pocito. Marchamos al pueblo a atacar al salvaje Acha.*

*El 18 le encontramos en La Chacarilla, ocupando su altillo, alturas y demás posiciones ventajosas con una pieza.*

*Pero resueltos nuestros bravos compañeros lo cargaron, desplegándose nuestra infantería en tiradores, por las paredes y, a pesar de la tenacidad de los contrarios, la actividad y valentía de los nuestros logró hacerles una terrible matanza, quedando en las calles el intrépido jefe Alvarez, muerto de metralla por una de nuestras piezas, con más de 14 infantes, un coronel y el gobernador que fue de Córdoba, Alvarez, que mandaba la caballería, concluyó su carrera de un hachazo y muchos oficiales y tropas que se ignoran sus nombres, porque no ha habido tiempo de recogerlos.*

*Los bravos policianos cargaron otra parte de caballería, que acuchillaron desde el extremo de la ciudad al sud del río del norte.*

*Ayer se han recogido 40 cadáveres y por todas las calles se encuentran porciones.*

*De los nuestros también hemos perdido pero pocos, de que posteriormente avisará V.E. circunstancialmente, no pudiendo ahora verificarlo porque me falta tiempo.*

*Ahora vamos a estrechar al enemigo pues ayer se le intimó rendición y no quiso aceptar.*

*Está reducido al recinto de la plaza, favorecido en las torres y azoteas.*

*Su fuerza es de cerca de 200 infantes y 12 de caballería. Todo lo demás lo ha perdido.*

*Se les ha tomado cerca de 200 fusiles, muchos prisioneros y soldados que se le están pasando, con lo que ha aumentado nuestra infantería, que ya se compone de 140.*

*Logramos salvar los prisioneros del 16 y algunos soldados.*

*El enemigo nos tomó el 18 una pieza, sin armón, con 3 tiros, que pude haberla salvado pero creo la rescataremos. Era de San Juan, que las 2 más las tengo.*

*Otra de San Juan se destrozó ayer al primer tiro.*

*Así es que mis dos piezas no más tenemos y el enemigo otras dos con la que tomaron porque una de las de ellos el 18 se les rompió.*

*Esta nota va toda desquiciada porque le escribo entre la bulla y alboroto sólo porque V.E. se satisfaga de nuestro estado actual.*

*Municiones no tengo. Ni un cartucho más de los que están amunicionados.*

**José Santos Ramírez**

*Comandante en jefe de las fuerzas  
auxiliares de Mendoza en San Juan*

A los pocos minutos llegó Benavides y buscó al obispo Quiroga Sarmiento.

Este ordenó oficiarse un tedeum y echar a vuelo las campanas por el “*triumfo federal*”.

El pueblo salió a las calles a festejar la victoria y vivió a Benavides quien recorrió Desamparados y Pocito reclutando gente.

Pronto reunió un ejército de 400 hombres nuevamente.

La guerra no sólo se gana con las armas...

Benavides marchó hacia el sur y estableció su cuartel general en la propiedad El Buen Retiro, ubicada en lo que luego fue la casona de los Krause, en el actual departamento Rawson.

En el trayecto se encontró con un refuerzo que venía de Mendoza, al mando del coronel José Santos Ramírez, con 300 efectivos distribuidos en batallones de Caballería, Artillería e Infantería.

A todo esto el general Acha enterraba sus muertos, atendía sus heridos y hacía noche en Angaco. El día 17 volvió a entrar a San Juan.

Ya Benavides se había alejado hacia el sur.

Acha llegaba con sólo 200 hombres y 250 prisioneros.

*“Entró el bravo Acha montado en un caballo blanco, dando ordenes y moviendose de un lugar a otro, con un aspecto imponente de héroe de leyenda. Enseguida lo rodearon varios vecinos unitarios con los que había tomado contacto a su arribo a San Juan.*

Volvió a instalar su cuartel en la Chacarilla, en Trinidad.

En las casas instaló su estado mayor y en un altillo un mirador para vigilar cualquier movimiento.

La caballería quedó ubicada en el potrero grande y la infantería en el chico. En la ciudad quedó una guardia de 25 soldados, ubicada en el antiguo Cabildo, frente a la plaza Mayor (hoy plaza 25 de Mayo). Dejó además custodias en la cárcel, el hospital y la policía.

Las noticias circulaban mucho más lento en aquellos tiempos.

Acha no sabía que Benavides había instalado su cuartel a cinco kilómetros de distancia.

Tampoco tenía noticias sobre el grueso del ejército unitario al mando de Lamadrid, al que pensaba esperar en San Juan.

Esa misma tarde convocó al pueblo a una reunión para elección de gobernador y representantes a efectuarse en los Altos de Cortinez, una vivienda de dos plantas ubicada sobre lo que hoy es calle Mitre, frente a la plaza.

El día 18, don Vicente Lima ofreció un banquete al general y sus oficiales en su casa.

En la Chacarilla, a todo esto, se carneaba una hacienda gorda para que comiera la tropa.

A las 3 de la tarde terminó el acto eleccionario y los unitarios se sentaron a comer pensando en regresar al cuartel al caer la noche.

## La batalla de la Chacarilla

El clima de San Juan siempre fue el mismo.

El aire caliente del viento zonda que se insinuaba desde la mañana, a las 3 de la tarde se había transformado en un vendaval que subió la temperatura a más de 30 grados.

Habían servido la comida cuando un muchacho trajo la noticia desde Pocito.

*—Entre la polvadera del viento, he divisado una nube de tierra. Son tropas que vienen a la ciudad...*

Nadie le creyó.

Todos siguieron comiendo y bebiendo, estirando la permanencia en el interior de la vivienda para no enfrentar el ventarrón.

Pero el chico tenía razón.

Benavides había llegado a la Chacarilla sin ser visto ni oído, al amparo del ruido que provocaba el fuerte viento que corría en sentido contrario y la tierra que todo lo cubría.

## Episodios de leyenda

Mucho se ha escrito sobre la batalla de Angaco considerada por el general Paz como *“un suceso extraordinario... acción gloriosa, que hace el más alto honor al valor, al patriotismo y la abnegación de los que en ella se encontraron”*

Muchas son las anécdotas de la batalla.

Se habla, por ejemplo, del oficial unitario Trifón Mugica que no sólo desobedeció la orden de sus superiores de no atravesar la zanja sino que mandó cargar a los efectivos a su mando, pereciendo todos ahí mismo.

Más dramático aun es el hecho protagonizado por el mayor Melchor Aldao, sobrino del general. Su tropa había quedado destrozada pero él quería seguir peleando. Clavó espuelas a su caballo y saltó la zanja, cayendo detrás de la línea unitaria. Alguien gritó:

*—¡No maten a ese valiente!*

Era tarde, ya jinete y caballo estaban ensartados por las bayonetas enemigas.

No sólo peleaban los ejércitos. También los oficiales se desafiaban en duelos personales.

Un relato habla de un unitario y un federal que se miraron, se insultaron y se retaron a un duelo personal.

Ambos tomaron un fusil y dispararon. Los dos quedaron muertos en el acto.

Los unitarios ni siquiera tuvieron tiempo de sacar sus armas.

Los prisioneros, que eran más que los custodios, advirtieron rápidamente lo que estaba ocurriendo y se sublevaron.

¡Otra vez la batalla!

¡Otra vez la lucha cuerpo a cuerpo!

¡Otra vez la carnicería humana, con cuerpos ensartados por las bayonetas.

En el otro potrero la acción fue similar.

Nada pudo hacer la caballería para acudir en defensa de la infantería unitaria.

Los tiros se escucharon en la ciudad.

Y esta vez, sí, Acha dio crédito a lo que estaba ocurriendo.

Y a galope tendido llegó con sus oficiales a la Chacarilla.

El panorama era desolador.

El general unitario sabía que ahora sólo le quedaba una carta por jugar. Debía volver a la ciudad y hacerse fuerte.

Sólo le quedaban 60 infantes y 40 soldados de caballería descabalgados. Era todo lo que había quedado de su ejército..

Al cruzar el puente del Tapón, en Trinidad, los esperaba una descarga de fusilería. Allí murieron otros 28 soldados unitarios, junto al valeroso jefe Lorenzo Alvarez.

Acha estaba herido en la cabeza pero siguió su marcha hacia la ciudad.

Llegó a las 8 de la noche, ya oscuro, con la cabeza vendada y la ropa ensangrentada.

Allí se enteraría que las guardias que había dejado, habían intentado llegar a la Chacarilla y fueron desechadas por un tarro de metralla.

La astucia de Nazario Benavides y el aporte del zonda sanjuanino no eran presas fáciles para el bravo soldado.

## La guerra en la ciudad

La guerra estaba ya en la ciudad,  
Una guerra extraña, entre dos ejércitos disminuidos y donde los hombres venidos de afuera dominaban la Plaza Mayor.

Porque Acha se vio obligado con los pocos hombres que quedaban de su infantería, a concentrarse en el centro mismo de la ciudad.

La torre de la Catedral era el mejor punto de observación en aquella ciudad chata. Y allí se instaló Acha.

En cada calle de acceso puso guardias.

Benavides, mientras tanto, buscaba otro punto alto.

Se instaló en la torre de San Agustín, ubicada en lo que hoy es la calle Entre Ríos, casi Mitre.

Estaban a cien metros en diagonal uno de otro.

Benavides tenía un cañón y desde allí bombardeaba a Acha.

La infantería y la caballería federal actuaba sobre las guardias ubicadas en las calles.

Pasó el día 19. Y también el 20, con la gente guardada en sus casas y los tiros silbando en la ciudad.

Benavides ordenó cortar el agua de las acequias para dejar a los sitiados sin bebida.

La situación del general unitario se tornaba desesperada.

Ordenó a sus hombres que buscaran alimentos, bebidas y pólvora en las casas vecinas.

Nadie quería abriles la puerta.

Acha, desde la torre de la catedral enfocaba su catalejo hacia el norte, esperando la aparición del general Lamadrid con el grueso del ejército unitario.

Había prometido llegar el 18 pero ya era 20 y ni noticias.

El 21 a la noche, un vigía destacado por Benavides pidió hablar con el gobernador federal.

—Señor, viene el ejército de Lamadrid.

—¿Dónde están?

—En Angaco.

Benavides supo que tenía que actuar rápidamente.

—Hay que terminar con esto.

Cuarenta jinetes y 24 infantes, a las órdenes del teniente Moreno y el mayor Gallardo irrumpieron en la plaza, apoderándose de los cañones unitarios que no habían podido ser emplazados y tomando prisioneros o matando a los guardias.

Acha ya no tenía salida. Había quedado sin poder de fuego. Y en cada casa vecina a la catedral había federales apuntando hacia la torre.

La catedral había pasado a ser el último bastión unitario, refugio de Acha, el joven capitán Ciriaco Lamadrid —hijo del general— de sólo 19 años y unos 70 soldados y oficiales.

A falta de cartuchos, lanzaban piedras y ladrillos a quienes se arrimaban al edificio.

Ya sólo quedaba rendirse.

Pero Acha seguía en la torre, con su catalejo, mirando hacia el norte, esperando a Lamadrid.

## Intimación de Benavides

El 20 de agosto, Benavides envía una nota al general Acha, atrincherado en la torre de la Catedral, intimándolo a rendirse.

Señor:

*comandante de las fuerzas disidentes semisalvajes*

*Don Mariano Acha*

*El infrascripto se halla en el deber de intimar a usted rendición de armas a discreción, proponiéndole por garantía salvarle la vida, lo mismo que a sus oficiales y tropa, bien entendido que si no lo verifica la noche del día de mañana, se hará usted indigno de toda consideración y deferencia, pues se halla decididamente resuelto a descargar sobre su cabeza todo el rigor de las armas federales hasta dejarlo reducido a escombros, con la miserable fuerza que lo acompaña.*

*No abuse usted de hallarse situado en el centro del pueblo para no acceder a lo que se le propone, porque nada respetará el infrascripto si su obstinación trata de sacrificar más víctimas.*

Pero el “caudillo manso” de San Juan, siempre humano pese a la ferocidad de la lucha en la que le tocaba participar, agrega otra esquel, esta personal:

*Al señor general*

*Don Mariano Acha*

*Muy señor mío:*

*Al usar la política de girar a usted la nota adjunta, no tiene más objeto que corresponder a las consideraciones que ha dispensado a mi familia pues si no fuese agradecido omitiría tocar este medio en obsequio suyo.*

El general Acha contestó las dos notas.

Y para las dos tuvo estas respuestas:

*Al jefe de las fuerzas de los esclavos*

*Don Nazario Benavides*

*Hágole presente haber recibido la carta de usted fecha 20 y tiene el gusto de contestar diciéndole que puede usted disponer su ataque a la hora que guste, seguro que las fuerzas a mi mando no se rinden.*

La nota personal de Acha decía:

*General Benavides:*

*En favor de su familia no he tenido que hacer nada. Quisiera que su señora me hubiese ocupado en algo, pues los jefes del ejército libertador no toman jamás venganza contra la familia de los que se manifiestan enemigos.*

Eran las 8 de la mañana del día 22.

Era una carrera contra el tiempo.

Acha dilataba su rendición, esperando a Lamadrid.

Benavides apuraba el asalto, sintiendo ya el estampido de un cañón que indicaba el arribo de Lamadrid al Valle de Tulúm.

No había otra alternativa que bombardear la torre, ya deteriorada.

Puso el cañón en la plaza y apuntó.

Fue entonces cuando Mariano Acha enarboló una bandera blanca de parlamento.

Eran las 10 de la mañana.

El coronel José Santos Ramírez fue enviado por el jefe federal a la torre.

—General, lo intimo a rendirse y entregar su espada, única forma de garantizar la vida de todos ustedes.

—*Vuelva usted donde está su superior y dígame de mi parte que si Mariano Acha ha sido vencido, en la derrota no ha perdido ni su rango ni su dignidad.*

Benavides entendió el mensaje y personalmente subió uno por uno los peldaños de la torre y reiteró el ofrecimiento.

Ante el jefe enemigo, Acha se rinde, saca del cinto su espada y el puñal y lo entrega al vencedor.

Benavides toma la espada y devuelve el puñal al jefe unitario. Luego lo conduce a su domicilio, dándosele por cárcel.

## Lamadrid llega a San Juan

¡Cómo entender al general Gregorio Aráoz de Lamadrid!

Desde el día 19 él sabía de la crítica situación del general Acha.

Ese día estaba en Cauçete.

Dicen que la distancia más corta entre dos puntos es una línea recta.

Lamadrid optó por dar un largo rodeo, sortear el Pie de Palo por su costado este, doblar luego hacia el oeste y llegar a Punta del Monte.

Siguió luego su camino pero en Angaco detuvo su marcha y en una casa se ordenó desensillar para que la tropa comiera zapallos, gallinas, tres vacas y algunas ovejas, mientras los caballos pastaban.

¡Y el pobre Acha, con su catalejo mirando hacia el norte!

Siempre estuvieron enfrentados estos dos jefes unitarios.

Llama la atención, sin embargo, que Lamadrid no apurara su marcha sabiendo que entre los sitiados estaba su hijo Ciríaco.

Recién el 24 de agosto entró a San Juan el general unitario.

Ya Benavides había dejado San Juan con su tropa y sus prisioneros para “evitar una batalla campal que por varios motivos sería peligrosa”.

En San Juan sólo quedaban los heridos. Los unitarios fueron sacados en sillas y catres a las puertas de las casas donde se hospedaban para que pudieran vivir a sus compañeros que llegaban.

Tres días estuvo en San Juan Lamadrid.

Suficientes para dejar un triste recuerdo.

En esos tres días —desde el 24 al 27 de agosto— estableció su cuartel en Pocito y se dedicó a a requisar cuanto caballo, mula, vaca, oveja o buey estuviera a su alcance.

La exigencia siguiente fue una “*contribución forzosa*” para las tropas unitarias. Fueron muchos los miles de pesos moneda de plata que se llevó.

Antes de partir, designó gobernador delegado al coronel Anacleto Burgoa, un hombre al que Damían Hudson, elegido por este como su ministro, describe como “*ambicioso de mando, sin educación, sin los más pequeños rudimentales conocimientos para sentarse en la silla del poder, sin opinión ni círculo el menor*”.

Y como si esto fuera poco, Lamadrid decidió llevar como prisioneros con el fin de canjearlos por Acha, su hijo Ciriaco y los otros jefes detenidos, a la esposa de Benavides, sus hijos y su suegra.

Era hombre de una raza distinta, sin duda.

## Asesinato de Acha

Relatar lo que ocurrió en Mendoza sería internarnos ya en una continuidad de la historia nacional. No es la intención de estos artículos.

Digamos, sí, que Lamadrid invadió la vecina provincia a la que gobernó despóticamente hasta la batalla de Rodeo del Medio, librada el 24 de setiembre, en la que fue derrotado por el ejército federal, a las órdenes de Aldao y actuando Benavides como segundo jefe, debiendo huir a Chile.

Tampoco Aldao tuvo con Acha las consideraciones que le dispensó Benavides.

El 15 de setiembre de 1841, un mes después de rendido Mariano Acha y poco antes de la batalla, fue asesinado por orden de Aldao el general unitario.

Una pequeña escolta, a cargo del teniente Marín, lo conducía a Buenos Aires. Tras cruzar el Desguadero llegaron a la llamada Posta de la Cabra.

Acha viajaba con los pies engrillado, montado como mujer y envuelto en un poncho de vicuña.

Allí se lo hizo descender y bajo la sombra de un frondoso árbol, escuchó al teniente decirle:

—*Tengo orden, general, de ejecutarlo.*

Lo hicieron poner de rodillas y lo fusilaron por la espalda.

A continuación cortaron la cabeza del bravo jefe unitario y la colocaron en la punta de un palo muy alto.

## Epílogo

Juan Manuel de Rosas, en Buenos Aires, festejaba el triunfo del ejército federal en Cuyo.

José Felix Aldao, estaba nuevamente al frente del gobierno de Mendoza.

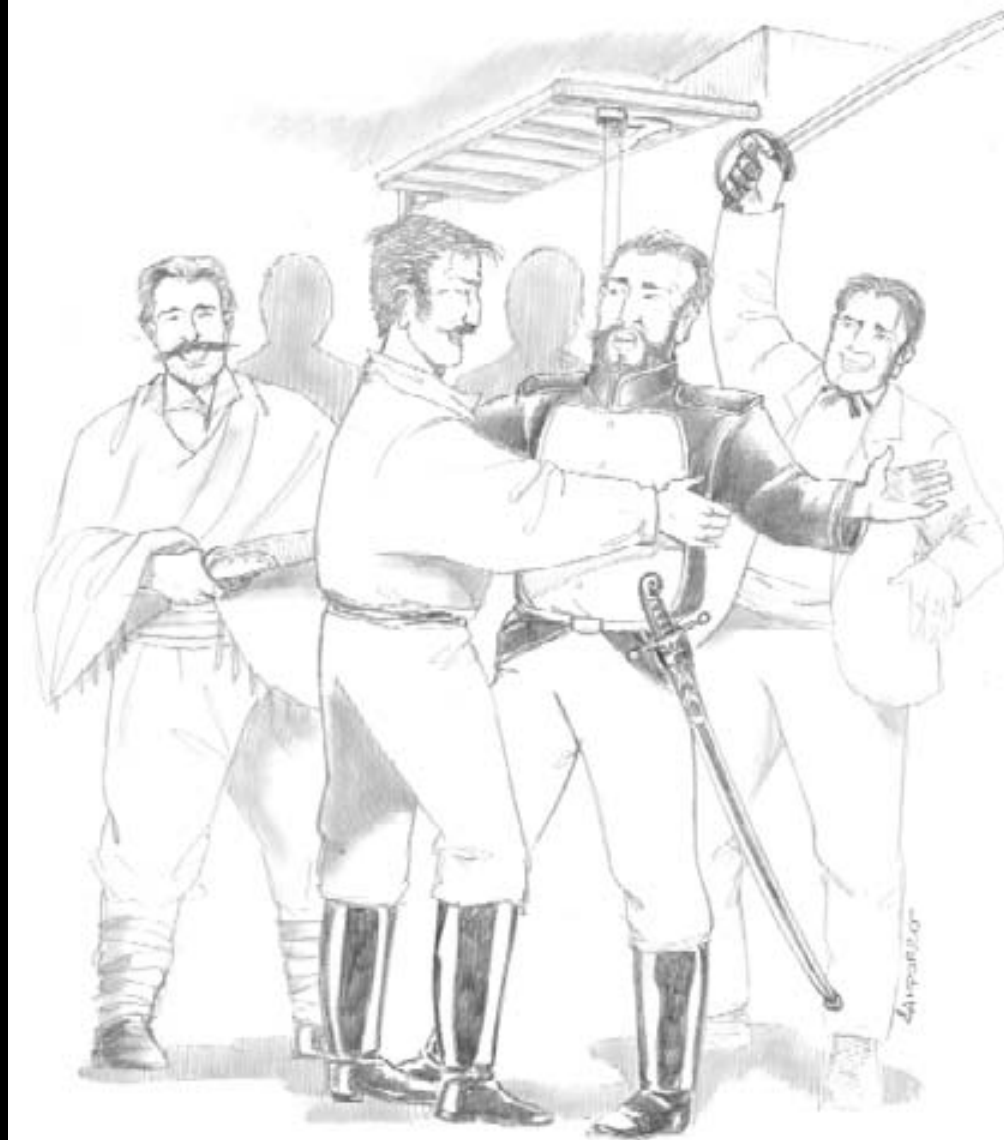
El 17 de octubre, Nazario Benavides hizo su entrada en San Juan, acompañado por su familia y efectivos a su mando.

Un relato del mismo Hudson dice:

“*Anunciada desde tres días antes, la entrada del general Benavides, acompañado de su señora, que llevó prisionera el general Lamadrid a su paso por San Juan, los preparativos para esa ovación hecha por el pueblo de San Juan, comenzaron con actividad y ornamentaciones en los frentes de las casas, de banderas y ricos tapices de seda tendidos, arcos triunfales en la larga calle de entrada y en la del general triunfador. En efecto, la multitud entusiasmada por su jefe de partido inmediato, llenaba el ámbito de la plaza principal, victoréandole, cuando llegó a ésta. La guarnición de la provincia estaba allí en línea. La señora y la suegra del general eran conducidas en un coche abierto, tirado por los más adictos federales, empleando cuerdas forradas en cintas coloradas. Esperábalos en el atrio de la Catedral el clero, presidido por el obispo y muchas señoras y hombres*”.

El 1 de octubre, la Sala de Representantes había designado al gobernador, brigadier general de la provincia.

1841



Al poder de la provincia, por error

**LA “REVOLUCION”  
DE LOS AMIGOS**

## Sobre llovido, mojado

No hay dudas que 1841 fue un año dramático para San Juan.

Primero, porque cientos de sus jóvenes fueron llevados por el general Benavides a la guerra con el ejército unitario. Y la mayoría murió en el campo de batalla.

Segundo, porque en una porción de su territorio, Angaco, se libró la más cruenta batalla que recuerde la historia de las guerras civiles argentinas, muriendo en pocas horas más de mil soldados.

Tercero, porque la capital fue invadida por el general Mariano Acha primero y el general Araoz de Lamadrid después.

Si los sanjuaninos iban a la guerra, la gente debía aportar no sólo sus hijos sino también su dinero, sus caballos, sus animales y armas.

Si, en cambio, los ejércitos invasores llegaban a San Juan, el panorama poco cambiaba: tomaban por la fuerza el dinero y los bienes de los pobladores, violaban a sus mujeres y mataban a quien se opusiera a ser despojado o simplemente los mirara mal.

No importa que fueran unitarios o federales, la población siempre llevaba las de perder.

Pero en este panorama aterrador, hubo una revolución —si así puede llamarse— que tuvo ribetes de comicidad.

Un poco de aire fresco, en medio de tanta sangre.

El 27 de agosto del '41 el general Lamadrid deja San Juan tras haber permanecido cuatro días. Se lleva todo lo que pudo conseguir en dinero y efectos e incluso se apodera de la suegra, la esposa y los hijos del gobernador, general Nazario Benavides a los que toma de rehén y parte a Mendoza, en persecución de éste que llevaba como prisioneros a su hijo de 19 años, el capitán Ciriaco de Lamadrid y al general Acha.

Pero antes de partir, deja al frente del gobierno a un coronel que había sido federal a las órdenes de Facundo Quiroga pero se había pasado a las filas unitarias. Anacleto Burgoa, se llamaba el hombre y era famoso por su ambición de mando, su ignorancia, su altanería y su absoluta falta de capacidad para gobernar.

Pero ahí estaba don Anacleto, ocupando la misma silla por la que antes o después pasarían hombres de la talla de Domingo Faustino Sarmiento, Salvador María del Carril, José Ignacio de la Roza o Nazario Benavides.

Burgoa, como buen converso, odiaba a los federales por los que alguna vez luchó.

El primer hecho “importante” de su gobierno fue un anticipo de lo que vendría. Instigó a seis jóvenes fanatizados por la causa unitaria para que tomaran un gran retrato de Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires, que tenía Benavides en su despacho. Hizo que lo llevaran a la Plaza Mayor. Allí lo colocaron en forma vertical, sostenido por un palo.

Luego vino la orden:

—¡Fuego!

Y el retrato fue fusilado, entre la risotada de los jóvenes.

Acto seguido, le prendieron fuego.

## Todo sea por un amigo

Realmente era repugnante Burgoa.

No sólo por su forma de ser sino porque también impuso aportes compulsivos a la población para sostener al ejército de Lamadrid, que se preparaba para pelear en Mendoza.

No podía durar mucho, aunque colaboraran con él y trataran de que hiciera algo coherente los más caracterizados unitarios residentes en San Juan aquel año, como Damián Hudson, Indalecio Cortínez, Antonio Lloveras, Cesáreo Aberastain y Tadeo y Manuel Hipólito de la Rosa.

Y a los quince días de ejercer la gobernación, fue derrocado.

La historia del derrocamiento de Burgoa fue graciosa.

Había un capitán del ejército que había combatido junto a Benavides durante la campaña de Cuyo. Juan José Atencio, se llamaba el hombre y era comandante de milicias de caballería.

Don Atencio vivía para el lado de Santa Lucía. Y estaba muy preocupado.

Ocurre que un gran amigo de Atencio y camarada de armas, el capitán Juan de la Cruz Sánchez había sido detenido por los unitarios.

Atencio convocó a varios milicianos a sus órdenes y a algunos vecinos y les comentó las malas noticias que había escuchado:

—*Mañana lo fusilan a Sánchez.*

Todos se indignaron.

—*¡Unitarios hijos de puta!*—, fue la frase más suave.

—*No hacemos nada insultando a los salvajes...*

—*¿Y qué podemos hacer?*

—*Rescatar al capitán.*

Como idea estaba bien.

Pero no era fácil sacarlo del cuartel de San Clemente, donde tenían engrillado al militar.

Además corrían contra el tiempo.

—*Lamadrid ha dejado muy poca tropa en San Juan, yo creo que podemos rescatarlo*—, dijo don Atencio.

—*Pero si mañana lo fusilan, tenemos que sacarlo hoy mismo.*

—*Sí, hay que sacarlo ya.*

A las 3 de la tarde de aquel 11 de setiembre de 1841, el capitán Juan José Atencio, acompañado



por 56 amigos, se dirigió al cuartel de San Clemente, dispuesto a rescatar al capitán Sánchez o morir en el intento.

Y acá vino la sorpresa.

Porque San Juan estaba en guerra. Pero el escenario estaba lejos, en Mendoza, donde se combatía.

Y a las 3 de la tarde, en un pueblo aburrido de muertes y despojos, nadie estaba con ganas de pelear.

Don Atencio entró al cuartel.

—*¡Ríndanse o los matamos!*— fue la orden.

Y todos se rindieron, sin disparar un tiro.

Grandes abrazos entre Sánchez y sus salvadores.

Ya que estaban, los hombres de Atencio liberaron a todos los federales presos.

Y pronto la noticia corrió como reguero de pólvora.

—*¡Volvieron los federales! ¡Volvieron los federales!*

El primero que corrió a esconderse fue el gobernador dejado por Lamadrid, Anacleto Burgoa.

Ni transmisión del mando hizo.

Corrió a la casa del obispo, José Manuel Eufasio de Quiroga Sarmiento, tío de Domingo Faustino Sarmiento, donde pidió refugio.

Al rato, todo San Juan comentaba lo sucedido, agrandando los hechos:

—*¡Los federales han retomado el gobierno!*

—*¿Y Burgoa?*

—*Huyó.*

¡No quedó un sólo unitario en San Juan!

Los que habían tenido actuación junto a Lamadrid o Acha sabían lo que les esperaba si el poder volvía a los federales.

En aquellos años, ninguno se andaba con chiquitas y el que no era pasado a degüello, era fusilado o engrillado.

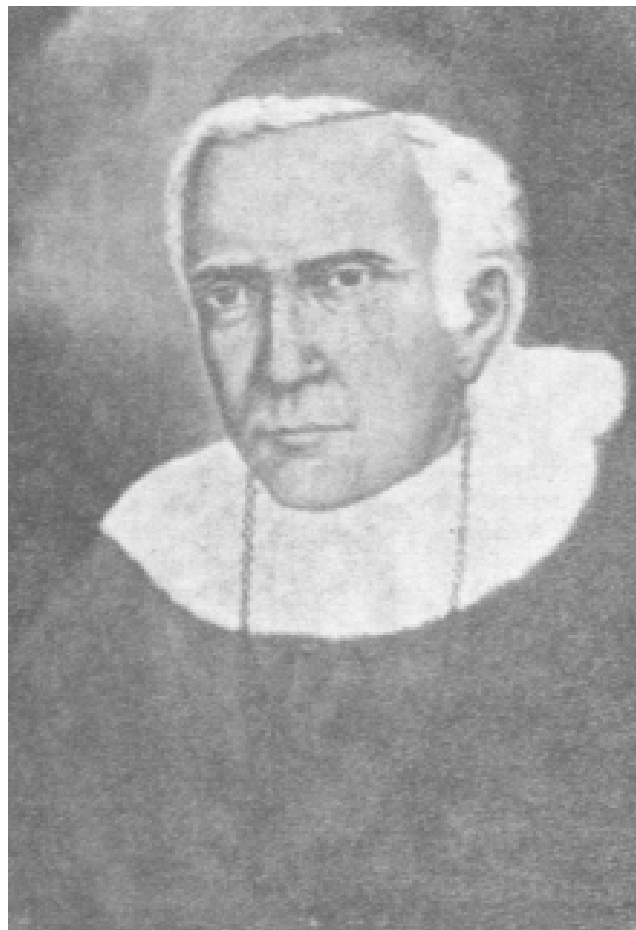
El vecindario no comprendía el significado de la revuelta.

Pero como siempre ocurre en estos casos, se abrieron las casas federales y los partidarios de Banavides salieron a festejar.

—*¡Mueran los salvajes unitarios!*

—*Hay que fusilar a Burgoa!*

Mientras los más exaltados festejaban en las calles, los vecinos unitarios se despidieron apresuradamente de sus mujeres y sus hijos y enfilaron para las sierras vecinas y los valles cordilleranos para ponerse a salvo.



José Manuel Eufasio de Quiroga Sarmiento



## El escondite de Burgoa

Pero si simpática fue la “*revolución de los amigos*”, no menos alocadas fueron las peripecias que debió sortear el derrocado Anacleto Burgoa.

Hombre odiado por unitarios y federales, el gobernante dejado por Lamadrid en San Juan sólo pudo conseguir que el obispo lo ocultara en su casa.

Y allí estaba, en un cuarto de paja, vestido de mujer para no ser reconocido.

—*Usted tiene a Burgoa, obispo*— fue el cargo que le hicieron algunos fanáticos federales.

—*Sólo me acompaña la sirvienta de la casa*—, contestó el obispo.

No conformes con eso, al día siguiente una partida de montoneros cercó la casa del obispo. Fuertes golpes en la puerta hicieron salir a Quiroga Sarmiento. Según un relato de Sarmiento, este fue el diálogo:

—*¿Quién es?*

—*Entregue al gobernador.*

—*No puedo entregarlo.*

—*Echaremos la puerta abajo y registraremos.*

—*Nadie puede entrar en casa del obispo.*

—*Abra.*

—*No abro. Benavides, Lamadrid ni Acha han atropellado esta casa.*

—*Traemos orden.*

—*Pues bien, abro, pero el que pise el umbral queda excomulgado.*

¡Qué disparar de gauchos! ¡Qué polvareda! ¡Ni uno solo resistió esta furibunda carga. El obispo quedó dueño del campo y fue elegido gobernador.

A todo esto, Atencio tomaba conciencia de lo que estaba pasando.

—*Capitán, la provincia ha quedado acéfala.*

—*¿Y yo qué tengo que ver?*

—*Usted debe decidir quien va a gobernar...*

—*Ah, no... busquemos a alguien que se haga cargo.*

Atencio no se había propuesto revolución alguna.

Menos aun quedarse con el gobierno.

—Yo sólo quise liberar al capitán Sánchez—, decía.

Durante los tres días siguientes, Atencio y Sánchez, hombres sencillos y sin aspiraciones de poder, quedaron a cargo de San Juan.

Buscaron quien se hiciera cargo del gobierno.

Pero eran días muy convulsionados y nadie deseaba arriesgar su pellejo ante tamaña responsabilidad.

El 15 en la mañana apareció la idea salvadora.

—Entreguemosle el gobierno al obispo.

Atencio y Sánchez fueron a la casa del obispo y le expusieron la situación.

—Alguien tiene que gobernar, su excelencia.

Y el obispo aceptó hacerlo.

Ese mismo día 15 asumió como gobernador.

Designó ministro a otro sacerdote, el presbítero José Manuel Astorga.

—Yo voy a gobernar pero usted me va a tener que ayudar— dijo el obispo dirigiéndose al capitán Juan de la Cruz Sánchez.

—Estoy a sus órdenes.

—A partir de este momento lo asciendo a teniente coronel y queda designado comandante general de las fuerzas de la provincia.

Así fue como San Juan tuvo durante seis días al obispo como gobernador.

El día 21, desde Mendoza, el general Benavides designó como su delegado al coronel José María Oyuela quien inmediatamente asumió el mando.

En tres semanas San Juan había tenido a tres personas distintas al frente de los asuntos de gobierno.

# 1858



El asesinato de Benavides

## LA MUERTE DEL CAUDILLO MANSO

## El marco político

El 26 de febrero de 1836 asumió por primera vez el mando de la provincia Nazario Benavides. Tras ser reelecto ininterrumpidamente, el 13 de diciembre de 1854, renunció a su cargo. En ese lapso, delegó el mando en innumerables oportunidades para ponerse al frente del Ejército y ser protagonista de memorable batallas. Un caso de longevidad política extraordinario en la república.

Fueron años muy duros para el país en los que mucha sangre se derramó. La presencia paternalista y respetuosa de Benavides en San Juan evitó que ese clima se trasladara a la provincia.

Fue el menos rosista de los federales y uno de los más respetados militares del interior. Sin preconceptos ni intelectualismos, hombre práctico al fin, supo ganarse a casi todos los sanjuaninos, gobernando sin desbordes.

Volvió el 18 de marzo de 1857 para gobernar poco más de un mes, hasta el 29 de abril de 1857, en un despropósito sólo explicable desde el punto de vista humano, sin advertir que ya el ambiente esperaba un cambio que abriese paso a nuevas ideas.

El país y la provincia ya tenían Constitución.

El dilema era humano: ¿qué lugar puede darle una sociedad a un hombre aún joven que la ha gobernado durante más de 18 años?

¿Podía ese hombre ser indiferente o imparcial con los que lo habían reemplazado?

Hasta 1857, según Caillet Bois, la escena política sanjuanina se dividía en cuatro sectores: “*el partido de los federales amigos del general Benavides, el partido de los unitarios amigos del general Benavides, el partido de los federales disidentes del general Benavides y el partido de los unitarios adversarios del general Benavides*”.

En 1858, con el gobierno constitucional de Manuel José Gómez Rufino, pronto sólo quedaron dos fracciones: el oficialismo y la oposición.

El escenario había cambiado. Ya no se hablaba de unitarios y federales.

El Club del Pueblo, desgajado del Club Libertad, nació de la fusión de liberales y federales inaugurando una etapa que se prolongaría durante veinte años, olvidando enconadas trincheras partidistas.

Y los cambios, sumados a la escisión interna, debilitaban al gobernador Gómez, dejándolo sólo con unos pocos amigos y parientes.

A todo esto, la convivencia con Benavides, que ejercía el cargo de comandante de la División Militar del Oeste, no era fácil.

Al principio era simples cuestiones de competencias en sus esferas civiles y militares. Pero pronto se comenzó a hablar seriamente de una revolución. Y se señalaba al partido de Benavides como propiciador de una asonada. Se hablaba de armas que el caudillo tenía ocultas y prontas a hacerlas actuar.

El general se había transformado en un enemigo peligroso, al que el gobierno quería eliminar a cualquier precio.

## El asesinato de Benavides

El reñidero de gallos estaba ubicado en lo que hoy es la calle San Luis, entre Sarmiento y Entre Ríos. Allí estaba aquella tarde el general Benavides. Era el 19 de setiembre de 1858.

Veinte efectivos al mando del comandante en jefe de las fuerzas de la provincia, Domingo Rodríguez, entraron al local y detuvieron al general.

De allí se lo sacó y se lo condujo a la cárcel del Cabildo, frente a la Plaza Mayor.

Se lo alojó en calidad de incomunicado en una pieza alfombrada del segundo piso, de techo muy elevado y amplio balcón, con frente a la plaza. Y se lo aseguró bien con una barra de grillos de 32 libras de peso.

Diez y seis hombres al mando del teniente 2º Rafael González —un pésimo sujeto, hombre de acción del gobernador Gómez— quedaron a cargo de su custodia.

El día 20, el gobierno hizo saber al juez de Crimen que “se halla preso e incomunicado en los altos del Cabildo el general don Nazario Benavides por conato comprobado de sedición, según aparece de las sumarias levantadas a sus cómplices y colaboradores”.

Las voces pronto comenzaron a circular:

—*Van a matarlo a Benavides, quieren hacerlo desaparecer de la política sanjuanina.*

Las intenciones habían quedado expuestas y Telésfora Borrego de Benavides sabía que si no actuaba rápido y lograba que intervinieran las autoridades nacionales, su esposo no saldría con vida.

—Coronel, le pido por favor que interceda por mi esposo...

—*Señora, esté usted segura que haré cuanto esté a mi alcance...*

—Queda poco tiempo coronel...

—*¿Porqué lo dice?*

—Tengo información de que mi marido será asesinado en prisión.

—*¿Está usted segura?*



General Nazario Benavides

—Sí, coronel. El general Benavides es para ellos un problema. Y lo quieren resolver definitivamente.

El coronel Francisco D. Díaz no era precisamente un amigo de Benavides. Un año antes, el caudillo lo había derrocado como gobernador. Y esas cosas no se olvidan.

Pero tampoco podía estar de acuerdo en un asesinato.

Doña Telésfora Borrego, esposa del general Benavides, estaba dispuesta a mover cielo y tierra para salvar la vida de aquel hombre con el que había compartido veinte años de poder.

El coronel Díaz miró a doña Telésfora y no pudo menos que sentir admiración y afecto por aquella mujer.

—Señora, yo voy a salvar a su esposo. Déjeme usted poner en juego mis ideas que tengo al respecto y garantizo el éxito.

Doña Telésfora se retiró de la reunión sin saber si Díaz intercedería ante su pariente, el gobernador Manuel Gómez o intentaría facilitar la fuga de Benavides.

Telésfora Borrego volvió a su casa de la calle San Clemente (hoy Santa Fe). En esa gran casona con zaguán y patio abierto, edificada en un espacioso terreno que tenía 72 varas sobre esa calle y llegaba desde la esquina con Cabildo (hoy General Acha) hasta la mitad de cuadra con Mendoza, Benavides había gobernado durante casi 20 años San Juan. Los fondos se extendían 24 varas por la calle Cabildo.

Para que el lector se ubique, la casa comenzaba en la Galería Estornell, por Santa Fe, llegaba hasta la esquina de General Acha y se extendía en sus fondos por esta arteria.

La dama sabía que no podía permanecer quieta.

Llamó a sus hijos mayores, Segundo y Telésfora y les dijo:

—Tengo que escribirle al presidente Urquiza.

La carta le explicaba al presidente de la Confederación sus temores ante el peligro inminente de que su esposo fuera asesinado.

Sola en su habitación, Telésfora lloraba en silencio y recordaba el día en el que lo conoció a Benavides.

Corría 1833. El tenía 31 años y ella sólo 18.

Habían pasado 25 años pero ella recordaba aquel día como si fuera hoy.

Allí estaba aquel joven oficial, muy alto —medía más de un metro noventa—, delgado, de anchas espaldas y pequeña cintura, musculoso, con piernas quizás demasiado largas para su cuerpo rematado en una cabeza pequeña. Como no enamorarse de aquel apuesto militar de tez pálida, cabello lacio y negro, cejas tupidas, ojos verdosos y nariz aguileña, con patillas que reaparecían en el mentón y un bigote “a lo criollo”.

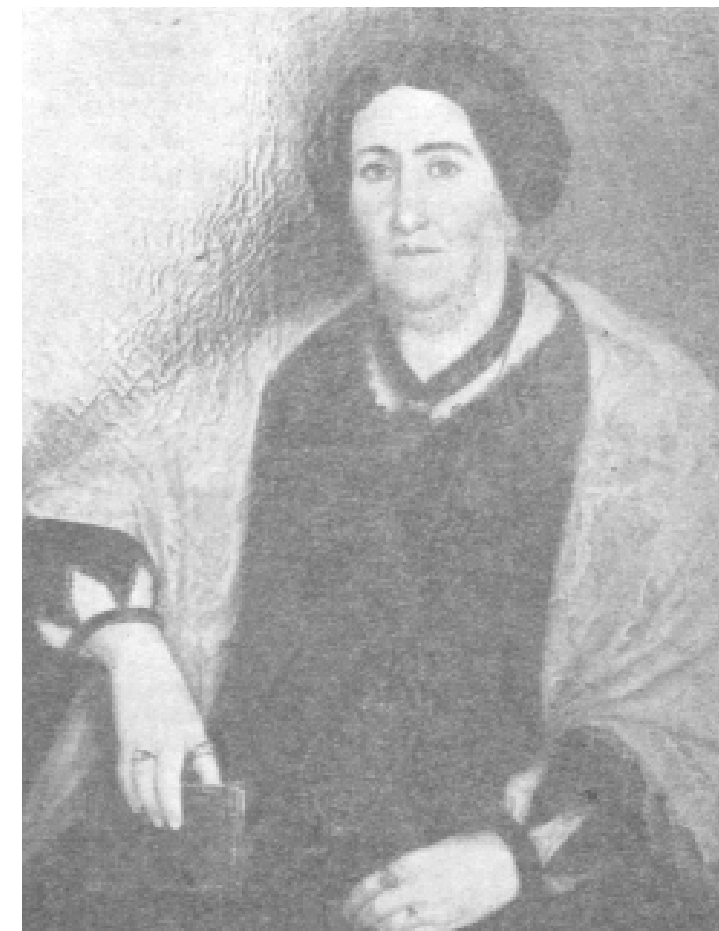
En la primera cita, Nazario le contó su historia.

No había nacido en cuna de oro. Su padre, Pedro, fue un criollo de ascendencia chilena. Su madre, Juana Paulina Balmaceda, también provenía de un hogar criollo.

Junto con sus cuatro hermanos, Nazario se crió en el hogar paterno, en un fundo semirural ubicado en el Pueblo Viejo, que ocupaba desde lo que hoy es la calle Juan Jufre, por el norte, hasta Chile, por el sur. Por el este llegaba hasta lo que hoy es la Plaza de Concepción.

Allí tenían los Benavides una pequeña viña, un alfalar y un huerto, como todas las casas de aquellos años. La casa era de adobe, con techo de caña sostenido sobre rollizos de álamo.

Benavides no era un intelectual ni un hijo de familias ricas, como Del Carril o De la Roza. Aprendió a leer y escribir pero no pudo radicarse en otras ciudades para volver con un título de aboga-



Telésfora Borrego de Benavides

do o médico. Sus ocupaciones de joven fue mondar acequias, preparar la tierra para los cultivos, podar, cuidar los animales.

Cuando cumplió los 17 ya se había enganchado como carrero de cargas y más tarde como arriero, con lo que conoció otras provincias y viajó mucho.

Así fue moldeando su personalidad Nazario. Joven de buen carácter, afable, sin vicios, modesto, con gran capacidad de adaptación a las circunstancias, tolerante.

¿Como aquel modesto joven pudo gobernar San Juan tantos años?

Nazario le había contado que tenía 24 años cuando Juan Facundo Quiroga comenzó a formar su ejército para combatir contra el general Aráoz de Lamadrid. Y Benavides se enganchó con él, como lo hicieron otros tres o cuatro mil cuyanos y riocuartenses, los que fueron sometidos durante cuatro meses a una rigurosa disciplina militar.

En su vida militar, comenzó haciendo lo que sabía: fue arriero en el ejército del tigre de los llanos.

Pronto Nazario se ganó el aprecio de los oficiales de Quiroga. Y este, a su vez, influyó en el joven arriero, podador y mondador de acequias como para hacerle olvidar sus anteriores oficios y abrazar definitivamente la carrera militar.

—¡Ay Benavides! Tantas batallas ganadas, tantos honores recibidos y ahora estás ahí, en la parte alta del cabildo, engrillado y esperando que algún bárbaro te mate...

Telésfora Borrego conocía bien a su esposo. Había nacido para mandar. Conocía a la gente. Y como militar era un hombre de arrojo. A nadie extrañó que en 1931, con 29 años, ya fuera teniente coronel. Y a diferencia con otros caudillos militares, reprimió siempre el pillaje y la matanza, fue tolerante con sus enemigos, generoso con los vencidos y hombre de buen corazón.

Telésfora recordaba como si fuera ayer aquel 1933 cuando Benavides regresó a la provincia, tras la campaña contra los indios del sur.

—Fue ese año cuando me conoció a mí, Telésfora Borrego y Cano, hija del difunto Pascasio Borrego Jofré y de doña María de los Angeles Cano, integrante de una familia muy rica.

No fue fácil el noviazgo de aquel flaco y alto teniente coronel con la joven descendiente de acaudalada fortuna.

La familia de ella se oponía terminantemente a esa relación. Querían algo más para Telésfora. Un hombre con estudios universitarios, de fortuna familiar, de relevancia política, no aquel arriero transformado en militar.



Facundo Quiroga

Cuentan que por aquellos años volvía Facundo Quiroga a San Juan, tras participar de una de las campañas por el norte. El general pasó revista a las tropas en el cuartel de San Clemente y tras ello le preguntó al comandante de la guarnición:

—¿Quién es ese oficial que está en la primera fila?

—¿Cuál, general?

—El tercero a la derecha.

—Es Nazario Benavides. ¿Porqué?

—A ese hombre le perturba la traición o algo grave le sucede— dijo el Tigre de los Llanos para quien no había escapado el semblante del joven oficial.

Quiroga lo mandó llamar a Benavides.

—¿Qué le anda pasando a usted?

—Nada, mi general.

—No me diga eso. A usted le pasa algo y yo lo se. Hable, que lo escucho.

—No tiene nada que ver con el Ejército, general..

—¿Tiene que ver con el amor...?

—Así es mi general.

—¿Y cuál es el problema? ¿Ella no lo acepta?

—Ella me quiere y yo también pero... yo soy pobre.

—Ahá... ¿Y entonces?

—La familia pretende algo distinto.

Quiroga sonrió con afecto y sólo dijo:

—No se me desanime, Benavides, todo es cuestión de tiempo.

Grande fue la sorpresa de Benavides cuando al mediodía vio llegar al cuartel a su altiva suegra, doña María de los Angeles Cano de Borrego y entrar a la oficina del general Quiroga.

Nadie sabe de qué hablaron.

Pero lo concreto es que a la semana siguiente, Nazario y Telésfora pudieron casarse. Y que el propio Facundo fue el padrino de la boda., vistiendo su uniforme de gala con entorchados de brigadier gene-

## La ciudad

Ciento dieciseis manzanas (trece cuadras de largo por nueve de ancho) pobladas por casas chatas y sin valor arquitectónico, componían la ciudad de San Juan en la época de Benavides.

Frente a la plaza se alzaba el edificio más importante: la catedral, coronada por sus dos torres y comenzada en 1712 por los padres jesuitas.

Sobre la calle del Cabido (actual General Acha), también frente a la plaza mayor, estaba el Cabildo.

La casa de Benavides, sobre la actual calle Santa Fe, vereda norte, entre Acha y Mendoza, servía de Casa de Gobierno y frente a ella, en diagonal, ocupando la manzana delimitada por las calles Santa Fe, Córdoba, General Acha y Tucumán, estaba el cuartel de San Clemente.

Todas las calles eran de tierra, no había casi árboles ni acequias y eran muy angostas (12 metros de ancho de pared a pared) y sin veredas.

Al llegar la noche, las calles sin iluminación se transformaban en verdaderas “bocas de lobo”.

ral, acompañado en la ceremonia por doña Felipa Cano, tía de la novia.

—¿Como pasaron de rápido aquellos años, Benavides!—, pensaba la preocupada Telésfora a la espera del milagro que le devolviera a su esposo.

Segundo de los Reyes fue el primer hijo en nacer. Luego siguieron Telésfora, Pedro Pascasio, Nazario del Carmen, Tomás Numa, los gemelos Juana Angela y Juan Rómiulo, Paulina Laurentina, Paulina de Jsús, Pedro Pascasio y en 1857 los mellizos Eduardo Javel y Gerardo Juval. Nacieron, murieron prematuramente algunos, se repitieron nombres, crecieron.

La casa fue un modelo de hogar cristiano.

—¿Cómo se puede matar a un hombre por sus ideas?— se preguntaba Telésfora, mujer muy religiosa, toda bondad.

—En mi casa nunca entró la política. Yo misma fui paño de lágrimas para los necesitados, sin importarme sus ideas.

Como una ráfaga pasaron por la memoria de Telésfora Borrego distintas etapas de su vida.

Parece que fue ayer cuando acompañó a Benavides al Cabildo aquel

26 de febrero de 1836, a las 8 de la mañana.

Eran años de inestabilidad política. San Juan había sido invadido por La Rioja y todos estaban pobres y temerosos. Había que elegir un gobernador. Y lo eligieron a él.

Y allí estaba aquella mañana aquel militar flaco y alto. Y ella al lado de su Nazario, elegante con su uniforme de teniente coronel, con sus jóvenes 33 años.

Llevaban dos años de casados y ya había nacido su primer hijo, Segundo Reyes, que tenía un mes de vida.

Nadie pensó que Nazario Benavides gobernaría durante 19 años en forma ininterrumpida, reelegido en forma sucesiva.

Doña Telésfora miró al teniente 2º Rafael González y no le gustó aquel hombre. Le decían el “*negro panadero*”.

Pero no tenía alternativas.

Todas las otras soluciones tardaban en llegar y las versiones sobre que Nazario Benavides sería asesinado de un momento a otro, desesperaban a su esposa. Y aquel González, de aspecto repulsivo era el jefe de la guardia apostada en la prisión de Benavides.

—*Así que usted quiere que se lo deje libre al general....* - decía González.

—Teniente, yo no quiero que lo maten.

—*Quédese tranquila, señora. Veré qué puedo hacer.*

—¿Puede darle un mensaje a mi marido?

—*Sí señora, lo que quiera.*

Varias veces se entrevistó la señora con González. Este le transmitía mensajes de Benavides y a su vez le llevaba al general palabras de su mujer.

—*Señora, usted sabe que no es fácil para mi la ayuda que le estoy prestando. Los guardias sospechan que yo traiciono al gobierno.*

—Yo le agradezco su apoyo.

—*Pero... usted sabe, señora... para poder seguir actuando algo tengo que darle a los muchachos de la guardia...*

—Dígame usted teniente lo que debo traer y lo conseguiré...

Lo que no sabía Telésfora es que cada vez que dejaba el Cabildo, González entraba al despacho del gobernador Gómez Rufino,

—*¿Y? ¿Qué le ha dicho la generala?*—, preguntaba el gobernador.

—Está dispuesta a cualquier cosa por liberar a su esposo.

—*¿Sigue confiando en usted?*

—Aparentemente sí. Yo le he pedido 18 onzas de oro por colaborar en la fuga.

—¿Y qué le ha dicho?

—*Que las conseguirá.*

La última reunión de Telésfora con el jefe de la guardia fue ya para concretar detalles.

—*Dígale a Benavides que el 24 (de octubre) a la siesta será liberado.*

—Sí señora. ¿Tiene todo dispuesto?

—*Sí, teniente. Nuestros amigos van a venir armados ese día. Usted sólo tiene que entregar al prisionero.*

—Quédese tranquila que así se hará.

Se retiró la mujer y González entró una vez más al despacho del gobernador.

—El 24 será el asalto.

—*Perfecto. Se van a llevar una buena sorpresa.*

Gómez Rufino llamó a sus colaboradores más inmediatos.

Horas después los sanjuaninos se enteraban que el gobierno había descubierto un plan de asalto al Cabildo que debía producirse el día 24, se citaban los nombres de las personas que participarían y se daba a entender que de un momento a otro, todos serían detenidos.

Los amigos de Benavides se reunieron con doña Telésfora.

—*Todo ha sido descubierto señora.*



Manuel Gómez Rufino

—González me traicionó—, dijo la mujer.

—*Tenemos que actuar inmediatamente pues ahora nuestras vidas corren peligro.*

—¿Cuándo?

—*Mañana a primera hora.*

Antes que saliera el sol aquel 23 de octubre de 1858, cuarenta hombres, en su mayoría oficiales de guardias nacionales y de línea retirados, que habían actuado a la orden de Benavides, avanzaron sobre la plaza mayor en cuatro columnas, mientras gritaban:

—*¡Viva la libertad! ¡Viva el general Peñaloza!*

No era una revolución. Se trataba de una simple pueblada con un objetivo único: rescatar a Benavides.

Llegaron al Cabildo y se lanzaron al ataque, con armas de fuego, sables y lanzas. La guardia intentó resistir pero fue inútil.

Los atacantes liberaron a sesenta o setenta presos que estaban en la planta baja, los que se sumaron al grupo armado.

—*El general está engrillado en la parte alta. Avancen*— dijo el sargento Gutiérrez, apodado El Manco.

Benavides esperaba el asalto. Pero lo esperaba para la siesta del día siguiente.

—Algo raro está pasando.— pensó el caudillo.

Rápidamente se cubrió con una frazada y se acercó a una ventana.

Escuchó que alguien ordenaba:

—Hace falta un hacha para derribar la puerta.

—*Vamos a buscarla a la casa del general*—, dijo otra voz.

Un grupo corrió los ciento cincuenta metros que separaban el cabildo de la Casa de Benavides.

Benavides vio desde el balcón llegar al Cabildo al comandante Domingo Rodríguez, seguido del capitán Maximino Godoy y comprendió lo que iba a suceder.

Intentó superar con su voz los gritos de venían desde abajo.

—*¡Por favor! ¡Deténganse! ¡No me comprometan! ¡No den motivos para que terminen conmigo!*

El comandante Rodríguez, desde abajo también gritaba.

—*¡Regrese inmediatamente a su prisión o no respondemos por su vida!*

Benavides entró nuevamente a la sala. Estaba cansado.

—*Pueden disponer a mansalva de mi libertad porque estoy engrillado* -dijo a sus guardias.

Abajo se sentían disparos de armas de fuego y el golpeteo del hacha contra la puerta, intentando derribarla.

De pronto, un hecho secundario adquirió gran importancia.

Uno de los guardias, Eugenio Morales, nervioso por lo que sucedía, se insolentó con el capitán Maximino Godoy.

Este sacó su cinto y le dio dos o tres golpes.

Se escucharon exclamaciones y los soldados de la guardia amenazaron amotinarse.

Godoy se dio vuelta para enfrentar el nuevo problema y Morales, que no lo perdía de vista y estaba enardecido por los cintazos recibidos, se precipitó sobre él y le dio un culatazo en la sien derecha. Ahí quedó Godoy, muerto en el piso.

A todo esto, Benavides permanecía sentado en el catre y engrillado.

El comandante Rodríguez, advirtiendo lo que sucedía, subió rápidamente y entró a la sala por una puerta lateral.

Tomó su espada y atacó a Morales, que gritaba fuera de sí.

Morales no se quedó atrás. Tomó su bayoneta y embistió contra su superior, hiriéndolo en un brazo. Inmediatamente después salió al balcón y saltó a la calle. Comenzó a correr atravesando la plaza, en dirección a la Catedral.

Uno de los amigos de Benavides lo siguió a caballo y a la carrera lo alzó sobre el animal.

El comandante Rodríguez, herido en el brazo izquierdo, también estaba fuera de sí. Se dirigió adonde estaba Benavides.

Al verlo, este, engrillado, trató de incorporarse presintiendo el peligro.

No tuvo tiempo de hacer movimiento alguno. Rodríguez le disparó un balazo a quemarropa, hiriéndolo en el costado izquierdo, a la altura del corazón. Inmediatamente, hundió su bayoneta en el mismo lugar.

Benavides cayó al piso. Estaba muerto.

De pronto se hizo un silencio en la plaza.

—*¡Han matado al general Benavides!*

En contados minutos, todos los atacantes huyeron por distintos rumbos.

El cuerpo de Benavides fue arrojado desde la habitación donde fue ultimado en los altos del Cabildo a un patio continuo.

Poco después, un caballero de la alta sociedad sanjuanina, Juan Crisóstomo Quiroga y su hermana, Isidora Quiroga Garramuño de Salas, entraron al Cabildo y vejaron el cadáver del caudillo manso.

Recién el día 24 a las 7,30, los deudos del general pudieron acercarse al cuerpo. No obstante, el gobierno dispuso no entregar el cadáver. Lo colocaron sobre un catre y fue exhibido durante varias horas en el pretil del cabildo.

La tarde del 24, el gobernador Gómez ordenó entregar el cadáver a sus deudos. El muerto fue velado en su casa y enterrado el 25 de octubre en el cementerio público sin ceremonia ni escolta.

## 50 años después

Alrededor de 1910, un niño de 12 años, Rogelio Driollet, quien luego sería un conocido médico, estaba en el cementerio en el momento que en el mausoleo de la familia Zavalla se cambiaba de caja el cadáver del general Benavides para trasladarlo a la bóveda de don Domingo Gervasio.

Driollet dió este testimonio:

*“Benavides, a más de medio siglo de su muerte, estaba casi intacto. De pie en el ataúd, imponente su figura de casi un metro noventa. La visera de la gorra militar a ras de los ojos; la casaca azul, la bombacha roja, el sable al cinto y las botas a la usanza federal. Una sombra de bigote sobre el labio y un esbozo de sonrisa en el conjunto del rostro”.*

## El caudillo manso

El asesinato de Benavides, indelenso y engrillado, fue sin duda un acto de barbarie. Primero porque fue una muerte anunciada y tratada de impedir desesperadamente por su esposa ante autoridades nacionales y provinciales Y en segundo término porque si alguien fue generoso con sus adversarios, a lo largo de veinte años de ejercer el poder, ese fue Benavides.

Muchas anécdotas pintan al caudillo paternalista de cuerpo entero.

Algunas de ellas tienen como protagonista a un fogoso Domingo Faustino Sarmiento, director en aquellos años del periódico El Zonda.

Benavides había mandado llamar a Sarmiento a su despacho.

—Se que usted conspira, don Domingo.

—*Es falso, señor, no conspiro.*

—Usted anda moviendo a los representantes...

—*¡Ah! ¡Eso es otra cosa!. Su Excelencia ve que no hay conspiración. Uso de mi derecho dirigiéndome a los magistrados, a los representantes del pueblo, para estorbar las calamidades que Su Excelencia prepara al país.*

—Don Domingo, usted me forzará a tomar medidas.

—*¡Y qué importa!*

—Severas medidas.

—*¡Y qué importa!*

Vi en el semblante de Benavides señales de aprecio, de compasión, de respeto y quise corresponder a ese movimiento de su alma.

—*Señor —le dije— no se manche. Cuando no pueda tolerarme más, destiérreme a Chile.*

La anécdota fue contada por el mismo Sarmiento.

Incorregible al fin, el siguiente número de El Zonda publicó un artículo titulado “Testamento”, aludiendo a que *“había sido mordido por cierta perrilla faldera, rabiosa, idolatrada en su casa”.*

Para los sanjuaninos fue una directa alusión a la esposa del gobernador. Y Benavides podía tolerar cualquier cosa menos que se atacara a Telésfora, su esposa idolatrada, la mujer más buena del mundo.

Fue el último número de El Zonda, el sexto. La incontinencia verbal del Gran Maestro también sabía ser injusta y cruelmente dañina.

No obstante, Sarmiento permaneció en San Juan un año y cuatro meses más.

Pero su situación se hacía insostenible, especialmente por sus críticas a Rosas y sus contactos con quienes conspiraban desde Salta donde estaba Aberastain y La Rioja.

Fue convocado nuevamente a la Casa de Gobierno.

Benavides lo interrogó sobre su conspiración.

—*He sabido que que ha recibido usted papeles de Salta y del campamento de Brizuela...*

—Si señor, y me preparaba para traérselos.

—*Sabía que le habían llegado esos papeles pero ignoraba que quisiera mostrármelos -* dijo Benavides con sorna.

Sarmiento en efecto conspiraba.

Benavides era un gobernador manso pero también un caudillo. Y no podía tolerar que la casa no estuviera en orden, más cuando debía salir en campaña al norte del país.

La tercera entrevista en la Casa de Gobierno, fue la última.

Sarmiento terminó encerrado en la cárcel ubicada en los altos del Cabildo, con centinela a la vista y barra de grillos.

El 17 de noviembre (de 1840) el comandante José Manuel Espina le preparó un simulacro de ase-

sinato, que concluiría con la afeitada a sable del preso y su traslado a la cárcel de la planta baja. No obstante el vejamen no pasaría de una comedia pues el general Benavides lo salvó de aquella afrenta.

Finalmente Sarmiento obtuvo su libertad. Cuentan que fue doña Telésfora —a la que había ofendido Sarmiento— la que intercedió por él.

—Benavides, tengo que pedirte un favor- dijo a su esposo, llamándolo por el apellido.

—A una buena moza no se le niega nada. Pero depende de lo que sea...

—El favor se hace sin condiciones o no es favor.

—Bueno, concedido.

—Pues debo decirte que Sarmiento se halla en esta casa y quiero que lo hagas salir y llegar a salvo a Chile.

—¿En mi propia casa?

—Si Benavides, acá está.

El 18 de noviembre Sarmiento partió de San Juan, acompañado por Clemente, su padre, en mulas proporcionadas y aperadas por el propio Benavides, rumbo a Chile.

Al pasar por los baños de Zonda escribió su célebre frase “ont no tue point les idées”, repitiendo la sentencia de Fortoul.

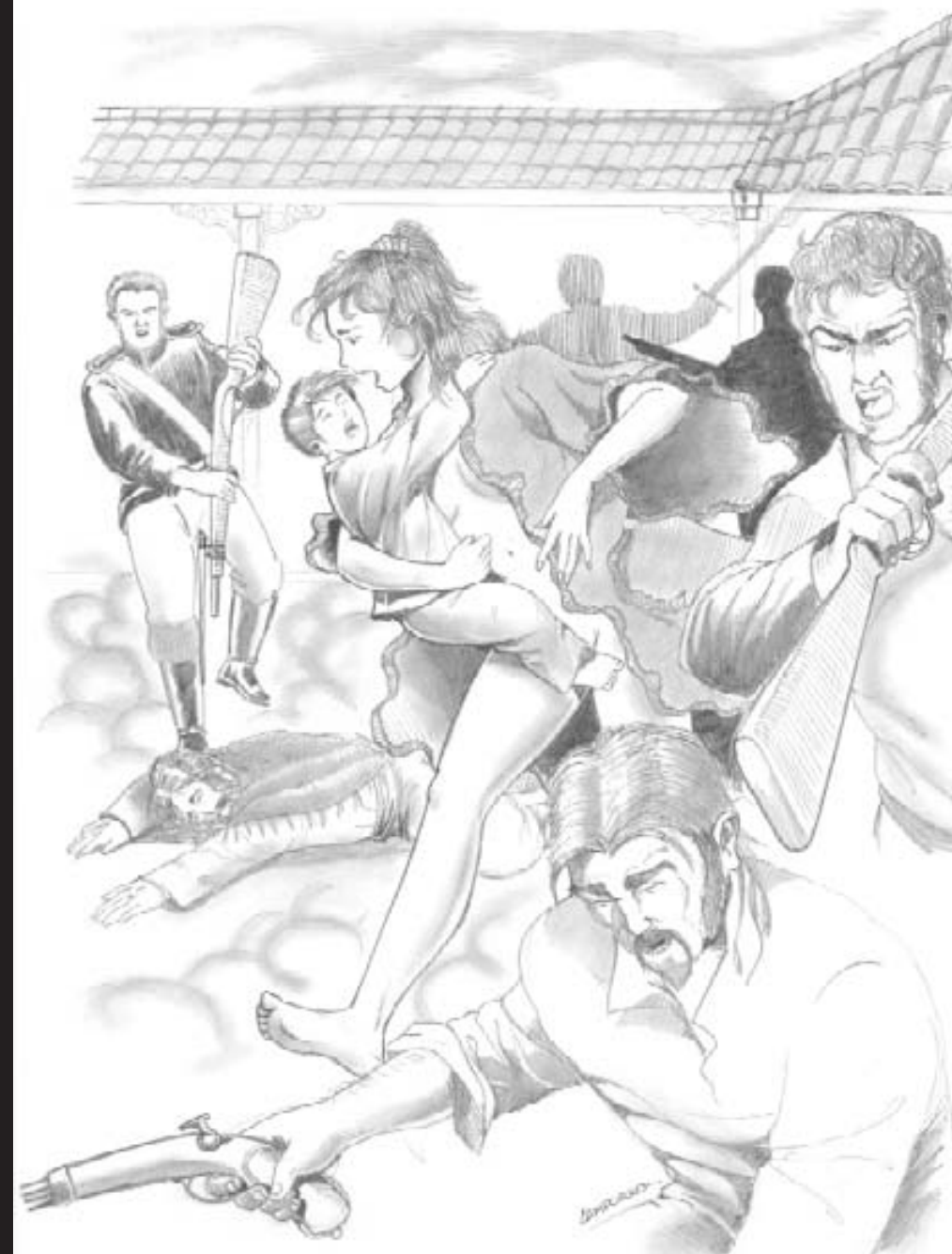
Poco antes de morir, el 22 de junio de 1888, Sarmiento le escribió una carta a su amigo don Ignacio S. Flores y en ella hace justicia a su viejo enemigo:

*“En la casa de Benavides, su señora viuda pondrá el retrato más grande que tenga del general Benavides, a quien debe San Juan, por su moderación, que no se derramase sangre en su gobierno”.*

Ya desde su exilio en Chile, el gran maestro había escrito: *“Benavides es un hombre frio; a eso debe San Juan haber sido menos ajado que los otros pueblos. Tiene un excelente corazón, es tolerante, la envidia hace poca mella en su espíritu, es paciente y tenaz”.*

Salvador María del Carril, antiguo cabecilla unitario, no esperó la muerte del jefe federal para escribirle en 1852 una carta muy elogiosa en la que concluía diciendo, *“usted en aquella época infausta, estancó la sangre que había corrido a torrentes y dio asilo generoso a los oprimidos sin amparo”.*

# 1860



El asesinato de Virasoro

**NUNCA SE HABIA  
LLEGADO TAN LEJOS**



## El principal protagonista

### Juan Antonio Virasoro

Tenía 46 años cuando fue asesinado el coronel José Antonio Virasoro. Era miembro de una familia de militares y políticos correntinos. Su padre, Juan Ascencio Virasoro, había nacido en Viscaya, España y fue piloto y cosmógrafo. Su hermano, el general Benjamín Virasoro, fue gobernador de Corrientes en 1847 y figura de relieve nacional. Otro de sus hermanos, el coronel Miguel Virasoro, fue dos veces gobernador correntino, en 1848 y 1849. Cuando llegó a San Juan, en 1859, Virasoro era un militar de carrera de cierto prestigio y estaba casado con Elena González de Lamadrid, descendiente también de militares de carrera.



#### El marco político

El asesinato del general Nazario Benavides en 1858, tuvo honda repercusión en el país. La muerte de quien fuera hombre fuerte de San Juan durante 20 años derivó en la integración de una Comisión Representativa Nacional, encabezada por el ministro Santiago Derqui a quien acompañaba una corta comitiva que integraba entre otros, el coronel correntino Juan José Virasoro. La Comisión se proponía buscar una salida al problema político de San Juan, elevado a la categoría de caso institucional.

El problema sanjuanino enlazaba con la situación nacional donde la disputa por la presidencia estaba centrada entre el cordobés Santiago Derqui y el sanjuanino —y vicepresidente— Salvador María del Carril. Precisamente, con el asesinato de Benavides pierde Del Carril sus posibilidades pues su actuación fue dilatoria, lo que decidió al presidente Urquiza a apoyar a su ministro.

### La situación en San Juan

Sesenta días actuó la Comisión Representativa Nacional. Conformó un Consejo o Senado consultivo de 25 miembros, destituyó al gobernador Manuel José Gómez y convocó a elecciones para elegir un nuevo gobernador. Aunque era forastero, el elegido fue el correntino Virasoro, que asumió su cargo el 25 de enero de 1859, primero como gobernador interino para completar el mandato de Gómez.

Apoyado inicialmente por diversos sectores, Virasoro pronto demostró que no era un político ni un hombre de Estado. Mitre dijo de él que “era un hombre con instintos de tigre, que no podía mandar pueblos sin cometer violencias y provocar resistencias”.

Pronto los sanjuaninos lo fueron dejando sólo, rodeado por colaboradores que trajo de Corrientes. Aunque tuvo iniciativas progresistas, como el empedrado de las calles de la ciudad y la iluminación con lámparas de aceite, cometió un “pecado” que siempre trajo dolores de cabeza a los gobernantes sanjuaninos: quiso cobrar los impuestos.

El malestar de la población y la prédica de Aberastain desterrado en Mendoza, sumado a las actitudes dictatoriales de Virasoro ya transformado en el “tirano correntino” para la opinión pública, fueron creando las condiciones para los sucesos que se produjeron el 16 de noviembre de 1860.

## El asesinato de Virasoro

Fue uno de los crímenes más alevosos que recuerde la historia provincial. Para saber lo que realmente ocurrió, vamos a tomar tres testimonios distintos, basados en documentación histórica.

### Primer testimonio

#### El relato del comandante

*Este testimonio puede ser considerado parcial pues proviene de uno de los actores del proceso, el comandante general de las fuerzas que intervinieron. A continuación, reproducimos el parte del 20 de noviembre de 1860 del jefe de las “Fuerzas Libertadoras de San Juan”, Pedro Nolasco Cobo, al gobernador interino, don Francisco T. Coll sobre la muerte del gobernador Virasoro y los sucesos del 16 de noviembre.*

San Juan, noviembre 20 de 1860  
Al Excmo. Señor Gobernador provisorio  
de la provincia, don Francisco Tristán Coll

El infraesrito cree de su deber participar al gobierno de V.E. el detalle del hecho de armas con que se consumó el pronunciamiento de este pueblo y que dio por resultado la muerte del coronel don José A. Virasoro, seis de sus secuaces y el derrocamiento consiguiente de su gobierno intruso, tiránico, atroz, no porque dicho acontecimiento deje de hallarse en el dominio público pues que se ha consumado a la luz del día en el centro de la Capital, a la faz de todo el pueblo y con el fuego mas vivo de resistencia y ataque, sino porque le parece indispensable documentarle para la apreciación del juicio público y de la historia.

V.E. conoce también el origen incluso de la autoridad que asumió en este país el coronel Virasoro así como su marcha gubernativa que lo constituyó en perpetua anormalidad en todo sentido, violando las instituciones y las leyes, desaparecieron las garantías publicas e individuales a un mismo tiempo; los tributos y gabelas se multiplicaron sin tasa ni medida, se suspendió casi completamente el pago del servicio público, distrayéndose las rentas de sus objetos legales, el ciudadano sufría por donde quiere el ultra-

je, el insulto y aun el destierro sin encontrar amparo en la justicia, sobreponiéndose el mandarin a sus seides y toda autoridad desde el mas alto al mas bajo magistrado de justicia; hasta su misma legislatura.

San Juan ofrecía el miserable aspecto de pueblo conquistado, cuando tenia lugar la reconciliacion definitiva y sincera de todas las Provincias Unidas que constituyen la Nación Argentina.

Este memorable suceso, tan celebrado en el fondo de su corazón, cuanto que sabía apreciar su importancia para un nuevo porvenir, fue el mismo que dio margen al coronel Virasoro para ensayar sus últimos y mas rudos golpes de absolutismo sobre su victima inerme y desfalleciente.

San Juan, sin embargo, haciendo un esfuerzo supremo sobre su profundo abatimiento se atreve a formular y suscribir un voto de gracia a la Convención ad hoc que reformó la Carta Fundamental de la República, por haber tenido la generosidad de consultar espontáneamente en sus deliberaciones el verdadero espíritu de este pueblo y su bastarda representación en aquella augusta Asamblea.

Y entretanto consiguió tomar conocimiento de esta manifestación cuando ya no era un simple proyecto y de improviso se lanza con sus esbirros sobre todos aquellos ciudadanos que creyó implicados en ella; los aprisiona, obliga a unos a pagarle diez pesos por cabeza y a otros los destierra fuera de la provincia sin permitirles ni a uno ni a otros la defensa de sus jueces competentes.

Enseguida recaba de su Legislatura una autorización para recaudar la onerosísima contribución directa anual que impuso sobre este pueblo, por lo correspondiente al año 1861, sin haber concluido aún de recoger la correspondiente al segundo semestre del que rige.

No satisfecho con esta exacción injustificable, solicita después autorización para levantar un empréstito valor de 50 mil pesos por cierto en el seno mismo de este infeliz pueblo explotado y hundido en la miseria, so pretexto de arbitrar fondos para emprender un trabajo en el río en el invierno del año próximo.

Hasta aquí nomás llegó el sufrimiento del pueblo que les había arrebatado la pasada humillación, entra en conferencia, se arma; toma su resolución y jura reivindicar sus derechos o morir.

Los antiguos odios políticos se olvidan. Todas las diversas banderas se reúnen bajo una sola que los confunde a todos con sus pliegues.

Los puestos se distribuyen entre ellos mismos, disputándose cada cual el de mayor peligro, sin distinción de clases ni condiciones, de edades ni de estado y al infrascrito lo honran con el de jefe o comandante general.

En este estado de agitación patriótica, amaneció el memorable día 16 del mes que corre; la gente destinada a operar se mantenía en el silencio más profundo de los respectivos cantones que debían maniobrar simultáneamente sobre el cuartel, sobre el principal y sobre la casa habitación del coronel Virasoro.

Este parece que en aquella mañana hubiese tenido más confianza que de costumbre en la impotencia del pueblo pues que en las primeras horas había despachado de su casa la mayor parte de las fuerzas con que acostumbraba resguardar durante la noche su habitación; no se había reservado mas que 12 o 15 hombres de los de su mayor confianza mientras que su casa era un verdaderos arsenal de toda arma escogida, preparada y cargada.

Con todo, el poder de dicha fuerza se aumentaba considerablemente con su persona, la de su hermano don Pedro, la del edecán de gobierno don Tomás D. Hayes, la del teniente coronel Rollin, que acci-

dentalmente había pasado la noche en casa de Virasoro, el mayor Quiroz y un teniente o capitán correntino cuyo nombre no conozco.

Un cuarto de hora haría que el reloj de la torre de la Catedral había hecho sonar la de las 8 cuando circulaba la noticia que un español llamado José Amiel, se había dirigido a casa del coronel Virasoro a poner en conocimiento de este el inminente peligro que corría su gobierno.

Entonces el pueblo, como movido por un único y mismo resorte, sale de sus cantones, se precipita en las calles en orden poco militar y mal armado, sobre los diversos puntos que debía recibir su ataque.

Un pelotón de ocho hombres con seis fusiles al mando del comandante don Carmen Navarro, armado con un azadón, atacó el cuartel que se halla guarnecido con 25 soldados y 4 oficiales, se cruzan tres o cuatro tiros por una y otra parte y aquella considerable guarnición se rinde al impulso de la sorpresa.

Toda queda prisionera y el cuartel es tomado por el valiente Navarro, quién se apoderó de tres cañones y de 250 fusiles más o menos sin sufrir otros contratiempos que las leves heridas de dos o tres de sus compañeros.

La guarnición del principal, compuesta de oficiales, es asaltada por los comandantes Domingo Domínguez, con seis ciudadanos y una pistola de un tiro. Se traba una ligera lucha entre cuatro o cinco hombres de la guarnición a formar uno de sus oficiales. Y el primero cae en manos del pueblo por el renqueamiento de la guarnición. Cuatro o cinco heridos y otra parte fue lo único que hubo que lamentar en aquel lance verdaderamente heroico.

La casa habitación del coronel Virasoro fue asaltada por el cantón del norte, después de lo que pudo llegar delante de las puertas y ventanas, en número de quince ciudadanos armados de fusil al mando del muy valiente comandante don David Agüero. Este intimó la rendición al coronel Virasoro gritando desde la calle con voz estentórea:

—*¡Abajo el tirano Virasoro!*

A cuya intimación contesta este desde adentro, a puertas y ventanas cerradas, con trépida voz de mando:

—*¡Fuego! ¡Fuego!*

Entonces el destacamento Agüero comienza a descargar sobre las puertas y ventanas un fuego graneado sostenido, al mismo tiempo que se le hacía desde el interior aquella fortaleza.

Los primeros dos minutos de fuego no produjeron resultado alguno visible. Unos y otros sostuvieron sus puestos



honrosa serenidad. El cantón del sur compuesto de 16 ciudadanos armados de fusil al mando del comandante nunca bien ponderado don Marcelino Quiroga, acude en protección del cantón norte: el fuego recobra viveza y comienzan a sentirse heridos a unos cuantos de los asaltadores como los distinguidos don Remigio Ferrer, don Santiago Furque, don Manuel Herrera, etc.

La vista de la sangre hermana redobla el ímpetu del pueblo, fuerza las puertas y ventanas, salen siete soldados, algunos de ellos heridos y se rinden a discreción. El pueblo generoso los perdona a todos y sólo se determina penetrar en la fortaleza.

Embiste con nuevo impulso presentando el pecho a las balas que dirigían sobre el zaguán desde el corredor que le hace frente, cuatro o cinco tiradores valientes y decididos, que no tenían más que hacer que descerrajar las armas cargadas y preparadas de antemano.

Empero al cabo de diez minutos el pueblo consigue penetrar hasta el patio y de allí hasta las habitaciones. La lucha toma entonces un carácter feroz, se batan a quemarropa, se estrechan y se matan sin darse cuartel.

El cantón del oriente en número de 10 o 12 ciudadanos armados de fusil, salta la muralla de los fondos y se introduce por el interior después de perder a su comandante, el malogrado valiente don Juan Figueroa, el cual fue derribado de la muralla por una bala de fusil que lo mató en el acto.

El cuadro que en aquellos momentos ofrecía la infeliz familia del coronel Virasoro compuesta por su señora esposa, la de don Tomás Hayes, cuatro o cinco niños pequeñuelos y unas cuantas sirvientas es verdaderamente indescriptible.

Apenas cubiertas las señoras con sus batas de dormir, desmelenadas y las manos alzadas al cielo, cruzaban el patio en todo sentido, entremezclándose con los combatientes. Iban y venían encontrando en dondequiera la desesperación y la muerte. En el acto que las apercibo en aquel peligro supremo, las tomo de los brazos, una en pos de otra y las arrastro hasta el rincón de una pieza del costado sud de la casa que se hallaba mas a salvo de los fuegos encontrados.

Enseguida me eché a recorrer las demás habitaciones y consigo recoger, uno tras otro, dos de sus pequeñuelos hijos. Salgo después al patio principal y allí reconozco la voz del coronel Virasoro que exclamaba desde el interior de una pieza que le llamase al comandante Quiroga para rendirse a él. Y en el mismo instante veo salir a un correntino con un revólver en la mano apuntando sobre la persona del comandante Quiroga. Por fortuna el agresor resbala un pie y pierde la puntería.

El comandante Quiroga, con toda su destreza y fortaleza de espíritu, le introduce la espada por un costado y le deja muerto en el sitio.

Esto no obstante, doy la voz de ¡cese el fuego! que es repetida por el comandante Quiroga. Pero ni una ni otra es atendida con la prontitud deseable. El fuego continúa por unos cuantos segundos y cae muerto el coronel Virasoro, mientras yo atendía a salvar la vida de su esposa, acometida a bayoneta calada por un soldado que me era desconocido. Alcancé por fortuna a ponerme de por medio y hacer variar la dirección de la bayoneta, dándole un golpe en la punta con el revés de la mano izquierda.

Cesa al fin el fuego, el humo se disipa y comienzo a recorrer el interior y todas las habitaciones de la casa a fin de despejarla y evitar el saqueo, dado el caso que se intentase por la masa de pueblo que empezó a introducirse en grandes grupos luego que pasó el peligro de aquella terrible escena.

Todos los intereses de la casa fueron en efecto respetados, con excepción de las armas y de los papeles que se hallaron a las manos, los cuales fueron guardados a granel pero asegurados bajo la vigilancia de una custodia.

Diez cadáveres produjo aquella lucha desesperada. Fueron víctimas el coronel Virasoro y su hermano don Pedro, el edecán de gobierno, don Tomas Hayes, el teniente coronel Rollin y tres mas que nunca quisieron rendirse.

De parte del pueblo murió el comandante ya nombrado, el sargento Manuel Faunde y el soldado Plácido Videla, fuera de cinco o seis heridos, aunque ninguno de gravedad.

De allí salió el pueblo a formar línea en la plaza principal en número de 300 bien armados. Dos horas después ocurrieron a la misma plaza desde los inmediatos departamentos, cuatro destacamentos de caballería de 40 a 50 hombres cada uno, todos armados con lanza y algunos con sable y carabina, además. Uno al mando de los comandantes don Juan José Atencio y don Gerónimo Agüero. Otro comandado por don Tomás Fernández y don Carlos Molina. Otro por don Juan José Astorga y don Felipe Romera. Y otro por el comandante Saso y don Juan Luis Bustos. Todos los que puse inmediatamente a las órdenes del ciudadano don Vicente de Oro como comandante en jefe de caballería.

Ella me sirvió desde luego para conservar el orden en los departamentos y para poner en huida precipitada a los cabecillas Carlos Castro Terán y Filomeno Valenzuela, quienes habiendo fugado a los primeros tiros e ignorantes por consiguiente del resultado tan completo de la lucha del pueblo, intentaron hacer pie en la villa del Salvador o sus inmediaciones.

La comandancia general de armas la deposité en el teniente coronel don Manuel José Zavalla.

Simultáneamente mandé ordenes verbales a los facultativos señores Lawssel, Laprida, Tamini y Keller, para que pasasen a reconocer los cadáveres y prestasen atención a los heridos.

Mandé enterrar los muertos con los honores correspondientes, ordené al escribano de gobierno lacrar y sellar las puertas de la tesorería y contaduría mayor sobre sus mismas cerraduras y finalmente convoqué al pueblo para que en comicios públicos y votación directa resolviesen soberanamente sobre la acefalía de gobierno.

Los resultados de esta última medida son ya bien conocidos de V.E. para que me detenga en ellos, así es que para la complementación de este parte sólo me resta comunicarle la considerable disminución de las fuerzas armadas en los primeros momentos por haber ordenado el licenciamiento de la mitad de ella y en atención a la ninguna necesidad que hay de mantener en armas a la provincia y consultando la mayor economía en favor del exhausto erario.

De todo punto inevitable ha sido por desgracia la efusión de sangre para devolver a la provincia de San Juan la libertad y derechos absorbidos por la tiranía.

Una satisfacción me queda que compensa de todo punto los sacrificios que acabo de rendir al país de mi adopción: la de haber contribuido en algo la reivindicación de sus derechos, la de haber salvado algunos inocentes y de haber contribuido a la presente honrosa y feliz posición de la provincia y de V.E. a quien Dios guarde muchos años.

**Firmado.**  
**Justo Pedro N. Cobo**

## Segundo testimonio

### El relato de la esposa

*Este testimonio también puede ser considerado parcial pues proviene de la esposa del coronel Virasoro. A continuación, reproducimos la carta del 29 de noviembre de 1860 de doña Elena González Lamadrid de Virasoro a su cuñado el general Benjamin Virasoro sobre el asesinato de su marido el coronel Virasoro.*

**Mendoza, noviembre 29 de 1860**

Hermano querido:

Haciendo un esfuerzo sobrenatural puedo decirte que hoy hace doce días que tu hermano y mi esposo querido fueron cobardemente asesinados por una parte de los hombres más decentes de San Juan, siendo víctimas con él, nuestro hermano Pedro, Hayes, Cano, Quiroga y Acosta y también un tal Rollin que ese día antes había llegado y a quien no conocía.

Estos eran los hombres que se encontraban en casa en aquellos momento. Seguros de esto, los asaltantes se lanzaron a las 8 de la mañana del día 16, tomando todas las salidas que pudieran tener los atacados y trayendo 10 o 15 hombres para cada uno de los que estaban allí. Así es que no tuvieron tiempo de huir ni defenderse y en pocos minutos todos los que he nombrado eran cadáveres.

Como tu sabes, mi desgraciado José no tenía ni buscaba más goces que los que le proporcionaba su familia. Así es que en aquellos momentos lo encontraron rodeados de algunos de sus hijos pues los otros aún dormían. Alejandro era el que se hallaba en sus brazos, el que sólo la providencia ha podido salvar pues José cayó acribillado de balazos y el niño que lo sacaron de abajo de su cadáver no tuvo más que la contusión producida por el golpe.

Yo, que estaba algo indispueta, guardaba cama y dormía en aquel momento. El estrépito de un diluvio de balas dentro de casa me hizo salir despavorida de la cama sin poder hacer nada mas que echarme una bata, descalza y medio desnuda me lancé entre aquella turba de forajidos buscando a mi marido y mis hijos. Desgraciadamente ninguno de los tiros que sobre mí descargaron fue certero y cuando se dirigían a mí con bayoneta cargada, sentí un brazo superior al mio, que arrastrando hacia un rincón, me presentaba a uno de mis hijos bañado en sangre de su padre; este era el pobrecito Alejandro y el brazo era el del hombre cruel que salvándome de la muerte (mi única dicha en aquel momento) me hacía ver con toda sangre fría un deber que yo había olvidado en aquel instante y era el de conservarme para el único hijo que me quedaba pues esta era la creencia de él.

Tal anuncio trajo a mi auxilio un ímpetu que me arrancara de los que me oprimían, y desesperada corrí dirigiendome donde un grupo de bandidos que manchaban sus manos con la sangre de un cadaver y llenándolo de injurias. Por sus palabras conocí que ese cadaver era el del mejor de todos los hombres, el de mi marido José. Penetrando entre ellos me eché sobre él diciendo que lo habían asesinado pero que no conseguirían ajarlo a no ser sobre mi cadáver.

Felizmente mi desesperación aterró a los bárbaros y se retiraron dejándome un cuadro que sólo a la mano de Dios ha podido presentársele.

En igual caso se hallaba la desgraciada Máxima, que en vano procuraba tener aliento para arrastrar los despojos de su marido, que hecho pedazos se hallaba en el segundo patio de la casa. En estos momentos, llegaron las caritativas señoras Gertudiz P. de C., doña Elena V. de C., doña Gertrudis J. de M., casi al mismo tiempo llegó el señor cónsul chileno a quien recurrí en aquellos momentos. Entonces viendo una mano amiga que me ayudase me puse en la amarga tarea de sacar el cadaver de José del lago de sangre en que se encontraba, lavando yo misma su cuerpo y cara, que en aquellos momentos era desconocida, después de haberlo levantado del suelo y puesto en el lugar que debía estar.

Concluido esto le ordenaban al cónsul que nos dejase y a pesar de haberse resistido, no consiguió que lo respetasen.

Tuvo que salir y otro tanto hicieron con las señoras dejándonos por toda compañía los cadáveres que nos rodeaban.

En tal estado teníamos que ahogar nuestro dolor y ocuparnos de reunir todas las fuerzas posibles para la custodia fiel de aquellos restos queridos. Al fin con algún trabajo, consiguió el señor cónsul volver y también las señoras, que después de los primeros momentos fue creciendo el número de las que me prodigaron cuidados y me ofrecían sus casas y todo cuanto pudiera necesitar.

Aunque entre éstas se hallaban algunas vecinas que por varios días habían ocultado los asesinados —no te las nombro porque ya las he perdonado— pero te diré que entre ellas hay viudas, otras que con sus maridos y sus hijos son más desgraciados aún pues está visto que no saben comprender un sentimiento noble.

Después de vencer las dificultades que te he dicho para volver, el señor cónsul se ocupó de las diligencias necesarias para dar sepultura a los mártires.

Eran las 6 de la tarde y aún no habían cajones para todos. Y tuve que resolverme, aunque con muchísimo pesar, a ver que Cano, Quiroz y Acosta, sus compañeros más leales y generosos, fueran llevados a un carro y echados en la zanja común.

Para que José, Hayes, Pedro y demás fueran llevados con dignidad tuve que concurrir al convento de Santo Domingo y asentar los nombres de los muertos en la cofradía. De este modo quedaban los cófrades en la obligación de acompañar los cadáveres.

A las seis y media de la tarde fue sacado el de José que fue puesto en el féretro y llevado a pulso por algunos cófrades y acompañados por un religioso del mismo convento hasta la mitad del patio pude ser su custodia y aunque casi fuera de mí, pude mezclar mis oraciones y plegarias a las del religioso que los encomendaba. Ya entonces convencida que me separaba para siempre de lo mas querido que tenía en la vida, quedé sin sentido y a merced de las personas que me rodeaban.

Cuando me fue posible comprender lo que oía tuve que abandonar aunque a mi pesar, las ruinas que me rodeaban, pues que a todas direcciones no se veían más que charcos de sangre, puertas rotas, baúles vacíos y destrozados pues mientras unos mataban otros saqueaban, a no dejarme ni siquiera el anillo que tenía en el dedo.

Ya era la oración y me encontraba amenazada por el populacho que obstruía la salida. Tuve que pedir a los caballeros, que después del asesinato y demás horrores se pusieron de guardia, que se demorasen un momento más y apoyada del brazo del muy respetable señor Borgoño, cónsul chileno, me dirigí a la casa de la señora doña Gertrudiz G. de Coll, donde he permanecido con Máxima y demás familia hasta el 22 que me puse en viaje para esta, conducida por el señor Daniel González y acompañada por algunos buenos amigos chilenos de la emigración.

Estos, asociados a González, han hecho cuanto han podido para sacarme de aquel teatro de horrores y hasta ahora no dejan de hacer cuanto un amigo consecuente cree necesario.

Entretanto, estoy en casa de don Carlos González, recibiendo favores sin límites de toda su familia y estaré aquí hasta que pueda arreglar algunos asuntos que conviene los atienda de aquí.

Recomendándole los consuelos para mi pobre madre no tengo aliento para poner limpio estos borrones. Tómate el trabajo de leerlas así y también de mostrarlos a todos los amigos; ya no puedo más.

Un abrazo a Leonor y tú el cariño de la más desgraciada de tus hermanas.

**Firma: Elena.**

### Tercer testimonio

#### El relato de un arrepentido

*Este testimonio puede ser esclarecedor ya que se trata de una persona que participó de los hechos pero advirtió la gravedad de lo sucedido. A continuación, reproducimos un párrafo de una carta sin fecha ni firma, de uno de los actores del asalto al gobernador Virasoro en los sucesos del 16 de noviembre de 1860.*

“Una cuestión sobre minas, que todos dicen aunque yo creo que es pretexto que Virasoro se las quería agarrar, fue uno de los resortes que se pusieron en juego para enconar más a la gente del pueblo y hacer hervir las pasiones y por fin el destierro de unos cuantos que eran los cabezas de la revolución, vino a precipitar el movimiento que estalló el 16 pero que nunca creímos tuviese por objeto una matanza.

Yo vi el pueblo armado y contribuí a todo, mas en la creencia que era para intimidar al mandón, hacerlo renunciar y si era preciso, ponerlo preso y mandarlo al gobierno nacional que le diera otra colocación. Así pues cuando entré con los demás a la casa y lo vi salir con el chiquillo en los brazos y que le hicieron fuego a pesar que él decía que estaba a disposición del pueblo, me dio temor por una acción tan infame y retrocedí asustado hasta un rincón, detrás de aquella gentuza que por momentos triplicaba el número, encabezados por unos 15 o 20 amigos del gobierno, jóvenes a quienes yo no hubiese creído tan sanguinarios y feroces.

Allí presencié el fusilamiento inútil de aquella pobre gente que a la verdad tenían bien puesto el nombre de valientes porque lo eran hasta donde puede llegar el valor de los hombres; ni uno solo de los once que estaban, contando tres o cuatro ordenanzas y sirvientes, se mostró flojo ni pidió cuartel. Hechos pedazos, brotándose a torrentes la sangre por veinte bocas abiertas por las balas, mutilados muchos de sus miembros, se defendían y peleaban como leones, hasta que cayeron sin dar un gemido entre la gritería infernal del pueblo.

La mujer de Virasoro salió con sus hijos gritando si no habían balas para ella. La sangre se me heló en el cuerpo al ver aquella mujer hermosa, desnuda, con sólo una bata suelta y descalza, con los niños en la mano, pálida como un muerto, ante aquella pueblaba cebada en sangre. Nunca creí ver algo tan horrible como lo que acababa de ver.

Felizmente el oficial Marcelino Quiroga, se dio vuelta y dio la voz de

—¡Fuera, ya concluyeron los tiranos!

Entonces se dispuso llevar a la plaza los cadáveres mientras que varias comisiones se repartieron con orden de acabar



con todos los amigos del gobernador.

Muchos de estos han sido unos buenos bribones y merecían un buen susto. El que les dieron no fue chico como a los jefes militares que se han escapado a Dios gracias y a los buenos caballos.

Algunas horas después supe que no habían muerto ninguno sino que los tenían presos lo mismo que a los representantes.

Al día siguiente la gente se miraba unos a otros y se agrachaba teniéndose miedo a si mismo. Los que dieron los primeros tiros a Virasoro negaban que hubiesen ellos asistido y culpaban a otros. El remordimiento empezó a hacer efecto y yo he visto a algunos hacer acciones de locos, según era el miedo que les entró.

Se nombró a Precilla gobernador interino y se negó. Esto infundió más el pánico, hasta que empezaron a esconderse, mas como los promotores vieron el compromiso y el aislamiento en que iban a quedar, se pusieron con tesón a juntar la plebe y temiendo otro San Bartolomé, concurrieron muchos ciudadanos y como último recurso, mientras llegaba Aberastain a quien se había mandado llamar a esta para gobernar, ahí en Buenos Aires y en otras partes, se nombró provisoriamente o fue el único que aceptó al chileno Cobo.

Mientras tanto, amigo, si antes era esto malo hoy es peor. Cierito que se oyen y se gritan palacadas capaces de asustar a Napoleón, se hacen invitaciones y amenazas a Mendoza y San Luis que atemorizan. Pero la verdad es que los hombres en privado no saben qué hacer. Los oigo contar con Peñalosa y con los hombres de esa. Pero yo que sé algo de anterior por un amigo de Virasoro creo que se engañan ellos mismos. Muchos que han registrado los papeles y la correspondencia de Virasoro, temen más que Peñalosa invada a San Juan en venganza del gobernador de su plenipotenciario Rollin que era todo su despenpeño en diplomacia.

#### Muerte innecesaria

Que la muerte de Virasoro fue innecesaria lo demuestra el hecho de que reconciliadas momentáneamente la Confederación y el Estado de Buenos Aires y buscando ambas partes la unidad nacional, el 11 de noviembre se reúnen en Paraná, Justo José de Urquiza, el general Bartolomé Mitre, gobernador de Buenos Aires y Santiago Derqui, presidente de la Confederación. Preocupados por la situación de San Juan, deciden enviarle una carta a Virasoro en la que le expresan que “nos permitimos aconsejarle un paso que le honraría altamente y que resolvería de una manera decorosa para todos la crisis por la que está pasando esa desgraciada provincia”.

“Este paso que le aconsejamos amistosamente —dice la carta— es que meditando seriamente sobre la situación de San Juan, tenga V.E. la abnegación y el patriotismo de dejar libre y espontáneamente el puesto que ocupa en ella, a fin de que sus aptitudes militares puedan ser utilizadas en otra parte de la Nación, con mayor honra para el país y para V.E. mismo”.

En pocas palabras, el gobernante correntino iba a renunciar a su cargo. La carta fue despachada el día 16, el mismo en que fue asesinado Virasoro.

## Carta de Urquiza a Sarmiento

San José, 15 de enero de 1861

Señor  
Don Domingo F. Sarmiento

Estimado amigo:

Voy al ser breve al contestar su última carta sin fecha pues es inútil una discusión cuando usted está tan apasionado que llama bandoleros a las fuerzas de la autoridad federal y vota por su rechazo y derrota, y a los bandoleros que escalaron la casa del señor Virasoro para asesinarlo, patriotas.

Virasoro no ha sido asesinado porque se defendió, según usted. No creo yo le diesen tiempo cuando iban tantos contra uno. Y ya ve que si no hay más con que probarlo no debe admitirse. Virasoro era un bravo y no había de morir como un cordero.

Esté usted seguro que si el coronel Saa se ve obligado a usar las armas, la resistencia que le opongan los que prohíben el asesinato será tan débil como la que se opuso cuando fue asesinado el general Benavides. El crimen es siempre cobarde.

Yo apelo de sus opiniones de hoy para ante los que usted formará desde el extranjero, menos plazo que el que usted me pone cuando se liberte usted de una atmosfera densa y de suyo prismática.

Soy de Ud. Affmo. amigo y servidor.

**Justo José de Urquiza**

# 1861



San Luis y Mendoza invaden San Juan

## LA MUERTE DE ABERASTAIN

## El marco nacional

La unidad nacional, a raíz del rechazo del acuerdo de San Nicolás por parte de Buenos Aires en 1852, estaba quebrada.

El pacto de San José de Flores, firmado el 11 de noviembre de 1859 intentó componer las relaciones.

En enero de 1860, una convención porteña significó otro paso importante en pos de la unidad. Buenos Aires renunciaba a la Aduana, que pasaba a ser de la Nación y la decisión sobre la futura capital de la república se difería a una ley del Congreso

El 11 de mayo de ese año, Sarmiento, diputado a la convención de Buenos Aires expresaba: “*Queremos unirnos, queremos volver a ser las Provincias Unidas del Río de la Plata*”.

Derqui, presidente de la Confederación, preside desde Paraná. Mitre, gobernador del Estado de Buenos Aires, con representación diplomática en el extranjero, representa el otro poder.

El 8 de octubre de 1860, un decreto de Derqui designa a la nación *Provincias Unidas del Río de la Plata, República Argentina o Confederación Argentina, indistintamente*.

El 25 de octubre de 1860, la Convención de Santa Fe, culmina la reforma constitucional.

En medio de este clima favorable, se producen los hechos de San Juan: la muerte de Virasoro y la intervención de Saa, que atrasan lo avanzado en pos de la unidad nacional.

San Juan, nuevamente, en el centro del huracán nacional.

## El marco provincial

El 24 de octubre de 1858, Nazario Benavides, gobernante sanjuanino durante casi cuatro lustros, fue asesinado en la celda del Cabildo, donde lo tenían preso.

El 16 de noviembre de 1860, el coronel José Antonio Virasoro, gobernador de San Juan, fue asesinado junto a amigos y miembros de su familia en su propia casa.

Los dos eran gobernadores federales. En ningún caso se castigó a los culpables.

El asesinato de Virasoro colmó el vaso. “*Al día siguiente la gente se miraba una a otra y se agachaban, teniéndose miedo a sí mismos. Los que dieron los primeros tiros a Virasoro, negaron que hubiesen ellos asistido y culpaban a otros. El remordimiento también empezó a hacer efecto y yo he visto a algunos hacer acciones de locos, según era el miedo que les entró*”.

El relato de un testigo presencial pinta con elocuencia el clima que se vivía en San Juan.

En primer lugar, porque el asesinato fue una barbaridad.

Y en segundo término, porque eran previsibles las represalias, tanto del gobierno central como de las montoneras federales al mando del Chacho Peñaloza.

Dos días estuvo en el cargo el gobernador elegido por una asamblea ante la acefalía producida. Pedro Nolasco Cobo convocó a la población para el día 17 de noviembre.

—*Al que no quiera venir, me lo traen a la fuerza*— fue la orden de Cobo a las patrullas.

Así fue como la mayoría de los 319 presentes eligió a Francisco T. Coll, de 43 años, gobernador interino de San Juan. Y este nombró al doctor Antonino Aberastain y a Valentín Videla como sus ministros.

La composición del gobierno dejaba a las claras que Coll procuraba sortear una acción punitiva nacional. El gobernador era liberal, Aberastain, hombre de Sarmiento y Mitre, Videla, del bando *beato* o *pelucón*, que evolucionó hacia el sector federal y amigo de Benavides. Jefe de Policía fue designado el ex gobernador, coronel Francisco D. Díaz, federal benavidista disidente.

Con este cuadro político comienzan a desarrollarse los sucesos que narramos.

## El mártir de La Rinconada

El 25 de noviembre de 1860, a cinco días de la muerte del gobernador de San Juan, José Antonio Virasoro, un decreto firmado por el presidente Santiago Derqui en acuerdo de ministros, iba a tener gran repercusión en la provincia.

El decreto comisionaba al gobernador de San Luis, coronel Juan Saa, importante jefe federal, “*para que representando al gobierno nacional, restituya el orden en San Juan aniquilado, adoptando al efecto las disposiciones y medidas que creyese convenientes y legales*”.

Saa recibió un pliego de instrucciones. Allí el presidente Derqui le decía:

“*Si encontrase al pueblo de San Juan en plena función y libre ejercicio de sus derechos, apoyará sus deliberaciones si en ello no tuviera influencia directa o indirecta la revolución.*

*Si los revolucionarios o anarquistas, como es creíble, estuvieran dominando la provincia de San Juan y sus destinos, la someterá de la manera que estimare más conveniente, haciendo declaración del estado de sitio y asumiendo el mando de la provincia.*”

José María Lafuente, secretario de la misión federal y antiguo secretario de Mitre, envió una carta a Antonino Aberastain:

“*El excelentísimo señor Saa espera la contestación de ese gobierno a su nota oficial y, si ella es cordial y amistosa como corresponde, su excelencia se pondrá en marcha hacia San Juan sin más séquito que los coroneles Conesa y Paunero y una pequeña escolta. Pronto usted recibirá carta de nuestro amigo de mi jefe (Mitre), Sarmiento*”.

Cuando la carta llegó ya el gobernador Coll había convocado a elecciones de diputados y *doblantes* para elegir gobernador propietario. Y el elegido era precisamente Antonino Aberastain, para el gobierno de la Confederación el principal instigador de las muertes de Benavides y Virasoro.

Saa, entretanto, el día 7 de diciembre había mandado una nota al gobernador interino en tono conciliador, en la que aseguraba que no pretendía “*imponer al pueblo un candidato ni colocar un partido*”. Pero con firmeza le pedía “*suspender entretanto todo procedimiento que pudiera alterar el actual estado de cosas en San Juan con respecto a su organización*”.

Coll estaba dispuesto a abrir las negociaciones.

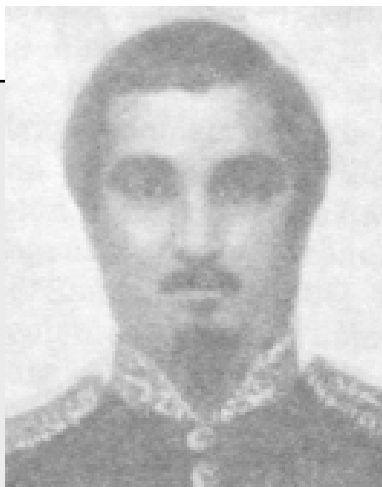
Aceptó suspender la asunción de Aberastain. Pero hizo una salvedad:

“*El gobierno de San Juan se presta a toda medida de V.E. sin oponer jurisdicción y soberanía*

## Juan Saa

Tenía 43 años y era miembro de una familia tradicional de San Luis. Gobernador de su provincia desde el 29 de febrero de 1860, se perfilaba como uno de los jefes federales de mayor gravitación y porvenir cuando se produjeron los hechos de San Juan.

El apellido Saa, desde aquellos años es en San Luis sinónimo de lo más caracterizado de la provincia.



*exclusiva de la provincia... y quiere apartar todo obstáculo para que V.E. se entere con verdad de todo. Pero le interpela respetuosamente para que deje incólume la parte de soberanía que la provincia no ha delegado a las autoridades nacionales porque así es conforme el artículo 104 de la Constitución Nacional”.*

El 11 de diciembre, en una nueva nota dirigida a Saa, Coll decía:

*“El infrascripto cree interpretar sus sentimientos suplicando a V.E. excuse en lo que sea conciliable con la dignidad de su rango, la ostentación de fuerzas militares que podrían prestarse a interpretaciones siniestras y que serán de todo punto de vista innecesarias desde que el pueblo está dispuesto a seguir respetuosamente la senda de la ley, en que espera entrará V.E. misma”.*

El 16 de diciembre Saa llegó a Mendoza, paso intermedio para viajar luego a San Juan. Y tal como había prometido, lo acompañaba una pequeña escolta.

Allí se encontró con el gobernador Laureano Nazar, su pariente y amigo íntimo.

Y acá comienza a cambiar la historia. Porque Nazar odiaba a los sanjuaninos. Los consideraba unos anarquistas, siempre solidarios con los liberales mendocinos.

Coll pensó que las cosas se podían complicar en Mendoza pues desconfiaba de Nazar.

Hombre precavido, envió una comisión a esa provincia integrada por el presidente de la Cámara, Ruperto Godoy, que la presidiría, el ex juez Santiago Cortínez y el inspector de Minas Augusto Bravard.

La comisión quería ultimar los detalles del viaje de Saa. Llegó a Mendoza el 16 de diciembre.

Y acá comienza a oscurecerse el cielo.

Porque pasó una semana y Saa no recibió a los comisionados.

Estos, enojados, abandonaron la ciudad sin despedirse.

Sólo dejaron una nota dirigida a Saa:

*“No hemos sido constituidos a las órdenes de V.E. como dependientes suyos o a su servicio”, afirmaron y expusieron los reparos del gobierno sanjuanino a la movilización de fuerzas sobre la provincia.*

Saa se indignó y los hizo detener el día 27, cuando ya estaban a la altura de Jocolí.

A todo esto, Aberastain siempre fogoso, escribía a los comisionados, al coronel Paunero y hasta a Lafuente, en tono poco conciliador. A este le decía:

*“¡Al fin nos entregaron ustedes a Nazar! ¡A los odios de la mazorca! Es cierto que ustedes inten-*

## Antonino Aberastain

Tenía 50 años. Se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires. Caso poco usual para la época, hablaba siete idiomas. Vuelto a San Juan ocupó un cargo de juez de alzada.

Emigró luego a Salta, donde fue ministro. En Chile fue minero durante doce años.

El gobierno de Urquiza le ofreció el cargo de ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación pero Aberastain no aceptó. Poco antes había renunciado como diputado ante el Congreso Nacional de Tucumán.

Hombre alto, robusto, fogoso, ardiente defensor de sus ideales, gran amigo de Sarmiento, Aberastain era un apasionado al que no debe analizarse por su actuación política o por el desempeño de cargos. Para la historia, es un símbolo por su sacrificio en Pocito.



*taban una intervención armada. ¿Y la palabra de ustedes tan repetida, de que sólo los acompañaría una pequeña escolta?*

*¿Qué debemos pensar de la noticia de que el señor Saa ha llamado fuerzas de la provincia de San Luis y que en Mendoza se alistan otras para venir con ellas a San Juan?*

*¿De qué proviene este cambio tan súbito? ¿Cómo lo han consentido ustedes? Y ahora... ¿qué piensan hacer con nosotros? ¿Nos llevarán presos a Paraná? ¿Nos enjuiciarán aquí?”*

Las cartas ya estaban echadas. Ya no valían las palabras.

Había que prepararse para la guerra.

El 29 de diciembre el gobernador interino Francisco Coll entregó el mando al gobernador electo, Antonino Aberastain.

Para los sanjuaninos ya no se trataba de una lucha entre unitarios y federales.

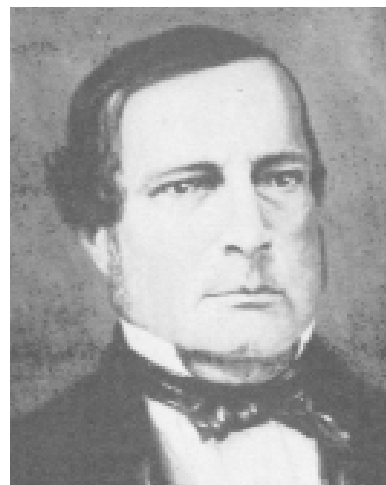
Lo que estaba en juego era la autonomía de la provincia.

Y todos se alinearon detrás del gobernador para resistir la intervención nacional.

A fines de diciembre, el presidente de la Confederación, Santiago Derqui, le escribió a Saa:

*“Por la nota muy insolente de Coll y por la de Aberastain publicada aquí, se ve que están resueltos a resistir toda intervención nacional y que tendrá usted que ejercerla con la espada en la mano. Los medios de resistencia que le harán será la fuerza si se creen con la suficiente o la astucia para adormecer a usted y esperar del tiempo.*





Santiago Derqui



Francisco T. Coll

*Debe usted pues prepararse para dejar bien puesto el honor de las armas nacionales en el primer caso y para no dejarse entretener por los expedientes moratorios que puedan adoptar con el fin de parar su acción.*

*Debe usted exigir una sumisión perentoria de grado o por la fuerza. Creo que el uso de esta última se hará indispensable. Tenga usted precaución. Fíjese que Aberastain y Sarmiento encuentran muy natural y legítimo matar lo que estorba. Para ellos no hay más que enterrar los muertos y negocio concluido”.*

## San Juan se prepara

El 29 de diciembre asumió Aberastain la gobernación de San Juan por un período de tres años.

El flamante mandatario eligió a un colega y hombre de temperamento tan fogoso como el suyo, como ministro: Santiago Cortínez, abogado de 30 años.

No era una buena mezcla la de Aberastain y Cortínez en un momento de tanta tensión.

Pero para equilibrar, designó a Valentín Videla, hombre de gran experiencia política, en el otro ministerio.

En su primer discurso, quedaron claros los objetivos inmediatos de Aberastain:

*“Si no puedo ofrecer seguridad de acierto en mi administración, puedo si consagrar y consagraré, os lo juro, con la mismas fuerzas de mi juramento de ayer, todos mis esfuerzos, mi sangre, mi vida, al sostén de las libertades conquistadas el 16 de noviembre último; a la defensa de los derechos del pueblo de San Juan contra cualquier agresión; al mantenimiento de la dignidad de pueblo libre y democrático que corresponde a San Juan”.*

De alguna forma, anunciaba su fin.

Todos los sectores de San Juan se abocaron a la defensa militar.

Aberastain y la Cámara declararon de utilidad pública toda clase de armas, pólvora, municiones y elementos necesarios, comprendido el ganado vacuno y caballar y autorizaron un empréstito de hasta 30 mil pesos para enfrentar los gastos.

El día 31 se declaró la provincia en estado de asamblea y se dispuso la formación de un regimiento de infantería con el nombre de *Unión Nacional*.

El 1 de enero se creó una brigada de artillería con las piezas existentes.

## El debate entre Urquiza y Mitre

Las cosas andaban mal en la cumbre.

Urquiza escribía a Mitre, gobernador de Buenos Aires:

*“En San Juan no ha habido revolución. Una banda numerosa encabezada por un chileno violó el domicilio privado e indefenso del gobernador (Virasoro), sacrificándolo bárbaramente en el hogar, en brazos de un niño de cuatro años. Esos desgraciados no han muerto peleando como hombres. Han muerto despedazados por fieras desenfrenadas, a quienes no han podido oponer sino una débil resistencia, la resistencia desesperada del valiente que es amenazado de una muerte segura.*

Y agregaba:

*“Rechazaba a Virasoro como gobernador de San Juan, aunque estimaba en él otras cualidades como militar, como rechacé a Aberastain cuando usted me lo indicó como sucesor, diciéndole que era un hombre exagerado en sus pasiones políticas y que fue el principal instigador en el asesinato de Benavides.*

Para Urquiza, *“es la impunidad del asesinato de Benavides la que ha traído este horrendo nuevo crimen y la impunidad de este haría perder toda fe en los hombres y las cosas de nuestro país.”*

Urquiza estaba convencido que en San Juan *“ha habido un cobarde asesinato de sus autoridades; los asesinos han encabezado luego un movimiento para darse autoridades. Esas autoridades nacidas del crimen son ilegítimas. La autoridad nacional es la única que tiene jurisdicción en una provincia acéfala por el crimen para reponer las instituciones y, entre ellas, la de la justicia, a la que deben ser entregados los culpables”.*

En una palabra: sólo si se procuraba el castigo de los culpables, triunfarían en San Juan las instituciones.

Mitre por su parte, le contestaba a Urquiza:

*“Usted me decía que conocía bien al coronel Virasoro. Me decía en San José que era un hombre con instintos de tigre, que no podía mandar pueblos sin cometer actos violentos y provocar resistencias. Y me agregaba que la provincia de San Juan era un pueblo desgraciado que no había participado de la libertad conquistada en Caseros.*

*Virasoro ha caído sin partido ni dentro ni fuera de San Juan.*

*Nada haremos con maldecir asesinos ni calificar a los autores del hecho con más o menos severidad. Ni con deplorar los males que tales sucesos han causado. El deber del hombre de estado, del patriota, del hombre práctico, es encarar los hechos como son en sí, buscarles el remedio, evitar mayores males y proceder con la moralidad y la firmeza de siempre y con el tacto que requieren las circunstancias, sacrificando muchas veces si se quiere, los impulsos del corazón que, aunque generosos, nos llevarían a agravar el mal y a producir errores peores que los que se condenan”.*

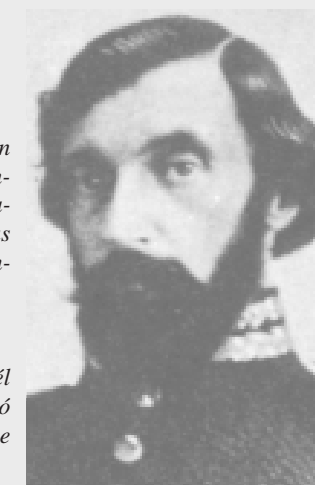
El 5 de enero de 1861 Mitre escribía a Urquiza:

*“Una intervención a mano armada en los asuntos de San Juan, no puede tener por objeto sino establecer ese orden de cosas tan odioso como inmoral, tan violento como ilegal. Y yo y la Nación entera maldecirá una intervención semejante, que aparte de que promueve a sabiendas la guerra civil, va directamente contra la Constitución y contra la equidad. Porque todo el mundo sabe lo que importa una intervención realizada por tropas indisciplinadas en el saqueo y la imposición brutal de la fuerza”.*

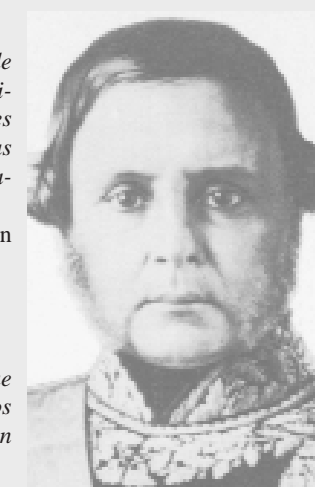
Y agregaba Mitre:

*“Los coroneles Conesa y Paunero, que llegan en este momento, me informan que el gobernador Saa, de acuerdo con el de Mendoza, han resuelto hacer uso de la fuerza para someter al pueblo de San Juan, cuando este se había sometido a la comisión del gobierno nacional y cuando la cuestión prometía resolverse pacíficamente.*

*Así pues la guerra civil se promueve porque se quiere promoverla a todo trance, aun antes de hacer uso de los medios pacíficos y esto me autoriza a creer que no se va buscando castigar crímenes sino castigar y sofocar una revolución legítima en sus fines, para vencer en ella a un partido político, por más que esa revolución sea en realidad la obra de todos los partidos que encierra la provincia de San Juan”.*



Bartolomé Mitre



Justo José de Urquiza

Finalmente se nombró comandante general de armas de la plaza al coronel Marcelino Quiroga, en reemplazo del coronel Francisco D. Díaz, benavidista disidente designado para ese cargo por Coll.

Aberastain lanzó un manifiesto en el que fundamentó la autonomía provincial dentro del concierto argentino:

“El gobernador de San Luis, desnudado el carácter de comisionado nacional, y el gobernador de Mendoza, procediendo ya ambos de propia autoridad, organizan fuerzas para invadir San Juan.

Este es puramente un acto de guerra civil, según el artículo 109 de la Constitución, que el gobierno federal debe sofocar y reprimir.

La distancia a que San Juan se halla del gobierno federal no le permite aguardar el resultado de sus reclamaciones. Es preciso que se ponga en guardia inmediatamente y que se prepare a resistir la fuerza con la fuerza, si los invasores no oyen la razón y se abstienen de pisar el suelo sagrado de la provincia”.

El 3 de enero, Aberastain delegó el mando en el presidente de la Cámara, Ruperto Godoy, para ponerse personalmente al frente de la movilización.

### La batalla de La Rinconada

El 6 de enero de 1861 se supo en San Juan que las fuerzas de Saa y Nazer ya estaban en marcha para invadir la provincia.

Aberastain ordenó la concentración de las fuerzas y el día 7 dirige una proclama a las fuerzas que van a luchar:

*“Por el artículo 29 de la Constitución Provincial, soy el jefe de las guardias nacionales de la provincia.*

*Todo ciudadano argentino es guardia nacional y está obligado a defender la patria.*

*La patria es el suelo en que nacimos, la familia, la libertad, la constitución, las leyes.*

*Todo está en peligro, ciudadanos. Y vengo a ponerme a vuestra cabeza para defenderlo.*

*El gobernador de San Luis ha querido complacer al de Mendoza haciendo una invasión armada contra la provincia, sin tener para ello razón ni mandato legal alguno.*

*¡Guardias nacionales de San Juan! Ya hemos salido al encuentro de los invasores.*

*¡Adelante! La muerte antes que el retroceso. La libertad es más cara que la vida.*

*El que se quede atrás, desertando de su puesto, será un infame, indigno de vivir entre nosotros”.*

Así partieron los sanjuaninos a luchar en la Rinconada, aquella mañana de enero.

Con Aberastain a la cabeza, asistido por su cuñado Gabriel Brihuega, secundado por su ministro de Gobierno Santiago Cortínez, marchaban 1200 hombres, en su mayoría de infantería.

Aberastain delegó las funciones de comandante general y jefe del Estado Mayor en el coronel Santiago Albarracín, un veterano militar sanjuanino que había combatido con Lavalle, Alvarado y el general Paz y en noviembre de 1852 había promovido una revolución en San Juan para deponer a Benavides.

El mayor Rómulo Giuffra, un oficial italiano contratado en Chile, que llegó al país a la caída de Rosas, estaba al frente de un pequeño batallón de artillería que contaba con tres piezas de cañón.

Los coroneles Pablo Videla y Andrés Corsino Riveros y el comandante Serapio Ovejero tenían a sus mandos los regimientos de caballería. El coronel Eliseo Schieron y el comandante Carlos Antonio Sarmiento, conducían los batallones de infantería.

Se agregaban varios mendocinos opositores al gobierno de Nazar como Arístides Villanueva, Francisco Civit y los coroneles Pablo Videla y José Hederra.

El clima en San Juan cuando marchaban hacia el sur las tropas era de entusiasmo delirante.

Para el pueblo, se iba a defender la libertad y la autonomía. No existían divisiones políticas.

Nadie se planteaba —ni había espacio para hacerlo— si Aberastain era una víctima de los acontecimientos o un demagogo que había creado una situación insostenible.

—¡Viva San Juan! ¡Viva la libertad!—, fue el grito unánime.

Y allí iban las tropas, mal armadas y pertrechadas, integrada en su mayoría por hombres sin experiencia militar, por jóvenes henchidos de patriotismo pero que nada sabían de hacer la guerra, por conductores fogosos e idealistas dispuestos —y tal vez decididos—, a morir.

Antonino Aberastain a los 50 años, daba a su vida una dimensión heroica. Y había logrado inflamar muchos corazones en una borrachera de patriotismo.



Angel Vicente Peñaloza  
(El Chacho)

Desde Mendoza venían las fuerzas de Saa.

No eran niños de pecho los que la integraban.

En primer lugar, los hermanos del gobernador, los coroneles Francisco y Felipe Saa.

Otros dos coroneles arrastraban larga fama: Angel Vicente Peñaloza —el Chacho— y Felipe Varela.

El coronel Carmen José Domínguez era el jefe del Estado mayor.

Se habían sumado algunos sanjuaninos opositores como Filomeno Valenzuela, Melchor de los Ríos y Pedro Viñas.

En total eran unos 1.500 hombres, en su mayoría profesionales de la guerra.

Pero... detengámonos en este punto un momento.

¿Cuál era la visión de la gente?

¿Se trataba de una lucha entre liberales y federales, los primeros con plaza fuerte en San Juan y los otros en Mendoza y San Luis?

¿Era otro capítulo de la vieja confrontación entre mendocinos y sanjuaninos?

Digamos que en San Juan, desde la muerte de Benavides el partido federal prácticamente había desaparecido.

Para los sanjuaninos se trataba lisa y llanamente de una invasión de las provincias vecinas.

Y eso es lo que daba sentido a la lucha.

### Un día triste

No vamos a dar detalles de la batalla aunque existe una muy rica bibliografía.

Diremos, sí, que a las 8 de la mañana del 11 de enero, las fuerzas estuvieron a la vista una de otra.

Hay versiones contradictorias pero una de ellas afirma que Saa dio un ultimátum a Aberastain. La respuesta fue el rompimiento del fuego por parte de la artillería sanjuanina.

Eran las 10 de la mañana.

La acción en sí duró tres horas.

A las cinco de la tarde, todo era silencio.

El suelo estaba regado de sangre. “*Allí pereció la flor y nata de la juventud sanjuanina*”, según un historiador.

Es evidente que las pasiones no sustituyen la profesionalidad.

Y fueron más las expectativas que la realidad.

Cuando comenzaron a disparar los cañones, los animales de la caballería sanjuanina se espantaron.

Al piso fueron a dar varios de los integrantes del cuerpo que debieron transformarse en infantes.

Don Serapio Ovejero, uno de los jefes, optó por huir seguido de un grupo desordenado.

Otro de los jefes de Caballería, el coronel Pablo Videla, tirado por el caballo, se vio obligado a sumarse a la infantería.

*“Los odios eran grandes y los federales mendocinos se encarnizaron con los vencidos, por liberales y por sanjuaninos”, dice el historiador José María Roza.*

¿Cuántos murieron?

Nunca se sabrá.

Algunos hablan de 400 muertos. Otros reducen la cifra a la décima parte.

Más concreta es la cantidad de heridos: cien. Y la de prisioneros: 300, entre jefes, oficiales y tropa.

### Un crimen sin sentido

Los relatos históricos hablan de que muchos sanjuaninos fueron ultimados a *“lanza seca”*. Se los perseguía y se los traspasaba con una lanza. Los historiadores puntanos desmienten esta afirmación: *“es mentira que se lanceara a prisionero alguno”*.

Aberastain, su edecán Gabriel Brihuega y otros jefes fueron tomados prisioneros y conducidos a un corral de cabras que había en las inmediaciones.

Allí pasaron esa noche, custodiados por las fuerzas puntanas y mendocinas.

Al día siguiente, fueron puestos bajo custodia del capitán Domingo Pio Flores y el oficial Eleuterio Mariño, las órdenes del comandante Francisco Clavero.

En la mañana del día 12 de enero, las fuerzas invasoras, con sus prisioneros comenzaron la marcha hacia San Juan.

La mayoría de los sanjuaninos venía descalzos.

El sol implacable de enero, el cansancio, las heridas en muchos hombres, las ropas hechas girones y las llagas en los pies, transformaron en un suplicio el triste regreso de la derrota.

Es en ese viaje que se produce un hecho que conmovería al país: el fusilamiento de Aberastain.

Con el fin de ser objetivos, vamos a recrear las dos situaciones posibles, de acuerdo a que las versiones tengan origen en San Juan o en San Luis.

### La versión puntana

Antonino Aberastain sabía que había perdido.

Sólo le quedaba la muerte heroica.

Y por eso no dejaba de insultar a sus captores y de llamarles invasores y asesinos.

Además, intentaba sublevar a los prisioneros, desafiando a *“estos cobardes”* que los traían detenido.

En determinado momento, Aberastain se detiene.

*—No puedo seguir. Tengo los pies destrozados. Denme un caballo o no doy un paso más.*

Clavero no soportó más y a media mañana impartió la orden:

*—Fusilénlo.*

### La versión sanjuanina

Se basa en un relato del agente Thorton enviado a Russel. El Foreign Office dice que Aberastain

*“fue obligado a ir a pie, sin calzado ni calcetines, sobre un terreno muy escabroso y después de andar tres leguas pidió un caballo o que le mataran en el acto. El oficial que estaba a cargo resolvió hacer lo último.*

La orden se cumplió inmediatamente. De un empujón hicieron arrodillar a Aberastain. Pretendieron vendarle los ojos.

*—¡No! ¡Quiero ver entrar las balas en mi corazón!*

Pero ni esa gracia se le concedió: cayó atravesado desde la espalda por las balas de los invasores.

En horas de la tarde el coronel Juan Saa, con sus tropas y sus prisioneros, llegaron a la ciudad.

Ya la noticia había corrido como reguero de pólvora:

*—¡Mataron al gobernador! ¡Mataron a Aberastain!*

San Juan estaba de duelo.

La gente corría a informarse sobre la suerte de sus seres más cercanos.

Pero no había hogar que no hubiera sufrido las consecuencias de la guerra.

Algunos perdieron a sus hijos. Otros los veían pasar con sus ropas deshechas, con sus heridas, con sus pies llagados, conducidos como reses por las tropas victoriosas.

A continuación sobrevino la ocupación por parte de Saa, en nombre del gobierno federal.

A los dos días de estar en San Juan, Saa repuso a la Legislatura que había funcionado con Virasoro y mandó reponer en sus empleos judiciales y civiles a los ciudadanos que hasta ese momento prestaban servicios.

El 31 de enero, una ley declaró *“bárbaros y alevosos asesinatos los perpetrados el 16 de noviembre en la persona del gobernador de la provincia (Virasoro) y demás personas”*. Todos los actos de gobierno de las administraciones de Coll y Aberastain fueron considerados nulos.

El 12 de febrero, la Legislatura sancionó una ley expresando el agradecimiento de la provincia *“a las autoridades nacionales y a las provincias de Mendoza y San Luis por haberla rescatado de la anarquía que la devoraba.*

### Un títere en el gobierno

Un mes y medio estuvieron las tropas en San Juan.

En ese lapso el pintor mendocino Gregorio Torres, realizó el mejor retrato que existe del gobernador puntano, un óleo en tela.

El 19 de febrero, los diputados de la Legislatura, reunidos en asamblea con los doblantes, eligieron como gobernador interino al hombre que puso Saa: Filomeno Valenzuela, ex jefe de policía de Virasoro.

Lo que no sabía Saa cuando dejó la provincia es lo poco que duraría la *“normalización”* alcanzada.

No había llegado aun a San Luis el jefe federal cuando Valenzuela ya no estaba en el gobierno.

¡Fue todo tan ridículo!

El día 1 de marzo, don Filomeno llegó a caballo a la plaza mayor.

Descendió del animal y se dirigió al Cabildo, donde tenía su despacho.

De pronto, desde distintos escondites aparecieron unos cuarenta muchachones.

¡Pobre Filomeno!

Comenzaron a insultarlo, silbarlo, golpeaban latas, lo empujaban.

Se acercó la custodia del Cabildo y la corrieron a hondazos.

Valenzuela sólo atinó a correr y encerrarse en su despacho.

## Repercusiones nacionales

Los sucesos de la Rinconada tuvieron gran repercusión nacional.

Otra vez San Juan era el centro de la escena política.

El asesinato del gobernador Aberastain conmovió a la república y fue condenado unánimemente.

Urquiza escribió al presidente Santiago Derqui: *“Es un crimen inútil que condeno con toda la energía de mi alma”*.

Mitre también le escribió a Derqui: *“La muerte de Virasoro, calificada de antemano de asesinato, ha sido vengada asesinando a todo un pueblo. La historia ha de relatar un día con horror y con asombro los detalles de doloroso sacrificio de San Juan”*.

Sarmiento renunció como ministro porteño porque descubría en Derqui *“el aturdimiento del estúpido, abrumado por su propia obra”*.

Derqui por su parte, en una gran muestra de cinismo, escribió a Saa: *“La fusilación de Aberastain hecha por Clavero 24 horas después de prisionero, es una locura que nos compromete muy seriamente por haberse hecho sin previo juicio ni sentencia legal, cualquiera que fuese el crimen que hubiera cometido”*.

Mitre no perdió oportunidad de escribir nuevamente a Derqui:

*“¿Qué hace usted con el triunfo sangriento de su comisionado contra el pueblo de San Juan? ¿Qué hace usted con San Juan derrotado, esclavizado y escarnecido por puntanos y mendocinos?”*

Dentro de todo lo doloroso, alguna enseñanza debía quedar.

Lo dijo Mitre: *“El artículo sexto de la Constitución Nacional (autonomías provinciales) había sido ilustrado desde la tumba por las víctimas de Pocito”*.

Acto seguido aparecieron los promotores del hecho: los dirigentes federales. teniente coronel Melchor de los Ríos y coronel Francisco Domingo Diaz.

Entraron al Cabildo y se dirigieron al despacho de Filomeno.

El hombre estaba en medio de una crisis de nervios.

De los Ríos y Diaz fueron muy concretos:

*—Debe renunciar.*

Le acercaron un papel y don Filomeno estampó su firma.

Acto seguido, lo tomaron de un brazo, lo condujeron a los saltos hasta la puerta y lo depositaron en la calle.

Era el 1 de marzo de 1861. El día que con latas, rechiflas y hondazos, cuarenta muchachos depusieron un gobernador.

Ese mismo día 1, el coronel Francisco Domingo Diaz asumió por segunda vez el mando de la provincia, esta vez como gobernador interino.

# 1867



Quando ocuparon Jáchal y San Juan

## LA INVASION DE LOS COLORADOS

## La invasión de los Colorados

Todo comenzó en la madrugada del 9 de noviembre de 1866 en Mendoza.

Fue un hecho casi policial pero... ¡cuánto le costaría a San Juan!

Pero vamos con la historia porque para que las cosas ocurran generalmente tienen que darse una serie de coincidencias.

En Mendoza había bronca entre los 280 soldados de la Guardia Nacional.

No querían ir a la Guerra del Paraguay.

Y razón tenían.

El presidente Bartolomé Mitre había pronosticado que en tres semanas las fuerzas de la Triple Alianza recuperarían Corrientes y en tres meses tomarían Asunción.

Ya había pasado un año y medio y nada de eso había ocurrido. Eran muchos los que habían muerto en tremendos combates y la guerra, al menos en el interior, era cada día más impopular.

Los soldados mendocinos estaban hartos de guerras.

En la cárcel de Mendoza también estaban con bronca los jefes y el personal de la penitenciaría.

Hacía tiempo que no les pagaban los sueldos.

Y no era fácil manejar la cárcel.

Aquello era un polvorín a punto de estallar.

Y esto no lo entendía el gobernador mendocino Melitón Arroyo.

Ocurría que en la cárcel se habían mezclado delincuentes comunes con presos políticos.

En un mismo lugar convivían asaltantes, violadores, asesinos y rateros con militares descontentos como el coronel Manuel Arias o federales nostálgicos de épocas pasadas.

Un tercer foco potencial lo constituían antiguos jefes federales que intentaban recuperar el poder perdido en Pavón.



Bartolomé Mitre

Juan de Dios Videla, Pedro Viñas y Manuel Olascoaga en Mendoza, Felipe Saa y Feliciano Araya en San Luis y Felipe Varela en el norte, mantenían comunicaciones y tenían los ojos puestos en San Juan.

En la provincia -se pensaba-, no habían líderes como para encabezar una asonada.

Pero el 20 de octubre de 1866 el gobernador Camilo Rojo recibió la visita del comandante Marcelino Quiroga y la noticia lo alarmó.

—*Pasado mañana debe estallar una revolución.*

El movimiento subversivo contaba con la participación de conocidos federales como Napoleón y Carlos Burgoa, Ignacio Benavides, Benjamín Aguilar y Manuel Zelada.

El instigador del alzamiento era un cura salteño, Emilio Castro Boero, en inteligencia con el diputado provincial José Ignacio Flores.

Abortado el movimiento, Camilo Rojo ordenó detener a los implicados. Varios lograron fugar, entre ellos el cura salteño que huyó a Chile.

Al diputado Flores, la Cámara lo suspendió en sus funciones “*hasta que quede completamente vindicado de la participación que se le atribuye en el movimiento*”.



Camilo Rojo

Pero volvamos a Mendoza.

El polvorín en que se había transformado la cárcel, finalmente estalló.

Fue en la madrugada del 9 de noviembre.

Los jefes de la penitenciaría, hartos de reclamar el pago de sueldos, pasaron a los hechos.

—*¿Quieren problemas? Ahora los tendrán.*

Y abrieron las puertas de la cárcel.

En el acto no quedó nadie en las celdas.

Enterados los soldados de la guardia nacional, decidieron sublevarse.

Ya no eran unos pocos sino centenares.

Ni más ni menos que un ejército conformado por soldados sublevados, carceleros enojados, delincuentes comunes y militares y políticos ávidos de gloria.

Como hordas salvajes, los sublevados y los presos recorrieron las calles mendocinas sembrando el terror, robando y matando.

Viendo el cariz que tomaban los acontecimientos, el gobernador Melitón Arroyo solicitó urgentemente la intervención federal.

Pero las cosas no estaban como para esperar que esta llegara.

Don Arroyo llamó al comandante Pablo Irrazábal y le dijo:

—*Hágase cargo de controlar el orden público.*

Dicho esto, salió más rápido que volando al fuerte de San Rafael, ubicado a 250 kilómetros de la ciudad de Mendoza.

El pobre Irrazábal poco pudo hacer para imponer su autoridad.

Fue depuesto y sustituido en el cargo por aquel coronel Manuel Arias que acababa de salir de la cárcel.

## La otra cara



Edificio de la Biblioteca Franklin.

Cuando se produjo la invasión de Los Colorados, San Juan era una de las provincias donde la educación y la cultura progresaban a pasos agigantados.

Primero fue la gobernación de Domingo Faustino Sarmiento y luego la de Camilo Rojo, bajo la influencia del gran maestro, que trajeron aires de renovación.

Rojo había asumido en 1864.

- El 22 de junio de 1865, se crearon en un sólo día cuatro escuelas primarias en Concepción y Desamparados y una en cada uno de los siguientes departamentos: Santa Lucía, Trinidad, Caucete, Pocito, Albardón y ambos Angacos.

- El 15 de marzo de 1865 comenzó a dictar sus clases el Colegio Nacional, creado sobre la base del Colegio Preparatorio, durante un acto al que asistió el ministro de Educación de la Nación.

- El 16 de julio de ese año se inauguró la Escuela Sarmiento, con su imponente, para la época, edificio ubicado en Santa Fe y General Acha, que fuera incendiado en la revolución de 1907.

- Finalmente, en el mes de junio nace la Biblioteca Franklin, la primera biblioteca popular de la república

- Es en esta época también que se crea el hospital San Roque para mujeres y la Cárcel Correccional de Mujeres.

- Además, cuando se produjo la invasión, Rojo había convocado a elecciones constituyentes para reformar la Constitución provincial.

A todo esto, la rebelión comenzaba a tomar características de revolución.

Porque ya no eran sólo soldados disconformes y delincuentes sino que se habían aliado con los viejos jefes militares.

Enterado de lo que sucedía en Mendoza, el gobernador Camilo Rojo adoptó diversas medidas.

En primer lugar, el 12 de noviembre cortó las comunicaciones con Mendoza mientras durase la actual situación.

El paso siguiente fue salir a cobrar anticipadamente los impuestos.

—Hace falta dinero para afrontar los acontecimientos.

Ya la Cámara de Representantes había decidido levantar un empréstito de 20 mil pesos para afrontar una posible invasión y autorizó la movilización de 200 hombres de la guardia de Caballería e Infantería.

Las noticias no eran para nada alentadoras.

En Mendoza, el movimiento insurgente tomaba características de revolución y los efectivos se había colocado el cintillo punzó federal por lo que se los llamó *Los colorados*.

—*Los Colorados nos van a invadir*—, cundió la voz de alarma.

Inmediatamente se creó un consejo consultivo de gobierno para enfrentar la grave situación.

El 21 de noviembre Camilo Rojo, autorizado por los diputados, pidió la intervención del gobierno federal “*a objeto de sostener las autoridades constitucionales de la provincia contra los conatos de sedición local y la actitud hostil de la revolución triunfante en Mendoza*”.

El 10 de diciembre, se nombró comandante de las fuerzas de San Juan al gobernador de La Rioja, de origen porteño, teniente Julio Campos.

Llegó Campos y organizó un ejército de 1200 hombres, con una compañía del Sexto Ejército de línea y el Primero de Caballería.

Los mendocinos a todo esto daban alcance nacional a su revolución.

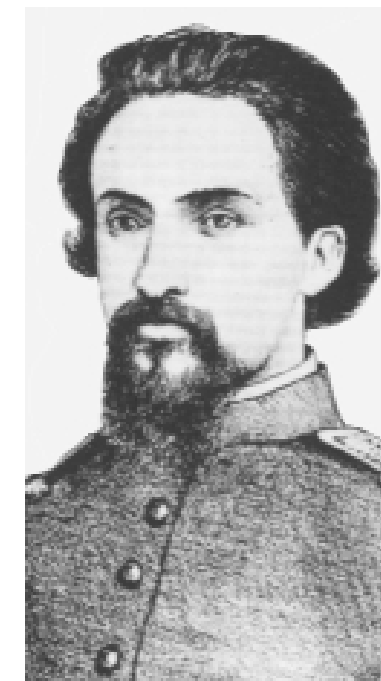
Concretamente, era un alzamiento contra las autoridades de la república.

Consideraban que el gobierno presidido por el general Bartolomé Mitre había “*vendido el país al Brasil*” y se había embarcado en una guerra con el Paraguay que sólo beneficiaba a aquel país.

San Juan era una de las pocas provincias donde la guerra no era muy resistida por lo que para los Colorados era una provincia *liberal* y por lo tanto enemiga.

Era necesario invadirla para controlar la región.

Y el coronel Juan de Dios Videla que ya había sido gobernador de Mendoza y era el hombre fuerte del movimiento, dejó el gobierno en manos de Manuel Arias y se disponía a marchar sobre San Juan.



Julio Campos

## Llegan los Colorados

En San Juan había mucha preocupación.

Rojo mandó construir parapetos alrededor de la ciudad.

Campos, por su parte, comenzó a diagramar su estrategia para parar a los invasores.

Aquel fin de año fue muy triste en la provincia.

No sólo se esperaba la inminente invasión mendocina.

Jáchal, ya estaba en poder de Felipe Varela.

En los primeros días de diciembre el caudillo norteño había cruzado la cordillera por el paso de Agua Negra.

Venía con cuarenta individuos “*mal armados y peor vestidos, algunos exiliados argentinos y otros aventureros chilenos*”.

La próspera villa de Jáchal nada pudo hacer para frenar a Varela.

También eran Colorados y montoneros aquellos hombres que seguían a un líder cuyo sólo nombre inspiraba terror.

Llegaron sembrando el pánico.

Las ocupaciones de los montoneros eran ya un clásico que se repetía invariablemente. ¿Porqué iba a ser distinto esta vez?

Degüellos, asaltos, violaciones de mujeres, requisas de caballos y bovinos conformaron un cuadro terrorífico para los apacibles habitantes de la villa San José, Niquivil, Pampa Vieja y Huaco.

Varela instaló su cuartel en Jáchal y reclutó gente. Pronto se sumaron algunos chilenos que estaban radicados allí y muchos desocupados. El ejército de ocupación se agrandaba. ¡Y cómo comían!

El 6 de diciembre, Felipe Varela lanza desde Jáchal un "Manifiesto a los pueblos americanos sobre los acontecimientos políticos de la República Argentina".

Y es en este punto donde debemos detenernos un momento.

Porque la historia describe casi siempre a los caudillos federales a través de sus desmanes. Pero olvida sus ideales.

Aquellos ejércitos no se sostenían con los impuestos del pueblo. No sabían de presupuestos votados en un Parlamento.

Se autosostenían con las "exacciones" forzosas que hacían en cada pueblo que tomaban.

Además, sus integrantes no salían de academias militares.

A nadie se le pedía certificado de estudios.

Bastaba con que supiera combatir y estuviera dispuesto a hacerlo.

Así era como se "enganchaban" desde aventureros a delincuentes.

El manifiesto de Varela arengaba:

*"¡Argentinos! El hermoso pabellón que San Martín, Alvear y Urquiza llevaron altivamente en cien combates haciendo tremolar con toda gloria en las tres grandes epopeyas que nuestra patria atravesó incólume, ha sido vilmente enlodado por el general Mitre, gobernador de Buenos Aires.*

*La más bella y perfecta carta constitucional democrática republicana federal, que los valientes entrerrianos dieron a costa de su sangre preciosa, venciendo en Caseros el centralismo odioso de los espurios hijos de la cultura de Buenos Aires, ha sido violada y mutilada desde el año sesenta y uno hasta hoy por Mitre y su círculo de esbirros.*

*Nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, en orden común, la paz y amistad con el Paraguay y la unión con las demás repúblicas americanas".*

Las cosas se estaban poniendo muy mal en San Juan.

La decisión estaba tomada: San Juan sería invadida.

De Mendoza habían partido 2 mil efectivos bajo el mando de Juan de Dios Videla.

El coronel Campos los esperaba con 1.200 hombres en La Rinconada, siempre ligada a los sucesos trágicos de San Juan.

En el orden nacional comenzó a existir preocupación.

—Los sucesos de San Juan son muy preocupantes. La situación de la república es seria y es preciso atender el peligro sin pérdida de



Juan de Dios Videla



Guillermo Rawson

tiempo—, informaron los ministros Guillermo Rawson y Elizalde al presidente.

El 5 de enero de 1867 llegaron los Colorados de Mendoza a Pocito.

Campos dispuso a sus hombres para soportar un ataque frontal.

Pero una cosa son los planes y otra la realidad.

Los mendocinos atacaron por todos los flancos y en poco tiempo controlaron totalmente la situación.

La caballería sanjuanina se desbandó y Campos sólo logró reunir unos 200 hombres y huir en dirección a San Luis.

Ya no había defensa posible.

Los colorados avanzaban sobre la ciudad.

Y llegaron las tropas al centro en medio de "algaraza y tropel de caballos, seguido de tiros, saqueos y muertes de personas indefensas", según describe Nicanor Larrain.

A todo esto el gobernador Rojo al enterarse del fracaso de La Rinconada no le quedó otra alternativa que huir en dirección a Rosario, tratando de reunirse con el ejército del general Paunero.

San Juan una vez más ante una contingencia grave, estaba sin gobierno.

El día 9 el coronel Videla designó como gobernador interino al suspendido diputado José Ignacio Flores.

Al ponerlo en posesión del cargo, el jefe del estado mayor revolucionario, comandante Olascoaga, hablando en nombre del coronel Videla, "amenazó al pueblo con hacer uso de la fuerza y del poder adquirido por la victoria, para proporcionarse los recursos necesarios a la rebelión triunfante si no se le proveía de medios para el equipo y mantenimiento de las fuerzas por medio de donativos o contribuciones voluntarias".

Flores se encontraba entre la espada y la pared.

El era federal. Pero también era sanjuanino.

Y de ninguna manera podía estar de acuerdo con los actos de pillaje, asesinatos y violaciones que realizaba la fuerza invasora.

Constituyó una comisión integrada por Francisco Sarmiento, Federico Moreno y los curas Pedro José Astorga y Salvador Giles para que reunieran fondos entre el vecindario.

Lograron juntar 8 mil pesos bolivianos y unos 2 mil en efectos.

Flores entregó el dinero al jefe revolucionario.

De poco le sirvió. El 22 de enero, Videla lo destituyó y asumió el gobierno de la provincia.

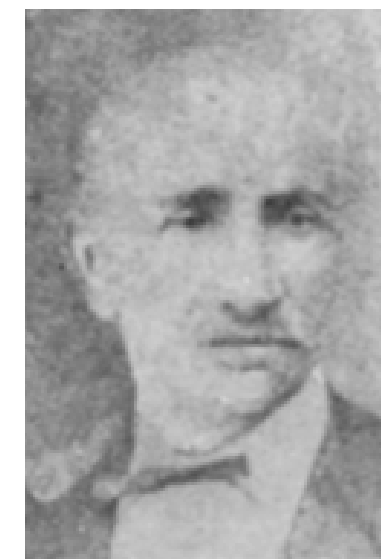
¡Qué tremendo fue aquel verano en San Juan!

Circular por las calles se transformó en una aventura que podía costar la vida.

Las mujeres permanecían encerradas en las casas.

Por todas partes habían "colorados" que provocaban a los transeúntes y quitaban desde un caballo a un pañuelo a quien osaba salir.

Los comerciantes decidieron cerrar sus tiendas.



José Ignacio Flores

¡Mejor no lo hubieran hecho!

Enterado el “gobernador” Videla ordenó que inmediatamente fuera abiertas y que suministraran “cuando se necesite para vestir y alimentar la tropa”.

Los asesinatos y robos eran moneda corriente.

Las fincas en la zona rural fueron saqueadas. No quedó un sólo animal. Las vacas y cabras fueron utilizadas como alimento de la tropa.

No eran precisamente los modales lo que caracterizaba al grupo invasor.

La presencia de delincuentes comunes y el accionar especialmente de unos 300 puntanos comandados por un tal Feliciano Araya, sembró el terror violando a cuanta mujer encontraron y degollando con crueldad a pacíficos e indefensos pobladores.

Fue sin duda la más feroz de todas las invasiones. Tanto que hasta el jefe mendocino Manuel Olascoaga reaccionó con energía intentando limitar tantos excesos.

Así llegó el mes de abril.

Hasta marzo, Videla había sido el “gobernador”. Es más, autotitulándose “jefe de las fuerzas libertadoras contra la caduca presidencia de la república” pretendió ejercer nominalmente desde San Juan el gobierno nacional.

El 22 delegó el mando en el coronel José Bernardo Molina, quien designó como sus ministros al joven sanjuanino Marcos Lloveras y el porteño Federico A. Legrand y como jefe de Policía, a José María Belomo.

La situación no cambió mucho. El pillaje y los crímenes, seguían siendo moneda corriente.

Era evidente que un pueblo sometido, sin sus líderes naturales, poco podía hacer por sí solo.

Sólo un milagro podía modificar la situación.

Y ese *milagro* se produjo.

El 7 de abril llegaron noticias buenas para San Juan: el día 1 de abril, a orillas del Río Quinto, en la provincia de San Luis, las fuerzas del Ejército Nacional, al mando del general José Miguel Arredondo, derrotó a la columna revolucionaria del general Juan Saá, que se dirigía al Litoral a tomar la capital.

¡Increíble pero bastó ese hecho para que todo cambiara!

Los jefes federales comprendieron que habían perdido.

Sólo les quedaba huir.



Carlos Burgoa

A la 1 de la mañana del día 7, el “gobernador” Molina y sus colaboradores delegaron el mando en el comandante general de Armas Carlos Burgoa y huyeron rumbo a Chile.

Burgoa, ese mismo día 7, designó gobernador interino al doctor Napoleón Moyano, presidente de la Corte de Justicia y también huyó.

Moyano convocó al pueblo para elegir un gobernador: el día 10 resultó electo don Belindo Soage.

El día 9, al conocerse en Jáchal la noticia del triunfo de las fuerzas nacionales, estalló un movimiento libertador en horas de la tarde, encabezado por el comandante Francisco Domingo Aguilar, secundado por Andrés Corsino Riveros, que perdió la vida en el enfrentamiento con los montoneros, y algunos guardias nacionales.

Aguilar encarceló al delegado dejado por Varela al partir para La Rioja, llamado Fabián Martínez.

Inmediatamente recuperada Jáchal, Aguilar salió a buscar a Molina y Bellomo, que huían a Chile. Los alcanzó en Rodeo y tras un simulacro de consejo de guerra, los fusiló.

Soage actuó como gobernador provisorio desde el 10 hasta el 19 de abril, designando como ministros a Ruperto Godoy y José Eugenio Doncel.

Lo primero que hizo Soage fue formular un cargo de responsabilidad contra los que contribuyeron a sostener los gobiernos de Videla en San Juan y Felipe Varela en Jáchal y contra los que participaron en sus hordas y actos de pillaje, ordenando sus capturas y el embargo de sus bienes.

La segunda medida fue declarar nulos todos los actos de gobierno cumplidos desde el 5 de enero al 7 de abril de 1867.

El día 18 llegaron a Huanacache las fuerzas nacionales al mando del coronel Paunero, que habían combatido a las órdenes del general Arredondo. Con ellas venía el gobernador Camilo Rojo, quien al día siguiente reasumió el mando.

Desde el día que llegaron los colorados, el 5 de enero, hasta que se fueron el 7 de abril, San Juan tuvo seis gobernadores: Flores, Videla, Molina, Burgoa, Moyano y Soage, en sólo tres meses. Y así lo registraría la historia.

Dicen que hubo dos días de fiesta en San Juan.

Las tensiones habían pasado.

Y era necesario un desahogo popular después de tantos crímenes, saqueos y violaciones.

Jáchal, en cambio debió esperar un poco más antes de respirar. El 20 de abril, tras ser derrotado en Pozo de Vargas, Felipe Varela la ocupó nuevamente y permanecería allí, sin respetar derechos ni personas hasta mediados de mayo, cuando se dirigió a las provincias del norte, intentando sublevarlas.

La economía sanjuanina tardaría mucho tiempo en recuperarse luego de tanto saqueo.

Se calcula que el quebranto no fue inferior a los 500 mil pesos y el gobierno nacional sólo contribuyó con un subsidio de 20 mil, pagadero en cuatro mensualidades de 5 mil pesos cada una.



Belindo Soage



## Los sufrimientos en Jáchal

El 20 de abril de 1868, el subdelegado de Jáchal, José María Suárez, elevó al gobierno provincial un informe sobre la postración económica en la que había quedado el departamento tras la invasión de la montonera conducida por Felipe Varela.

*“Jáchal, abril 20 de 1868.*

*A sus señorías, los señores ministros del gobierno.*

*Contestando la nota de sus señorías fecha 12 de marzo, para hacer conocer el movimiento de la administración pública de esta repartición en el año 1867, que S.E. el señor gobernador desea conocer, y de las mejoras que pudieran introducirse para conseguir el desarrollo de los beneficios de este departamento, le es sensible al que suscribe le haya cabido esta dolorosa tarea que sin embargo va a esforzarse en satisfacer. presentando el departamento cómo era antes de diciembre del año 66, que se apoderó de él la rebelión de Felipe Varela, y cómo se encuentra hoy a consecuencia de ese desastre.*

*La población urbana contaba con dos docenas de casas de comercio, entre estas algunas con diez y quince mil pesos de giro que fueron robados. Han desaparecido, quedando tres o cuatro muy insignificantes.*

*Dos escuelas de educación primaria, una de varones y otra de niñas, concurrida la primera por más de 200 niños y la segunda por cerca de 100, hoy están reducidas, la primera a 30 o 40 niños y la segunda a 20 o 30 niñas y sus preceptores están impagos desde hace cuatro meses.*

*Los distritos rurales: afincados que no llenaban el pedido de pastos que exigían las invernadas de ganado destinadas al comercio con Chile, se encuentran casi en abandono y no hay un solo especulador de ganado. En cuenta a los agricultores, las pocas sementeras que se hicieron en el 66, muchas de ellas y las del 67 que fueron muy pocas, se encuentran aun sin trillar, estorbados por el estado de alarma y aun guerra continua con las montoneras.*

*En lo general: la riqueza de este departamento, que consistía principalmente en ganados, cabalgares, pastos y agricultura, ha sido destruida. De modo que el impuesto de contribución directa del 67 aun no puede cobrarse y hacerse efectivo, en consideración con los contribuyentes...*

*Si a todo esto se agregan la suma escasez de agua que se siente por haber minorado el río y de peones que se han ausentado por no servir con las armas, se comprenderá mejor el infeliz estado en que se encuentra este departamento.*

*Ha sido necesario reconstruirlo todo, al mismo tiempo que vencer las causas que habían obrado la destrucción, sin contar para esto ni aun con el espíritu y voluntad de lo mejor del vecindario, que habían quedado anonadados con él pero de tantos males, agregando el profundo hábito de los gauchos en el crimen de abigeato.*

*Trabajos de beneficios público como el de levantar un templo nuevo y edificar una casa para las escuelas de esta villa, han quedado paralizados y grandes acopios de materiales que a estos objetos se habían preparado, sufrieron menoscabo.*

*Y será sobre esto y proteger con especialidad las escuelas que el Supremo Gobierno deberá hacer lo posible, en sentir del que suscribe que está íntimamente convencido que es la ignorancia del pueblo la principal y tal vez la única razón de los males que lamentamos, a la que hay que combatir con el pueblo mismo que tiene la bárbara voluntad de oponerse a su desarrollo y progreso.”*

*Firma: José Ma. Suárez*

## El cura salteño

El 15 de noviembre de 1866, el presbítero Emilio Castro Boedo envió una carta al general Justo José de Urquiza, en la que le explicaba la conspiración contra el gobierno de Camilo Rojo. De la lectura de párrafos de esta carta, enviada desde Chile, puede tenerse una idea del pensamiento del grupo federal.

*Chile, Vallenar, noviembre 15 de 1866.*

*Exmo. señor capitán general D. Justo José de Urquiza.*

*Muy ilustre y mi querido capitán general:*

*Esperando remitirle algo de importancia he retardado mi comunicación.*

*Convencido de que V.E. es el alma de cuantos sacrificios y esfuerzos de patriotismo podemos hacer en favor de la reacción del Partido Federal, me dirijo a V.E. con toda la franqueza de un espontáneo y leal partidario del gran caudillo americano y con toda la sinceridad de un federal puro (...)*

*Desde que partí del Rosario, en cada uno de los puntos útiles o interesados en esa línea hasta Mendoza, dejé bien preparado el asunto de sus preocupaciones y pasé a San Juan después de arreglar allí un buen círculo de acción (...)*

*Sólo en San Juan me fue mal. A mi llegada encontré vulgarizada la misión de la Ronda y más vulgarizado el secreto de mi viaje a Entre Ríos. Los autores de esa divulgación han sido Diaz, Flores, Benavides (hermano del ex gobernador Nazario) y quizás algún otro de los que escribieron a V.E.*

*Eso no era todo.*

*Al entrar en arreglo de mi viaje con mis configurados amigos y partidarios, a Diaz lo encuentro borracho; a Flores, que tenía miedo; a Leguizamón, que habían variado las circunstancias.*

*Y por fin se evaporaron los 150 mil pesos que me ofreció Flores y los 50 mil que ofreció Leguizamón y los 2 mil operarios que recibió Diaz.*

*Más aún, los llamo a comparendo para arreglar un círculo centro: Diaz (embriagado), Leguizamón, Zelada y Burgoa, aparecieron. Comenzando por Leguizamón, dijeron “yo no entro”, siguió Flores, siguió Diaz y tras él otros que pudieron servir de algo.*

*Antes de ocho días quedaron en nada todos los ofrecimientos de esos miserables. Lleno de vergüenza escribo esta al ver tan seriamente desmentida la reivindicación que tuve la generosidad de hacer ante V.E. de cada uno de esos nullos cobardes, cuerpeadores, cosecheros de brevas maduras.*

La carta abunda en detalles sobre como se frustró el movimiento contra Rojo y luego agrega:

*“Mucho siento no haber pedido a V.E. unos 10 mil pesos, a lo menos con esto habría ahorrado 10 mil intrigas, falsías y nulidades que en cambio de plata y de patriotismo he recibido de mis amigos que se llamaban, de esos que dicen a V.E. “soy más capáz de obrar que de hablar”.*

*Aún es tiempo de hacer todo y si V.E. tuviese a bien mezquinar algunos miles que gasta en prensa traidora y en traidores argentiños y remitirlos a San Juan a mi sobrino, don Agustín Correa, interventor de la Administración de Correos, en la misma, llegarían muy a tiempo y con sólo esos 10 mil haré lo que no se ha hecho hasta hoy en San Juan y demás vecindades, desde que V.E. entró en Caseros.*

(...)

*No terminaré ésta sin afirmar que me causa agitación verlo tan confiado de malvados y pérfidos círculos porteñistas, tan confiado en las mentidas promesas de esos falsos convertidos, que siendo salvajes hasta la médula de los huesos, se quieren hacer los federales.*

*Siento ver a V.E. rodeado de traidores, embusteros, que sólo tratan de sacarle ventajas hasta que algún unitario les ofrece nueva pichincha.*

*Usted debe persuadirse de que siempre, de los mil que van a rendirle halagos, atenciones y promesas, diez serán leales. Y esto aun entre los que se dicen federales (...)*

*Estoy convencido que la riqueza de V.E. es el principal objeto de esta guerra (con Paraguay). El Brasil lo traiciona, Mitre lo traiciona, los porteños lo traicionan. Una décima parte de los que se dicen sus amigos morirían por ir con V.E..*

*La gran presa que siguen los unitarios es la fortuna del general Urquiza. Y el día que puedan le quitarán la vida con rara alevosía, harán silenciar en cadenas extranjeras a su ilustre y respetable esposa con todos sus hijos y prenderán luego hasta el último retoño de sus partidarios, es decir, del Partido Federal.*

*La Patria sucumbe (si Dios por otro medio no la salva) si V.E. no se levanta decididamente a llevar con energía la voz de la República y en esto va la vida en libertad del continente sudamericano.*

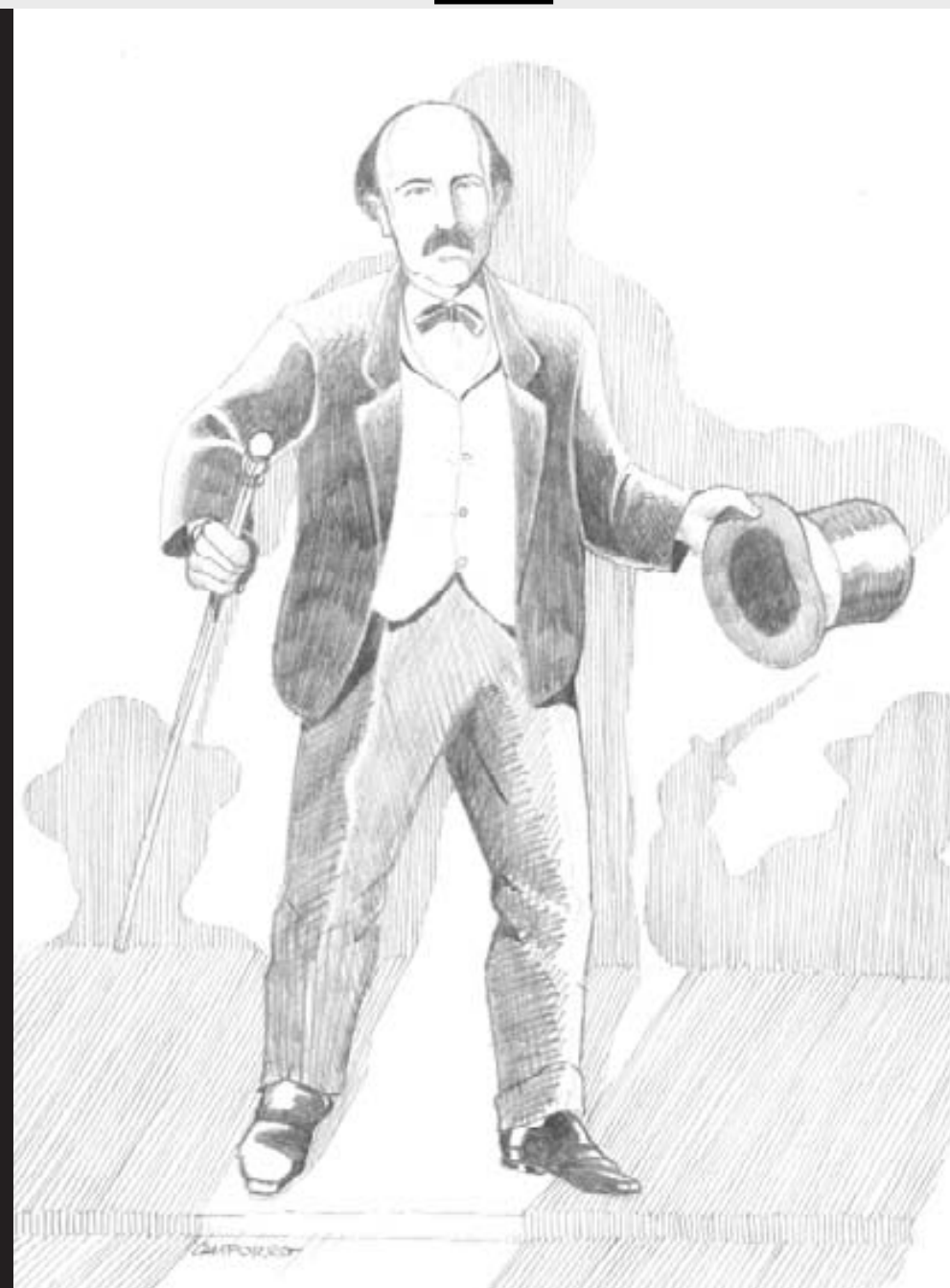
(...)

*Pavón trajo el triunfo que hasta hoy ostentan contra los nacionalistas y la tolerancia del 66 traerá la muerte de la patria, de sus glorias, de su pasado y de sus hijos.*

*Mi querido capitán general, está hablando con V.E. uno de sus más positivos y valientes amigos. Uno de sus más amorosos e incontrastables hijos. El tiempo lo probará. Quiera Dios que ni esos subordinados indicados no se cumplan jamás”.*

**Emilio Castro Boedo.**

# 1872



Asesinato del gobernador Videla

## UN CRIMEN PASIONAL



Valentín  
Videla

## El principal protagonista

Valentín Videla, a los 53 años, no era un simple gobernador.

Era un político de larga trayectoria emparentado con las familias más prominentes social, política y económicamente en aquella época.

Estaba considerado uno de los hombres más ricos de la ciudad.

Pero su gran pasión era la política. Y en ese terreno, había ganado tanto amigos como enemigos.

Su trayectoria había sido realmente larga.

Acompañó a Francisco T. Coll en su interinato en 1860 para detener la reacción del gobierno nacional de Paraná.

En 1861 fue ministro de Antonino Aberastain, y protagonista de los sucesos que culminaron con la muerte del mártir de la Rinconada. Aunque apoyó totalmente al prócer, don Valentín prefirió quedarse en su oficina, en lugar de sumarse a los defensores de la autonomía provincial y quizás por ello salvó su vida.

Después de este hecho, la vida pública de Videla se eclipsó un tiempo pero con el regreso a la provincia de Domingo Faustino Sarmiento, adquirió nuevo protagonismo.

En 1862, Ruperto Godoy fue designado gobernador interino y nombró ministro a Videla.

Un año Después Sarmiento lo designó su ministro.

En 1869, durante un nuevo interinato de Ruperto Godoy —este Godoy debe haber sido un hombre de reserva en la provincia pues cada vez que renunciaba o moría un gobernador lo designaban a él interinamente—, Videla ocupó el ministerio.

Videla aprovechó su ministerio para hacerse elegir senador el 9 de febrero de 1869.

Dos años más tarde, don Valentín renunció a su banca por haber sido designado gobernador interino el 17 de mayo de 1871 y confirmado como gobernador el 2 de julio siguiente.

## Un crimen pasional

—*¡Han matado al gobernador! ¡Han matado a Valentín Videla!*

En la calurosa mañana del 13 de diciembre de 1872, la noticia corrió como reguero de pólvora.

Los primeros en llegar al lugar pudieron ver el cuerpo, tirado sobre la vereda y apoyado en la pared, casi en la esquina de las calles Ecuador (hoy Sarmiento) y Laprida.

No pudieron menos de horrorizarse.

—*¡Le han destrozado la cabeza!*

Efectivamente, la cabeza del mandatario estaba deshecha a golpes, efectuados sin duda por un objeto muy contundente.

Y para que la escena fuera aún más macabra, los asesinos habían dejado parte de la masa encefálica en el interior de la galera del mandatario, la que colocaron al lado del cadáver.

Los legisladores fueron convocados de inmediato.

Esa misma mañana del 13 se reunió la Legislatura y repudió el hecho.

Se dispuso el traslado de los restos a la Casa de Gobierno, para que se velasen durante toda la noche por una guardia de gran parada y que el entierro se realizara el día siguiente a las 8 de la mañana.

El paso siguiente fue analizar la situación provincial.

San Juan había quedado sin gobernador.

Tras un corto debate se nombró gobernador interino al jefe de Policía y amigo personal de Videla, don Benjamín Bates. Qué mejor que el jefe de Policía para investigar un caso que se presentaba difícil.

El muerto no era cualquier persona.

Era el gobernador de la provincia.

Pero además, un político de larga trayectoria.

Las reacciones por la muerte de Videla fueron inmediatas.

No era para menos.

Una maldición parecía haberse adueñado de San Juan: *todos los gobernadores morían trágicamente.*

Benavides, asesinado en su celda. Virasoro, asesinado en su casa. Aberastain brutalmente muerto en La Rinconada.

Y ahora Videla.

En Buenos Aires, nadie quería oír hablar de San Juan.

Cada problema que se suscitaba en la provincia tenía gran repercusión en la política nacional.

## La ciudad

San Juan tenía en aquellos años 60 mil habitantes de los cuales 8.353 vivían en la ciudad, 4.246 en Desamparados, 6.345 en Concepción, 3.512 en Trinidad y 3.955 en Pocito, que incluía lo que hoy es Rawson. Jáchal era el pueblo más importante, con 12.054 habitantes.

La economía prácticamente era de subsistencia pues aún no llegaba el ferrocarril y la consiguiente integración con los grandes mercados. El cultivo de la tierra, una vitivinicultura venida a menos como consecuencia de políticas nacionales que habían permitido la importación de vinos y una minería incipiente, eran los puntos salientes.



La ciudad comenzaba a mostrar algunos signos de adelanto.

Por ejemplo, se había extendido hacia el este la calle Ancha del Norte, que luego se llamaría Roque Sáenz Peña (prolongación de 25 de Mayo) y la calle La Legua con lo que se ampliaba hacia Santa Lucía la estrecha cuadrícula heredada de la colonia y se había celebrado un contrato para instalar 300 picos de gas de carburo que proporcionarían alumbrado público. El gasómetro central y las cañerías de distribución fue sin embargo una empresa demasiado grande para la época y no se concretó,



También se firmó un contrato para traer agua desde Zonda por medio de una cañería subterránea, que sería utilizada en la fuente de la plaza y cuatro surtidores que se instalarían en cada esquina y en la Casa de Baños y el mercado público que funcionarían en el costado sur del cuartel de San Clemente, que ocupaba la manzana de Santa Fe, Tucumán, Córdoba y General Acha, llamada entonces calle del Cabildo.

La Casa de Gobierno, ubicada en la calle General Acha, frente a la Plaza Mayor, aunque a ritmo muy lento, seguía con su construcción.

¡Como no iba a tenerlo este nuevo asesinato!

Más aún siendo Domingo Faustino Sarmiento —hombre del mismo partido y amigo personal— el presidente de la Nación.

Pero en este caso había algo extraño.

No aparecían claros los móviles políticos.

—Después de los asesinatos de Benavides y Virasoro, ningún político va a ser tan loco como para ordenar esta muerte—, se argumentó.

En San Juan, el clima era de tranquilidad, aunque el gobernador había tenido un fuerte encontronazo con el presidente Sarmiento a raíz que la provincia reclamó el pago de 500 mil pesos a la Nación por deudas contraídas durante la guerra de la independencia.

—La República Argentina no debe sino lo que una ley haya declarado. Para reconocer a San Juan su pobre medio millón, por equipar con Buenos Aires, Mendoza y San Luis al Ejército de Los Andes,

sería preciso echarse unos 20 o 30 millones de las otras provincias y otros tantos de Buenos Aires. Hace años que se resiste el pago de las deudas del gobierno de Rosas y Dios saben si escaparemos—, fue la contundente respuesta de Sarmiento a Videla en una carta en la que hasta se olvidó de despedirse, tanta era la bronca ante el reclamo.

¿Quién mató a Videla?

¿Porqué lo mataron?

Las preguntas se instalaron pronto en los sanjuaninos.

“Aldea chica, infierno grande”, nunca más apropiado el proverbio.

Don Valentín era uno de los hombres más ricos de San Juan. Gran parte de su fortuna la heredó. Y otra parte la hizo con su profesión de abogado y sus negocios.

Los rumores que circularon en los días siguientes sobre los presuntos autores del crimen fueron de lo más variado.

Unos creyeron ver móviles políticos y apuntaron sus dedos acusadores contra el ex gobernador Manuel José Zavalla o el ex gobernador Manuel José Gómez.

Zavalla había sido expulsado del gobierno y de la presidencia del Club del Pueblo y era hombre que mantenía relaciones muy cordiales con Santos Guayama, foragido que en aquellos años asolaba la ciudad y la zona rural.

Pero la pista política no conducía a ningún lado y se basaba en suposiciones.

Había otra hipótesis que la aldea repetía con indisimulado regocijo.

—Esto es cuestión de faldas.

Don Valentín Videla tenía 53 años.

Había nacido el 9 de diciembre de 1818.

A los 25 años se casó con su prima segunda, Jesús Maradona, hija de monseñor Timoteo Maradona y de su esposa, doña Antonia Videla.

Su suegro, Maradona, había sido varias veces gobernador de San Juan. Hasta que un día enviudó y se hizo sacerdote.

Descendiente de uno de los fundadores de San Juan, don Alonso de Videla, Valentín ejerció la profesión de abogado en virtud de una licenciatura otorgada por su práctica forense.

Pero en realidad la política era lo que más le interesaba y estaba ubicado en el sector beato denominado *pelucón*, evolucionando al federalismo, opuesto al sector *marrano*, que incluyó a los futuros unitarios y sus sucesores liberales.

Pero no sólo en la política, los negocios y la abogacía consumía su tiempo don Valentín.

Tenía fama de ser muy galante con las mujeres.

Y cuando al dinero se suma el poder y cierta capacidad de seducción, todo junto transforman el depositario de tantos bienes en un hombre al que las mujeres miran con indisimulada atracción, cualquiera sea su edad.

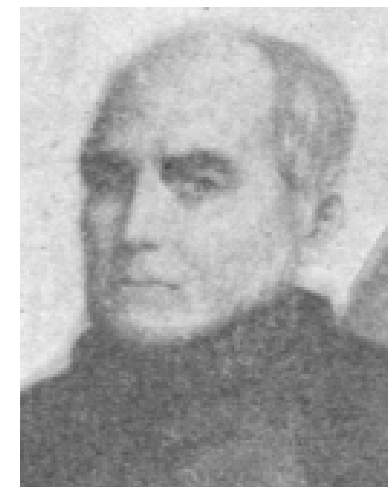
El caso es que la cuestión de faldas estaba presente en la aldea.

—En esto algo ha tenido que ver el chileno García Aguilera—, pronto se afirmó.

—¿Don Vicente?

—Sí, don Vicente, el vicerrector del Colegio Nacional.

Vicente García Aguilera era un docente chileno que se arraigó en San Juan, donde se casó con Magdalena Videla, hija de don Ignacio Videla Lima y doña Jacinta Videla, vinculados con la alta sociedad de aquellos años.



Monseñor Timoteo Maradona

—¿Usted sabe lo que pasa... no?  
 —Se que doña Magdalena fue sobrina y pupila de don Valentín Videla...  
 —Parece que algo más y es por eso que García Aguilera ha iniciado trámite de divorcio.  
 —No lo sabía.  
 —Es más, como la mujer abandonó la casa, el chileno pidió a la policía que la obligara a regresar al hogar.  
 —¿Y qué pasó?  
 —La policía dispuso que un pesquisa siguiera a la señora y un día se tuvo el dato que huía a Mendoza.  
 —¡No me diga!  
 —El policía, acompañado por don Manuel García Aguilera y Benjamín, el hermano de este, salieron a buscarla. En Pocito les dijeron que la habían visto pasar, acompañada por su madre, doña Jacinta Videla y el abogado Manuel Moreno.  
 —¡Mire usted!  
 —Poco más al sur las alcanzaron y ahí nomás detuvieron al abogado y las dos mujeres a punta de revólver.  
 —¡Qué grave!  
 —El policía acusó a doña Jacinta y a Moreno que llevaban una persona robada, por lo que obligaron a volver a doña Magdalena.  
 —¿Y cómo entra don Valentín en esto?  
 —Don Valentín defendió a su sobrina en el juicio.  
 —Era lógico.  
 —Claro que era lógico pero Manuel García Aguilera estaba lleno de odio por lo que había ocurrido y acusó a don Valentín de mantener una relación íntima con su sobrina y ex pupila. Además, le inició un pleito porque como Valentín era tutor de Magdalena, decía que debía rendir cuentas de cómo administró su fortuna.

A todo esto el caso había tomado dimensión nacional. Y Sarmiento expresaba su malestar en carta a Rosaura Doncel, quien luego sería gobernador.

—Por San Juan no pasan los años. Siempre la discordia y las pasiones rencorosas. Resistámos a Benavides y a la Confederación. Resistían al gobierno de Mitre, al mío, a todos. La verdad es que he tenido el gusto de ignorar lo que pasa en San Juan, rompiendo para ello toda anterior relación de correspondencia, con hombre alguno y aun con mis hermanas toda vez que me han hablado de cosa que se ligue a la vida pública. Esta conducta nació de la profunda aversión que las cosas de San Juan me dejaron y del plan que he seguido constantemente con los gobernadores de no tener con ellos relaciones en cuanto pueden serme onerosas a veces, haciéndome la opinión vulgar como partícipe de sus actos. Y porque nunca me habían de ser útiles pues para nada su adhesión o desafecto pueden servirme.

Pero la pregunta seguía en pie.  
 ¿Quién mató al gobernador Videla?  
 ¿Fue la obra de un desequilibrado?  
 ¿Lo hizo un marido engañado?  
 ¿Fue el resultado de los rencores contra Sarmiento que algunos habían concentrado en el gobernador?  
 ¿Fue una acción solitaria o hubo encubridores?



Domingo Faustino Sarmiento

## La investigación

En San Juan todos hablaban del crimen. Por sus características, se había transformado en la comidilla de lo mejor de la sociedad. Y no era para menos. Un gobernador asesinado, vinculado con un asunto de faldas, yerno de un monseñor varias veces gobernador, una familia con varias muertes misteriosas, poder, dinero, política. Y una prensa furibunda y panfletaria representada por algunos periodicuchos. ¡Qué más se podía pedir!

La instrucción sumarial determinó que se había visto en el lugar del crimen al chileno Benjamín García Aguilera, hermano de Manuel, el vicerrector del Colegio Nacional.

Benjamín era un conocido sujeto de acción vinculado a los ex montoneros, que respondía a Santos Guayama en sus correrías por la campaña.

Santos Guayama había sido enérgicamente reprimido durante los gobiernos de José María del Carril y Valentín Videla.

El sumario por el asesinato del gobernador comenzó inmediatamente se retiró el cadáver de la Casa de Gobierno.

El gobernador interino, Benjamín Bates, designó el 21 de diciembre a un empleado más, en calidad de sumariante provisorio.

Ese sumariante resultó ser Pedro Echagüe, escritor y antiguo redactor de El Zonda durante la gobernación de Sarmiento.

El 28 de enero de 1873 Echagüe renunció al cargo por haber sido designado juez de Letras interino. Una semana antes, Bates había sido separado de su cargo por un motín militar y el gobernador de facto, Faustino Espínola, no hizo nada porque se siguiera investigando el crimen.

Se tomó declaraciones de vecinos y conocidos de Valentín Videla, quienes se refirieron a sus costumbres, sus relaciones, sus amigos y enemigos.

Se supo que luego de cenar, don Valentín solía visitar a algunos amigos para conversar hasta tarde, cuando el calor pasaba y se podía dormir.



Faustino Espínola

Pero nadie supo decir adonde iba aquella noche. Se sabía que había muerto en el lapso que va desde que salió de su casa, antes de la medianoche y la madrugada, cuando fue encontrado. Y hasta se dijo que los autores materiales habían sido cinco o seis personas. Los investigadores estaban desorientados. Pidieron un completo informe sobre el cadáver. Los doctores Amaro Cuenca, Facundo Larrosa, Guillermo Alexander y Miguel Echegaray fueron tan minuciosos que hasta presentaron análisis químicos de la víctima cuando era evidente que había sido muerto a golpes....

La policía detuvo a Benjamín García Aguilera, Juan López y Juan López Montoro.



Benjamín Bates

Se acreditó que Aguilera vivía en una casa situada a mitad de la calle Ecuador (hoy Sarmiento), a mitad la cuadra entre lo que hoy son las calles Laprida y Rivadavia, a pocos metros de donde fue encontrado el cadáver de Videla.

Juan López era “conchabado” de García Aguilera y López Montoro “fue encomendado para reunir a los asesinos”.

La investigación arrojó que en momentos que Valentín Videla caminaba por calle Ecuador hacia el sur, fue detenido por el grupo e introducido por una puerta falsa que llevaba a la casa del chileno, donde fue ultimado a golpes. Luego sacaron el cuerpo a la calle.

Se supo también que el chileno García Aguilera y los López habían sido visto varias veces juntos

—*Parece que el plan se venía madurando desde hacía tiempo y que estos se reunían para ajustar detalles.*



Hermógenes Ruiz

La policía detuvo a Aguilera, a López y a López Montoro.

La calle dio entonces un veredicto instuitivo:

—*El caso está claro: el instigador ha sido Vicente García Aguilera y el ejecutor su hermano Benjamín, junto con elementos vinculados a Santos Guayama, el famoso bandolero.*

La calle dio entonces un veredicto instuitivo:

—*No investiguen más: el instigador ha sido Vicente García Videla y el ejecutor su hermano Benjamín.*

Con esta hipótesis, las cosas cerraban. El vicerrector despechado se vengaba de Videla y Santos Guayama del gobernador que lo había reprimido. Al menos para la opinión pública, estaba todo claro.

El procurador fiscal no dudó en solicitar la pena de muerte para García Aguilera.

Pero un día que llevaban los reos para que declararan, estos lograron fugarse, huyendo rumbo a Chile.

Salió una comisión policial tras los acusados y durante un reconocimiento cordillerano logró apresar a López Montoro pero cuando lo traían de regreso a San Juan, en el lugar denominado Valle Hermoso, en territorio sanjuanino, “*el procesado fue capturado por compatriotas suyos y sustraído de la jurisdicción argentina*”, según el informe que dio la policía al entonces gobernador Hermógenes Ruiz, el 1 de junio de 1875.

## La sentencia

A casi tres años del crimen, tras demoras motivadas en que la causa se había paralizado por hallarse prófugos los implicados, el juez Rafael S. Igarzábal dictó sentencia, condenando a muerte al único reo habido: Juan López.

En sus partes sustanciales, la sentencia sostuvo:

“*San Juan, octubre 30 de 1875.*

*Vistos: Resulta de esta causa que el 12 de diciembre de 1872, como a las 12 de la noche, pasaba el señor gobernador propietario de la provincia don Valentín Videla por la calle Ecuador en dirección al sur, y al enfrentar a la puerta falsa de la casa habitada por Benjamín Aguilera, le asaltó una cuadrilla de asesinos capitaneada por el reo Juan López. Lo derribaron al suelo a golpes con un elemento contundente de hierro y lo entraron a una pieza del zaguán, del lado norte, donde lo ultimaron. Después*

*sacaron el cadáver a la calle y lo pusieron recostado en la pared de enfrente de dicha casa, en donde al día siguiente fue encontrado por la policía y la justicia que concurrió a dicho lugar”.*

Agregaba el escrito:

“*Que capturados Aguilera y otros de los autores fueron encausados y cuando Aguilera con la pena de muerte solicitada por el señor procurador fiscal don Lisandro A. Laval, según su vista corriente a fojas 282 de los autos mandados traer a la vista, se fugó de la cárcel dicho reo y después sus compañeros, por lo cual el superior Tribunal de Justicia mandó por resolución del 12 de mayo de 1874, suspender el procedimiento criminal respecto de los prófugos hasta que sean capturados”*

La causa —por lo que dice la sentencia— había quedado reducida a Juan López ante la ausencia de los restantes. Y el fiscal Daniel S. Aubone pidió para él la pena de muerte “*no sólo por la vindicta pública sino por el honor del pueblo de San Juan*”.

La sentencia fue revocada por el tribunal de alzada integrado por Anacleto Gil, Guillermo Oro y Manuel García, quienes argumentaron que los testigos de la instrucción sumarial no se hallaban ratificados a excepción de Benjamín Bates y Miguel Alvarez y no hacían pruebas. “Aparte —decía el fallo— de que el testimonio de Bates es simplemente de oídas”.

En resumidas cuentas, habían pasado tres años, la causa judicial tenía más de 300 folios, se había hablado mucho pero lo único concreto es que se había puesto en evidencia a tres autores materiales. Dos (Aguilera y López Montoro) estaban prófugos. El tercero, en libertad. Nada se sabía de los restantes ni de los presuntos instigadores.

Como se verá a lo largo de la historia, en San Juan la justicia siempre fue así...

## Se reabre la causa

El 19 de julio de 1876 se reabrió la causa.

El motivo: una acusación contra un tal Vicente Rodríguez.

El fiscal alegó que con anterioridad al asesinato, don Apolinario Rodríguez había dicho a algunos vecinos de Pocito:

—*No paguen nada al beato de Videla, pronto lo vamos a derrocar.*

El procurador fiscal aportó los testimonios de los vecinos Julian Mazo, Eusebio Dojorti, Juan José Videla, José Pedro Cortínez, Francisco Domingo Aguilar y Rosario Ontiveros.

Sostuvo que un ciudadano se había presentado ante el gobernador y le había asegurado “que los asesinos de su antecesor eran Vicente Rodríguez, Benjamín García Aguilera, Pablo Ojeda, un López Montoro, un López y un Mercado, algunos de los cuales concurrían a la casa de García Aguilera, la que debía ser teatro del crimen”.

La acusación señalaba que a continuación del crimen, Apolinario Rodríguez robó un caballo de propiedad de Eusebio Dojorti “con el objeto de que escapase su hijo, o mejor dicho que emprendiera la fuga Vicente Rodríguez”.

El caso es que los Rodríguez se buscaron un buen abogado, don Javier Baca, quien fundó una extensa defensa en un larguísimo escrito, impidiendo a la justicia pronunciarse.

Y así quedaron las cosas.

En el mayor de los misterios.

Para unos fue un crimen pasional.

Para otros una cuestión de intereses.

Una hojita llamada “Prolegómenos” se dio el lujo de dar hasta los rasgos fisonómicos de cada uno de los asesinos pero, ya sea por virtud de los abogados defensores o por inoperancia de la justicia, nada se pudo probar.

## El misterio y la leyenda

Durante muchos años, la muerte de Valentín Videla, nunca aclarada por la justicia, formó parte de las leyendas populares de San Juan.

Valentín, que como se ha dicho era uno de los hombres más ricos de San Juan, era uno de los ocho hijos del matrimonio formado por don Clemente Videla y doña Isabel Lima.

La leyenda circulaba de boca en boca.

—*Qué raro lo que pasa con los Videla*

—*¿Porqué?*

—*Valentín fue el cuarto de los hermanos que murieron misteriosamente.*

—*¿Cuatro?*

—*Sí. El primero, don Ignacio, murió casi olvidado, dejando una fortuna de 200 mil pesos fuertes.*

—*¿Y de qué murió?*

—*Una extraña enfermedad que lo consumió paulatinamente.*

—*Mire usted...*

—*Otro hermano, el cura Manuel Ignacio, también tuvo una muerte extraña.*

—*Cuente...*

—*Simplemente se lo encontró muerto en la cama. Nadie sabe cómo murió, pero cuando se acostó estaba bien. Y también dejó una inmensa fortuna.*

—*Qué extraño.*

—*El tercer hermano, don Pedro, salió una noche de la casa de don Valentín y a la cuadra y media fue asaltado y muerto a puñaladas...*

—*Lo recuerdo...*

—*Lo dejaron tirado en una acequia y el hombre también dejó una fortuna. Nunca descubrieron a los asesinos. Después ocurrió lo de don Valentín...*

—*Así es, que también dejó mucho dinero.*

—*Pero su viuda, al poco tiempo también entregó su alma al señor...*

—*Lo que son las cosas...*

—*Poco antes, otro hermano, Juan José, falleció en forma asaz sorprendente.*

—*Nefasto destino el de esta familia...*

—*Le cuento que los ocho hijos del matrimonio murieron en el período 1860 - 1870, casi todos ellos en forma violenta, con lo que se terminó con una generación completa de una familia tradicional.*

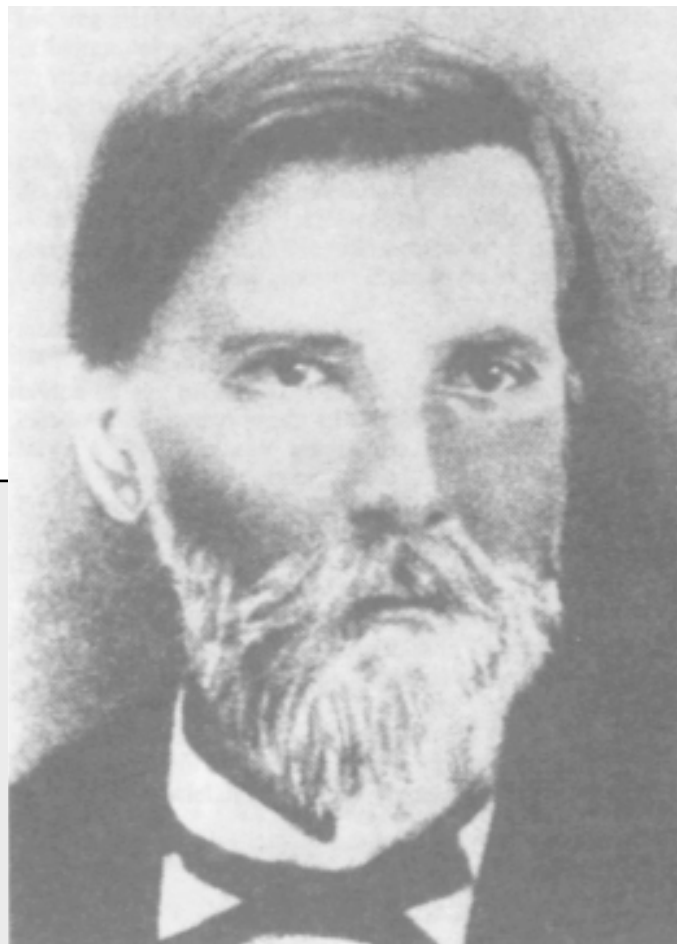
Fábula, leyenda, mito, superstición. El caso es que estos datos fueron recogidos por Antonio Zini en el libro *Historias de los gobernadores de las provincias argentinas* y reproducidos por el biógrafo de la familia, Mariano Mansilla, en el libro *Historia de la casa de Videla desde 1526*.

# 1877



Dos “revoluciones” increíbles

## UNA PRIMAVERA CON MOTINES



Rosauro Doncel

## Una primavera de motines

Gobernaba San Juan, en 1877, Rosauro Doncel.

Hombre de confianza de Domingo Faustino Sarmiento, había asumido el 12 de mayo de 1875 y encarnaba con fidelidad el acuerdo autonomista nacional inaugurado por Avellaneda y Alsina al asumir el gobierno nacional en el 74.

San Juan vivía una época nueva. Las pasiones continuaban vivas pero el clima social era otro: ya no son las luchas por la emancipación ni las imposiciones morales o religiosas las que dominan la escena sino los halagos de la vida.

Comienzan a construirse viviendas con ciertas pretensiones arquitectónicas, se multiplican las fincas en la zona rural, se trabaja en la construcción de la Casa de Gobierno (que se inauguraría en 1884). En fin, ya no había temores a las montoneras o invasiones que tanta sangre y bienes costaron.

Pero aquel año 1877 iba a deparar dos sorpresas, casi diríamos risueñas por sus ingredientes si no fuera porque en ambas estuvo en jaque la autoridad provincial.

## Revuelta en la madrugada

La primera revuelta se produjo en la noche del 5 al 6 de setiembre.

Todo se había iniciado, al parecer, en un sector de la Cámara de Diputados. Un grupo de estos, entre los que se encontraban Javier Baca, Javier Garramuño, Francisco Aguilar y Ramón Castañeda se dispuso a destituir al gobernador.

Es así como un grupo, comandado por Baca y por el oficial de guardia del cuartel de San Clemente, Sandalio Gómez, apoyado por varios ciudadanos, entre otros Nicanor Garramuño y Melchor Barrionuevo, actúan esa madrugada, toman de sorpresa a Rosauro Doncel y lo apresan.

*-Gobernador, usted tiene que renunciar.*

Doncel los miró extrañado.

En los últimos días habían corrido rumores que nadie sabía de donde surgieron.

Uno de ellos señalaba que Domingo Faustino Sarmiento estaba gestando un levantamiento en la provincia.

El rumor decía que Sarmiento “quería terminar con la influencia de Roca en la provincia” y por eso apoyaba la destitución de Doncel.

Las versiones se autoalimentaban por la reciente renuncia de don Cirilo Sarmiento, ex ministro de Hacienda de Doncel, quien se había alejado del gobierno resentido con el oficialismo, adoptando una posición netamente opositora.

El caso es que con el gobernador sometido en la madrugada, el proceso “revolucionario” estaba en marcha. Y sus autores estaban dispuestos a seguir adelante.

Doncel no tuvo más remedio que renunciar contra su voluntad.

Paralelamente, nueve diputados eran detenidos por los sediciosos, con lo que el motín alcanzaba mayores proporciones.

La Legislatura, disminuida en su número, intentó resistir el “golpe” institucional, ante lo cual los “revolucionarios” convocaron a una asamblea de vecinos.

Los insurgentes, autodenominados “septembrinos” -por el mes- decidieron en asamblea designar a Cirilo Sarmiento nuevo gobernador interino de San Juan.

Y don Cirilo, ese mismo día 6, comunicó su designación al ministro del Interior, doctor Bernardo de Irigoyen “por votación directa de una gran porción del pueblo de esta capital y departamentos adyacentes, según instruye el acta del plebiscito”.



Esto ocurrió el día 6.

Durante los dos días siguientes, Cirilo Sarmiento actuó como gobernador. Designó gente, produjo hechos.

El día 8 se encontró con la realidad.

En nombre del presidente Avellaneda, el ministro del Interior le envió un tajante telegrama.

“*No hay pueblo en una reunión de ciudadanos y mucho menos puede ser pueblo de una provincia*”, le decía el ministro.

Don Cirilo siguió leyendo:

“*Una renuncia bajo el imperio de un movimiento subversivo y arrancada en una prisión no es un acto libre*”.

Sarmiento frunció el entrecejo:

“*El señor presidente termina manifestando a usted que, según lo ya expuesto, no reconoce ni reconocerá a ninguna otra persona como gobernador de San Juan sino al señor don Rosaura Doncel, mientras su autoridad no haya cesado con arreglo a los preceptos de la Constitución de esa provincia*”.

—*Sonamos*—, pensó don Cirilo.

A todo esto el juez Federal recibía un telegrama despachado por el general Roca desde Río Cuarto:

“*El presidente no reconoce más autoridad legal que la de Doncel y la intervención irá a reponerlo*”.

Las cosas se ponían muy feas.

El senador Agustín Gómez expresaba en otro telegrama al juez:

“*Gobierno y Congreso en masa dispuestos a ahogar la revolución. Reposición de Doncel sin condiciones ordenada a Sarmiento. Avise si no cumple*”.

El día 9 don Cirilo Sarmiento no pudo dormir.

Nunca supuso que se había metido en un lío tan grande.

Lo mismo ocurría con los diputados que participaron del alzamiento.

El día 10 ya no aguantaron más.

A primera hora Sarmiento dictó una resolución disolviendo las fuerzas que lo apoyaban.

“*El Exmo. señor presidente de la república ha interpuesto la suprema autoridad que inviste, para que las fuerzas creadas por la revolución del 6 del presente sean desarmadas*”.

Acto seguido, don Cirilo ordenó liberar al gobernador Doncel.

Y hasta fue a buscarlo para que se hiciera cargo nuevamente del gobierno.

Tras el papelón, varios de los comprometidos se exiliaron de San Juan.

El diputado Javier Baca, jefe de la “*revolución*”, fue separado de su banca.

Y el cándido don Cirilo hizo publicar una nota en la que explicaba que había aceptado su designación “*con el único propósito de salvar la vida del gobernador, sentenciado a pena de muerte por los revoltosos*”.

## La sublevación del “cabezón”

La “*revolución de los septembrinos*” comenzaba a ser olvidada, salvo por las bromas y las sonrisas que alguno dispensaba al paso de don Cirilo Sarmiento, cuando se produjo otro hecho grave.

El 24 de noviembre de ese mismo 1877, el sargento José Sierra, apodado “*el cabezón*”, sublevó la fuerza nacional de línea descontenta por el atraso en el pago de haberes.

En esos días había un sólo cuartel en la ciudad, el de San Clemente, ubicado en pleno centro, en la manzana comprendida por las calles Santa Fe, Tucumán, Córdoba y General Acha.

El sargento revoltoso con las tropas que lo siguieron se dispuso a tomar el cuartel.

Y lo hizo a sangre y fuego.

Pronto quedaron muertos varios oficiales, como el capitán Molina, Salinas y Rossi.

Y el cabezón quedó al frente del cuartel y amo y señor de la ciudad.

Algunos militares intentaron recuperar el edificio.

Entre ellos el coronel Marcelino Quiroga y el capitán Emilio Zavalla.

No sólo no lo lograron sino que perdieron la vida en el intento.

Ya sin oposición armada, los hombres del sargento Sierra salieron a la calle y atacaron los edificios públicos.

—*Hay que degollar al gobernador y sus ministros*—, fue la orden de el “*cabezón*”.

Pero el gobernador Rosaura Doncel no estaba en su despacho. Se había ausentado de la ciudad tras haber decidido realizar un paseo campestre.

Las tropas estaban enardecidas.

Y se dispusieron a saquear los comercios y casas de familia.

En ese momento apareció en escena un personaje providencial: el obispo de Cuyo, fray José Wenceslao Achával.

Achával, solo en medio de la turba, los convenció de que depusieran las armas.

Un relato de Juan de Dios Jofré al padre Luis Córdoba de la orden de frailes menores de Córdoba, pinta la escena de ese día:

“*Calmada la conmoción y cesado que hubo el combate, volvieron todos al cuartel acompañados del obispo, quien los exhortó a desistir del feroz intento de prender y ejecutar a las autoridades, de atropellar a las personas y de saquear al pueblo, ablandando sus corazones y arribando a un pacífico arreglo con el temible Sierra, jefe y caudillo de la rebelión.*”



José Wenceslado Achával

*La ciudad quedó tranquila haciendo la custodia durante la noche las mismas fuerzas sublevadas, posesionadas de los cuarteles en ausencia de toda autoridad.*

*Al día siguiente el sargento Sierra recibía del señor obispo, la suma de dos mil trescientos catorce pesos para pagar la tropa y pagarse a si mismo.*

*Me consta que no se molestó a ningún ciudadano por el dinero ni se pagó contra los bancos. El obispo de su propio peculio pagó todo el rescate”.*

Se sabe que varios comerciantes entregaron a Sierra, voluntariamente, comida y efectos para el traslado de la tropa.

Y éste, el 26 de noviembre, emprendió viaje a Chile, seguido por la soldadesca sublevada, perdiéndose su rastro.

Es un misterio cómo consiguió fray Achával la cantidad que debió entregar a Sierra para salvar a la población.

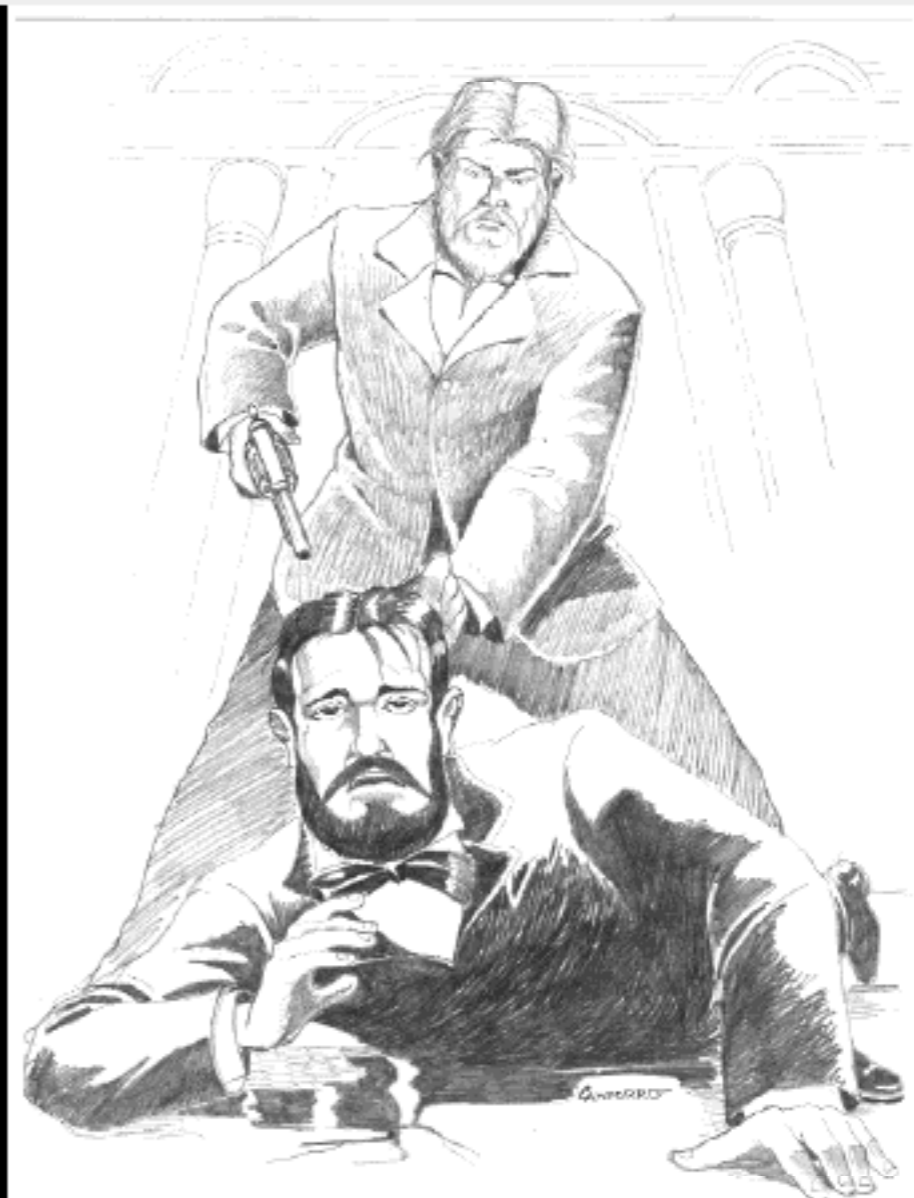
Evidentemente el dinero no lo puso de sus propios fondos pues era un franciscano muy pobre.

Es fácil presumir que esa noche el obispo se reunió en secreto con algunas familias pudientes y obtuvieron el dinero, que tiempo después fue repuesto por el gobierno nacional.

De esta manera salvó la vida el gobernador Doncel que, seguramente, al regresar de su paseo campestre, debe haber preguntado:

—¿Qué hay de nuevo? ¿Pasó algo ayer?

# 1884



Atentado contra el poder

## MASACRE EN UNA CASA CENTRICA

## Los principales protagonistas

### Carlos Doncel

Carlos Doncel, apodado "el cojo", tenía 32 años. Abogado, recibido en la Universidad de Buenos Aires hacía 10 años. Acababa de ser electo gobernador de San Juan y debía asumir su puesto el 12 de mayo. Más que un apasionado de la política era un producto inteligente de la ilustración. Pese a su juventud ya había sido subsecretario de Justicia e Instrucción Pública de la Nación (a los 23 años), ministro del Tribunal de Justicia de San Juan (con 26 años), convencional constituyente y ministro de Hacienda y Obras Públicas. Era sobrino de Rosauro Doncel, quien también fue gobernador.

Padecía una artrosis de cadera por lo que debía usar bastón.



### Anacleto Gil

Anacleto Gil tenía 32 años y desde hacía tres se desempeñaba como gobernador de San Juan. Graduado de abogado y doctor con 22 años, comenzó a militar en el Club del Pueblo, agrupación sarmientista. Poco después fue designado ministro del Superior Tribunal de Justicia y en 1878, convencional constituyente. Luego fue ministro de Hacienda y Obras Públicas, durante las gobernaciones de Manuel María Moreno y Agustín Gómez. Al ser electo para ejercer la primera magistratura, el 2 de enero de 1881, tenía sólo 28 años, por lo que la oposición, representada por el diputado Napoleón Burgoa, lo objetó ya que la constitución exigía un mínimo de 30. No obstante, pudo asumir el 12 de mayo de ese año por decisión de la mayoría.



### Domingo Morón

Hombre del general Bartolomé Mitre en San Juan, en cuya casa de la calle Laprida se hospedó cuando este visitó San Juan en 1883. Tenía 40 años y provenía de una familia de antiguo arraigo. Nunca había salido de San Juan ni era un intelectu de nota ni un empresario de éxito. Dedicado a la agricultura y al comercio con Chile, nunca había participado en política, aunque era muy respetado por los sectores que vieron en él la figura ideal para encabezar a los seguidores de Mitre en la provincia.

### Agustín Gómez

Nacido en San Juan, Agustín Gómez tenía 40 años y era un caudillo nato. Instintivo, pragmático, acostumbrado al orden y a mandar, había nacido en un hogar no pudiente, por lo que un tío, Eusebio Dojorti, lo ayudó a emigrar en busca de horizontes más amplios. Otro tío, Camilo Rojo, lo hizo designar teniente de la guardia nacional en plena guerra con Paraguay.

Al regresar a San Juan, tras participar de varias campañas, ser herido en Paraguay, alcanzar el grado de teniente coronel y vincularse muy bien en la política nacional, Gómez ocupó diversos cargos, hasta que el 23 de marzo de 1878 fue designado gobernador y juró el cargo el 12 de mayo. Durante su gestión se reformó la Constitución Provincial y se creó el cargo de vicegobernador. Renunció el 27 de enero de 1880 para hacerse designar senador nacional.

Agustín Gómez era el jefe indiscutido del grupo de los Regeneradores. Más que un político, Gómez era un jefe con ideas claras, relativamente ilustrado pero muy inteligente, al que algunos vaticinaban llegaría a la presidencia de la Nación.



### Manuel María Moreno

Manuel María Moreno no era brillante como los hombres que conducían San Juan en aquellos años. Además, no era tan joven como ellos pues en 1884 había cumplido los 54 años. Hombre mesurado, casi opacado, su carrera política fue muy dilatada pero comenzó modestamente: juez de paz en Caucete y comisario. Era un típico contador del Estado, por lo que Hermógenes Ruiz lo designó ministro de Hacienda. Fue diputado y convencional constituyente y al ser creado el cargo de vicegobernador fue electo por la Legislatura. El gobernador de entonces, Agustín Gómez, renunció para hacerse designar senador nacional con lo que Moreno asumió la primera magistratura, aunque nunca quiso firmar como gobernador -lo que le correspondía- sino como vicegobernador a cargo.

### Vicente Celestino Mallea

Tenía 35 años. Descendiente del capitán Eugenio de mallea, era cuñado del gobernador Anacleto Gil. Había sido ministro y se desempeñaba como senador nacional. Electo vicegobernador, debía asumir esas funciones el 12 de mayo de 1884.

## El marco político

### Los regeneradores

Para la oposición era una simple "argolla", que desde hacía años venía distribuyéndose los principales cargos públicos.

Pero lo cierto es que se trató de un grupo de alto vuelo intelectual, integrado en su mayoría por profesionales jóvenes, que intentaban dar una base más sólida a San Juan.

En aquel San Juan de los años 80, con una mayoría analfabeta, donde muy pocos tenían el derecho de elegir y ser elegidos, la existencia de estos hombres, los mejores de esa generación, generó lógicas reacciones.

En la historia se los reconoce como el grupo de "Los regeneradores" y en él se incluyen a los gobernadores Rosaura Doncel, Agustín Gómez, Manuel María Moreno, Anacleto Gil, Carlos Doncel y Angel D. Rojas.

La mayoría de ellos fue no sólo gobernador sino también senador nacional, ministro, legislador provincial y convencional durante la reforma de Constitución Provincial en 1878.

Los regeneradores se oponían al centralismo porteño. El más enérgico era Gomez, que en el Senado sostenía que la capital debía estar en rosario.

No era casual que permanentemente se hablara de intervención a San Juan.

Durante el gobierno de Anacleto Gil, hombre de fuerte carácter, muy independiente, la cuerda se tensa al máximo y cuando ya estaba decidida la intervención, Agustín Gómez llega a un acuerdo con el presidente Roca: a cambio de que no envíe una intervención se acepta que Carlos Doncel fuera el próximo gobernador.

Roca pensaba que Doncel sería mucho más manejable que Gil. Pero esta postulación divide a los sanjuaninos. Integrantes del grupo de los Regeneradores se sienten desplazados y comienzan a conspirar con sectores de la oposición, apoyados por el diario La Unión, dando origen a un clima de revuelta.

## Una noche agitada

Los dos hombres vestidos de traje pese al calor del verano sanjuanino, venían caminando hacia el centro de la plaza mayor de San Juan,

Uno de ellos, cojeaba notoriamente y se apoyaba en su bastón a cada paso.

Se llamaba Carlos Doncel y tres meses más tarde debía asumir la gobernación de San Juan.

-Allá está el coronel -dijo su acompañante, Vicente Mallea, señalando hacia la fuente de la plaza, que estaba en proceso de remodelación.

Mallea también debía asumir el siguiente 12 de mayo pues había sido electo vicegobernador.

El coronel era Agustín Gómez, senador nacional y ex gobernador de San Juan. A pesar de que aun no cumplía 40 años, las pronunciadas entradas de su cabellera y la barba que comenzaba a blanquearse, le daban un aspecto mayor.

-Buenas noches, señores... ¿Cómo están ustedes?

-Muy bien coronel. Aprovechando para caminar un poco.

-¿Llegó Anacleto?

-Sí, acaba de llegar. Está conversando con Justina.

Justina Gil de Mallea era hermana del gobernador Anacleto Gil y esposa de Vicente Mallea.

-¿Porqué no me acompañan unos metros? Quiero ver como marchan las obras de la Casa de Gobierno -dijo el coronel.

-Perfecto. De paso dejamos que Justina pueda hablar un rato con su hermano al que por sus ocupaciones tan poco puede ver ultimamente -contestó Doncel.

Eran poco más de las ocho y media de la noche y el sol ya había desaparecido.

Sobre la calle General Acha, frente a la Plaza, se alzaba la silueta de la Casa de Gobierno la que ¡por fin! sería inaugurada.

-¿Se confirmó la presencia del viejo? - preguntó Gómez.

-Sí, coronel. Hemos recibido un telegrama desde Valparaiso donde nos confirma que estará acá para la inauguración.

El "viejo" era Domingo Faustino Sarmiento.

-¿Cuánto hace que no viene don Domingo a San Juan?, preguntó Mallea.

-Veinte años, al menos. -contestó Gómez.

-Es increíble este Sarmiento. Miren que ya cumplió 72 años y sigue andando por todas partes.

-El viajecito que le espera no es poca cosa. Varios días se demora en cruzar la cordillera...

Los tres hombres estuvieron algunos minutos conversando frente al edificio de la Casa de Gobierno y luego, lentamente comenzaron a desandar el camino. Cruzaron la plaza y llegaron a la esquina de Mitre y Mendoza.

Ya estaba oscuro.

-Tengo una sensación fea, como si alguien nos estuviera siguiendo -, dijo Gómez.

-Yo veo todo muy tranquilo- respondió Mallea.

-En los últimos días han circulado versiones muy feas-, dijo Doncel.

-¿A qué se refiere? -preguntó el coronel.

-Se habla de un plan para asesinarlo a usted y al gobernador Gil..

-Yo no se si hay que dar crédito a todo lo que se dice... El diario La Unión está creando un clima muy denso en San Juan. Vamos a tener que hacer algo con esta gente.

-Pero no sólo el diario está en abierta oposición, coronel. El gobernador Gil recibió un telegrama desde Buenos Aires donde le prevenían que tomara precauciones pues han detectado un plan para asesinarlo.

-¿Y qué dice Anacleto?

-Usted sabe como es él. No le ha dado importancia al asunto.

Los hombres tomaron por calle Mendoza hacia el sur.

A mitad de cuadra, entre Santa Fe y Mitre, la calle mostraba una elevación pues por allí pasaba la acequia regadora que llevaba el agua hasta las propiedades.

Precisamente a esa altura estaba la casa de Mallea. Una vivienda construida con adobe, alta, con varias habitaciones que remataba en un fondo con parrales.

-Bueno, ya llegamos. Pasen por favor- pidió el dueño de casa.

Pasaron y se dirigieron al comedor, donde Anacleto Gil conversaba con Justina.

Los hombres se saludaron afectuosamente.

Estaban por ocupar sus asientos cuando sienten golpear a la puerta.

-Buenas, buenas... ¿Como están ustedes?

Belisario Albarracín, ministro de Hacienda de Gil es quien había llegado.

Tras los saludos de rigor, Albarracín dice:

-Si me disculpan, ustedes, salgo unos minutos a comprar cigarrillos al negocio de Olguín.

Justina, por su parte, ofrece una taza de té.

-¿Ya cenó coronel?

-Si señora, yo ceno muy temprano. Pero con mucho gusto tomaré una taza de té.

Hacía cinco minutos que el reloj de la Catedral había señalado las 9 de la noche.

Justina sirvió el té y se retiró, dejando a los hombres solos.

Esa noche, el poder de San Juan estaba reunido en aquella casa de la calle Mendoza: un ex gobernador, actual senador y hombre fuerte del partido; el actual gobernador y los futuros gobernador y vice.

Aunque la reunión pareciera imprevista y de carácter meramente social, lo cierto es que aquellos hombres tenían muchas cosas que hablar: las relaciones con el general Roca, las versiones sobre una revolución que se estaba gestando en San Juan, el traspaso del gobierno a Doncel, la próxima visita de Domingo Faustino Sarmiento.

-Cuéntenos, coronel. ¿Cómo andan las cosas por Buenos Aires?

-Ustedes saben mejor que yo. "El Zorro" (el general Roca), quiere consolidar su posición en toda la república. Para él somos simples bonetes a los que se controla o somete...

-Yo sé que no somos gratos a Roca -comentó Gil- las presiones que he venido soportando en estos años han sido muchas y creo que el acuerdo alcanzado en Buenos Aires es algo transitorio.

-Transitorio pero necesario, Anacleto -dijo Gómez- si no hubiéramos acordado en Buenos Aires, Roca intervenía San Juan.

Doncel guardó silencio.

Sabía que ese acuerdo es lo que le había permitido ser electo gobernador, en lugar de Mallea, el hombre que deseaba Anacleto Gil lo sucediera.

En eso estaban cuando de pronto todo cambio.

Cinco desconocidos acababan de entrar en la sala.

Doncel fue el primero en advertir la situación: los desconocidos están armados.

De pronto se oye un tiro de Reminton y se escucha la voz de Mallea:

-¿Qué diablos significa esto?

Los extraños visitantes comienzan a disparar contra el grupo reunido.

Doncel de un fuerte bastonazo apaga la lámpara que iluminaba la sala y se lanza bajo la mesa del comedor.

-Hijos de puta-, se escucha en la oscuridad.

Se ve la sombra de Agustín Gómez que corre en dirección a los fondos, procurando ocultarse en el frondoso parral o ganar la casa vecina.

Otras dos sombras lo siguen.

Suenan varios tiros.

Gómez cae acibillado a balazos disparados contra su espalda desde pocos metros.

El gobernador Gil está herido levemente y logra refugiarse en una sala contigua.

El olor a pólvora cubre la casa. Se escucha los gritos de Justina.

-¿Qué está pasando, por favor, que está pasando?- grita con desesperación.

Una sombra ha encontrado a Gil. Lo toma de los cabellos y la barba y lo arrastra hacia la calle.

La silueta del desconocido toma forma. Tiene cabellos y barba blanca.

El desconocido arroja a Gil sobre la acequia regadora que atraviesa la calle Mendoza. Inmediatamente comienza a dispararle. Un tiro, dos. El cuerpo del



Manuel María Moreno, Anacleto Gil y Carlos Doncel (parado), en una foto.

gobbernador comienza a cubrirse se sangre.

El desconocido toma a Gil de los cabellos y le dispara un tiro de gracia en la nuca. El mandatario queda inerte.

-Vamos, vamos. Ya están muertos-, se escucha una voz.

Dos minutos más tarde, la casa es un hervidero de gente.

-¡Han matado al gobernador y al coronel Gomez! - dice alguien.

Belisario Albarracín ha llegado corriendo al lugar del crimen.

Doncel y Mallea están heridos pero con vida.

-¿Cómo está doctor? -le preguntan a Doncel.

-Bien, sólo tengo una herida en una mano.

Los gritos de Justina se alzan sobre el resto.

-¡Ayúdenme, por favor, parece que Anacleto aun vive!

A pesar de las heridas recibidas, Mallea se acerca.

-¡Rápido, llamen a un médico!

-Que alguien vea qué ha pasado con el coronel -grita Doncel.

-Está muerto doctor. Tiene nueve balazos de Smith en la espalda.

La noche cubre San Juan, la siempre violenta, la de las pasiones envenenadas.

A lo lejos se escuchan tiros.

-¡Cagamos, esto es una revolución! -, piensa para sí Carlos Doncel.

Mientras esto sucedía en la calle Mendoza, a pocas cuadras de allí, medio centenar de sujetos emponchados, atacaban el cuartel de San Clemente, que ocupaba toda la manzana delimitada por las calles Tucumán, Santa fe, General Acha y Córdoba.

Durante veinte minutos dispararon contra el cuartel sin dar tregua.

-Resistan, carajo, no dejen de tirar- gritaba el capitán Juan de Dios Olivares.

Olivares había quedado al frente de la resistencia. Su jefe, el mayor Manuel Fernandez Oro, estaba entre los complotados.

**-Aquel hijo de puta es Sebastian Elizondo -dijo un soldado.**

**Olivares lo conocía bien. Elizondo había sido montonero a las órdenes de Felipe Varela y ahora trabajaba como capataz del diputado Napoleón Burgoa.**

**-¡Cuando mierda se les terminarán las balas!**

**A las 10 de la noche, el silencio volvió a cubrir la ciudad.**

**Los revoltosos habían fracasado en el intento de tomar el cuartel y huían.**

**Un soldado se acercó a Olivares.**

**-Hay varios muertos y heridos, mi capitán.**

**-¿Hay detenidos?**

**-Hemos apresado a varios heridos. Quédese tranquilo que ya van a hablar...**

**Olivares sabía que hablarían. Y mucho.**

**-¿Sabe quien estaba entre los atacantes, mi capitán?**

**-Dígame.**

**-José Carrizo.**

**Olivares sabía bien quién era Carrizo. Hermano de Santos Guayama, el bandolero muerto por orden de Agustín Gomez años atrás.**

## El día después

El día 7 de febrero amaneció un San Juan distinto.

La noticia sobre lo sucedido la noche anterior ya era conocida en cada rincón.

La gente había salido a las calles a informarse. Aldea chica, cada detalle se relataba una y mil veces, se agrandaba, se modificaba, se tejían mil versiones.

Monseñor Salvador Isaac Giles, el presidente del Senado, estaba instalado en su oficina. Frente a él, el capitán Juan de Díos Olivares, rendía su informe.

-¿Tiene una idea clara, capitán, de lo que ocurrió anoche?

-Estamos recién tomando los primeros testimonios. Puedo sí decirle que el coronel Gómez está muerto.

-Se que el gobernador Gil se debate entre la vida y la muerte.

-Efectivamente, monseñor. Lo están atendiendo los doctores Amaro Cuenca, Miguel S. Echegaray, José María Flores Videla y Alejandro Albarracín... Pero nadie da nada por su vida. Estos bestias le dispararon tres veces...

-Mallea y Doncel están fuera de peligro...

-Sólo han recibido heridas menores.

-¿Se sabe quienes los atacaron?

-Esto ha sido político, monseñor, no le quepa dudas. Pero pronto sabremos quién está detrás.

-¿Tiene alguna sospecha?

-Monseñor, yo sólo soy un soldado...

-Hable y quédese tranquilo que la información la manejaré yo.

Olivarez contó todo lo que sabía.

-Anoche, nos avisaron que había una persona muerta cerca del puente Los Taponos, en Trinidad.

-Continue...

-Esta persona participó en los sucesos ocurridos en la casa del señor Mallea.

-Ahá...

-Es más, sería el hombre que, una vez muerto el coronel Gómez, se acercó al cuerpo y le dió una última puñalada para asegurarse que era difunto.

- ¿Y qué pasó con este hombre?

-Cometido el crimen, huyó por calle Mendoza hacia al sur, hasta que al llegar al puente Los Taponos quedó muerto.

-¿Estaba herido...?

-No, en absoluto. Al parecer, le dió un síncope.

-¿Y quién era ese hombre?

-Esto es lo extraño...

-¿Extraño?

-Sí, monseñor. Ese hombre es o era, mejor dicho, el cochero de don Manuel María Moreno...

Monseñor Giles miró a Olivares y nada dijo.

Moreno había sido vicegobernador de Agustín Gómez y hombre de confianza de este, al extremo que al renunciar a su cargo lo dejó al frente de la provincia. Era en esos días, el presidente del partido roquista en San Juan.

Monseñor Giles quedó pensativo unos minutos y Olivares correspondió con un respetuoso silencio.

Como volviendo de sus cavilaciones, el presidente del Senado preguntó:

-¿Quién puede haber sido el jefe, capitán?

-Se dice que Napoleón Burgoa, monseñor.

-Mmmm... Algún pez más gordo debe estar más arriba...

-He mandado al teniente Desiderio Salinas acompañado por varios hombres en persecución de un grupo que tras atacar el cuartel huyó hacia Caucete. Espero tener novedades para la tarde.

-¿Sabe quienes están en ese grupo?

-Los manda Sebastian Elizondo, el capataz de Burgoa.

-¡Lindo ejemplar!

Monseñor Giles convocó esa misma tarde a la Legislatura.

Cientos de curiosos esperaban en la plaza y en la equina de Rivadavia y General Acha cuando fueron llegando los legisladores.

A esa hora ya una noticia había ganado la calle:

-El vicegobernador Juan Luis Sarmiento era uno de los jefes del movimiento revolucionario.

Sarmiento había desaparecido.

Agonizante el gobernador Anacleto Gil y desaparecido Sarmiento, la provincia quedaba prácticamente acéfala por lo que monseñor Giles, como presidente del Senado, se apresuró a convocar a los legisladores.

-Señores, quiero decirles que he decidido renunciar como presidente del Senado.

Los legisladores se miraban absortos. Un murmullo creció en la sala.

-Usted no puede renunciar, monseñor. San Juan está en estado de acefalía.

-No sólo que puedo sino que debo renunciar. Antes que nada, soy un sacerdote. Yo no puedo estar al frente de las tareas de esclarecimiento, represión y castigo de los culpables. Comprendanme. Uno de ustedes debe conducir esa tarea. Y por eso he pensado que debemos poner en marcha los mecanismos para que quienes ustedes decidan, quede al frente del gobierno. El primer paso es, pues, mi renuncia.

Las palabras de monseñor tenían lógica.

El paso siguiente consistía en elegir al sucesor.

El poder estaba bien atado, en aquellos días.

Tenía que ser un hombre de confianza de Gil pues, aunque agonizante, aun estaba vivo y era el gobernador.

Pero al mismo tiempo, debía ser un integrante del Poder Legislativo.

Y un hombre con capacidad suficiente para manejar una situación muy delicada que nadie sabía a esa altura, hasta donde podría llegar en sus ramificaciones.

Un sólo hombre reunía todas las condiciones: el cuñado de Gil, senador provincial y vicegobernador electo, Vicente C. Mallea.

Esa misma noche, Mallea asumió la presidencia del Senado y quedó interinamente a cargo del Poder Ejecutivo.

Esa misma noche, también, la Legislatura reunida en sesión extraordinaria, promovió juicio político contra el vicegobernador Juan Luis Sarmiento, sospechado de ser instigador de los graves hechos que terminaron con la muerte de Gómez, las gravísimas heridas recibidas por el gobernador Anacleto Gil y el asalto al cuartel que causó varias muertes y heridos.

Mallea, hombre práctico, sabía donde golpear.

Su primera orden fue terminante:

-Quiero ver inmediatamente detenido a don Manuel María Moreno, a Gregorio Correa, a Napoleón Burgoa y a todos los que han participado del hecho.

El capitán Olivares presentaba su informe a Mallea:

-El teniente Salinas se topó con el grupo de Sebastian Elizondo en Caucete y tras un intenso tiroteo en el que hubo varios muertos y heridos por ambas partes, logró reducirlos.

-Perfecto. ¿Qué hace Salinas ahora?

-Lo he mandado en persecución de Napoleón Burgoa y de don Juan Manuel de la Presilla que al parecer huyen a Chile por el paso de Portillo.

## Santa y vidente

Nadie que hubiera presenciado los hechos ocurridos el 6 de febrero habría pensado que Anacleto Gil sobreviviría al atentado.

Con dos heridas en la cabeza y una en la nuca, el gobernador estuvo varios días entre la vida y la muerte, privado del conocimiento.

En esos días, aunque lo atendían varios facultativos, su hermana Justina mandó llamar a una mujer que gozaba fama de santa y vidente.

Se trataba de la sirva de Dios, Jesús Vera, mentada en las crónicas del pasado por su acendrada devoción al sagrado corazón de Jesús.

Tras orar ante el cuerpo agonizante de Gil, la mujer fue contundente en su pronóstico:

-Este hombre se salvará.

-¿Está segura, hermana?

-Sí, es un hombre límpio.

Jesús Vera fue sepultada en el templo de San Agustín, ubicado en la calle que hoy se llama Entre Ríos, entre Mitre y Rivadavia, por ser considerada partícipe de un hecho reputado de milagroso.



Nunca imaginó Mallea que en tan pocos días su vida cambiaría tanto. De ser el senador de confianza de su cuñado, el gobernador Gil, había pasado a ser el hombre fuerte de la provincia.

Las noticias sobre Gil eran desalentadoras.

-Sigue en estado muy crítico- decían los médicos.

La noticia del asesinato del senador nacional Gómez y el atentado contra el gobernador habían causado conmoción en Buenos Aires.

El presidente Roca había recibido un telegrama del vicegobernador Sarmiento, oculto en algún domicilio que le servía de refugio:

-San Juan en estado de acefalía, solicito urgente la intervención federal- decía.

Roca estaba indignado con lo ocurrido. Moreno y Sarmiento eran hombres de su partido y algunos intentaban sacar provecho de la situación señalándolo como autor intelectual de los crímenes.

El 11 de febrero Mallea firmó un decreto suspendiendo la aparición del diario La Unión, "por haber incitado al pueblo a deshacerse del gobernador Gil y del senador Gómez".

El día 13, el Senado, reunido en sesión especial, expulsó de su banca a Manuel María Moreno, por encontrarlo responsable de los sucesos del día 6.

A todo esto, el juez del Crimen, Segundo Riveros, realizaba la instrucción del sumario por lo ocurrido.

Con el correr de los días se conocieron otros detalles del suceso:

## Qué fue de ellos

### Juan Luis Sarmiento

El vicegobernador, tras el juicio político, fue destituido en la sesión del 4 de abril, declarándose "inhabil para ejercer ningún cargo público de honor o de confianza". Fue el primer juicio político de la historia provincial.

### Anacleto Gil

No pudo reasumir su cargo de gobernador, aunque asistió al acto de traspaso del mando a Doncel e inauguración de la Casa de Gobierno. Mese más tarde fue electo senador nacional para completar el periodo del asesinado Agustín Gómez. Permaneció diez años en el Senado Nacional. Su vida política entró luego en un eclipse pronunciado. Falleció el 22 de marzo de 1939, a los 87 años, tras desempeñarse hasta la ancianidad como rector del Colegio Nacional.

### Carlos Doncel

Asumió como gobernador el 12 de mayo de 1884 y cumplió con su mandato de tres años. Fue senador nacional y director del Banco Hipotecario Nacional. En 1896 fue electo nuevamente gobernador pero renunció dos años más tarde para hacerse elegir senador nacional. Designado juez federal en 1809, falleció el 17 de junio de 1910, a los 59 años.

### Vicente Mallea

Se desempeñó como presidente del Senado a cargo del Poder Ejecutivo hasta el 12 de mayo, fecha en la que asumió como vicegobernador completando el mandato en 1887. Fue luego ministro del gobernador Federico Moreno y uno de los fundadores del Club Social, en 1888. Falleció a los 46 años, el 27 de diciembre de 1894.

### Manuel María Moreno

Tras este hecho, Manuel Moreno sale de escena en la política sanjuanina. Su nombre reaparece recién en 1908 cuando el coronel Carlos Sarmiento, electo gobernador, lo designa su secretario privado. Murió el 21 de febrero de 1923, con 93 años. En los últimos años de su vida se desempeñó como encuadernador de decretos oficiales.

### Domingo Morón

Se mantuvo por algunos años alejado de la política pero pronto se rebeló como un hombre capaz de ejercer una dura oposición al gobierno y de mostrar dotes apreciables de conductor. Electo gobernador el 16 de enero de 1913, asumió el cargo el 12 de mayo de ese año.

### Napoleón Burgoa

Estuvo un tiempo exiliado en Chile y al regresar, el general Roca lo hizo designar en un puesto en la comisaría de la Cámara de Senadores de la Nación, donde se jubiló como empleado del Congreso.

- Quedó en claro que no se trató de un hecho aislado sino de un movimiento revolucionario.
- Al frente del movimiento estaba un comité que integraban varios de los principales dirigentes de la oposición mezclados con elementos del oficialismo desplazados de la conducción provincial tras los acuerdos que posibilitaron la elección de Doncel y Mallea.
- Ese comité lo integraban Domingo Morón, jefe de los liberales o mitristas, quien nueve años después sería gobernador de San Juan, Juan Manuel de la Presilla (ex ministro de Rosaura Doncel, quien se alejó del grupo de los regeneradores al verse defraudado por no ser elegido diputado nacional), Napoleón Burgoa, Manuel María Moreno y Pedro A. Garro, por los roquistas locales en disidencias con las nuevas directivas del presidente y Juan E. Balaguer, por los seguidores de Bernardo de Irigoyen.
- El cantón principal de la revolución estuvo instalado en el domicilio de Emiliano Rosas, situado a una cuadra del cuartel de San Clemente.
- Entre los atacantes a la casa de Mallea estaban Clemente Cuello, un ex soldado de línea de apellido Salinas, hijo del capataz de de la Presilla y José Carrizo, hermano de Santos Guayama, además del cochero que murió de un infarto aquella noche.
- Un grupo revoltoso había partido del comercio que poseía el senador Moreno, siguiendo un carro propiedad del ex gobernador, conducido por Amador Valdez y otro del domicilio de Emiliano Rosas.
  - Un tal Marcos A. Rufino había entregado armas en la casa de Domingo Morón, ubicada en la calle Laprida, entre General Acha y Mendoza, donde hoy está la Biblioteca Franklin.
- Varios de los implicados habían huido de la provincia. Entre los detenidos figuraban los periodistas del diario La Unión Nicanor y Alejandro Garramuño, Manuel Malla, Juan de Dios Aguilar, Vicente Mercado, Ignacio Coria, Manuel Castro, Manuel José Díaz, Cayetano Espada, Juan de Dios Maradona, Numa Benavidez y Melchor Barrionuevo.
- En total se habían dictado ordenes de detención contra 26 personas.
- El jefe del grupo que atacó el cuartel era el mayor Manuel Fernández Oro, actuando como segundos Elizondo y Gregorio Correa.

### Una pena de muerte

Los participantes de la revuelta recibieron penas más de carácter moral que práctico. El juez dictó orden de prisión contra 25 personas pero hay constancia de una sola sentencia a pena capital. Esta recayó en el ex soldado salinas, uno de los asaltantes de la casa de Mallea. Los peces grandes, nunca pagan.

### El caso tuvo gran repercusión nacional

Los hechos de 1884 en San Juan, tuvieron gran repercusión nacional. Al extremo que una comisión de notables reunida en Buenos Aires, de la que participaron más de cien personas, invitó al pueblo de la Nación a realizar un acto solemne de protesta contra el bárbaro crimen. Repasar la lista de los asistentes, da una idea del repudio generalizado que generó el hecho. Estaban entre otros, Bartolomé Mitre, Guillermo Rawson, Santiago Cortinez, Vicente Fidel López, Leandro N. Alem, Nicolás Avellaneda, Lucio Vicente López, Tristan Achaval Rodríguez, José María Rosa, Hipólito Irigoyen, Carlos Guido Spano, Roque Saenz Peña, Marcial Quiroga, Nicanor Larrain, Guillermo Hudson, etc. Esta comisión dio a publicidad un documento que expresaba en su párrafo más significativo: "El asesinato por causas políticas es un crimen atroz que debe ser execrado como arma de partido. Jamás el asesinato es un delito puramente político y los asesinos y sus instigadores y cómplices, deben ser juzgados como reos de delito común". Sarmiento adhirió a la condena enviando un telegrama desde Valparaíso.





*General Julio Argentino Roca.*

## **Las pasiones sanjuaninas**

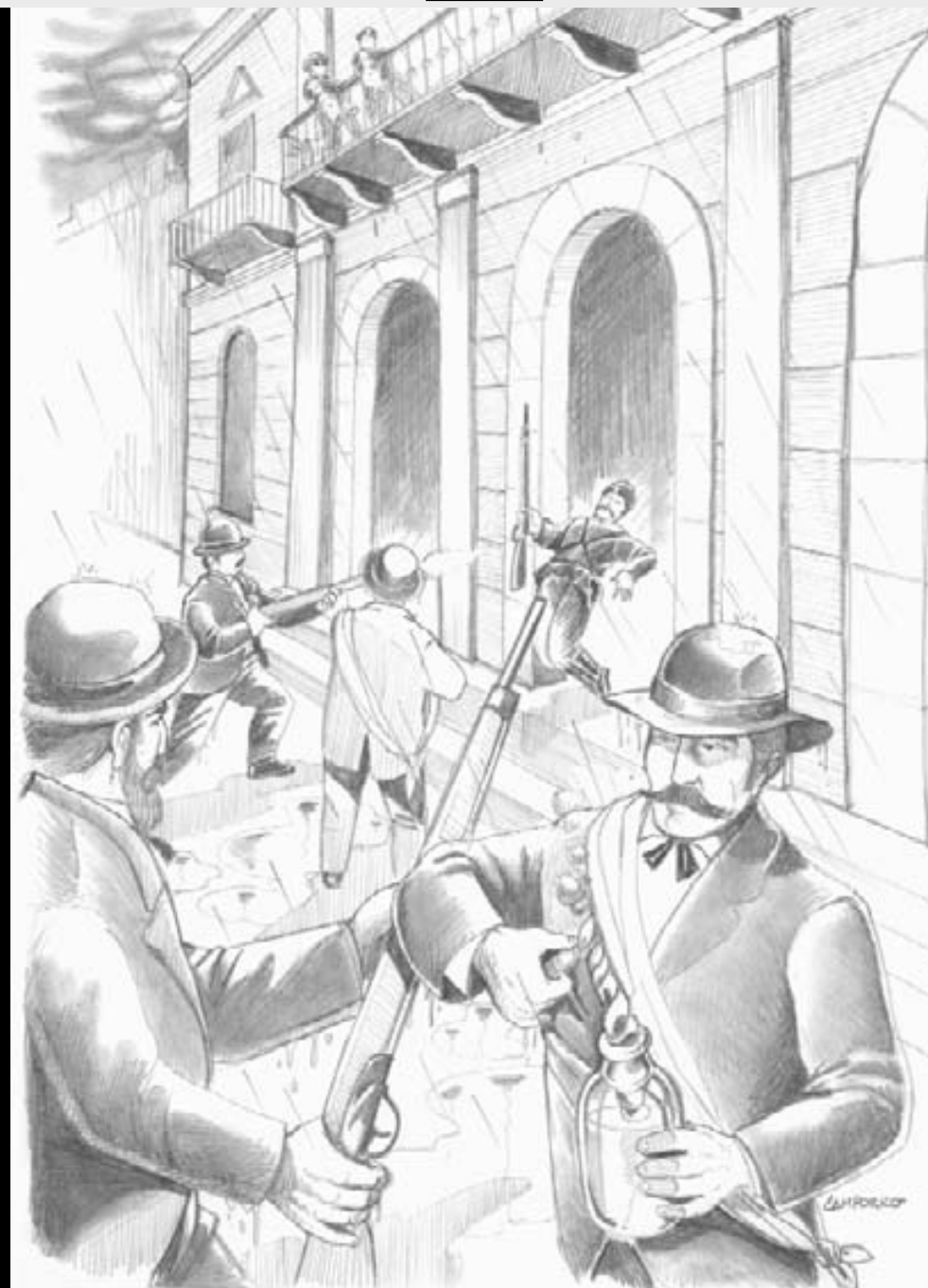
Tuvo el general Roca algo que ver en los sucesos de 1884?

Todo da a entender que no, aunque algunos círculos interesados en la competencia por la futura presidencia, se empeñaron en considerar la declaración de los notables una condena contra Roca, como supuesto instigador de la eliminación de Gómez, cuya figura había alcanzado cierto volumen por sus actitudes en el senado contra el centralismo.

Sin embargo, Roca condenó siempre lo ocurrido.

La revuelta y el asesinato sólo pueden adjudicarse a las siempre encendidas pasiones políticas sanjuaninas que, a lo largo de la historia provincial detonaron más de una vez en violentas manifestaciones

# 1907



La revolución de madrugada

## **CUANDO LA NOCHE SE TRANSFORMO EN INFIERNO**

## Principales protagonistas

### General Enrique Godoy

Tenía 57 años y se encontraba en Buenos Aires, donde cumplía funciones como senador el día de la revolución. Nacido en San Juan en 1850, comenzó su carrera militar a los 18 años llegando al grado de general de división. Fue electo gobernador de San Juan el 5 de enero de 1902, integrando la fórmula Godoy – Juan Balaguer.

Hombre de gran prestigio, amigo personal del general Julio A. Roca, con el que participó en la Campaña del desierto, en 1904, el presidente Manuel Quintana lo designa ministro de Guerra de la Nación, por lo que renuncia a la gobernación. Se desempeña en este cargo hasta el 12 de marzo de 1906, día en que muere el presidente Quintana. Godoy es designado entonces diputado nacional y luego senador por San Juan, para completar el período del fallecido Domingo Morón (1906-1912). Era el hombre fuerte de la provincia en ese momento y principal sostén del gobernador Manuel Godoy.



### Manuel José Godoy

Tenía 62 años don Manuel José Godoy cuando se produjo la revolución. Hacía poco menos de dos años que estaba al frente de la provincia, pues había asumido su cargo el 12 de mayo de 1905, acompañado por el ingeniero Ramón Moyano como vicegobernador. Esta fórmula había triunfado en las elecciones realizadas en el mes de enero, apoyado por una coalición de los partidos más importantes en ese momento en la provincia: el Constitucional, el Club Unión y el Democrático o gubernista. Escribano público de profesión, se había desempeñado como ministro de Gobierno, diputado y presidente del Banco Provincia antes de ser electo primer mandatario.

### Coronel Carlos Sarmiento

A los 45 años de edad -había nacido en San Juan el 11 de mayo de 1861-, Carlos Sarmiento había demostrado ser un hombre con gran vocación de mando. Quizás por eso, le apasionó la carrera militar, ingresando en el Colegio en 1874, para egresar como subteniente en 1880. Perteneció al arma de Artillería, comandando el Regimiento 3.

Según una anécdota que cuenta el historiador Horacio Videla —cuyo padre fue ministro del depuesto Manuel Godoy— que no expresa ninguna simpatía respecto al coronel Sarmiento, este retó a duelo en 1894 al interventor federal en la provincia de Buenos Aires, Lucio Vicente López, al considerarse ofendido por un acto de gobierno. Aceptado el duelo, López resultó mortalmente herido. Tras pasar a retiro en 1905, se radicó en San Juan, donde fundó la Logia Carácter y el Partido Popular, del que fue jefe natural, además de presidente.



## Revolución en la madrugada

San Juan se aprestaba para la vendimia.

Y ya comenzaba a sentirse el paso de los carros que transportaban la uva.

Las llantas de hierro de las dos ruedas marcaban la tierra de las calles y resonaban en el empedrado, en las arterias en las que este existía.

Tres mulares (uno varero y dos laderos) tiraban de cada carro. Y a veces eran cinco, otras diez y hasta veinte carros los que sumaban una caravana que llevaba la uva de las fincas hacia las bodegas.

Algunos carros se dirigían a la estación del Ferrocarril Gran Oeste Argentino (Mitre y España) para descargar bordalesas con vino.

Los autos todavía no llegaban a aquel San Juan de 1907.

Por lo que el tránsito de vehículos se limitaba a una que otra “victoria”, los coches de alquiler que con el nombre de “mateos” aun existen en algunas ciudades como simple atractivo turístico.

A las victorias se agregaban los sulkis particulares y los brek para cuatro o seis personas que poseían algunas familias.

Aunque algún lechero disponía de su carretela, eran varios los verduleros, panaderos y vendedores domiciliarios que empujaban a mano sus carritos.

El calor era realmente insoportable.

San Juan era poco más que un inmenso baldío salpicado por algunas construcciones, con una pequeña zona urbana y grandes propiedades agrícolas que se extendían hasta pocas cuadras de la plaza 25 de Mayo.

La plaza era, como siempre lo fue, el epicentro de la vida ciudadana.

La catedral –la vieja— ocupaba el mismo lugar que hoy ocupa la nueva.

Y sobre la calle General Acha, estaba la Casa de Gobierno, terminada durante la gobernación de Anacleto Gil e inaugurada en 1884, con un invitado de lujo: Domingo Faustino Sarmiento.

Esos dos eran los edificios más importantes de aquel San Juan.

A pesar del calor del verano, de la tierra que levantaba el viento, de la carencia de arbolado público, los hombres salían a la calle con saco y sombrero. Hasta los obreros usaban saco.

Las mujeres ocultaban sus piernas tras largas faldas y el infaltable abanico servía tanto para proporcionarse un poco de aire como para espantar las moscas.

## La economía en 1907

- En los años en los que se produjo la revolución, la vid era un cultivo importante pero sólo se destinaban 14 mil hectáreas a ese producto, la mayor parte destinado a vino, aguardiente y pasas.
- Existían unas 200 mil cabezas de ganado –más que en la actualidad- que se alimentaban con la producción de alfalfa. Los vacunos se vendían mayormente en Chile, adonde eran llevados en grandes arreos.
- El trigo era otro de los cultivos importantes. Una prueba de ello es la gran cantidad de molinos harineros que existían.
- El ferrocarril era, en aquellos años, el medio de transporte esencial, tanto para la carga como para los pasajeros.

En aquel verano de 1907, el día transcurría con absoluta normalidad.

A partir de las 7 de la tarde comenzó lentamente el movimiento en la ciudad, vacía hasta esa hora por el calor insoportable.

A las 9, como de costumbre, pasó el empleado municipal colocando en las esquinas los faroles con kerosén. Poco después, otro empleado municipal, provisto de una escalera, encendía los faroles.

Los heladeros hacían sonar sus cornetas desde sus carritos provistos de cuatro o cinco variedades, que fabricaba don Vila, en la calle Mendoza, en la cuadra de la Catedral.

Ya el sol había desaparecido aquel 6 de febrero y el centro estaba relativamente animado.

Alguna familia paseaba en su brek con el toldo bajo. Mientras el hombre, correctamente trajeado se sacaba el sombrero para saludar a algún conocido, la esposa se abanicaba con elegancia.

Desde la vereda, algún vecino que había sacado sillas, conversaba con amigos y contestaba los saludos, mientras de vez en cuando encendía un cigarrillos Dandicito, con fósforos Victoria

Fuera de la zona céntrica, reinaba la más completa oscuridad. A lo lejos, la luz de un farol salía de alguna casa o comercios que en general atendían hasta medianoche.

Por las calles desperejadas cruzadas a mitad de cuadras por las acequias regadoras, los agentes de policías de a pie, hacían sus rondas nocturnas en el espacio comprendido entre la calle Ancha del Norte (hoy 25 de Mayo) y la Calle Ancha del Sur (9 de Julio), llamando la atención a algún ebrio que expresaba su alegría o su tristeza con algún grito destemplado.

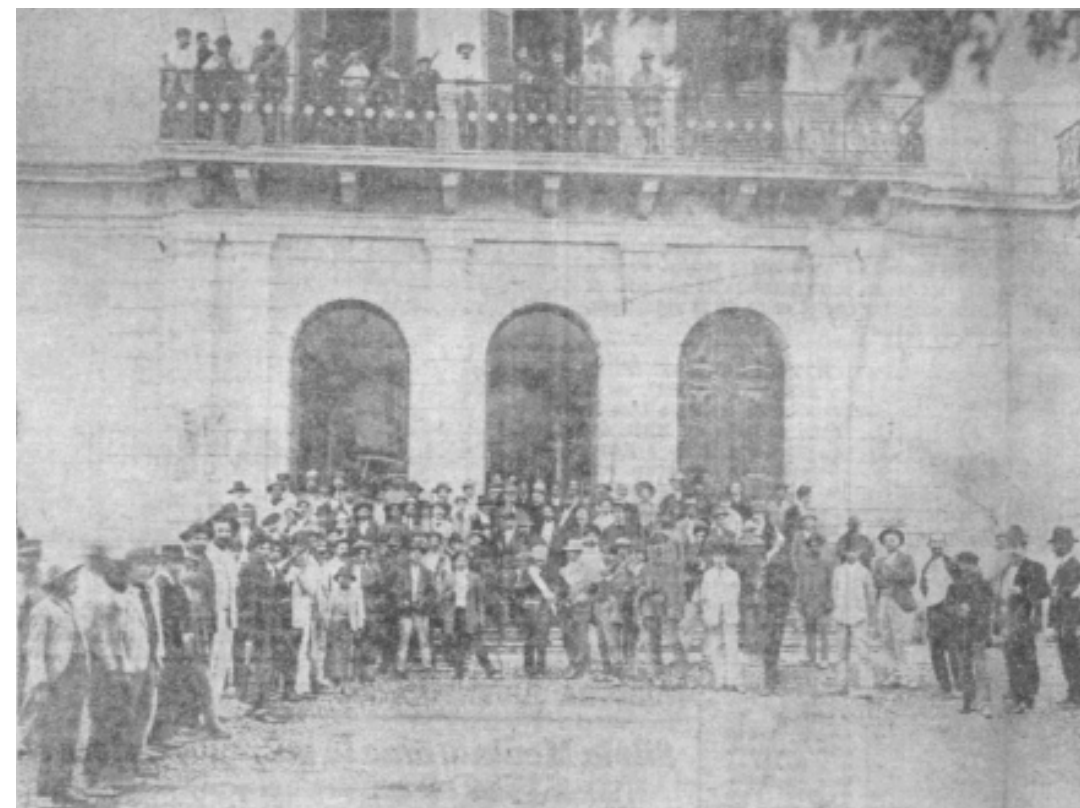
Pero aquella noche del 6 de febrero de 1907, sería distinta.

Y muchos lo sabían.

Se respiraban aires revolucionarios.

Lo que nadie preveía es que aquel San Juan con tranquilidad de eterna siesta se transformaría en un infierno en la madrugada.

Fue una revolución anunciada. Todo el mundo –oficialistas y opositores- estaban al tanto de ella.



*Los revolucionarios en la casa de gobierno, después del triunfo*

Y se habían preparado unos y otros. Tanto fue así que San Juan se transformó durante cuatro horas en un infierno

Pero vamos a la historia.

Gobernaba San Juan don Manuel José Godoy quien integrando fórmula con don Ramón Moyano había triunfado sin oposición en las elecciones de 1905, apoyado por el oficialismo, el Partido Constitucional y el Club Unión Nacional.

El país era gobernado desde 1906 por José Figueroa Alcorta.

Los periódicos La Provincia y El Orden habían desencadenado desde un año antes una violentísima campaña contra el godoyismo.

La campaña tenía un origen: el Partido Popular, sucesor del Partido Constitucional, que conducía el coronel Carlos Sarmiento. Godoy –decían los populares- no había cumplido con los acuerdos que lo llevaron al gobierno.

A Godoy sólo le quedaba el apoyo Partido Unión Provincial que conducía el general Enrique Godoy —no eran parientes— quien se desempeñaba como senador nacional y el diario La Ley, su vocero.

Había una cuarta publicación: El Porvenir, órgano independiente de tendencia católica.

—Nosotros podemos vencer sólo con piedras al gobierno -, decían los sarmientistas.

Pero en realidad, preparaban algo más que piedras.

El jefe de la revolución, el coronel Carlos Sarmiento, había llegado desde Buenos Aires, donde residía y los revolucionarios tenían ya todo preparado.

## El marco político

Sólo un número muy limitado de personas tenía derecho al voto para elegir autoridades, cuando se produjeron los hechos que narramos.

Únicamente votaban quienes figuraban en el Registro Cívico Provincial y para inscribirse allí había que ser hombre –las mujeres no votaban—, propietario, argentino de nacimiento y “conocido” de la autoridad.

- Si se analizan las nóminas de funcionarios de aquellos años se advierte que la mayoría de los nombres se repiten en distintos cargos a través de diferentes gobiernos, lo que demuestra que el poder político estaba concentrado en pocas manos.

- Llegado al gobierno y presionado por el general Enrique Godoy, jefe indiscutido del partido gobernante, Manuel Godoy había roto el acuerdo, que lo llevó al poder, lo que provocó una profunda escisión en el Partido Unión.

- Acusado de nepotismo, criticado duramente a través de los diarios, Godoy está gobernando sostenido sólo por el general Enrique Godoy y rodeado de un grupo de familiares y amigos. Aunque estaba aislado políticamente, el mandatario quería imponer sus candidatos en las elecciones que debían realizarse para renovar la mitad de la Cámara de Diputados y un tercio de la de Senadores.

No eran hombres de armas. Había profesionales como los doctores Ventura Lloveras, Domingo Cortínez, Carlos Conforti, Mario Videla, Victorino Ortega –que años más tarde sería gobernador- Javier Garramuño y Augusto Echegaray. Había además gente de distintos sectores que militaban en el Partido Popular, el Partido Independiente, el Club de la Juventud y el Club Libertad.

El coronel Sarmiento tenía buenos contactos en Buenos Aires y logró que “*un político muy importante*” enviara a un grupo de milicianos uruguayos –en general jóvenes románticos dispuestos a luchar donde se los convocara- al mando del capitán Juan Estomba. Lo integraban Eloy Pinazzo –quien luego se quedaría a vivir en San Juan donde formó una familia-, Alberto Pereyra, José Crispino, M. Rodríguez Prado, Elbio López, Wilson Arago y Aparicio Saravia. Llegaron varias semanas antes del hecho y transmitieron sus experiencias.

Las armas habían llegado desde Buenos Aires y Chile. Contaban con 180 fusiles Winchester o Mauser y 30 mil tiros, traídos en paquetes dentro de los camarotes del tren por la esposa de don Nilamón Balaguer. Los rifles se fueron bajando en estaciones intermedias para luego llevarlos a la ciudad en carros cubiertos con verdura. Desde ahí se repartían a los revolucionarios por los medios más inverosímiles, como un ramo de flores.

Se habían preparado también rudimentarias bombas en frascos de 200 mm. A los que se les colocaba un poco de nitroglicerina unida a un fulminante y una mecha. Luego se rellenaba el frasco con parafina para impedir la entrada de aire y se recubría con algodón y tela para que no se rompiera al lanzarlo. Se encendía la mecha y se tiraba el frasco que, por no tener proyectiles más que un efecto letal cau-



*Junta de gobiernoprovisional*

saba ruido, incendios y tenían algún poder destructivo.

Los revolucionarios se organizaron en cantones cuya acción respondía a un plan estratégico.

La Junta Revolucionaria, integrada por Sarmiento, Augusto Echegaray, Guillermo Yanzi Oro, Eleodoro Sánchez, Juan R. Cambas, Saturnino de Oro, Ventura Lloveras, Remigio Ferrer Oro, Victorino Ortega, Nilamón Balaguer, Estanislao Albarracín y Carlos Conforti, dispuso que el movimiento se produciría en la noche del 6 al 7 de febrero.

Se formaron los cantones:

- Sarmiento guiaría el cantón que partiría del domicilio del doctor Carlos Conforti, ubicado en calle Rivadavia frente a la Catedral y que se comunicaba por los fondos con la casa del coronel, cuyo frente daba a la calle Laprida. El grupo tenía como objetivo tomar la Casa de Gobierno, ubicada en calle General Acha frente a la Plaza 25 de Mayo y contaría con el apoyo de otro cantón conducido por Francisco Aguilar.

- Otros dos cantones, integrado por 15 hombres dada uno se reuniría en la casa de Ignacio Sarmiento, en la calle 9 de Julio. Estaban al mando del comandante Juan R. Cambas y Domingo Cuello y debían tomar la Central de Policía, ubicada en Tucumán y Santa Fe.

- Sobre la guardia de cárcel –ubicada en calle Mitre y Tucumán, al lado de la iglesia de la Merced- debían actuar dos cantones. Uno, al mando de Estanislao Albarracín partiría desde la farmacia Fénix, situada en calle General Acha, frente al colegio Santa Rosa y otro, al mando de Nilamón Balaguer, con miembros del Club de la Juventud.

- Sobre la imprenta del diario oficialista la Ley debía actuar un cantón al mando de Agenor Benítez, que debía reunirse en el periódico opositor El Orden.

- Desde la casa de Juan Radiff, en Córdoba y General Acha, saldría otro comando a cargo del capitán uruguayo Estomba, que apoyaría a los grupos.

A las 12 en punto el coronel Sarmiento mandó a Benjamín Segundo de la Vega a recorrer los can-



*Junta revolucionaria. de derecha a izquierda: doctor Augusto Echegaray, Guillermo Yanzi Oro, Eleodoro Sánchez, comandante Juan R. Cambas, Saturnino de Oro, doctor Ventura Lloveras, Remijio Ferrer Oro, Nilamón Balaguer, Estanislao Albarracín, doctor Carlos Conforti. También aparece el doctor Victorino Ortega.*

tones, a los que debía pasar el santo y seña -la palabra "libertad"- quien regresó una hora mas tarde.

—Permiso, coronel. Aún falta que llegue gente a los cantones pues la policía está haciendo un severo control.

—¿Cuál es la situación?

—El cantón de Agenor Benítez no se ha reunido por el arresto de su jefe y tampoco se ha podido organizar el de Francisco E. Aguilar por detenciones que ha hecho la policía.

—¿Qué pasó?

—Los descubrieron repartiendo los distintivos.

Los distintivos eran boinas vascas de color rojo. Entre los detenidos del día anterior figuraba también el médico Ventura Lloveras, hombre que en los años siguientes tendría destacada actuación en el radicalismo.

—¿Qué ocurre con el cantón de Balaguer?

—No pudimos comunicarle el santo y seña porque la casa está rodeada de agentes de policía.

—¿Algo más?

—Sí señor, parece que se viene una tormenta bárbara...

A las 3 de la mañana debía estallar la revolución.

A esa hora en punto el comandante Cambas y Alberto Cuello, que contaban con 30 hombres —quince cada uno— comenzó a marchar por la avenida 9 de Julio y dobló hacia el norte por General Acha.

Al llegar a la calle Córdoba divisaron a un policía.

—¡Alto. Quién vive! —, se escuchó en la noche.

La respuesta fue una cerrada descarga que se sintió en toda la ciudad. Hicieron prisionero al poli-

## El marco social

San Juan tenía al promediar la primera década del 900, unos 110 mil habitantes, de los cuales casi el 85 por ciento vivía en la zona rural.

● Eran años de gran inmigración. Según un censo provincial realizado en 1909, en la provincia residían 7.949 extranjeros. La mayor colonia era la española, con 3.972 personas de ese origen. Residían 1.145 italianos, 1.513 chilenos, 291 "turcos" (en realidad eran sirios y libaneses en su mayoría), 260 franceses, 51 alemanes, 37 suizos, 33 uruguayos, 31 rusos (se trataba de judíos de distintas nacionalidades, fundamentalmente rusos y polacos) y 22 austríacos.

● Aunque los principales empresarios eran inmigrantes más o menos recientes, la "alta" sociedad de la época la constituían las familias de larga residencia, muchas de ellas radicadas en tiempos de la colonia. Era un sector social muy cerrado.

● Las empresas más importantes de esa época eran el ferrocarril, en manos de la Buenos Aires and Pacific Railway Company, de origen inglés, que en San Juan empleaba a 181 obreros del riel, las bodegas Graffigna y Del Bono y Campodónico y la fábrica de pasas de José A. Segovia, que era la más grande del país en su rubro. Entre los bancos que actuaban estaban el Nación, el Español del Río de la Plata, el Popular, el Banco de la Provincia y el Banco del Obrero y de ahorros.

cía al que le quitaron el Remington y cien tiros.

Nilamón Balaguer había llegado a las 12 de la noche con dos hombres y sus cinco hijos. Esperaban contar con cien efectivos y sólo estaban amigos de otros cantones. Poco antes de las 3 fue descubierto el cantón y debieron huir por los fondos a la cochería de Luis Arévalo. Allí escucharon las descargas de fusilería y comenzaron a marchar hacia la cárcel.

Llovía a cántaros y las ropas empapadas dificultaban los movimientos. Pero experimentaron una sensación de alivio al encontrar en el camino la caballada del escuadrón de Seguridad de la policía sin jinetes y huyendo.

Los integrantes del grupo se abrieron en abanico para reencontrarse en el atrio de la Merced y dirigirse hacia la calle para tomar la guardia de cárcel. Pero se llevaron una gran sorpresa. El jefe de la cárcel había acordado con los revolucionarios entregarse sin ofrecer resistencia. En lugar de eso, los recibió una cerrada descarga.

Al jefe lo habían descubierto y estaba encerrado en un calabozo de la Central de Policía

Quisieron volar la puerta de la cárcel con bombas pero... ¡con la lluvia se habían mojado las mechas! Y no pudieron encenderlas.

Para colmo desde los techos de la Merced les disparaba. Y también desde la cárcel y desde una vivienda ubicada frente a la cárcel.

A todo esto, Sarmiento y sus seguidores no habían tenido problemas en tomar la Casa de Gobierno



*El grupo revolucionario. A. Elizondo, E. Zapata, César Aguilar, Eugenio Flores, Eusebio Dojorti, D. Varela, Rémulo Rodríguez, Juan de D. Bravo, M. L. Sugasti, Carlos D. Cánepa, Domingo Echegaray, Landeau Keller, Manuel G. Quiroga, D. Aubone, A. Jámeson de la Precilla.*

y ya estaban instalados allí. Pero no era fácil la situación. Los grupos de Cambas y Cuello se tiroteaban furiosamente con los soldados de la policía y amigos del gobernador quiénes ocupaban la Central con más de 150 hombres.

Desde la parte alta de la Escuela Normal de Varones, que funcionaba en el edificio de la Escuela Sarmiento ubicado al lado de la cárcel, también disparaba la Policía. Y en la otra cuadra, Mitre y Tucumán, el tiroteo era sin cuartel.

Cosa curiosa. Mientras la lucha se desarrollaba, un regimiento del Ejército, apostado en la plaza se mantenía ajeno al combate.

Salió el sol y la situación era desesperante para los revolucionarios. Una idea salvadora cambió el panorama:

—Hay que incendiar la Escuela.

La escuela Normal de Varones funcionaba en el edificio de la escuela Sarmiento, en la esquina de lo que hoy es General Acha y Santa Fe, donde actualmente funciona la escuela Antonio Torres. Es decir, el edificio estaba pegado al antiguo cuartel de San Clemente, ocupado por la Central de policía.

Era junto a la Catedral y la Casa de Gobierno uno de los tres mejores edificios la ciudad. Había sido construida por Camilo Rojo 40 años antes y en el frente tenía columnas con capiteles y rejas de hierro.

Las llamas pronto cubrieron las paredes.

—Basta, esto no puede seguir. Esta gente está dispuesta a todo.

El gobernador Godoy había dispuesto rendirse.

Sólo quedaba un paso formal: negociar las condiciones de la rendición

Llamó a su ministro Darío Quiroga y conversaron algunos minutos.

Luego Quiroga buscó al doctor Ventura Lloveras que estaba detenido en la cárcel desde el día anterior.

—Doctor Lloveras, el gobernador le solicita que me acompañe para ofrecer la rendición del gobierno a las fuerzas que usted integra.

Quiroga y Lloveras salieron del edificio de la cárcel con una bandera blanca.

Cesaron los disparos.

Los hombres llegaron a la esquina de General Acha y doblaron hacia el norte, rumbo a la Casa de Gobierno.

El edificio en llamas, el silencio que se produce después de una batalla y los pasos de Lloveras y Quiroga caminando por el medio de la calle con la bandera blanca en alto, constituían una escena digna de una película sobre el lejano oeste.

En la Casa de Gobierno se pactó la rendición y entregaron los cuarteles con sus armamentos.

El acuerdo se respetó hasta en sus mínimos detalles.

Inmediatamente acordada las condiciones, se ordenó la libertad a todos los detenidos y se les dio seguridad a los gobernantes.

Victorino Ortega y Saturnino de Oro, miembros de la junta revolucionaria, acompañaron al gobernador depuesto hasta su domicilio en una victoria, los famosos coches de plaza.

Al llegar Godoy a su domicilio —cuenta Horacio Videla— había gente dispuesta a silbarlo. Ortega se adelantó y dijo: “Viva el señor Manuel José Godoy” por lo que la rechifla se transformó en respetuoso silencio mientras Ortega, sombrero en mano, se despedía del mandatario depuesto.

Se había combatido durante varias horas. Se habían disparado miles de tiros. Se habían tirado bombas e incendiado un edificio símbolo, todo en un radio de una manzana. Sólo hubo 16 muertos, gracias a la mala puntería de policías y revolucionarios. Y no quedaban detenidos.



*Victorino Ortega*

## El pueblo elige

Tras la rendición de Manuel Godoy, el pueblo se reunió ese mismo día en la plaza 25 de Mayo. Se realiza un plesbicio y se resuelve declarar caducos todos los poderes de la provincia, nombrándose un gobierno provisorio, presidido por el coronel Sarmiento, acompañado por Saturnino de Oro y Juan Luis Sarmiento.

La junta designada hace sus primeros nombramientos: designa secretario general al doctor Carlos Conforti, jefe de policía al comandante Juan R. Cambas y jefe de guardiacárceles a Alberto Cuello, además de subdelegados en los departamentos.

A todo esto en Buenos Aires, el doctor Benito Villanueva, presidente interino de la República, enterado de lo que sucede en San Juan, convoca al gabinete y declara intervenida la provincia, designando jefe de policía provisorio al teniente coronel Ramón González, jefe del Batallón 4 de Infantería.

La noticia llega a San Juan y la junta provisoria de gobierno acata inmediatamente lo resuelto por el gobierno nacional y dispone que “queda el señor jefe militar de la intendencia. don Ramón A. González, a cargo del gobierno provincial”.

## Derrota y suicidio

Todos se unieron contra el gobierno depuesto.

El coronel Sarmiento miraba más allá del gobierno de transición que surgiría de las urnas. Y prefirió que el ingeniero Manuel Gregorio Quiroga fuera el candidato a vicegobernador que uniera a todos los sectores contrarios al godoyismo.

Enfrente, sólo una candidatura se propuso, la del doctor Manuel José Godoy (hijo), abogado de 30 años que se había transformado en un hombre importante en la gestión gubernativa de su padre.

El resultado indicó 5.178 votos para Quiroga y 18 para Godoy.

Diez días más tarde, el 12 de abril, un hecho conmueve a la población: a las 7 de la tarde el joven Manuel José Godoy se suicidó.

El 15 de febrero llega a San Juan el ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, doctor Cornelio Moyano Gacitúa, designado interventor federal.

Asume su cargo e inmediatamente declara en comisión al Poder Judicial, declara caducos todos los poderes existentes en la provincia antes del 7 de febrero y convoca a elecciones para el 2 de abril para elegir vicegobernador, senadores y diputados.

## Qué fue de ellos

### Coronel Carlos Sarmiento

Intervenida San Juan, el 2 de abril se convoca a elecciones de vicegobernador, senadores y diputados provinciales. El coronel Sarmiento resulta electo senador y ocupó la presidencia del cuerpo. En enero de 1908 fue electo gobernador, llevando como compañero de fórmula a Saturnino de Oro, el que fallece al poco tiempo. Tras ser uno de los gobernadores más progresistas de su época, Sarmiento murió en 1915, con sólo 54 años.

### Manuel José Godoy

Al ser derrocado, no sólo perdió Manuel Godoy el gobierno de la provincia sino que se derrumbó como persona tras el suicidio de su hijo y principalísimo colaborador de su gestión ocurrido poco después. Alejado de la política pasó sus últimos años, hasta que falleció a los 75 años, en 1920.

### General Enrique Godoy

La influencia del general en la política sanjuanina terminó con la revolución. No obstante, él continuó en Buenos Aires, cumpliendo con sus funciones de senador nacional. Una semana después de completado su período como senador, falleció en la Capital Federal, el 18 de mayo de 1912, a los 62 años.

# 1921



El asesinato de Jones

## DE LA CARCEL A LA CASA DE GOBIERNO

## Amable Jones

Ahí estaba, con su extrema delgadez, su pelo corto y sus enormes bigotazos con las puntas levemente levantadas.

Es cierto, parecía más joven que los 52 años que indicaba el documento.

Pero no era precisamente la edad lo que distinguía al personaje.

Lo evidente, lo que saltaba a los ojos de quienes lo observaban aquel 9 de julio de 1920, era que ese hombre era absolutamente ajeno al lugar.

Era una cuestión de pertenencia.

O, más concretamente, de falta de pertenencia.

*-¡Mirá qué ridículo! ¡Se ha puesto la banda sobre el pecho, como si fuera el presidente de la república!*

—No me dirás que no es elegante...

*-¡Por favor! A lo ridículo ahora le llaman elegancia.*

—En esta provincia de analfabetos, nunca van a aceptar a un intelectual como el doctor Jones

Estaba claro.

Poco tenía que ver con el San Juan de los años 20 aquel hijo de Juan Jones y Jesús Bazán que había vuelto a la provincia treinta años después de la partida para transformarse en gobernador electo.

Poco tenía que ver Amable Trifón Jones, descendiente de ingleses, sicólogo de nota reconocido en Buenos Aires y París, con aquel ambiente provinciano.

Amable estudió en el Colegio Nacional, donde fue compañero de Abraham Tapia, quién sería su ministro de Obras Públicas.

Luego se fue a Buenos Aires.

Tras graduarse, realizó estudios de fisiología cerebral entre los cuales se citaban su álbum de cortes normales del sistema nervioso. Junto con Ramos Mejía fundó el Hospicio de las Mercedes. Fue jefe de laboratorio de Clínica Psiquiatra y profesor de la materia en la Facultad



Amable Jones

de Medicina de Buenos Aires; médico del hospital de las Mercedes, donde sus experimentos de histología normal y patología de los centros nerviosos llamaron la atención.

Y vivió luego en Francia, donde estaba muy bien conceptualizado y presentaba trabajos en la Sociedad Científica de París. Como que fue miembro "honoris causa" de la Sociedad de Psiquiatría, Neurología y Medicina Mental.

## El asesinato del gobernador

Manuel Bernardo Agüero, tenía sesenta y tres años. Era soltero y tenía una casa en el departamento Pocito, en la calle Aberastain, en el paraje denominado "La Rinconada". Agüero era primo hermano del gobernador Amable Jones y se desempeñaba como comisionado municipal en el departamento.

Aquella mañana del viernes 18 de noviembre de 1921 Agüero llegó al domicilio particular de Jones a hora temprana.

—Te mandé llamar, Manuel, porque el domingo voy a andar por Pocito.

—Ahá... ¿Vas a venir por casa?

—Voy a ir con don Juan Meglioli para tratar de arreglar la mejor manera de distribuir el agua en las propiedades de éste señor...

—Don Juan está pensando en hacer algo grande en Pocito...

—Así es.

● ● ●

Hacía cuatro meses que se editaba "La Verdad".

Dirigido por Noé Videla, la publicación aparecía los jueves y domingo y estaba totalmente encolumnada con el cantonismo. Tanto que tenía como lema "Combate la tiranía de Jones — No teme las persecuciones".

Aquel domingo 20 de noviembre, La Verdad traía un aviso que sería tema de conversación en todos los cafés.

—¿Vio este aviso?—, preguntaban con un guiño cómplice los mozos de La Castellana a los parroquianos madrugadores.

El cartel ocupaba media página, con orla de luto, como suelen hacerse los avisos fúnebres y decía:

"Liquidación. Se liquidan todas las existencias de la tiranía Jones por ausentarse definitivamente de la provincia el empresario".

● ● ●

Leonardo Heard, se llamaba el morocho y acababa de cumplir 31 años.

Leonardo tenía un taller a cinco cuadras de la Plaza 25 de Mayo, en la calle San Luis 485, donde se dedicaba a arreglar autos y de vez en cuando hacía alguna changa como "chauffeur".

Era domingo aquel 20 de noviembre de 1921. Y Leonardo había llevado un auto propiedad de un



## El marco político

Hipólito Yrigoyen era el presidente de la Nación. Y San Juan era un lunar en el país que había abrazado la causa radical a partir de la ley Saenz Peña que posibilitó el voto secreto y obligatorio para todos los hombres.

El radicalismo sanjuanino estaba dividido en tres fracciones.

- Por un lado, el denominado grupo "*matucho*", por la edad de sus integrantes, que en realidad entre ellos se llamaban "principistas" por ser los primeros radicales, aunque llevaban 30 años absteniéndose en materia electoral.

- Después estaban los "*orejudos*", que se autodenominaban "nacionalistas", que venían del disuelto Partido Popular del coronel Carlos Sarmiento, la flor y nata de este nuevo radicalismo sanjuanino, todos hombres exitosos en sus actividades privadas y duchos en la política.

- Finalmente, estaban los *intransigentes*, muchachos jóvenes en su mayoría que respondían a un médico de 30 años que prometía una revolución en favor de los pobres: Federico Cantoni.

Era difícil juntar a todos los radicales. Pero todos sabían que si no se unían, no podrían triunfar en las elecciones.

Y fue en el mismo despacho del presidente Yrigoyen que los sectores acordaron un candidato único y desconocido para los sanjuaninos: Amable Jones, el prestigioso médico radicado en Buenos Aires tras vivir algunos años en París.

Cada uno —seguramente— sabía cual sería su negocio.

Pero el caso es que Jones pronto demostró que no era fácil de controlar.

No estaba dispuesto a compartir el poder.

Y como era de esperar, el enfrentamiento se dio.

Jones fue quedándose cada día más solo.

Intervino la Legislatura, destituyó jueces y magistrados y los sustituyó por gente venida de otras partes, no respetó las autonomías municipales.

Los legisladores, por su parte, se reunieron en el domicilio del senador Ramón Barrera y le iniciaron juicio político al gobernador.

Aunque el Parlamento nacional decretó la intervención de la provincia, Yrigoyen se las ingenió para sostener a su gobernador amigo.

"*Todos los caminos se cerraban*", diría más tarde uno de los protagonistas de los hechos por venir. Sólo quedaba la instancia revolucionaria.

Y esa instancia la había anunciado Cantoni cuando al regresar de Jáchal, donde fue herido en un pie tras una refriega con fuerzas policiales, dijo desde el automóvil que lo transportaba a una multitud que lo fue a esperar a la Plaza 25 de Mayo:

"*Os concito a que esteis listos. El que no tenga en su casa un Mauser, que se provea de un Winchester, agenciase una escopeta y el que no pueda esto, un revólver. Y si esto no se puede, aunque sea un cortaplumas, aunque sea un suncho, para que todos contesten: ¡listos! cuando se les llame a sacar vivo o muerto de la Casa de Gobierno al traidor Jones*". Su hermano Elio se expidió en forma parecida y otro tanto hizo Belisario Albarracín.

tal Gabino Carta, para que lo probara un potencial comprador: el inspector de Impuestos Internos de la provincia, Humberto Bianchi, cercano colaborador del gobernador Amable Jones.

Y allí estaba, frente a la Casa del gobernador Leonardo Heard. Habían pasado quince minutos desde que el reloj de la Catedral diera las 11 y los vio aparecer por la puerta. Junto a Jones venía el ministro de la Corte, Colombo, Bianchi y el empresario Juan Meglioli, presidente del Banco Italo Libanés.

Jones: *Meglioli, ¿en qué auto quiere que vamos? Tenemos para elegir hoy.*

Meglioli: *Yo he venido en el mío, doctor. Si desea, con mucho gusto.*

Bianchi: *No, mejor vamos en aquel* —señalando el Stoddart Dayton— *porque tengo interés en comprarlo y lo desearía probar.*

Intervino entonces Leonardo:

—*Mire que las gomas no están muy buenas.... Si vamos a ir lejos...*

Bianchi: *No te hagas problemas. Vamos en este, nomás.*

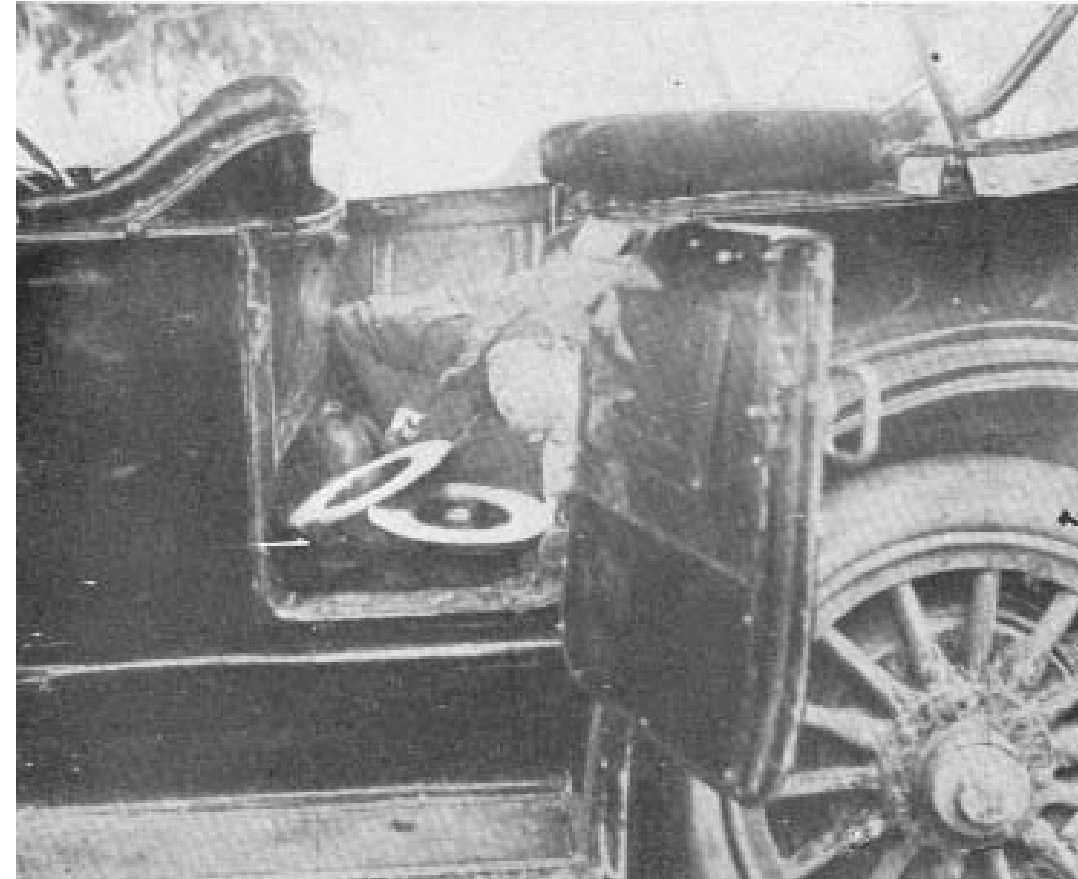
Subieron todos en el auto.

En el asiento de atrás se ubicaron, a la derecha el doctor Jones, en el medio Meglioli y a la izquierda Colombo. El coche tenía dos asientos laterales chicos pero Bianchi prefirió sentarse junto al chofer para no molestar a los otros pasajeros.

Eran las 11,20 cuando el vehículo partió de la casa de Jones.

Al llegar a Pocito, el auto tomó por la calle Aberastain en dirección al sur.

—*Pare acá, por favor*— indicó el gobernador luego que hubieran recorrido algunos centenares de metros.



Los cuerpos de Amable Jones y Silvio Meglioli yacen dentro del auto, luego de ser acribillados a balazos



*El automóvil  
en que  
viajaba Jones  
y su comitiva*

Era la casa de Manuel Agüero. Y este se acercaba al auto acompañado por dos personas que Jones conocía: Arturo Juan Santi, el esposo de Palmira, la hija de su primo Victoriano Agüero y don José Miguel Bustos.

Eran las 12,30 y el calor se hacía sentir con ganas en aquel paraje de Pocito.

El primero que se acercó al auto fue don José Miguel Bustos.

—¿Cómo está usted señor gobernador?

—Bien don Bustos. ¿Cómo andan sus cosas?

—Acá estamos, conversando con don Manuel.

—Decime Manuel... ¿Vamos a comer acá o en la casa de Victoriano? —preguntó Jones a su primo.

—En lo de Victoriano. Ya nos están esperando.

—Acomódense los que puedan y vámonos, total son unos pocos metros.

—No te hagas problemas. Vayan ustedes que nosotros enseguida los alcanzamos.

— Bueno, en ese caso seguimos viaje. Hasta luego. Vamos...

Y fue en ese momento cuando comenzó todo.

Leonardo estaba atento a lo que hablaban el gobernador y Agüero y no pudo ver lo que ocurría delante del auto.

De pronto sintió tiros. Miró en todas direcciones pero no vio a nadie. Leonardo aceleró el automóvil, que estaba con el motor en funcionamiento. Pero el coche estaba en punto muerto y no se movió. Se agachó rápidamente pero la curiosidad pudo más y al levantar la cabeza vio que por una ventana salían dos caños de armas, al parecer Winchester. Se tiró entonces de cabeza por el lado derecho y



*Gran  
cantidad de  
público  
acompañó  
los restos de  
Amable  
Jones, cuyo  
cortejo pasa  
por calle  
Rivadavia*

gateando se puso atrás del coche. De pronto vio a su lado a una persona vestida de negro. Estaba aterrorizado. Ni siquiera pensó en mirar lo que ocurría con los ocupantes del auto. Corrió hasta la casa de Agüero.



Palmira Agüero de Santi había nacido en San Juan 25 años atrás. Estaba casada con Arturo Juan Santi y se domiciliaba en Concepción, en la calle Mendoza número 140. Era sobrina en segundo grado de Amable Jones.

Aquel 20 de noviembre se levantó temprano y con su marido fueron a pasar el día a la casa de su tío, Victoriano Agüero, en Pocito.

—Va a ir a almorzar el gobernador—, le había dicho su esposo.

Estaban preparando empanadas aquel día en la casa de Victoriano. Serían las 12,30 cuando la tía Niamisa advirtió el ruido de un motor.

De pronto escucharon disparos.

Tras un instante de silencio se escuchó un tiroteo prolongado. Las mujeres intentaron ver que ocurría pero estaban a 250 metros del lugar.

—Parece que es en la casa de Manuel— dijo Niamisa quien comenzó a llorar.

Palmira comenzó a correr en dirección al lugar del hecho que empezaba a cubrirse por una humareda espesa, producto de los disparos.

Vio a lo lejos unos hombres que venían en sentido contrario. Alcanzó a distinguir a Vicente Miranda Jamenson, Benito Urcullu, Ricardo Peña Zapata, José María Peña Zapata, Emilio Sancasani y otro sujeto más, que no conocía, los cuales llevaban fusiles consigo, menos Miranda que esgrimía un revólver en la mano.

—*Cantonistas hijos de puta*—, pensó Palmira.

Como si la escucharan, uno de los que integraban el grupo y que tenía la cara con barro, gritó:

—*¡Viva Cantoni, carajo!*

Palmira llegó frente a la casa de Manuel Agüero y vio el automóvil parado contra un puente de piedra, al que había embestido Miró al interior y vio allí tirados los cuerpos de Jones y Meglioli envueltos en sangre.

Palmira gritaba despavorida. De pronto observó que un hombre salía del interior del auto. Estaba herido y llevaba en sus manos un fusil. Lo reconoció inmediatamente. Era el doctor Colombo.



José Miguel Bustos escuchó que el gobernador decía “*¡tirá!*” dando la orden de partida del auto. Llevó su mano derecha al sombrero en gesto de saludo y en ese preciso instante escuchó el disparo y un zumbido que pasó en el ángulo formado por su brazo y fue a incrustarse en la capota del vehículo.

Sorprendido, Bustos miró hacia el lugar desde donde creyó que había partido el tiro y vio a una distancia como de cincuenta metros y sobre su lado izquierdo al costado sur, a un individuo que rodilla a tierra empuñaba un Winchester.

El sujeto seguía disparando. Bustos vio que uno de los tiros hirió al gobernador en el pecho. Al recibir la herida, el cuerpo de Jones, que estaba sentado, cayó hacia atrás. Inmediatamente vio cinco, diez, quince cuerpos que rodeaban el auto armados y disparaban contra Jones.

Bustos sintió terror y comenzó a correr. No se detuvo hasta encontrarse cien metros internado en los viñedos.



Manuel Agüero vio al sujeto en el momento que disparó el primer tiro. Lo vio salir del negocio de billar de Miranda Jamenson. Estaba a unos once metros. Era de baja estatura, trigueño, bigote negro, blusa color aplomada, tenía polainas y sombrero plomo de alas anchas. El hombre se detuvo en la vereda, alzó su winchester, apuntó y disparó hacia el auto. Luego se internó rápidamente por la misma puerta por la que había salido.

Agüero no podía creer lo que estaba ocurriendo.

Vio los caños de las armas y de pronto una descarga cerrada.

Sintió el olor a pólvora, el zumbido de las balas, los gritos de miedo y de dolor.

A la primera descarga se sucedieron otras dos o tres.

Agüero creyó identificar a Emilio Sancasani.

Se acercó al auto y lo que vio le revolvió el estómago. En el interior del auto estaban los cuerpos acribillados de Jones y Meglioli.

Escuchó la voz de su vecina del frente, doña Rosaura Rivera viuda de Guerra.

—*Aquí hay un hombre herido.*

Era Humberto Bianchi, que se había refugiado en esa casa.

## La autopsia a Jones

Cinco días después de la muerte de Jones, los doctores Américo Devoto, Alejandro Quiroga Garramuño y Carlos Albarracín Godoy presentaron un informe sobre la autopsia realizada al cuerpo. Las conclusiones fueron las siguientes.

- La muerte ha sido producida por heridas de arma de fuego, por proyectiles de revólver o

revólveres de calibre 38, de pistola automática cargada con balas blindadas con camisas de cobre o cobre—bronce las unas y níquel o algo parecido las otras; de Winchester, con balas blindadas a media camisa de níquel, dejando el plomo de la mitad anterior sin blindamiento y por bomba explosiva a mano, de gran poder destructor, con envoltura de papel—cartón.

- Todos los disparos de Winchester y Máuser han sido hechos a una distancia máxima de 10 metros y los de revólver y pistola automática a quemarropa.

- Salvo la sección del pabellón de la oreja y del proyectil del cuello que produjo una herida exangüe, todas las demás heridas fueron producidas durante la vida del gobernador y le ocasionaron la muerte.

- La herida causante de la muerte del doctor Jones ha sido la de la nuca, la que fracturó la columna cervical vertebral.

- Las que precipitaron la muerte fueron: la producida por la bomba explosiva y la de Winchester que bandeó el hemitórax derecho de atrás hacia adelante, como igualmente las de revólver del hemitórax izquierdo, región dorsal y de la región lumbar del mismo lado.

- De las dos heridas primeras que recibiera el gobernador, la de Winchester, fue mortal y la de Máuser de suma gravedad, porque hubiera traído serios trastornos de funcionamiento del brazo izquierdo en caso de no complicarse, y, por infección lógica, osteomistitis muy grave, que, como fenómenos de infección, pudieran haber también producido una muerte mediata.

## Los heridos

El doctor Colombo tenía cinco heridas en los brazos y en la pierna derecha y su sombrero mostraba dos perforaciones. Uno de estos proyectiles le rozó el cráneo. Bianchi presentaba un tiro en el hombro izquierdo y la bala estaba incrustada debajo del brazo.

Meglioli, por su parte, murió de un sólo y certero balazo en el corazón.

## La investigación

En los días siguientes, la prensa nacional se ocupó extensamente del hecho, que causó honda impresión en el país.

Se decretó duelo nacional y el día lunes fue asueto en toda la Argentina. El ministro del Interior concurrió al sepelio, lo mismo que altas autoridades del radicalismo.

Comenzó entonces una batalla por la sucesión.

Por un lado, el vicegobernador Aquiles Castro que desde hacía varios meses estaba en Buenos Aires aduciendo problemas de salud aunque en realidad procuraba alejarse de la difícil situación que enfrentaba Jones, declaraba que estaba dispuesto a asumir el mando.

Por su parte, el presidente del Senado, el ingeniero Juan Estrella, alineado con la fracción bloquista, estaba detenido.

La Nación, a todo esto, era partidaria de enviar la intervención ya sancionada por el Parlamento y había elegido a quien mandar, el ingeniero agrónomo Julio Bello.

Lo urgente para Yrigoyen era que un radical quedara al frente de la provincia mientras se realizaba la investigación y se encontraba a los culpables del crimen. Y es por eso que echó mano a un recurso al menos inusual: hizo asumir al presidente de la Corte, el doctor Colombo, como gobernador interino, pese a su estado de salud.

—*Cantonistas hijos de puta*—, pensó Palmira.

Como si la escucharan, uno de los que integraban el grupo y que tenía la cara con barro, gritó:

—*¡Viva Cantoni, carajo!*

Palmira llegó frente a la casa de Manuel Agüero y vio el automóvil parado contra un puente de piedra, al que había embestido Miró al interior y vio allí tirados los cuerpos de Jones y Meglioli envueltos en sangre.

Palmira gritaba despavorida. De pronto observó que un hombre salía del interior del auto. Estaba herido y llevaba en sus manos un fusil. Lo reconoció inmediatamente. Era el doctor Colombo.



José Miguel Bustos escuchó que el gobernador decía “*¡tirá!*” dando la orden de partida del auto. Llevó su mano derecha al sombrero en gesto de saludo y en ese preciso instante escuchó el disparo y un zumbido que pasó en el ángulo formado por su brazo y fue a incrustarse en la capota del vehículo.

Sorprendido, Bustos miró hacia el lugar desde donde creyó que había partido el tiro y vio a una distancia como de cincuenta metros y sobre su lado izquierdo al costado sur, a un individuo que rodilla a tierra empuñaba un Winchester.

El sujeto seguía disparando. Bustos vio que uno de los tiros hirió al gobernador en el pecho. Al recibir la herida, el cuerpo de Jones, que estaba sentado, cayó hacia atrás. Inmediatamente vio cinco, diez, quince cuerpos que rodeaban el auto armados y disparaban contra Jones.

Bustos sintió terror y comenzó a correr. No se detuvo hasta encontrarse cien metros internado en los viñedos.



Manuel Agüero vio al sujeto en el momento que disparó el primer tiro. Lo vio salir del negocio de billar de Miranda Jamenson. Estaba a unos once metros. Era de baja estatura, trigueño, bigote negro, blusa color aplomada, tenía polainas y sombrero plomo de alas anchas. El hombre se detuvo en la vereda, alzó su winchester, apuntó y disparó hacia el auto. Luego se internó rápidamente por la misma puerta por la que había salido.

Agüero no podía creer lo que estaba ocurriendo.

Vio los caños de las armas y de pronto una descarga cerrada.

Sintió el olor a pólvora, el zumbido de las balas, los gritos de miedo y de dolor.

A la primera descarga se sucedieron otras dos o tres.

Agüero creyó identificar a Emilio Sancasani.

Se acercó al auto y lo que vio le revolvió el estómago. En el interior del auto estaban los cuerpos acribillados de Jones y Meglioli.

Escuchó la voz de su vecina del frente, doña Rosaura Rivera viuda de Guerra.

—*Aquí hay un hombre herido.*

Era Humberto Bianchi, que se había refugiado en esa casa.

## La autopsia a Jones

Cinco días después de la muerte de Jones, los doctores Américo Devoto, Alejandro Quiroga Garramuño y Carlos Albarracín Godoy presentaron un informe sobre la autopsia realizada al cuerpo. Las conclusiones fueron las siguientes.

- La muerte ha sido producida por heridas de arma de fuego, por proyectiles de revólver o

revólveres de calibre 38, de pistola automática cargada con balas blindadas con camisas de cobre o cobre—bronce las unas y níquel o algo parecido las otras; de Winchester, con balas blindadas a media camisa de níquel, dejando el plomo de la mitad anterior sin blindamiento y por bomba explosiva a mano, de gran poder destructor, con envoltura de papel—cartón.

- Todos los disparos de Winchester y Máuser han sido hechos a una distancia máxima de 10 metros y los de revólver y pistola automática a quemarropa.

- Salvo la sección del pabellón de la oreja y del proyectil del cuello que produjo una herida exangüe, todas las demás heridas fueron producidas durante la vida del gobernador y le ocasionaron la muerte.

- La herida causante de la muerte del doctor Jones ha sido la de la nuca, la que fracturó la columna cervical vertebral.

- Las que precipitaron la muerte fueron: la producida por la bomba explosiva y la de Winchester que bandeó el hemitórax derecho de atrás hacia adelante, como igualmente las de revólver del hemitórax izquierdo, región dorsal y de la región lumbar del mismo lado.

- De las dos heridas primeras que recibiera el gobernador, la de Winchester, fue mortal y la de Máuser de suma gravedad, porque hubiera traído serios trastornos de funcionamiento del brazo izquierdo en caso de no complicarse, y, por infección lógica, osteomistitis muy grave, que, como fenómenos de infección, pudieran haber también producido una muerte mediata.

## Los heridos

El doctor Colombo tenía cinco heridas en los brazos y en la pierna derecha y su sombrero mostraba dos perforaciones. Uno de estos proyectiles le rozó el cráneo. Bianchi presentaba un tiro en el hombro izquierdo y la bala estaba incrustada debajo del brazo.

Meglioli, por su parte, murió de un sólo y certero balazo en el corazón.

## La investigación

En los días siguientes, la prensa nacional se ocupó extensamente del hecho, que causó honda impresión en el país.

Se decretó duelo nacional y el día lunes fue asueto en toda la Argentina. El ministro del Interior concurrió al sepelio, lo mismo que altas autoridades del radicalismo.

Comenzó entonces una batalla por la sucesión.

Por un lado, el vicegobernador Aquiles Castro que desde hacía varios meses estaba en Buenos Aires aduciendo problemas de salud aunque en realidad procuraba alejarse de la difícil situación que enfrentaba Jones, declaraba que estaba dispuesto a asumir el mando.

Por su parte, el presidente del Senado, el ingeniero Juan Estrella, alineado con la fracción bloquista, estaba detenido.

La Nación, a todo esto, era partidaria de enviar la intervención ya sancionada por el Parlamento y había elegido a quien mandar, el ingeniero agrónomo Julio Bello.

Lo urgente para Yrigoyen era que un radical quedara al frente de la provincia mientras se realizaba la investigación y se encontraba a los culpables del crimen. Y es por eso que echó mano a un recurso al menos inusual: hizo asumir al presidente de la Corte, el doctor Colombo, como gobernador interino, pese a su estado de salud.



*Los doctores Américo Devoto, Carlos Albarracín Godoy, Eugenio Doncel y el médico policial Alejandro Quiroga Garramuño fueron los encargados de la autopsia al cuerpo de Amable Jones.*

Pronto comenzó una persecución pocas veces vista. El ministro del Interior decidió enviar a la provincia algunos funcionarios de la División Investigaciones bajo las órdenes del comisario Eduardo J. Santiago.

Se detuvo a cientos de personas, entre ellas un grupo grande que se encontraba en la casa de los Cantoni, ubicada en la calle 9 de Julio entre Catamarca y Alem. Hasta el ingeniero Angel Cantoni, prestigioso científico ya anciano y su esposa, Ursulina Aime Both, fueron detenidos.

La Central de Policía, el regimiento y hasta el nunca terminado teatro Coliseo (lo que hoy es el garaje oficial, en Córdoba y Tucumán) se transformaron en especie de campos de concentración.

El comisario Santiago y sus ayudantes fueron muy duros con los sospechosos. Hubo torturas, presión psicológica y detenciones arbitrarias. Al dueño de la casa donde pasaron la noche los matadores de Jones, Miranda Jamenson, le cortaron una oreja para hacerlo hablar.

Finalmente se tuvo una idea clara de los hechos.

El senador Ernesto Reinoso, que estaba detenido, dijo al juez Varela Díaz que los sucesos del 20 de noviembre estaban planeados para el mes de junio y que causas ajenas a la voluntad de los organizadores obligaron a su postergación.

En dicho mes debió producirse un movimiento revolucionario perfectamente organizado contándose hasta con elementos y hombres que ya en el mes de mayo fueron gestionados por personas que con ese propósito se trasladaron a Buenos Aires. Dijo que esas personas comprometieron seriamente hasta el concurso de ex oficiales del Ejército, que debían dirigir la parte militar de la operación, adquiriéndose armas.



*Jones había recibido muchos balazos e incluso una gran herida en su costado derecho producto de una bomba. La necropsia se realizó en la Casa de Gobierno, a las 23 horas del día del atentado (20 de febrero de 1921), es decir, diez horas después de producida la muerte*



*En la foto aparecen los facultativos que realizan la autopsia: Carlos Albarracín Godoy (1); Américo Devoto (2); Eugenio Doncel (3); Aubone (4) y Alejandro Quiroga Garramuño (5)*

Se había planeado tomar al gobernador y a sus ministros, ocupar la Casa de Gobierno y apoderarse de las comisarías y del Departamento Central de Policía.

Una prueba de que se trataba de un movimiento revolucionario y no un simple asesinato era que poco después del hecho de La Rinconada fueron asaltadas, casi sin resistencia, las seccionales Primera y Segunda de la policía. Los asaltantes se apoderaron de todas las armas y municiones y en automóviles trasladaron al departamento de Pocito, donde se enfrentaron con el escuadrón de Seguridad.

A todo esto la opinión pública sanjuanina estaba dividida.

Si bien en público, como sucedía en toda la República, se criticaba duramente el asesinato de Jones y Meglioli, fueron muchos, especialmente los sanjuaninos más humildes, que vieron a Cantoni como un "liberador de la dictadura jonista".



Fotos de los prontuarios de Federico Cantoni y Carlos R. Porto, instigador principal y responsable de la ejecución, respectivamente, de la comitiva asesinada en Pocito, según la acusación del fiscal.

## Elecciones

El interventor Julio Bello había asumido el 1 de marzo de 1922. Las instrucciones que recibió eran precisas: controlar las elecciones nacionales que se realizarían un mes más tarde.

Los "jonistas" estaban seguros del triunfo, convencidos que el electorado repudiaba el crimen del gobernador. Además, Federico Cantoni estaba en la cárcel y no podía ser candidato.

Pero el pueblo pensaba otra cosa y las urnas dijeron que los candidatos bloquistas a diputado nacional, Marcial Quiroga y José Correa habían superado por 1500 votos a los radicales Ventura Lloveras y Justo P. Zavalla y por casi 2000 a los conservadores Horacio Videla y Vicente Mallea Gil. De los diez electores presidenciales que correspondían a San Juan, siete fueron bloquistas. Y por supuesto, no votaron por el candidato radical, Marcelo T. de Alvear.

Pero muchas cosas habían cambiado en el país. Alvear no era Yrigoyen. Y menos aún quería parecersele.

Para el interventor Bello, la provincia había dejado de ser un objetivo político. Por su parte, el vicegobernador Aquiles Castro sumó sus críticas a todo el proceso, reclamando su derecho a asumir el gobierno.

Finalmente Bello resolvió convocar a elecciones para el 14 de enero de 1923.

Federico continuaba detenido y Aldo Cantoni estaba al frente del partido.

El juicio por el crimen de La Rinconada estaba prácticamente paralizado.

La abstención radical polarizó la campaña entre el bloquismo y los conservadores.

La campaña comenzó en noviembre y los bloquistas fueron claros: si llegaban al gobierno, la primera ley que sancionarían sería una amplia amnistía para todos los presos por los sucesos del 20 de noviembre de 1921.

Recién el 26 de diciembre fue consagrada la fórmula Federico Cantoni — Juan Estrella, a sólo 19 días del comicio.

En los sectores conservadores, la noticia cayó como una bomba. En la gente humilde, en cambio, Cantoni era ya una especie de santo cuyo retrato estaba hasta en el rancho más humilde.

El veredicto de las urnas fue contundente: triunfó Cantoni con el 59,3 por ciento de los votos.

Nunca fue más corta la distancia entre la cárcel y la Casa de Gobierno.

## La acusación fiscal

Dos días antes de terminar el periodo presidencial de Hipólito Yrigoyen, el fiscal, doctor Ismaél Berón de Astrada, presentó la acusación formal contra los autores del crimen. Era el 10 de octubre de 1922 y los hechos posteriores demostrarían cuán equivocado estaba Berón de Astrada al manifestar en su dictamen: *"estoy en condiciones de afirmar, plenamente conciente de la trascendencia de mi afirmación, que la solución de este proceso está determinada con una seguridad sólo comparable a la evidencia de las matemáticas y que ningún poder humano, ningún esfuerzo por inteligente que sea, logrará modificar el resultado legal inevitable"*.

En la acusación, Berón sostiene que los autores materiales fueron: Vicente de la Cruz Miranda Jamenson, Rómulo Segundo Tobares, Tiburcio Parra, Ricardo y José María Peña Zapata, Domingo Benito Urcullu, Alejandro Juanasi, Belisario Clavel, Nicolas Pellerite, Fernando Santamaría y Emilio Sancassani. Estos dos últimos estuvieron prófugos durante mucho tiempo. Para todos ellos pidió la pena de reclusión perpetua.

Para el fiscal, *"el autor moral indiscutible, que maneja todos los hilos de la trama, el que toma la iniciativa, impone su voluntad en los autores materiales, organiza el plan, reúne los elementos, entrega las armas y las hace proporcionar, elige el lugar y el momento del crimen, decide la realización del mismo y transmite órdenes, es Federico José María Cantoni"*, al que acusó como autor moral del delito de doble homicidio y lesiones con alevosía y ensañamiento y solicitó la pena de reclusión perpetua y accesorios legales.

También acusó en calidad de cómplices a Elio Cantoni, Ernesto Reynoso, Carlos Porto, Víctor Jorquera y Juan de Dios Vázquez para los que pidió 25 años de prisión.



Elio Cantoni



Carlos R. Porto



Federico Cantoni

## La amnistía

En el mes de febrero, se reunieron los legisladores electos. El tema a tratar ya era conocido por todos.

EL SENADO Y CAMARA DE DIPUTADOS DE LA PROVINCIA DE SAN JUAN SAN-  
CIONAN CON FUERZA DE LEY

**Art. 1°:** Se concede amnistía general para los delitos políticos ejecutados el veinte de noviembre de mil novecientos veinte y uno y para los conexos con los mismos, si los hubiere.

**Art. 2°:** Quedan, en consecuencia, extinguidas las acciones penales que pudieran derivarse de todos esos hechos debiendo sobreseerse definitivamente en los procesos incoados respecto de los mismos.

**Art. 3°:** Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Sala de sesiones de la H. Legislatura, a veinte y cuatro días del mes de febrero de 1923 (firmado) H. Fonseca, Presidente de la Cámara de Senadores. Florencio Videla, Secretario del H. Senado. C. Baigorri, Presidente de la Cámara de Diputados. Máximo S. Cabral, Secretario de la Cámara de Diputados.

Las puertas de la cárcel se abrían para los triunfadores.

## Conclusiones

El asesinato de Amable Jones tuvo una significación muy grande para la política sanjuanina.

- Consolidó la existencia del bloquismo como partido político.
- Nunca más el radicalismo lograría ser gobierno en la provincia.
- En los 12 años siguientes, la vida provinciana estuvo marcada por la vigorosa presencia de los hermanos Cantoni y sometida a grandes tensiones sociales y políticas.
- Federico Cantoni fue electo gobernador en dos oportunidades y su hermano Aldo en otra. Nunca perdieron una elección en esa etapa.
- Todos los gobiernos cantonistas serían intervenidos por el gobierno nacional.
- El Parlamento nacional nunca reconoció los diplomas de senadores de Federico Cantoni y Carlos Porto cuando estos fueron electos.
- En 1926, el gobernador Aldo Cantoni fue objeto de un atentado salvando milagrosamente su vida.
- En 1934, las fuerzas conservadoras derrocaron mediante una revolución a Federico Cantoni, hiriéndolo gravemente.

# 1926



Los atentados contra Aldo Cantoni

**MAS VIDAS  
QUE UN GATO**

## Los principales protagonistas

### Aldo Cantoni

Era el segundo de los hermanos Cantoni. Hasta que se produjo el asesinato de Jones, a fines de 1921, vivió en Buenos Aires donde ejerció su profesión de médico, fue uno de los principales dirigentes del Partido Socialista Argentino y presidió la Asociación del Fútbol Argentino. Muerto Jones, se sumó al bloquismo y fue la mano derecha de su hermano Federico. Fue electo senador nacional en 1923, durante el primer gobierno cantonista y el 31 de octubre de 1926 electo gobernador, con 34 años, asumiendo el 6 de diciembre de ese año.

Durante su gobernación, Cantoni convocó a elecciones de constituyentes. La reforma constitucional de 1927 dió por primera vez en el país el voto a la mujer y ofreció a los sectores obreros una serie de derechos que en la Nación sólo alcanzarían veinte años más tarde con Juan Domingo Perón.



### Modestino Pizarro

Intervenida San Juan el 5 de octubre de 1928, Modestino Pizarro fue designado interventor federal. Cuando llegó a San Juan tenía 42 años. Había nacido en Buenos Aires pero era hijo de una tradicional familia cordobesa. Hombre ligado al radicalismo personalista, había ocupado diversos cargos en la provincia de Buenos Aires. Falleció en 1934.

### Carlos Eduardo Broquen

El 8 de agosto de 1925, Federico Cantoni fue depuesto al ser intervenida la provincia por el Congreso Nacional. Gobernaba Alvear y la misión federal fue confiada al general Eduardo Broquen. No traía la consigna de extirpar la bloquismo de la vida provincial y tampoco de restituirlo al poder. Su gestión fue discutida por conservadores y radicales que sostuvieron que la tibieza de Broquen permitió que el bloquismo fuera nuevamente gobierno en 1926.



## Las veces que quisieron matar a Aldo Cantoni

Los años 20 se caracterizaron por las luchas intestinas en el radicalismo. El asesinato de Amable Jones el 20 de noviembre de 1921, determinó el enfrentamiento definitivo de Federico Cantoni con el presidente Hipólito Yrigoyen y la aparición del bloquismo como partido independiente. La intervención al gobierno de Federico, el no reconocimiento de su diploma como senador, la intervención al gobierno de Aldo y la participación activa de Federico en las campañas contra Yrigoyen en su segunda postulación a la presidencia, se inscriben en ese marco, caracterizado por la violencia extrema y el enfrentamiento entre la Nación dominada electoralmente por don Hipólito y la provincia con mayoría cantonista.

Aunque el bloquismo también estuvo enfrentado con el sector conservador, no es en esta década sino en la siguiente, depuesto ya Yrigoyen, cuando el enfrentamiento entre ambos movimientos marcará la política sanjuanina de los años '30.

### Salvado por un error

—*Tomá, estoy muy cansado. Manejá vos.*

El que había hablado era Aldo Cantoni, electo gobernador de San Juan, quién debía asumir su cargo pocos días más tarde.

Era la noche del 30 de noviembre de 1926.

Aldo había salido a cenar con Belisario Albarracín, electo diputado provincial y Fernando Santamaría.

Llegaron en el coche del gobernador electo, guiado por Cantoni y durante un par de horas cenaron y charlaron sobre la inminente asunción, en el hotel Bristol, que hasta poco antes se llamaba Galmes. Este hotel, cuyo propietario era simpatizante bloquista, constaba de 14 habitaciones “*con agua caliente y fría*” y estaba ubicado en la calle Mitre 648, es decir a mitad de la cuadra entre General Acha y Tucumán.

El automóvil, esta vez guiado por Santamaría, arrancó. Estaban llegando a la esquina de Rivadavia y Tucumán cuando desde un Dodge amarillo comenzaron a dispararles.

Las balas apuntaban a un blanco preciso: el conductor.



Santamaría murió en el acto.

Aldo y Belisario Albarracín descendieron rápidamente del auto y dispararon contra los ocupantes del Dodge amarillo. Estos huyeron en la oscuridad de la noche.

—*Fíjate como está Santamaría...* —ordenó Aldo.

—*Creo que está muerto.*

Aldo corrió el cuerpo y conduciendo el automóvil se dirigió rápidamente al hospital Rawson. Los médicos sólo pudieron certificar la muerte.

—*Hijos de puta... Las balas eran para mí. Creían que yo manejaba.* —dijo el futuro gobernador.

Pronto la noticia se conoció en todo San Juan.

Nadie durmió aquella noche. Cantoni denunció el asesinato en la policía.

—*A estos los mandaron. Hay que averiguar si fueron los conservadores o los radicales.*

Una multitud se había reunido junto al gobernador electo.

—*Debemos hacer la denuncia ante el ministro del Interior, exigiéndole garantías*—, se opinó.

Minutos después salía el telegrama.

El interventor Broquen fue informado del hecho.

—*Hay que evitar que esto termine en un motín. Que la policía encuentre a los culpables*— fue la orden.

Inmediatamente salieron varias patrullas policiales mientras la multitud estaba encolerizada.

La conducción bloquista, a todo esto, se reunía a puertas cerradas.

—*Tenemos que encontrarlos antes que la policía. Es la única forma de hacer justicia.*

A primera hora del día salió el grupo bloquista tras los ocupantes del Dodge amarillo.

Integraban la partida Mario y Héctor Valenzuela —excelentes tiradores—, Wilfredo Kenny y dos jóvenes.

El grupo de “justicieros” bloquistas viajaba a caballo. Tomaron para el lado de Zonda y al llegar a los baños de salud encontraron el Dodge amarillo. Pero ni rastros de sus ocupantes.

—*Este es el auto en el que anda Guillermo Morales*—, dijo uno de la partida.

Morales era afiliado al Partido liberal y más de una vez había realizado “trabajos sucios” para los conservadores.

Siguieron tras las huellas de los asesinos y los encontraron al llegar a Calingasta. Allí estaba Morales junto a su hijo Guillermo, de 16 años, Carlos Bossio —conocido matón- y un peón que era el que les había facilitado las mulas para escapar.

Hay quienes aseguran que Morales estaba en ese momento defecando y no oyó llegar al grupo cantonista. Su cuerpo quedó acribillado a balazos.

Fue el único muerto. Y desde Calingasta regresó la partida también a lomo de mula. Hay quienes aseguran que el cuerpo de Morales lo debió cargar su hijo y que cuando el chico llegó a San Juan tenía el pelo blanco del susto que pasó.

La dirigencia bloquista entregó el cuerpo de Morales y a los otros detenidos a la policía. No sólo eso, le informó a los investigadores que Morales había sido el autor material del asesinato de Santamaría y que en el hecho habían participado también Carlos Bossio, Justo Antonio Pereyra y Salvador Rosas. Estos dos últimos fueron detenidos a los pocos días.

Según los diarios de la época, Aldo Cantoni se presentó a la policía cuando llegó la partida de Calingasta. Bossio quedó petrificado al verlo pues estaba convencido que lo habían matado.

La historia se repetiría una vez más

El proceso se inició como homicidio con premeditación y alevosía.

Y terminó siendo un “*suceso revolucionario*”.

La violencia política y el crimen, no eran patrimonio de un solo partido.

Algunas cosas quedaron en claro:

● Quisieron matar a Aldo Cantoni para que no asumiera.

● Que el atentado fue por encargo.

● Que los autores materiales fueron los señalados.

● Que los dueños del Diario Nuevo, Domingo Elizondo y Héctor Conte Grand, miembros del Partido Liberal, instigaron el crimen, según declararon los acusados.

● Que Leandro Flores, Gregorio Valdez, Blas Amarfil, Ramón Saravia y Eduardo Quiroga, proporcionaron elementos para la fuga y participaron en la preparación del atentado.

La sentencia definitiva dictada por el juez del crimen Manuel Ignacio Castellanos, condenó a prisión perpetua a los autores materiales. Waldo Quiroga, considerado coautor, recibió la misma condena mientras que Flores, Valdez, Amarfil, Saravia y Eduardo Quiroga fueron declarados cómplices y condenados a 15 años de cárcel.

Pero la historia no terminó allí porque a fines de 1927 los autores materiales afirmaron que sus primeras declaraciones fueron sacadas mediante torturas y que habían complicado falsamente a los periodistas Conte Grand —se encontraba ese día en Buenos Aires— y Elizondo.

—*Actuamos con el fin muy patriótico de conjurar por medio de la eliminación de un ciudadano, la larga serie de crímenes y barbaridades que cometería bajo su gobierno por cuanto el ciudadano que iba a asumir tales funciones no sería otra cosa que un ciego instrumento de su hermano Federico que fue un verdadero azote para el pueblo de San Juan*— sostuvieron los acusados.

Quedó de alguna forma expuesta la posibilidad de que Elizondo y Conte Grand fuera ajenos al hecho. Pudo ser así ya que Diario Nuevo era furibundo opositor a Cantoni y este es muy posible que haya querido cargarles un crimen del que no participaron.

Pero igual que ocurrió cuando los bloquistas sancionaron una ley de amnistía para los autores del asesinato de Jones, en 1929 fue el interventor Modestino Pizarro quien indultó a los instigadores y los autores materiales del hecho sobre los que no habían dudas ya que habían declarado su culpabilidad.

Todo había sido producto de “*una reacción individual*” de buenos muchachos que “*habían sufrido cárceles y vejaciones durante los gobiernos cantonistas*”.

Un año más tarde, el 21 de febrero de 1930, el juez que dictó la sentencia, Manuel Ignacio Castellano, era abogado del cantonismo y fue asesinado en su casa por elementos de Modestino...

La justicia sanjuanina siempre tuvo color político...

## Modestino en acción

—*Tenga cuidado, doctor, San Juan no es fácil y mucho menos los Cantoni.*

La advertencia se la hizo a Modestino Pizarro el ministro de Interior, poco antes que aquel emprendiera el viaje a esta provincia.

Modestino acababa de ser designado interventor, nombrado por Hipólito Yrigoyen.

Corría el mes de diciembre de 1928 y en San Juan el calor era agobiante, no sólo por cuestiones climáticas sino, también, porque la temperatura política iba en progresivo aumento.

Pizarro venía con su discurso preparado y acompañado por los doctores Néstor Aparicio y Miguel L. Denovi. Descendió del tren en la estación de Mitre y España y pronto advirtió que el ministro se había quedado corto en sus apreciaciones.

Dos fracciones de su propio partido, la Unión Cívica Radical, los “zavallistas”, que respondían a Justo Pastor Zavalla, ex ministro de Amable Jones y los “guerreristas”, estaban dirimiendo sus diferencias a los tiros, en la misma plazoleta de la estación.

Tuvieron que intervenir los regimientos 2,5 y 8 de Infantería que habían concurrido para protegerlo de los bloquistas pues corría el rumor que la intervención sería resistida.

Pero Modestino no era un Jones, ajeno al mundo político. Representaba un estilo distinto, también, al de los interventores antipersonalistas que mandó Yrigoyen, como el general Broquen en 1925. Modestino venía a “*sanear el ambiente corrompido y sanguinario*”.

A “*radicalizar San Juan*” a cualquier precio.

Acompañado por su comitiva y quienes lo habían ido a esperar, Modestino recorrió caminando el trecho que separa la estación de la Casa de Gobierno, ubicada frente a la plaza de Mayo.

Muchos salieron de sus casas para saludar al interventor, cuya figura regordeta sonreía y apretaba la mano de quienes se le acercaban.

Modestino y sus acompañantes llegaron a la plaza 25 y allí estaba hablando Aldo Cantoni a sus seguidores. Y siguió hablando, vociferando contra el presidente Yrigoyen y la intervención, como si no hubiera llegado nadie a la provincia.

Al día siguiente, Pizarro acusó a los bloquistas del tiroteo y de querer dinamitar los puentes del ferrocarril en el que llegó a San Juan. El primer detenido fue el depuesto gobernador, Aldo Cantoni. Luego le seguirían muchos otros dirigentes del partido de la alpargata.

Una de las primeras medidas de Modestino fue liberar a los autores del atentado del 30 de noviembre de 1926, previo indulto firmado por él.

Las cosas ahora estaban “*en su lugar*”: la víctima, Aldo Cantoni, preso y los asesinos, libres. ¡Y Modestino que afirmaba que venía a “*combatir el crimen político*”!

## El extraño viaje a Jáchal

Este era el clima de aquellos años.

Y es en esos días que se produjo un extraño hecho, relatado por la esposa de Aldo, doña Rosalía Plaza de Cantoni.

“*Aldo Cantoni y sus ministros Carlos Valenzuela y Domingo Vignoli estaban detenidos hasta que se concretaran las evidentes intenciones de eliminación personal.*”

*Sin previo aviso hacen ascender a los tres procesados a un camión del Ejército, custodiados por el teniente Jáuregui en lugar del teniente coronel Cuello que en principio debió acompañarlo y que antes de salir tuvo un incidente con el doctor Aldo Cantoni, por lo que se resolvió que otro oficial subiera al camión con soldados del Ejército con rumbo desconocido.*

*Una llamada anónima al domicilio de Desamparados (el actual Chalet Cantoni, donde vivían Aldo y su familia) daba a la esposa de este la noticia que en ese momento salía de la Central de Policía un camión del Ejército en el que llevaban a Cantoni, Vignoli y Valenzuela, con rumbo desconocido.*

*Sin perder tiempo, la señora de Cantoni, acompañada por una hermana y su hijo Aldo Hermes de seis años, alcanzó al camión y al llegar a la primera posta del camino, observó un raro movimiento de soldados que apuntaban con armas hacia donde se encontraba su esposo, en el camión, acompañado por sus ministros. Todos los soldados habían descendido.*

*Al ver llegar el auto, para ellos desconocido, se dispersó el grupo de soldados armados, ubicados detrás de unos ranchos destruidos. Se acercaron a los recién llegados, los requisaron de armas, que*



Esta curiosa foto fue tomada en Jáchal y aparecen en ella, Aldo Cantoni, su esposa Rosalina Plaza y su cuñada, Isolina, que se casó con Carlos R. Porto.

*no encontraron, tomaron sus datos personales y les pidieron que regresaran a San Juan.*

—De ninguna manera, yo voy a Jáchal por una vía pública, ustedes no pueden impedírmelo— dijo Rosalía Plaza.

“*Llegados a Jáchal se produjo otro incidente, esta vez entre el doctor Cantoni y el jefe de Policía de apellido Carriego, que lo esperó con provocaciones e impertinencias no sabiendo qué explicación le daban al viaje*”

*No habían pasado 24 horas que la extraña caravana (el camión del Ejército y el auto de la señora de Cantoni) estaba de regreso en San Juan”.*

## Nuevo atentado

El 25 de febrero de 1929, Aldo, que estaba alojado en la cárcel de Marquesado, debía declarar ante el juez José González Ramírez por el proceso que se le seguía.

Era un secreto a voces que algo se tramaba contra la vida del ex gobernador.

Enterado de esa versión, Federico Cantoni que era senador nacional electo aunque no había podido asumir su cargo, denunció lo que se comentaba al jefe de Policía.

—*Lo van a matar cuando salga de Tribunales*—, aseguró Federico.

El diputado nacional Videla Rojas envió un telegrama al ministro del Interior, exponiendo el carácter y la gravedad de las amenazas.

El caso es que desde tempranas horas de la mañana había grupos de un comité radical ubicado en las inmediaciones de Tribunales, que proferían gritos contra Cantoni.

A las 12,30 Aldo Cantoni terminó su declaración y salió de Tribunales.

En lugar de hacerlo subir al furgón de la policía se lo hizo ascender a un automóvil.

Estaba ya adentro cuando se produjo un corto tiroteo.

Aldo resultó herido en una pierna.

Nunca se supo quién fue. Los radicales personalistas que rodeaban el auto no fueron detenidos y Pizarro sólo dijo que era “*muy difícil contener el odio que la multitud sentía por los Cantoni*”

El único detenido ese día fue Federico Cantoni, por insultar al juez González Ramírez cuando no lo dejaron entrar al hospital para ver a su hermano herido.

Aldo se había salvado por tercera vez en tres años.

Federico no podía permanecer detenido porque era senador nacional electo.

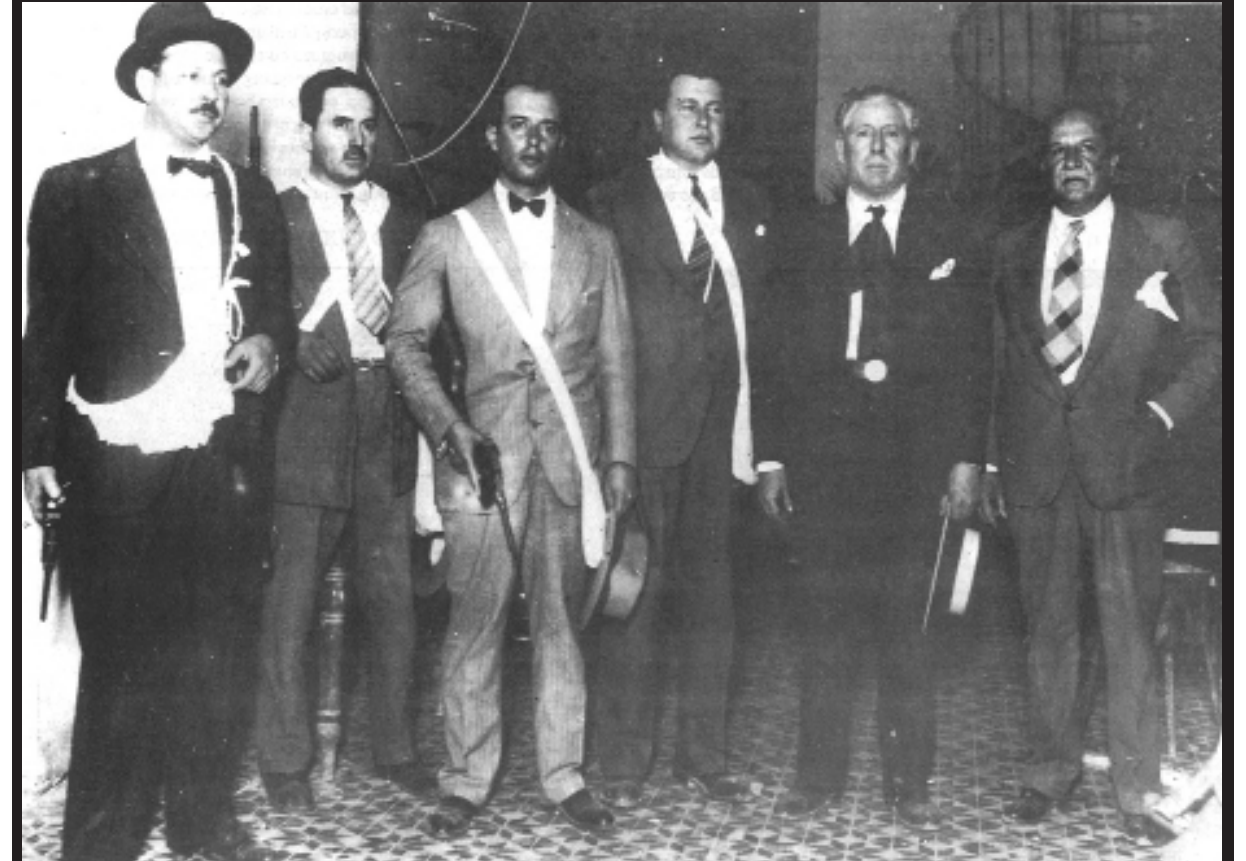
Ante esta situación, según relató tiempo después Cantoni en el Senado nacional, Pizarro informó lo que había ocurrido al presidente Yrigoyen y luego, hablando con Elpidio González, ministro del Interior, se produjo el siguiente diálogo:

Pizarro: *Tatita: ¿lo largo o no lo largo al senador este?*

Ministro Elpidio González: *Cumpla las órdenes de la justicia y déjese de embromar.*

# 1934

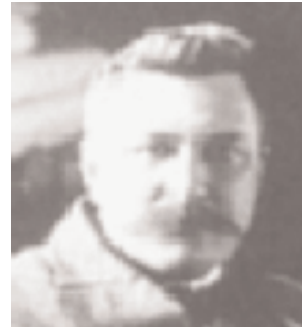
## La revolución contra Cantoni



Honorio Basualdo, Carlos Basualdo, Alejandro Camba, Arturo Storni, Oscar Correa Arce y el ex gobernador Juan Maurín, integrantes de la Junta Revolucionaria. La foto fue tomada en la casa de Diego Young, que estaba ubicada en Mitre casi Mendoza, frente a la plaza, al anochecer del 21 de febrero de 1934

## TODO UN DIA DE TIROS EN LA PLAZA 25

## Principales protagonistas



### Federico Cantoni

Tenía 44 años y se desempeñaba por segunda vez como gobernador constitucional. Desde la cárcel, donde estaba detenido tras los sucesos que culminaron en 1921 con el asesinato del gobernador Amable Jones, Cantoni había resultado electo por primera vez en 1923 y gobernó hasta 1925 cuando la provincia fue intervenida.

Electo nuevamente en 1932, Federico era el fundador y líder indiscutido del Partido Bloquista.

### Aldo Cantoni

Tenía 42 años y había sido gobernador electo en 1926, conduciendo la provincia hasta 1928, cuando fue dispuesta una nueva intervención federal. Durante su gobierno se reformó la Constitución Provincial concediéndose por primera vez en la Argentina el voto a la mujer. Hermano de Federico y médico como él, se desempeñaba como senador nacional y era el número 2 en la jerarquía partidaria. En 1932 había sido electo por segunda vez senador nacional. En su juventud había presidido el Partido Socialista Argentino en la Capital Federal.



### Oscar Correa Arce

A los 56 años, era el jefe de la Junta Revolucionaria. Había sido jefe de policía durante la gobernación del doctor Angel D. Rojas.

### Juan Maurín

Tenía 53 años cuando se produjo el movimiento. Era vocal de la junta revolucionaria. En 1926 presidió la Liga de Defensa de la Propiedad, del Comercio y la Industria, que se opuso a la política impositiva de Aldo Cantoni. Importante viñatero y bodeguero, estaba casado con Victorina Navarro, hija de Segundino Navarro y descendiente de Sarmiento.



## Memorias de la revolución

Aquella mañana del 21 de febrero de 1934, ningún suceso extraño advirtió la proximidad de la lucha.

Al mediodía, el tráfico se intensificó por la salida de los empleados de comercio. Algo rutinario.

En los bancos de la plaza 25 de Mayo, conversaban algunos ancianos.

En las confiterías El Aguila, La Cosechera y La Chiquita, casi todas las mesas estaban ocupadas con gente que tomaba un vermouthe o apuraba un café.

Las calles que rodeaban la plaza aún no habían sido pavimentadas y mostraban su adoquinado que soportaba tanto el paso de los automóviles como de carretelas y victorias.

San Juan se preparaba para el almuerzo.

Pero entre esa gente que volvía a sus casas para la siesta reparadora cuando el sol apretaba en el mediodía estival, había gente armada. Y pronta a actuar.

A las 12,30, el gobernador, Federico Cantoni, se disponía a salir de la Casa de Gobierno, ubicada en la calle General Acha, frente a la plaza 25 de Mayo.

Federico era bastante rutinario en sus horarios. Llegaba a su despacho a las 7 de la mañana y poco antes de las 12 se retiraba para volver a las 4 de la tarde.

Aquel día se retrasó algunos minutos, conversando con su hermano, el senador nacional Aldo Cantoni.

El gobierno estaba sobreaviso de que los sectores de la oposición algo tramaban.

Pero no era precisamente una revolución lo que esperaban,

—Hay que seguir a Federico a todas partes pues van a intentar matarlo—, fue la orden terminante de Aldo.

Los preparativos de la revolución habían comenzado varios meses antes.

—La Nación no va a intervenir esta vez a San Juan. No queda otra alternativa que eliminarlo al "gringo"— fue la conclusión.

Y esta vez las cosas se organizaron en serio.

Se formó una junta revolucionaria, bajo la jefatura de Oscar Correa Arce e integrada por dirigentes de distintos sectores políticos, mayoritariamente del Partido Demócrata: Santiago Graffigna, Juan Maurín, Honorio Basualdo, Carlos Basualdo, Indalecio Carmona Ríos, Onias Sarmiento, Rogelio Driollet, Arturo Storni, Dalmiro Yanzón, Amado Molina, Alejandro Garra, Alejandro Cambas, Pablo Campodónico y Aristóbulo Alvarez.

### El marco político

La revolución del año 34 estuvo motivada por intereses exclusivamente locales. El cantonismo significó en San Juan un gran cambio en lo social. Este cambio, lógicamente, afectó poderosos intereses.

Los bodegueros, los grandes viñateros y profesionales como los médicos, se vieron profundamente afectados por la política impositiva de los gobiernos cantonistas.

Los obreros, en cambio, fueron favorecidos por una serie de beneficios sociales.

Quedó así la sociedad dividida en dos sectores irreconciliables. Porque esas diferencias no sólo se manifestaban en lo económico y lo social. Tenían su correlato en la visión de la sociedad.

Era el enfrentamiento entre "la chusma de la alpargata" y el Club Social, entre los sectores ilustrados tradicionalmente dominantes y ese nuevo sector hijo de inmigrantes o proveniente de humildes hogares que desde no hacía mucho podía decidir en el cuarto oscuro quién gobernaría.

Cantoni tenía la fuerza del voto. En ese campo era invencible. La oposición representaba la vida económica de San Juan. Cantoni era un torbellino que quería transformar la provincia rápidamente, modificando el aparato productivo y las condiciones de vida. Enfrente tenía a quienes debían pagar con sus propios bolsillos esa transformación.

La división era ya una cuestión de piel. Y el escenario se caracterizaba por la violencia, las persecuciones, la animadversión manifiesta por ambas partes.

En medio de la gran crisis de los años 30 y de divisiones internas que comienzan a manifestarse en el bloquismo, la oposición se propone terminar con el cantonismo y eliminar a su eterno adversario.

Los preparativos para la revolución habían comenzado tiempo antes. Un problema a solucionar era el de las armas. No sólo había que conseguirlas sino tenerlas en los propios hogares, lo que no era fácil.

Cantoni contaba con la mejor red de informaciones que podía existir enclavada en los propios hogares conservadores. La integraban las sirvientas. En todas las casas de familias de cierta opulencia, trabajaba una sirvienta. Muchas veces lo hacían por la comida y el sitio donde dormir, porque la crisis era grande. Y las sirvientas eran cantonistas.

En la casa de don Juan Maurín, ubicada en la esquina de Santa Fe y Sarmiento, las armas se escondieron en el interior del piano.

En el domicilio del médico Carlos Basualdo y su esposa Toncha Videla, estaban en un gran cajón cerrado con candado.

—No vayas a abrir este cajón porque hay arados adentro – se le dijo a la empleada.

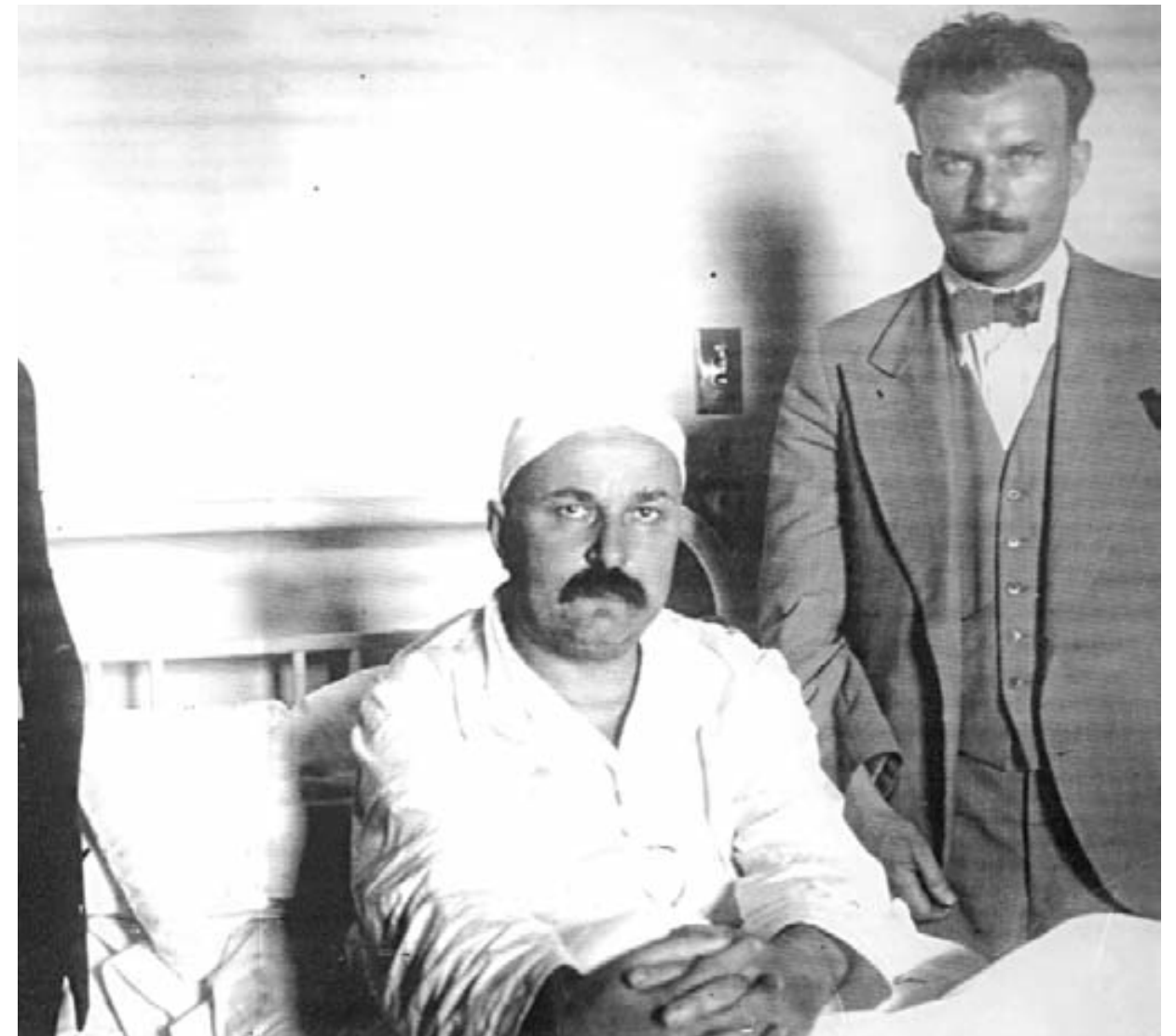
El encargado de fabricar las bombas que se utilizarían el día de la revolución era Alberto Graffigna, que era químico. Nadie hubiera imaginado que el sótano del Chalet Graffigna se había transformado en una fábrica bélica.

Federico subió al automóvil, acompañado por su secretario privado Gaecía Córdova, mientras el jefe de Policía, León Tourres y algunos custodias subieron a otro coche.

El gobernador estaba preocupado por la aparición de un grupo de rebeldes en el seno de su partido.

Nunca nadie se había atrevido a enfrentarlo. Unos por lealtad o admiración. Y otros por temor. Pocas veces debe haber existido un caudillo al que se le obedeciera tan ciegamente.

Pero esta vez el que estaba resentido era el ingeniero Carlos Porto. Y después de los Cantoni,



Federico Cantoni fue herido en la cabeza.  
La foto lo muestra en el hospital junto a su hermano Elio Cantoni.

Porto era por historia y por personalidad, el hombre más importante del bloquismo.

¿Qué había pasado?

¿Cómo era posible que el hombre que asumió la responsabilidad total en los hechos que culminaron con el asesinato de Jones, el que compartió la cárcel, el que fue el ministro de Gobierno en el primer mandato de Federico, el que padeció junto al líder que el Senado de la Nación les rechazara sus diplomas en dos oportunidades, ahora estaba distanciado?

El planteo era político, sin duda.

Pero tenía raíces más cercanas a lo humano.

Unos aseguraban:

—Porto quería ser el candidato a gobernador en el 32. Creía que había hecho merecimientos suficientes. Ya Federico y Aldo se habían sentado en el sillón de Sarmiento y ahora era su turno.

Pero, aunque estaba casado con la hermana de Rosalina Plaza, la esposa de Aldo, Porto no era un Cantoni. Y el poder total sólo podía caer en alguien de la misma sangre.

Otros en cambio sostenían que todo se debió a cuestiones económicas personales.



*La junta revolucionaria que tuvo a su cargo la dirección del movimiento. La integraban hombres de distintos partidos políticos. La foto fue tomada en el local del Distrito Militar, donde se constituyeron detenidos a requerimiento de las autoridades militares*

Estas preocupaciones cruzaban por la cabeza de Federico. Hacía menos de un mes, Porto, Luis María Mulleady, Domingo Vignoli y Juan Luis Castro habían pedido la reorganización del partido, que estaba presidido por Aldo. No fueron escuchados. Comenzaron a distanciarse del bloque legislativo.

La ruptura definitiva se produjo cuando Porto amparó a un preso que se había evadido de la cárcel. Cantoni ordenó a la policía que le allanara la casa y se produjo un tiroteo.

Ya no había regreso. El 27 de enero expulsó a Porto y Mulleady. Estos y Vignoli, que renunció, habían formado la Junta Reorganizadora de la Unión Cívica Radical Bloquista y se disponían a dar batalla contra Federico en las elecciones para diputados nacionales que se realizarían al mes siguiente, el 11 de marzo.

*—Estos hijos de puta seguro que se han unido a los gansos—, pensaba Cantoni*

Los revolucionarios habían instalado francotiradores en varios puntos: el Club Social, sobre calle Rivadavia, el edificio Del Bono, en Rivadavia y Mendoza, el Banco Italo Argentino, el Banco Comercial, la casa de Diego Young, sobre calle Mitre, el Colegio Nacional, la casa de Mario Atienza, el cine Cervantes, la casa Zunino, en Mitre y Mendoza, un sanatorio que pertenecía a López Mansilla y la casa de Luis Castro.

Todos los francotiradores apuntaban a la Casa de Gobierno.

En la esquina de la farmacia Chiarulli (hoy farmacia Plana, en Rivadavia y General Acha), un hombre debía pasarse el pañuelo por la nuca. Esa sería la señal de que Cantoni salía de la Casa de Gobierno.

Pero el encargado de la tarea no fue a la cita.



*Al mando del Ing. Santiago Graffigna, la sede de la Comisaría 1ra. fue tomada por los revolucionarios luego de una breve lucha de sus defensores. Esta estaba ubicada cerca de la casa de Graffigna, en donde un fuego nutrido logro reducir a las fuerzas policiales*



*A cargo del Dr. Rogelio Driollet y Horacio Esbry estuvo la tarea de tomar la sede de la Central Telefónica, con el objeto de cortar las comunicaciones del gobierno. Tomada la central, las autoridades policiales y del gobierno no pudieron comunicarse el resto del día.*

Los autos ya estaban en marcha cuando subió Cantoni. En momentos en que los coches partían sonó el primer disparo. Enseguida el coche de Cantoni fue acribillado a balazos. Pero continuaron algunos metros.

A mitad de cuadra, entre Rivadavia y Laprida, Tourres hizo detener la marcha y revólver en mano bajó a la calzada. Inmediatamente fue alcanzado por numerosos disparos que le acribillaron el cuerpo.

A todo esto, García Córdova sacó a Cantoni —que estaba herido en la cabeza y en la cadera— y lo introdujo en la casa del doctor Rodríguez Riveros, que por casualidad estaba abierta.

Aldo que permanecía en la Casa de Gobierno hizo cerrar las puertas y ordenó repeler la agresión. En un primer momento pensó que se trataba de un atentado contra el gobernador. Era mucho más: se trataba de un alzamiento revolucionario.

El tiroteo se había generalizado en las cuatro esquinas de la plaza y distintos puntos de la ciudad. Los revolucionarios dominaban la situación y los cantonistas defendían posiciones en distintos edificios.

No era una lucha cualquiera. Desde la Casa de Gobierno sonaba el golpetear de una ametralladora mientras el tiroteo era infernal y hasta se arrojaban bombas.

Pronto el terror se adueñó de los sanjuaninos que desesperaban por la suerte de familiares a los que alcanzó la revolución camino a sus casas.

Aldo Cantoni intentó comunicarse con el Regimiento de Marquezado y con el gobierno nacional.

El ministro de Gobierno, Adelmo Faelli, se acercó a Aldo:

*—Tenga cuidado con lo que dice, doctor.*

*—¿Qué pasa?*

*—Me han informado que los teléfonos están intervenidos.*

*—¿Cómo carajo puede ser?*

*—Los gansos controlan la Telefónica.*

*—¿Sabe quién trabaja allí?*

*—No*



En el local de este mercado, ubicado en Tucumán y Córdoba, se estableció otro de los cantones revolucionarios que mantuvo prácticamente inmovilizado al Cuerpo de Bomberos y a la Central de Policía. En la puerta del mismo, encontró la muerte el Sr. Manuel Ferrándiz, al estallarle una bomba en su mano, cuando se disponía a arrojarla a un coche policial que había podido salir de la central sitiada.



Una de las salas del piso alto de la Casa de Gobierno, muestra los destrozos causados en paredes y muebles por las balas de los revolucionarios, que, desde la Plaza 25 de Mayo, hicieron fuego nutrido sobre el edificio.

—El hermano de Mulleady.

Aunque no públicamente, era evidente que los disidentes bloquistas apoyaban a los revolucionarios.

En la siesta, el aspecto de la ciudad era el de un campo de batalla, atronado por la descarga de fusiles y la explosión de bombas. Los revolucionarios se habían apoderado del Colegio Nacional desde donde disparaban a la Central de Policía, ubicada en Tucumán y Santa Fe. También atacaban el Cuerpo de Bomberos, desde la esquina de Tucumán y Córdoba, la comisaría Primera, ubicada en Mitre y Alem y la Segunda, en Jujuy y 9 de Julio. En esta última comisaría la lucha era feroz. Los efectivos policiales defendían el sitio mientras eran atacados desde un negocio ubicado en la esquina de enfrente donde los revolucionarios habían hecho trincheras con bolsas de harina. Tras una larga lucha la comisaría cayó.

A todo esto, Aldo Cantoni se comunicaba telefónicamente con el jefe del Regimiento, general Ramón Jones.

—Le pido general que envíe sus hombres inmediatamente, la situación es caótica.

—Lo siento doctor, pero no puedo intervenir hasta recibir órdenes superiores.

Los escuchas en la Central Telefónica, tomaban nota de la desesperación de Aldo y sonreían.

La sorpresa que se llevó el médico Rodríguez Riveros, apodado “el Mascapiedras” debe haber sido muy grande cuando vio entrar a su casa a Federico Cantoni herido, que era ayudado por el periodista García Córdoba quien luego cumplió una gran trayectoria en Buenos Aires, en el diario Clarín. Ocurre que tanto el doctor Rodríguez, como su esposa de apellido Laspiur, eran anticantonistas.

Cantoni estaba herido en la cabeza y en la cadera. Aseguran que Rodríguez escuchó más de una vez el consejo:



En la Av. 9 de Julio y Jujuy estaba ubicada la Comisaría 2da. También fue tomada por los revolucionarios después de una lucha que se prolongó por varias horas.



Desde el Banco Italo Argentino, situado en la esquina de Mitre y Gral. Acha, se mantuvo fuego cruzado sobre la Casa de Gobierno, situada a media cuadra. El cantón revolucionario estuvo a cargo del Dr. Alberto Graffigna y desde la azotea del mismo, se destruyó el tanque de agua del edificio gubernativo.

—¡Matalo!

Pocos médicos querían a Cantoni pues este les había obligado a pagar altísimos derechos para poder ejercer la profesión. No obstante, el doctor Rodríguez hizo oídos sordos y atendió al gobernador herido.

Aun se seguía combatiendo en la Central de Policía y en el Consejo General de Educación, que estaba defendido por un grupo de cantonistas que, enterados de los sucesos, llegaron sin armas pero encontraron en el local un verdadero arsenal.

Atrincherados en el edificio y disparando desde las ventanas, entre estos bloquistas estaban Largacha, Varesse, Sancassani, Muriel y un joven que luego sería gobernador peronista: Eloy P. Camus. Había alguien más: el cura Juan Videla Cuello.

Este cura era uno de los personajes más famosos de San Juan en aquellas décadas. Pasaba del sermón al discurso en la tribuna política o en el comité.

Aquel día de la revolución de 1934, Videla Cuello había estado defendiendo el local del Consejo de Educación. Hasta que ya fue imposible mantener las posiciones.

Cuentan que resultaba pintoresco ver al sacerdote vestido con su sotana, caminando al atardecer mientras agitaba un pañuelo blanco, señal de que se rendía.

A las 20 y cuando la lucha había decrecido en su intensidad, en medio de la oscuridad entró a la ciudad el general Jones con el 15 de Infantería. Dos toques de clarín se escucharon, en medio de la expectativa generalizada.

Jones pidió hablar con el jefe de los revolucionarios, Correa Arce. Luego entró a la Casa de Gobierno y pidió la entrega de las armas. Aldo Cantoni y sus seguidores fueron sacados con custodia mientras los revolucionarios festejaban.

Al día siguiente, Federico Cantoni fue trasladado a Mendoza pues en San Juan su vida corría serio peligro. A propósito, se cuenta que uno de los jefes revolucionarios quería que esa noche lo mataran a Cantoni con una inyección letal. Juan Maurín se opuso terminantemente y eso le salvó la vida.

Treinta muertos e innumerables heridos fue el saldo. La provincia fue intervenida una vez más y los revolucionarios fueron detenidos hasta que se sancionó la amnistía.

## El otro Jones

¡Lo que son las casualidades!

Pocos días antes de la revolución llegó a San Juan el general Juan Jones, jefe de la Cuarta División del Ejército.

Ese 21 de febrero, el general estaba en Marquesado,

Y fue quien atendió los desesperados llamados de Aldo para que interviniera y sofocara el movimiento.

Pero se mantuvo firme en su posición:

—*Hasta que no reciba órdenes de Buenos Aires, no puedo intervenir.*

¿Esa era la orden que había recibido del general Justo?

La verdad es que Justo nunca quiso intervenir a San Juan, como lo había hecho Hipólito Yrigoyen.

Pero hay quienes aseguran que indirectamente apoyaba el estallido revolucionario.

El caso es que Aldo Cantoni debió rendirse y entregar el gobierno ejercido por su hermano, a un Jones. Que nada tenía que ver con aquel otro, de nombre Amable, asesinado en La Rinconada el 20 de noviembre de 1921, en circunstancias muy parecidas a las de esta oportunidad.



General de División  
Juan R. Jones

## Qué fue de ellos

### Federico Cantoni

Tras su derrocamiento, Federico continuó liderando el bloquismo pero nunca pudo volver al gobierno. Con la llegada del peronismo, disolvió su agrupación y fue designado embajador en la Unión Soviética. Dedicado a las tareas agrícolas y a su profesión de médico, cuando reorganizaba su partido, murió tras pronunciar un discurso en un acto, el 22 de julio de 1956, a los 66 años.

### Aldo Cantoni

Continuó desempeñándose como senador nacional hasta 1941, dedicándose luego a la agricultura en Calingasta donde fue un gran promotor del cultivo de la manzana y la elaboración de sidra y calvados. Falleció a los 58 años, el 17 de noviembre de 1948.

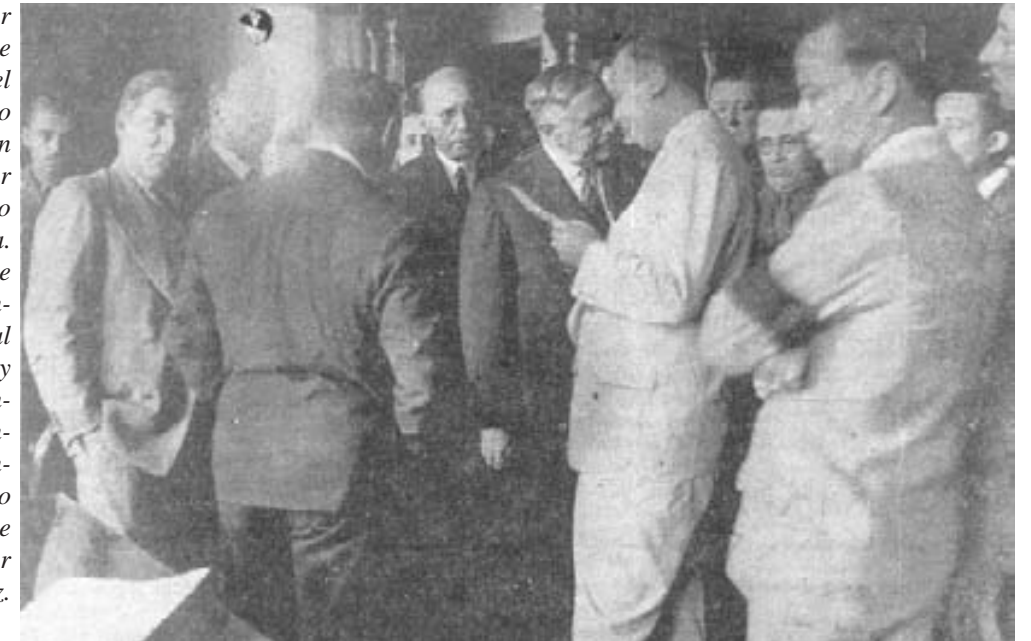
### Oscar Correa Arce

En las elecciones realizadas en 1934, fue electo vicegobernador de la provincia, cargo que desempeñó hasta 1936. Al dividirse el conservadorismo sanjuanino, fue uno de los dirigentes del Partido Demócrata Nacional Reorganizado, por el que fue electo diputado nacional. Falleció a los 94 años, el 18 de julio de 1971.

### Juan Maurín

Fue electo gobernador en 1934, distinguiéndose su gestión por las obras públicas realizadas. Gobernó la provincia hasta que una división en el Partido Demócrata motivó la intervención federal. Falleció a los 73 años, el 6 de octubre de 1953.

El interventor federal, vicealmirante Ismael Galíndez (al centro de la foto) en momentos de tomar posesión del mando de la provincia. Detrás de él, se advierte la presencia del general Juan Jones (calvo y de lentes). El hombre que está leyendo el acta de asunción, es el Notario Mayor de Gobierno, señor Justo P. Rodríguez.



## Los días siguientes

El general Juan Jones se instaló en la Casa de Gobierno esa misma noche.

Oscar Correa Arce, Juan Maurín, Santiago Graffigna y otros jefes revolucionarios pidieron hablar con él. También lo hicieron los disidentes bloquistas, Carlos Porto y Mulleady.

Jones fue muy claro:

—*Quedan todos detenidos y serán indagados por orden del ministerio del Interior.*

El paso siguiente fue ordenar la detención de los participantes en el hecho, acusados de "atentado en banda".

Los revolucionarios permanecieron detenidos en la guarnición militar, donde eran visitados por numerosas personas. Incluso se tomaron fotografías, en las que posaron todos los integrantes de la Junta Revolucionaria.

Igual que ocurrió cuando el asesinato de Jones, un juez —el doctor José A. Correa— los sobreseyó, alegando al derecho a "la revolución justa".

Días antes, Santiago S. Graffigna y Honorio Basualdo habían sido elegidos diputados nacionales en una elección que los bloquistas no dudan de calificar de fraudulenta.

### Intervención y elecciones

El domingo 25 de febrero de 1934 se hizo cargo del gobierno de San Juan el interventor federal designado, vicealmirante Ismael Galíndez, quien permaneció en su cargo hasta el 23 de agosto.

Galíndez fue recibido en la estación por una muchedumbre que lo acompañó hasta la Casa de Gobierno en medio de aplausos y vítores a la revolución y al "San Juan liberado".

Galíndez convocó a elecciones para el día 22 de julio.

El 8 de julio, en el estadio del Parque de Mayo, el conservadorismo proclamó su fórmula: Juan Maurín - Oscar Correa Arce.

Cantoni estaba en Mendoza, convaleciente de sus heridas y su partido fue disminuido a las elecciones.

Triunfadores en los comicios, con amplia mayoría parlamentaria, Maurín y Correa Arce asumieron sus cargos el 22 de agosto de 1934.



## BIBLIOGRAFIA

### ● Libros y artículos

Abad de Santillán, Diego - Historia Argentina. TEA 1965.  
 Bataller, Juan Carlos - El San Juan que Ud. no conoció. Editores del Oeste, 1996  
 Bataller, Juan Carlos y Mendoza, Edgardo - El siglo XX en San Juan. Editores del Oeste, 2.000.  
 Bates, Sergio W - Muerte de Jones (La tragedia sanjuanina) 1923.  
 Comisión de Homenaje - Homenaje del pueblo de San Juan a la memoria del extinto gobernador Amable Jones. Talleres Diario Nuevo, 1922.  
 Damianovich, Aquiles - El crimen y el poder (La lucha por la vicepresidencia y el asesinato de Jones). Edición del autor, 1922.  
 Del Carril, Alberto - Hilvanando recuerdos. Editorial Sanjuanina, 1973.  
 Gallardo, José - Definición doctrinaria del bloquismo sanjuanino, 1932.  
 Galvez, Manuel - Vida de Hipólito Yrigoyen, 1945.  
 Gandía Enrique - Historia de la República Argentina. E. Estrada, 1940.  
 García Hamilton, José Ignacio - Cuyano Alborotado. Editorial Sudamericana 1997.  
 Gil, Octavio - El país y sus hombres: Anacleto Gil, su vida, su obra, su época. Ediciones Peuser, 1951.  
 Gil, Octavio - La autonomía de San Juan. Boletín de la Junta de Historia de la Provincia, 1944.  
 Guiñazú, Honorio - Dr. Amable Jones - Buenos Aires, 1921.  
 Guerrero, César H. - Sanjuaninos del ochenta. Editorial Sanjuanina, 1965.  
 Hudson, D - Recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo. 1898.  
 Larrain N. - El país de Cuyo, 1906..  
 Luna, Félix - Historia de la Argentina - Crónica Hyspamérica, 1992.  
 Mallea, Vicente - Antecedentes sobre la revolución del 6 de febrero de 1884. Diario El Pueblo, de San Juan, 1890 y Boletín de la Junta de Historia de la Provincia de San Juan, 1941.  
 Palacio, Ernesto - Historia Argentina. Peña y Lillo, 1965.  
 Peñaloza de Varese, Carmen y Arias, Héctor Domingo - Historia de San Juan. Spadoni, 1966.  
 Plaza de Cantoni, Rosalina - Aldo Cantoni en mi recuerdo. 1974  
 Ramella de Jefferies, Susana - El radicalismo bloquista en San Juan. Gobierno de San Juan, 1985.  
 Ramírez, Efraín - Los gobernadores de San Juan. Editorial Sanjuanina, 1974.  
 Rodríguez, Celso - Lencinas y Cantoni: el populismo cuyano en tiempos de Irigoyen. Edit. de Belgrano, 1979.  
 Rodríguez Celso - Los Cantoni. Revista Todo es Historia, 1974.  
 Rodríguez, Nora Inés y otros - Nueva Historia de San Juan. Editorial Fundación U.N. de San Juan, 1997.  
 Rosa, José María - Historia Argentina, varios tomos. Oriente, 1969/80.  
 Varas, Arnaldo - Notas sobre el bloquismo en el diario Tribuna. Enero y febrero 1970.  
 Videla Horacio - Historia de San Juan. Varios tomos, Gobierno de San Juan, Universidad Católica de Cuyo, 1962/1989.  
 Videla Horacio - Retablo Sanjuanino. Ediciones Peuser, 1956.  
 Zinny, Antonio - Historia de los gobernadores de las provincias argentinas. Edic, Cultura Argentina, 1921.

### ● Colecciones de publicaciones sanjuaninas

Diarios y periódicos: El Zonda, La Voz de Cuyo, La Unión, El Ciudadano, El Porvenir, La Ley, El Orden, El Porvenir, Debates, La Reforma, El Noticioso, Crónica, Diario Nuevo, La Acción, Tribuna, Diario de Cuyo, El Nuevo Diario.

### ● Colecciones de publicaciones foráneas

Diarios y revistas: Crítica, La Nación, La Prensa, La Vanguardia y Todo es Historia (todos de Buenos Aires) y Los Andes (de Mendoza).



#### Otras obras del autor

•Como y porqué sobrevive Italia  
(Editorial Hachette, 1983)

•El día que San Juan desapareció  
(Editores del Oeste, 1992)

•Y aquí nos quedamos  
(dirección de la obra,  
Editores del Oeste, 1994)

•El San Juan que Ud. no conoció  
(Editores del Oeste, 1997)

•Desde la Ventana  
(Editores del Oeste, 1998)

•El siglo XX en San Juan  
(coautor Edgardo Mendoza,  
Editores del Oeste, 1999)

Juan Carlos Bataller es periodista. Fue redactor de Diario de Cuyo; corresponsal en San Juan, secretario de Redacción y corresponsal en Italia del diario Clarín, de Buenos Aires; en 1986 fundó El Nuevo Diario, publicación que dirigió hasta 1998. Ha conducido varios programas televisivos (Momento Político, San Juan hoy, Dar la Cara y La Ventana).

## Revoluciones y crímenes políticos en San Juan

**N**uevamente Juan Carlos Bataller bucea en la historia sanjuanina y nos cuenta episodios que no sólo marcaron nuestras vidas sino que desnudan aspectos de la propia forma de ser y de hacer que, de alguna manera, se mantienen hasta nuestros días.

Desfilan a través de estas páginas desde la más cruenta batalla que registra la historia argentina hasta las invasiones que debió soportar la población, donde la vida de las personas y sus bienes fueron arrasadas por el poder dominante. El asesinato de gobernadores, las frecuentes revoluciones y las consecuentes intervenciones, integran una obra que, si se la lee desde un punto de vista integrador, ofrece elementos para el análisis muy profundo.

Como dice el autor:

La historia es un todo. Y es una continuidad. Entender la historia es saber hacia dónde vamos. Es comenzar a modificar lo que sea necesario cambiar. Pero al mismo tiempo consolidarnos en nuestras raíces.

Y esto, no es poca cosa para una provincia que aún busca su destino.